



Antonio Aparicio

**El secreto de
Elisa Leclerc**

ibuku

thriller

Créditos legales

Primera edición en ebook: octubre 2012

Diseño de la cubierta: aparicio/design

Imagen de cubierta: Crestock stock photos

Texto: © Antonio Aparicio

ISBN: 978-84-15682-82-0

Edita: Leer-e (www.leer-e.es) c/ Monasterio de Irache 74 trasera. 31011 Pamplona (Navarra)

Reservados los derechos de edición en lengua castellana para todo el mundo. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.



Antonio Aparicio

El secreto de Elisa Lecrerc

Sobre el autor

ANTONIO APARICIO (Albacete, 1967) alterna su trabajo como director de arte y diseñador gráfico con la escritura de guiones para largometrajes y documentales, alguno de ellos también dirigidos por él. *El secreto de Elisa Lecrerc* es su primera incursión en el mundo literario, eligiendo para ello una historia en el género que mejor se desenvuelve: el misterio y la intriga.

Dedicatoria

Dedicado a la memoria de mi madre.

Primera parte. **Regreso a isla malva**

Cristina Bellver y la Casa del León

No dejaré que nada malo te ocurra.

Sara Leclerc se agitó inquieta en la cama. Gimió.

La archiconocida melodía Nokia sonó y Jacobo, el novio de Sara, se removió en la cama. El móvil siguió sonando insistente unos segundos más. Sara apartó de mala gana el mullido edredón que la cubría y cogió el pequeño aparato. Miró la pantallita para averiguar quién la estaba llamando. Descolgó tras reconocer el número.

—Buenos días —murmuró Sara, que seguía tumbada en la cama. Después bostezó.

—Buenos días, Sara —dijo una meliflua voz masculina al otro lado.

—¿Qué hora es? —Bostezó de nuevo, incapaz de abrir los ojos.

—Las nueve y media pasadas. Te llamé ayer a eso de las ocho de la tarde.

—He visto la llamada. Era sobre lo de la casa de la isla, ¿no?

—Sí. Hay un posible comprador. Un ex almirante inglés. Ha visto algunas fotos de la casa y dice que está dispuesto a comprarla. Le encanta.

—Bien.

Sara retiró el edredón y se incorporó, sentándose en el borde de la cama mientras se rascaba la frente con gesto ausente.

—Ya he hablado con tu hermano. Me ha dicho que mañana podríamos vernos en la isla.

—¿Mañana? ¿Es necesario que vayamos a la isla personalmente? —dijo Sara ligeramente sorprendida mientras se levantaba de la cama y salía del dormitorio.

—Te explico: no es necesario que vayas a la isla, si no quieres. Pero ya sabes que todavía podrían quedar algunos recuerdos que queráis conservar. La semana que viene, la empresa de limpieza que he contratado tiene orden de dejar la casa como nueva antes de que la vea el inglés. Eso quiere decir que, si no hay contraorden, destruirán todo aquello que encuentren a su paso; incluidos objetos personales.

—Ya —dijo Sara mientras deambulaba por el pasillo en dirección al cuarto de baño.

—Aquí no puedo tomar partido, Sara. Es elección tuya. Alberto tiene intención de ir a la isla mañana, pero si quieres discutirlo con él antes...

—No sé si me apetece hacerlo —consiguió susurrar Sara.

—Como quieras. Yo, de todas formas, tengo que ir a Gijón para hablar con una empresa dedicada al control de plagas. Tenemos un problema de ratas.

—No lo sabía —dijo Sara deteniéndose en el umbral de la puerta del baño.

—Al parecer no es nada importante, pero hay que eliminarlo de raíz. El inglés viene a España dentro de dos semanas y quiere ver la casa. Para entonces tiene que estar todo solucionado.

—Entiendo —rumió Sara mientras entraba en el aseo. Se detuvo frente al espejo y se miró girando la cabeza para verse desde todos los ángulos posibles.

—Por eso quiero que nos veamos allí mañana. Yo tengo que asistir a un congreso en París el jueves y estaré allí todo el fin de semana. Tu hermano también tiene la agenda bastante apretada. Desde luego lo mejor sería que tú también estuvieras. ¿Qué me dices?

Sara meditó la respuesta durante un largo minuto. Finalmente murmuró no demasiado convencida:

—De acuerdo. ¿A qué hora?

—Pues hemos quedado a las once en la casa.

—Once. Vale —dijo Sara, girándose sobre sus talones y acercándose a la ducha. Echó un vistazo rápido al interior.

—Muy bien... Ah, recuerda, hay tres ferris para la isla: a las nueve, a las diez y a las once.

—De acuerdo. No te preocupes. Mañana nos vemos.

—Gracias, Sara. Hasta mañana, entonces.

Sara pulsó el botón rojo de colgar, se giró y dejó el móvil encima del lavabo. Miró su cuerpo reflejado en el espejo, deteniéndose en las caderas, que, a su parecer, eran especialmente prominentes. Luego se pasó la mano por el abdomen varias veces, hizo un mohín y suspiró.

El taxi dejó a Sara en el puerto de Llanes como a eso de las diez menos cuarto de la mañana. Pagó la carrera. Se acercó hasta el borde mismo del malecón y contempló el bonito paisaje. El colorido de los Cubos de la Memoria le arrancó una sonrisa. Frente a ella, un manto de agua verdosa se extendía hasta toparse con la isla.

Isla Malva.

Los peores recuerdos de su vida estaban asociados a ese pequeño trozo de tierra y rocas oscuras que le había arrebatado a su madre hacía ya veinticuatro años. Desde entonces no había vuelto a pisarla y, ahora, estaba allí. Tampoco

tenía ninguna intención de revivir el pasado y enfrentarse a sus fantasmas. Todo ello estaba enterrado en lo más hondo de su corazón, aunque a veces pugnase por brotar para volver a atormentarla.

Eliminó tales pensamientos de su mente y se concentró en observar al ferry atracar en el puerto. Abajo, en la dársena, seis personas aguardaban la llegada de la embarcación. En ese momento su teléfono móvil sonó. Miró la pantallita y esbozó una sonrisa. Descolgó.

—Moisés... ¡Qué alegría saber de ti! —dijo con tono alegre.

—Hola, Sara, ¿qué tal todo? —replicó una joven y enérgica voz masculina.

—Bien. Intentando resolver unos asuntos familiares. ¿Y tú? ¿Qué te cuentas?

—Pues muy contento. En Nueva York ando, ya ves.

Moisés Felton era director de cine y, de su mano, Sara había conseguido ganar el ansiado Goya como Mejor Actriz Principal. Aceptó trabajar bajo sus órdenes en una película de bajo presupuesto por la que nadie daba un duro llamada *Cuidado con lo que deseas*.

Lorraine Steinweg, una alemana temperamental que se había afincado en España hacía más de diez años y ejercía como su agente, fue quien se lo presentó. Ella le abrió tímidamente las puertas del dificultoso mundo del espectáculo, caminando de su mano desde el principio. El Goya le vino en el mejor momento de su carrera, ya que había tenido un año bastante descorazonador. Sara tenía treinta y dos años y llevaba más de diez trabajando en el medio y esperando, como muchos, la gran oportunidad que nunca llegaba.

En esa ocasión, llegó en forma de guión de noventa y cinco páginas, con mancha de aceite vegetal incluida en las ajadas páginas del libreto. Eso le hizo gracia, tenía que reconocerlo. Eso, además de la personalidad y simpatía de la que Moisés Felton hacía gala. El realizador en ciernes le contó que, cuando visitaba a un productor, éste le decía que estaba buscando algo más comercial. Si venía con un guión comercial, entonces el productor había cambiado de idea y en esa ocasión buscaba algo más «artístico, con garra».

Le gustó ese chico desde el principio. Era humilde, sincero y poseía un sano entusiasmo muy contagioso. Sara prometió leerse el guión y darle una contestación lo antes posible. Un año después se había rodado la película, gracias primordialmente a la tenacidad de un joven productor que removió cielo y tierra para conseguir aquel millón de euros, que se esfumó en las primeras semanas de rodaje. Como consecuencia de obtener la codiciada estatuilla, Sara barajaba varios proyectos interesantes y su futuro profesional estaba en el mejor momento posible.

—Tengo que dejarte, Moisés. Llámame cuando llegues a Madrid. Quiero que me lo cuentes todo —dijo Sara, volviéndose a contagiar de aquel entusiasmo en que una vez confió acertadamente, mientras el ferry tocaba el atronador silbato de salida. Sara bajó los escalones de cemento corriendo y se dirigió al ferry antes de que pudiera perderlo.

La fría brisa del Cantábrico acarició el rostro de Sara. Situada en la proa, estaba de pie, mirando con ojos entornados Isla Malva: una mancha vaporosa gris y violácea de relieve accidentado, que se elevaba abruptamente en su cara noroeste. Los marinos la habían bautizado con ese nombre por el efecto visual que producía en días nebulosos. Buscó con la mirada la vieja casa familiar. Estaba en la parte alta de la isla, hacia el suroeste. Un cuadrado amarillento, salpicado por varios puntitos negros correspondientes a las ventanas y semioculto en su gran parte por altos y frondosos cedros y pinos.

Su padre, Víctor Suárez, compró la casa en 1981. Encontró la isla por casualidad y se enamoró de ese pequeño paraíso desde el principio. Sería el lugar elegido para que la familia Suárez pasara la estación estival. Sara sólo tenía tres años cuando llegó por primera vez a Isla Malva. Fue su primer verano allí, y aunque no tuviera constancia visual en su memoria de aquellos momentos, su hermano Alberto sí que los conservaba en su memoria. Contaba entonces con siete años.

Pero esos días de felicidad se esfumaron de la memoria de Sara para siempre, tras la llegada del verano de 1985.

Sin duda el peor de toda su vida.

Ese verano prometía mucho. Sara tenía siete años y Alberto, once. Las expectativas no defraudaron a ninguno de los dos hermanos. Fue perfecto. Faltaba apenas una semana para regresar a Madrid y volver a la pesada rutina, cuando ocurrió algo terrible: la súbita muerte de su madre. Elisa Leclerc era una mujer muy querida y sin duda todo el mundo sintió su inesperada y cruel muerte.

Mientras que Víctor y Alberto, con el tiempo, aceptaron la dura realidad, Sara no pudo hacerlo y siguió aferrada a la imagen idílica de su madre durante muchos años.

Aún hoy, no había sido capaz de aceptarlo. Sólo era cuestión de una hora. Dos a lo sumo.

Solucionaría el asunto que la había llevado hasta allí después de tanto tiempo y se marcharía para no volver jamás. La venta de la casa les proporcionaría suculentos beneficios. No es que lo necesitara con urgencia,

pero el dinero nunca venía mal. No se trataba en suma de una cuestión de codicia, sino de independencia.

Pero no pensaba en eso. Quizá si desaparecía de sus vidas para siempre pasando a manos de otro propietario, se extinguiría el hilo invisible que todavía la sujetaba al pasado y que, aunque no quisiera reconocerlo, condicionaba su vida.

Nadie esperaba a Sara en el pequeño puerto de Isla Malva. Habían quedado en la vieja casa familiar que se alzaba majestuosamente. Desde allí, parecía más imponente e inquietante que en sus recuerdos: semioculta, entre árboles tan misteriosos como la propia casa. Sara se quedó inmóvil durante un instante, y por un momento pensó en dar media vuelta y volver a Madrid. De repente se dio cuenta de que no quería estar allí. Tuvo que hacer un esfuerzo por mantenerse serena. Respiró hondo e inició el camino de subida por la calle Alta, directo a la casa con la que tantas veces había tenido pesadillas.

A cada paso que daba, la casa fue dibujándose entre esplendorosa y sombría. El lejano recuerdo la había difuminado en su memoria, dándole un aspecto apagado. El largo abandono y deterioro la había relegado a una mansión decrepita, con las paredes amarillentas, desconchadas y macilentas. Las ventanas, marrones, eran más oscuras que en sus recuerdos, y el tejado, en forma de gran uve invertida, le confería un aspecto siniestro y pesadillesco. El camino particular se había rendido a la maleza que había crecido robándole espacio y protagonismo. El muro que rodeaba la propiedad pugnaba en altura con los matorrales que se extendían pegados a él. La verja de hierro estaba entreabierta. Una cadena y un enorme candado oxidado colgaban moviéndose perezosamente.

Sara vio que la puerta principal de la casa estaba abierta.

Una voz enérgica retumbaba en el cavernoso vestíbulo. Sara se asomó y vio a Urquiola. Hablaba a través de su minúsculo móvil. Pero no parecía que estuviera hablando con alguien, sino más bien grabando una nota de voz, ya que hablaba en primera persona y se recordaba a sí mismo algunas tareas que tendría que realizar a su regreso a Barcelona.

Urquiola era un hombre alto, cabezón y de nariz ganchuda que se movía sin parar. No era atractivo en absoluto, pero vestía elegantemente y era de esa clase de personas que parece que te estén haciendo un gran favor concediéndote su precioso tiempo. No era el caso, ya que Urquiola, aunque hombre muy apegado a la familia Suárez, no era precisamente barato y cobraba sus minutas inexorablemente.

Urquiola miró a Sara e hizo un gesto con la mano en señal de saludo.

Sara entró lentamente en la casa, temiendo que el contacto con las sombras del vestíbulo la fulminara instantáneamente. Urquiola se acercó hasta uno de los enormes ventanales e intentó abrirlo estirando con la mano disponible, mientras con la otra sujetaba a duras penas el móvil. Sara miró a su alrededor. No vio a su hermano Alberto por ningún sitio.

Todo había cambiado sobremanera. El suelo del vestíbulo estaba cubierto por una densa capa de polvo, salpicado por las recientes pisadas de los intrusos, aunque debajo se adivinaban bonitas baldosas de colores que formaban figuras geométricas. Un olor a humedad arratonada persistía en el ambiente. La ventana que manipulaba Urquiola se abrió de golpe acompañada de un quejido y una nube de polvo. Urquiola tosió estrepitosamente; acto seguido, se guardó el móvil en el bolsillo de su chaqueta. Se limpió el polvo y la suciedad de las manos con cara de asco mientras se acercaba a Sara.

—Será mejor que no te toque. Me he puesto perdido con la dichosa ventanita. ¿Qué tal el viaje?

Urquiola esbozó una sonrisa cordial y acercó su cara con la intención de besar las mejillas de Sara.

—Largo —contestó Sara escuetamente.

Miró a su alrededor. Urquiola la observaba enarcando una ceja. Pareció leerle el pensamiento.

—Debe de resultar extraño volver a esta casa otra vez.

Sara sintió una bola crecer dentro de su estómago. Sin duda era el último lugar del mundo donde desearía estar en ese instante.

—No pasa nada. Estoy bien.

La ventana que había abierto Urquiola dejó entrar una franja de luz blanquecina que se proyectaba en diagonal sobre las baldosas polvorientas. Frente a la entrada principal había una majestuosa escalera con peldaños de mármol blanco. Al final del primer tramo, la escalera se dividía en dos, y sobre ese primer tramo había una gran cristalera alta y rectangular. La escasa luz que provenía de un jardín interior dejaba filtrar haces multicolores que se disolvían antes de tocar el suelo. Sara subió los blancos peldaños sin dejar de mirar la enorme cristalera multicolor que siempre había maravillado a todo aquel que había pisado esa casa alguna vez. Se giró de golpe, buscando a Urquiola con la mirada.

—¿En serio hay ratas en la casa?

Urquiola sonrió antes de contestar.

—Eso dicen los isleños. Si quieres que te diga la verdad, yo no he visto ninguna... Espero que la empresa se encargue del asunto como ha prometido. Lo mejor será curarse en salud.

La imaginación de Sara le jugó una mala pasada cuando imaginó a una ingente legión de ratas gordas como conejos, con ojos brillantes y malignos, descendiendo con asombrosa rapidez por la escalera de mármol blanco hacia ellos.

—¿No ha llegado Alberto? No me lo puedo creer —dijo, cambiando de tema.

—Yo siempre llego puntual —dijo una voz surgida de las sombras.

En ese instante, apareció por un sombrío corredor situado a la izquierda un hombre joven, alto y muy guapo. Era moreno, tenía los ojos grandes y negros y una sonrisa arrebatadora. Vestía pulcramente y era la versión masculina de Sara Leclerc.

—De hecho, alguien dijo: quien llega puntual, llega tarde. Sin duda ser actriz es lo que te va. No me imagino a toda esa gente del cine madrugando para ir al trabajo.

Sara le obsequió con una mirada torva; sonrió y chasqueó la lengua.

—Tienes un concepto equivocado de lo que es trabajar en el cine. Los rodajes comienzan muy temprano y terminan muy tarde. Seguro que tú estás contando ovejitas cuando yo me levanto para ir a rodar.

Alberto se acercó a Sara y le estampó dos sonoros besos mientras la apretujaba.

—No te digo lo que suelo contar en lugar de ovejitas —dijo, esbozando una sonrisa traviesa.

Sara y Alberto se llevaban bien e intentaban verse de vez en cuando a pesar de que vivían en ciudades diferentes. Después de estudiar ciencias empresariales, Alberto decidió seguir los pasos de su padre en la empresa que fundara en los años setenta. Posteriormente, se casó con Diana Puig, una chica de familia bien —excelentemente posicionada en los círculos aristocráticos barceloneses—, lo que decididamente inclinó la balanza a fijar su residencia en la ciudad condal.

Urquiola les dijo a Sara y Alberto que tenía que ir al hotel para realizar una llamada de teléfono. Se le había olvidado que en la isla no había cobertura. Los hermanos decidieron esperarlo sentados en los escalones de la suntuosa escalera principal.

—Esta casa me da mal rollo. Teníamos que haber hecho esto hace tiempo.

Sara no dijo nada. La bola del estómago comenzó a jugar con su desayuno.

Los ojos de ambos se detuvieron en un enorme tapiz alrededor de un aparatoso marco de pan de oro que representaba una espectacular escena de la batalla de Trafalgar. Sorprendentemente tenía un aspecto excelente. Automáticamente, el recuerdo de la noche del 14 de agosto de 1985 acudió a la mente de Sara. Era inevitable.

Al cabo de unos pocos minutos Urquiola atravesó la puerta principal y caminó en dirección a los hermanos con paso solemne. Parecía disgustado.

—Vamos a tener un pequeño problema con la empresa de limpieza.

—¿Problema? —dijo Sara, mirando al abogado con gravedad.

—Sí. Ahora dicen que no podrán comenzar la semana que viene, como se habían comprometido. Ni tampoco la siguiente.

—Entonces ¿qué vamos a hacer?

—Buscar otra empresa, naturalmente. Pero no os preocupéis: he hablado con Montse, mi secretaria, y ya se ha puesto manos a la obra. A ver si con un poco de suerte solucionamos este problema hoy mismo.

—¿No retrasará esto la firma con el almirante?

—No —respondió Urquiola, categórico—. De un modo u otro lo solucionaré. Esto es cosa mía.

—¿Podemos hacer algo nosotros? —preguntó Sara.

—Echad un vistazo. Yo no me puedo quedar —dijo en tono ausente, mientras extraía del bolsillo de su chaqueta el móvil de última generación y consultaba algo en la agenda del dispositivo—. Tengo que hacer una llamada antes de marcharme. Volveré al hotel antes de coger el ferry de las once. No quiero perderlo. Con algo de suerte llegaré a Barcelona esta tarde.

Urquiola meneó la cabeza y miró la hora en su lujoso reloj de pulsera. Eran las diez treinta y ocho de la mañana. Entonces hizo un gesto con la cabeza, como si acabara de acordarse de algo importante, y les entregó a los dos hermanos una carpeta que extrajo de un lujoso maletín de cuero marrón.

—Antes de que se me olvide, el precontrato que he redactado. Revisadlo bien por si hay algún error y el lunes me llamáis para decirme algo. Estaré todo el fin de semana en París.

Alberto cogió la carpeta, la abrió y miró fugazmente el documento, que estaba compuesto por unas diez páginas impecablemente presentadas. Urquiola se guardó el móvil en el bolsillo de su chaqueta por enésima vez y miró a los dos hermanos con una estudiada sonrisa fraternal.

—Aprovechad el tiempo. Creo recordar que en el piso de arriba vi la última vez que estuve unas acuarelas de Elisa. —Estrechó la mano de Alberto y besó a Sara en ambas mejillas—. El lunes hablamos. Revisad el contrato. Si necesitáis algo, poneos en contacto con Montse. Ella tiene toda la documentación en el bufete. Adiós—. Urquiola hablaba mientras caminaba estirado y con paso decidido hacia la puerta.

La salida de Urquiola de la casa dejó un silencio sepulcral. Sara y Alberto intercambiaron una mirada cómplice: era como si un tornado se hubiera alejado de la zona siniestrada.

Urquiola era el abogado familiar desde hacía muchos años. Él y su padre se conocieron en la universidad. Mientras que una oportunidad empresarial convirtió a Víctor Suárez en un importante hombre de negocios, Urquiola abrió su propio bufete en Barcelona y juntos disfrutaron de las mieles del éxito empresarial. Cuando Víctor murió debido a un enfisema pulmonar a la edad de cincuenta y siete años, Urquiola actuó de albacea testamentario. Conociendo el desagradable recuerdo que la casa de Isla Malva ejercía sobre los hermanos, les recomendó en repetidas ocasiones que la pusieran a la venta, pero por algún motivo especialmente irracional Sara obviaba el tema en cuanto salía a colación.

Del mismo modo que Sara no quería oír hablar de vender la casa, un buen día, y sin motivo aparente, cambió de parecer. Urquiola, animado, decidió encontrar al comprador adecuado. Conseguirían una importante suma de dinero y cerrarían de una vez por todas un triste capítulo de sus vidas. La decisión estaba tomada y Sara estaba preparada para dar ese paso.

—¿Qué hacemos? —preguntó Alberto.

—¿Cuándo sale el próximo ferry?

—A las once, ya has oído a Eulogio.

—El siguiente.

—Mmm... A las cuatro, creo.

Sara suspiró y no dijo nada durante unos segundos, tampoco Alberto.

—¿Cogemos esas acuarelas de mamá y nos largamos?

Alberto asintió.

—También me gustaría llevarme su cámara Polaroid.

Sara asintió.

—El primero que la encuentre se la queda.

Alberto y Sara giraron la cabeza al mismo tiempo, se miraron y aguantaron la mirada del otro durante un par de segundos. Se levantaron de golpe y

subieron las escaleras apresuradamente entre risas.

Elisa Leclerc fue una mujer singular.

Era una artista formidable y poseía un talento especial para la pintura, especialmente para los retratos. El tiempo pareció detenerse cuando Sara encontró un retrato a carboncillo que su madre le había hecho durante las vacaciones del verano de 1985. Recordó perfectamente aquel momento como si hubiera sido ayer mismo. Se alegró de estar allí y recuperar algo tan valioso: Sara aparecía con los dos brazos cruzados por la espalda, apoyada en la barandilla del balcón de esa misma habitación. Sonreía. Elisa había captado perfectamente una expresión de plena felicidad infantil.

Las imágenes de ese momento y otras con su madre salpicaron su recuerdo, dentro de esa pequeña habitación de techos altos y papel pintado. Allí, Elisa, con la ventana abierta de par en par, leía tumbada en un diván de color granate a Ernest Hemingway, Julio Cortázar, Emily Brontë, Jorge Luis Borges, Miguel Delibes, Agatha Christie...

Alberto abrió la ventana que daba al balcón para dejar que la luz matinal entrara y el recuerdo de su madre se hiciera más patente. Pasaron un buen rato hojeando un álbum de fotos que apestaba a humedad, pero que estaba repleto de irremplazables recuerdos congelados. Muchas fotografías estaban realizadas con una cámara Polaroid que perteneció a Elisa y que por más que buscaron no la encontraron. Alberto recordó que en aquel último verano en Isla Malva la cámara había dejado de funcionar. En realidad siempre dio problemas, sobre todo desde que apareció una misteriosa sombra alargada y velada que se veía en la parte inferior de todas las instantáneas que tomases. Una instantánea en particular, con el susodicho velado incluido y que Sara había echado especialmente de menos, le provocó una intensa sensación nostálgica: los dos hermanos posaban de cuclillas, gesticulando. Víctor miraba al objetivo de la cámara exhibiendo su sonrisa encantadora. Abrazaba por la cintura a una esplendorosa Elisa, que mostraba una sonrisa sincera a la vez que sujetaba con la mano izquierda su larga y abundante melena negra. Una sucesión de imágenes del pasado abrumó a Sara momentáneamente. La foto fue tomada en el Patio de los Leones de la Alhambra de Granada. Fueron las últimas vacaciones de las que disfrutaron los cuatro.

Después de coger las acuarelas, los estudios a carboncillo y el álbum fotográfico deambularon por la casa durante un rato y acabaron en la

buhardilla, lugar misterioso que durante sus estancias estivales en Isla Malva se convertiría en el rincón favorito de ambos, donde, según el caso, discutían o se hacían confidencias de hermanos.

Después de diez minutos, bajaron los peldaños de mármol blanco y salieron de la casa. Alberto cerró la puerta principal. Cuando ambos caminaban hacia la salida, Sara se giró y miró la fachada. No sintió nada especial, quizá nostalgia, quizá desapego, pero lo que sí observó fue que el vacío que sentía no se llenaba, sino todo lo contrario.

Sara no abrió la boca mientras bajaban por la calle Alta, en dirección al puerto. Alberto se quejó por tener que esperar hasta las cuatro de la tarde para coger el ferry que los llevara de vuelta a la península. También se quejó por no poder utilizar su teléfono móvil. Estaba preocupado por que nadie durante todo ese tiempo hubiera tenido la oportunidad de localizarlo. Alberto era uno de esos hombres que ya no podían vivir sin teléfono móvil; no entraba en su cabeza no poder utilizar el móvil cuando se le antojara y lo consideraba ya una extensión de su miembro derecho. Sara se preguntaba por qué, en lugar de guardarlo en el bolsillo de su chaqueta o camisa, lo llevaba constantemente en la mano. Se ahorró la pregunta. No tenía ganas de oír una respuesta absurda.

—Eh, ¿ése no es Teodoro? —preguntó Alberto a la vez que señalaba con la cabeza a un anciano que cruzaba delante de ellos, luciendo una admirable mata de cabello blanco y una oronda panza cervecera.

Sara se detuvo y miró al anciano atentamente. El anciano tendría unos setenta y tantos años, pero caminaba con paso ligero y las manos metidas en los bolsillos, mientras silbaba una vieja melodía marinera.

Antes de que Sara dijera algo, Alberto gritó:

—¿Teodoro?

El anciano se detuvo con la misma celeridad que caminaba y, sin titubear, dirigió una mirada suspicaz a los hermanos. Frunció el ceño, mostrando unos oscuros y pequeños ojos desconfiados.

Alberto, todo cordialidad, se acercó al anciano, exhibiendo la sonrisa encantadora que tantos éxitos le había reportado, tanto en su vida profesional como en la personal.

—¿Teodoro? ¿No se acuerda de mí? Soy Alberto. El hijo de Víctor Suárez. —Se volvió hacia Sara que miraba la escena en silencio, expectante—. ¿Y de ella? Es Sara, mi hermana. No me creo que no se acuerde de nosotros.

El anciano permanecía increíblemente inmóvil. Sólo se movían sus ojos, cada vez más desconfiados. De repente, exhibió una sonrisa que mostró una

dentadura sorprendentemente blanca y, por lo que se veía, con todas sus piezas intactas.

—¡Anda mi madre! ¿Son ustedes?

Alberto asintió enérgicamente, entusiasmado. No había quien lo ganara a pelota, pensó Sara.

—Vamos a vender la casa y hemos venido a recoger unas cosas —dijo mientras le mostraba fugazmente el juego de acuarelas y el mohoso álbum de fotos.

Teodoro era el marido de Rosa, la señora que se encargaba del cuidado de la casa y de ellos cuando pasaban el verano en Isla Malva. En realidad, nunca tuvieron excesivo trato con Teodoro, salvo las contadas ocasiones en las que pasaba por casa. Rosa siempre se portó muy bien con todos ellos, especialmente con Sara y Alberto. Rosa adoraba a los niños, tratándolos como si fueran propios.

—¿Dónde está la tata? —preguntó Sara de repente, con una nota de emoción en su voz.

El anciano tensó los músculos de la cara y su rostro se ensombreció. Sara temió lo peor.

—La tata... —comenzó a decir y se detuvo—. La tata está para el arrastre.

Sara creyó percibir que su aflicción tenía cierto componente de rencor.

—¿Vive?

—Malamente —dijo Teodoro.

No era su percepción, era una evidencia, constató Sara.

Rosa, la tata, como la bautizaron Sara y Alberto —después de descubrir que era algo más que una señora que sus padres habían contratado para que no hicieran más trastadas de las permitidas—, era una mujer de voz potente, corpulencia fuera de lo normal en su género y fuerte carácter, pero con un gran corazón, que los adoraba y que en más de una ocasión, además de partícipe, fue encubridora de travesuras de cierta importancia. Sara se reprochó a sí misma haberse olvidado por completo de ella. De no ser porque la casualidad había dispuesto enlazar los caminos de Sara y Alberto con Teodoro, se habrían marchado de la isla sin ni siquiera haberle concedido el más mínimo recuerdo. Sin duda alguna, Rosa había sido una de las personas más importantes e influyentes para ellos en aquellos extraños días, pero el dolor que provocó la muerte de su madre a dos frágiles niños eclipsó al resto de los mortales que pululaban alrededor de su órbita.

La persona encorvada, de escaso cabello plateado —otrora densa cabellera

castaña—, rostro desgajado y flacucha, era lo poco que quedaba de Rosa, la tata. La mujer enérgica que los besaba sonoramente y estrujaba hasta sacarles todo el aire de los pulmones había desaparecido en el tiempo. Sara sintió de repente una honda sensación de tristeza.

Rosa estaba sentada en un sillón orejero, alrededor de una mesa camilla. Tenía las manos metidas bajo las faldas de la mesa; estaba con los ojos cerrados y con una expresión de tremendo cansancio. De fondo sonaba débilmente la radio. Teodoro se acercó hasta el pequeño transistor que emitía un magacín matinal y lo apagó.

—Le gusta la radio. Aunque no creo que la oiga mucho: se pasa el día durmiendo.

Todo se quedó sumido en un incómodo silencio, roto por el monótono ruido de las ruedas de un arcaico reloj despertador que reposaba sobre un tapete de ganchillo, al lado de baratas figuras de porcelana y portarretratos de familiares y allegados de Teodoro y Rosa.

Teodoro se movía de aquí para allá. Le habló a la anciana elevando la voz.

—Tienes visita.

La anciana abrió los ojos repentinamente con una expresión de desconcierto que rápidamente mutó en indiferencia. Miró a los recién llegados como si hubieran estado allí todo el tiempo.

A Sara le incomodó el tono irritado de Teodoro. Miró a la tata y sintió una gran tristeza. Un muro invisible separaba, además de todos esos años, los mundos completamente opuestos de Sara y su hermano y la tata y su marido.

—Dios mío —murmuró Alberto, sin poder evitar que su pensamiento se escapara a través de su boca.

—En esta casa no hay Dios que valga. Hace tiempo que nos abandonó —dijo Teodoro mirando hoscamente a Alberto. Luego se acercó a la anciana y le colocó un pequeño almohadón detrás de la espalda.

Sara parpadeó y se acercó a la anciana. Cogió una silla y se puso a su lado. Cogió la mano de la anciana. Estaba fría e increíblemente arrugada; era como tocar la corteza blanda de un árbol centenario. Sara la apretó suavemente, pero Rosa no reaccionó al estímulo.

—Tata. Soy Sarita. Y Albertito —dijo Sara susurrando al oído de Rosa.

La anciana no dijo nada; su mirada viajó con lentitud hacia los ojos de Sara y la miró con ojos temerosos, suplicantes, que al cabo de unos segundos delataron una extraña curiosidad. Sara sujetó la mano de Rosa que, aunque parecía inerte, en ningún momento soltó.

Sara sintió una repentina alegría que trocó en una súbita sensación de melancolía. Por un instante, creyó que no podría evitar llorar. Tragó saliva y forzó una sonrisa amable.

—Te acuerdas de nosotros, ¿a que sí?

—Está muy débil —replicó Teodoro, sin disimular su rencor.

Otra sensación melancólica se apoderó de ella. ¿Cómo podía haberse olvidado de la tata? Se sintió miserable.

—Siento no haber venido a visitarte. Lo siento de veras.

Alberto notó cómo le temblaba el labio. Tragó saliva.

De repente la mano de Rosa apretó suave pero firmemente la de Sara, reteniéndola contra la suya. La anciana miraba fijamente a Sara. Pudo sentir aquellos ojos lánguidos posarse en cada centímetro de su cara. Después sonrió sin entusiasmo. Sara sonrió.

—Tata, estás muy guapa.

Y le acarició la cara. La anciana forzó una nueva mueca de amabilidad. De repente miró a Sara con mayor interés y sus ojos se transformaron. Era como si algo ajeno a su vacío y triste mundo monocromo hubiera aparecido iluminando con luz cegadora sus últimos momentos de vida. Aferró la mano de Sara y su mirada envió un mensaje de auxilio. Arqueó las cejas y Sara acarició tiernamente su rostro fofo.

—No sabes las veces que me he acordado de ti. Seguro que tú también te acuerdas de lo trastos que éramos, ¿a que sí?

Sara asintió con la cabeza y Rosa la imitó sin dejar de sonreír.

—Mamá te quería mucho.

—Mamá —repitió la anciana.

—Sí. Mamá. Elisa.

—Elisa... —murmuró Rosa y entonces giró la cabeza. Parecía intentar recordar algo asociado a ese nombre.

—Sí. Elisa. Nosotros somos sus hijos: Sarita y Albertito. Te dimos mucho que hacer entonces...

—Tenía que entregarla... —dijo Rosa en un hilo de voz quejumbroso.

—Sara, la estás agobiando, ¿no ves? —dijo Alberto e inmediatamente buscó la mirada cómplice de Teodoro que lo miró sin ya ocultar el desagrado que le producía la inesperada visita.

—Pero no lo hice... —murmuró la anciana, a la vez que negaba.

De repente, Rosa comenzó a toser estrepitosamente. Sara soltó la mano de la anciana y se separó de ella. El rostro de Rosa se tornó rápidamente en una

mueca morada. La tos era nerviosa y persistente, y en cuestión de segundos la aparente tranquilidad se convirtió en una situación embarazosa.

Teodoro se acercó a la anciana, pero antes les lanzó una mirada hostil a los hermanos.

—¿Qué necesidad tenían de hacerle pasar este mal rato?

Era injusto, pero Sara comprendió que habían entrado sin pedir permiso en las vidas de dos ancianos que esperaban la muerte más que otra cosa. Una con muda resignación, otro con odio hacia todo cuanto lo rodeaba.

—No —escupió Teodoro cuando vio a Sara que intentaba socorrer de algún modo a Rosa.

Alberto se acercó a Sara y la cogió por los hombros. Sara se incorporó tan rápido que la silla que ocupaba se cayó y golpeó con estrépito el suelo de terrazo aceitoso mientras Rosa no dejaba de toser.

Alberto se apresuró a coger la silla del suelo mientras Teodoro miraba todo el recorrido con su intensa mirada rencorosa, sujetando un vaso de cristal desportillado y rayado. Esperaba con impaciencia que la anciana dejara de toser.

—Lo siento —dijo Alberto colocando la silla en el lugar que había ocupado; luego observó a Sara y sus miradas se encontraron—. Sara. Tenemos que irnos.

Sara miró a Teodoro que se había colocado al lado de la anciana, en un extraño gesto por proteger su rancio mundo de rencor hacia todo lo ajeno a ese reducto que transmitía tristeza y desolación.

—Sí —dijo Sara finalmente, no demasiado convencida y observando a Rosa que en ese momento dejaba de toser y trataba de recuperarse respirando fatigosamente.

Sara miró a Teodoro, que la invitaba con esos ojos pequeños a que se largaran de allí para no volver jamás.

Sara se giró lentamente sobre sus talones y caminó hacia la puerta. Alberto vio en su rostro el dolor que le producía esa situación. Sara llegó hasta la puerta y la abrió. Alberto se apresuró a aguantar la puerta para, a continuación, abandonar para siempre el inframundo de Rosa.

—Sarita... Albertito, hijos...

Sara ya estaba fuera, Alberto en el estrecho y húmedo recibidor que apeataba, como el comedor, a pringue, sal y tabaco. Inmediatamente giró su cuerpo menudo, rehízo sus pasos y se detuvo bajo el dintel de la puerta. Enfocó su mirada en la tata que ya parecía respirar con mayor normalidad

mientras agitaba la mano, rechazando el vaso de agua.

—¿Estás bien? —preguntó Sara con cierta preocupación.

La anciana se apresuró a agitar la cabeza con las escasas energías de que disponía.

Sara entró de nuevo en el diminuto comedor y se acercó por la derecha a la anciana, colocándose en el lado opuesto que ocupaba su marido. Se agachó y cogió su mano izquierda.

—Por favor, déjeme que al menos me despida de ella.

Al parecer, Teodoro no esperaba encontrarse con que la chica fuera tan tenaz. No dijo nada, ni expresó nada.

Entonces la mano temblorosa de la anciana se movió, lentamente, viajando y buscando el rostro de Sara que acercó su cara al encuentro. Cuando la pálida y arrugada mano se posó sobre el rostro aceitunado de Sara, Rosa sonrió. Su mirada líquida se detuvo en algún momento del pasado.

—Mi niña.

Sara sonrió y Alberto espiró el aire que había contenido en sus pulmones durante el último minuto.

—Te he echado tanto de menos... —dijo la anciana; su voz tembló—. A los dos.

Sara acarició el rostro de Rosa y su expresión se ensombreció repentinamente.

—No me perdonaré nunca no haber venido a verte —dijo Sara, observando la expresión nostálgica de la anciana.

—No —susurró Rosa de repente, apretando la mano de Sara.

Alberto entró despacio en la habitación, intentando que su presencia no se notara más de lo necesario.

—Tenía que haber... —murmuró la anciana y se detuvo. Tragó saliva y gimió, como si el acto de continuar hablando supusiera un horrible tormento infligido desde lo más profundo de su pasado.

Negó y cerró los ojos. Parecía angustiada.

—No sé por qué lo hice...

Sara miró a Rosa con ojos desorbitados.

—Ahora ya no importa —susurró Sara intentando que su voz no sonara excesivamente compasiva.

—Sí que importa... —se apresuró a añadir la anciana con pesar y cierto tono de irritación.

Entonces levantó la cara y observó a su alrededor en silencio. Su mirada se

detuvo en Teodoro.

—¡La carta! —dijo Rosa elevando la voz, mientras Teodoro alternaba su mirada desconfiada entre su esposa y aquellos intrusos—. Encima del armario, dentro de una caja de zapatos...

—¿Qué dices, mujer?

—¡Tráela!

Sara miró a Rosa y luego a Teodoro que parecía aturdido. Sin más, se incorporó y desapareció a regañadientes por una puerta muy estrecha, internándose a continuación en un estrecho y abovedado pasillo oscuro. Sara observó a Rosa en silencio. Apostaría que la tata parecía inquieta en el buen sentido de la palabra.

No tardó ni quince segundos en aparecer Teodoro de nuevo llevando consigo una caja de zapatos deformada de color gris ceniza, rodeada con doble vuelta por una delgada goma elástica. La puso sobre el regazo de la anciana, desvelando cierto recelo en el último movimiento.

Rosa se la arrancó de las manos y, moviendo las huesudas manos, cogió la goma que mantenía la caja cerrada. Sara constató que la goma estaba podrida. De repente, la goma se partió cuando Rosa estiró levemente de ella. La anciana soltó un débil gemido y quitó la tapa de cartón, desvelando su contenido a los presentes.

Las manos, deformes debido a la grave artritis que padecía, se movían torpemente entre fotografías en blanco y negro con bordes aserrados de Rosa y Teodoro, en pleno esplendor juvenil, y un montón de pequeños prospectos de películas de los años cincuenta y sesenta de un cine de Gijón que anunciaba programas dobles. El contenido de la caja olía a papel viejo y a humedad, pero Sara también percibió un ligero aroma a jazmín, que contrastaba con el olor viciado del resto de la casa y sus habitantes. Recordó vívidamente la correspondencia de ese olor particular con una persona entrañable: Rosa, cuando era la tata. Desgraciadamente ese perfume había desaparecido con su vitalidad.

—Aquí está —dijo Rosa con voz cansada, no exenta de cierta excitación. Acto seguido, tosió un par de veces.

Y lentamente extrajo de entre el resto de la papelería un sobre delgado, color marfil y cerrado.

La anciana sonrió ampliamente. Inspiró lentamente, intentando regular su respiración.

Durante tres o cuatro segundos nadie dijo nada. Sara podría jurar que hasta

el tictac del reloj despertador también se detuvo en ese breve intervalo de tiempo.

Sin soltar el sobre, buscó el rostro de Sara. Rosa volvió a sonreír y luego esbozó un gesto solemne que se diluyó en un enorme cansancio. Le entregó el sobre.

—El día que tu madre murió... me entregó este sobre —susurró, interrumpida de nuevo por la tos.

Sara no pudo evitar su sorpresa. Giró el sobre que Rosa le había entregado por el reverso y vio un nombre escrito a lápiz sobre la superficie amarillenta. El nombre estaba ligeramente difuminado por el tiempo, pero todavía perfectamente visible:

Isabel Bellver

Sara palpó suavemente el sobre cerrado y notó que en su interior habría no más de un folio doblado. Alberto se aproximó a su hermana y miró el sobre con curiosidad. Antes de comentar nada, Rosa dijo, no sin mucha dificultad:

—Elisa me pidió que se lo entregara... pero nunca lo hice... y tampoco nunca lo abrí: no era asunto mío. Después de aquel terrible accidente... lo guardé. No sé por qué lo hice..., supongo que tuve miedo... Luego, ella... ya no estaba... Murió lejos de aquí...

Hizo una larga pausa.

—Nadie vino a reclamarlo, ni jamás oí a nadie mencionarlo... Tampoco sabía si ella me habría perdonado... aunque desde entonces he rezado para que algún día pudiera finalmente entregarlo. Ahora sé que en el cielo, que es donde está, Elisa escuchó mis plegarias.

—¿Lo vas a abrir? Si no te atreves, yo lo haré encantado —dijo Alberto con cierto apremio y las manos dentro de los bolsillos de su pantalón azul marino Massimo Dutti.

—Espera un poco.

—¿Esperar? ¿A qué? Vamos, ábrelo de una vez.

Sara tenía tantas ganas si no más de abrir el misterioso sobre. Se había levantado un poco de viento y los dos hermanos se encontraban en el malecón. El cielo estaba despejado pero grandes nubes violáceas se acercaban por el norte. No había nadie en el puerto ni en la explanada. Un par de vecinos habían salido del supermercado que se encontraba en una estrecha calle adyacente a la calle Alta y habían desaparecido por otra callejuela.

—Si no quieres abrirlo, entonces rómpelo y tíralo al mar. Será alguna

felicitación de navidad.

—El mar no es un basurero.

Alberto chasqueó la lengua, cogió su móvil y miró por enésima vez el estado de conectividad a la red telefónica.

Isabel Bellver

Leyó de nuevo el nombre del destinatario. Sara conocía a esa mujer, pero muy vagamente.

—¿Te acuerdas de Isabel Bellver?

Alberto frunció el ceño con un gesto infantil mientras toqueteaba su móvil.

—¿Era esa mujer pelirroja, la amiga de mamá?

Alberto, que se encontraba mirando hacia el mar, se giró y miró hacia arriba, en dirección noreste. Desde su posición y por encima de un pequeño grupo de casas pequeñas de tejado rojizo, apuntó hacia un grupo de árboles que cubrían una empinada montaña.

—Creo que vivía por allí. Una vez estuve con mamá. Era artista o algo así.

Sara trató de componer la imagen de Isabel Bellver en su cabeza. Logró esbozar el cabello y un cuerpo, pero no un rostro definido. Esas imágenes se mezclaron con otras imágenes del pasado, sin orden, inconexas. Miró el sobre, le dio la vuelta y, sin que Alberto se percatara, rasgó con cuidado el lateral del envoltorio y extrajo una carta doblada, de papel también amarillento. La desplegó cuidadosamente con el corazón en un puño. Tanto la letra del exterior del sobre como la de la carta eran de la misma persona.

En ese momento, Alberto vio cómo su hermana desdoblaba la misteriosa carta. Se acercó a ella de un salto.

Los dos hermanos leyeron la carta en silencio, mientras el viento la agitaba.

Isla Malva, 14 de agosto de 1985

Querida Isabel:

Te escribo esta carta con la intención de que puedas perdonar mi actitud de los últimos días. Sé que he estado huraña y distante contigo, pero estoy segura de que comprenderás que todo obedece a un motivo concreto: tengo miedo, mucho miedo; por mí, por mis hijos y también, debo decirlo, por ti. No quiero que te ocurra nada, por eso no te he puesto al corriente de mi descubrimiento.

Creo que he encontrado al asesino y violador que busca la policía. Tengo pruebas irrefutables que debo entregar a la policía de Llanes hoy mismo.

Agradezco tu amistad y sinceridad, y espero volver a verte pronto. Sé que es pedirte demasiado pero, si algo me pasara, recuerda La Dama de Sonrisa Plateada.

Siempre te quiere, tu amiga Elisa

Sara volvió a releer la carta una vez más. No terminaba de comprender el texto. Alberto fruncía el ceño y meneaba la cabeza. Antes de que Sara terminara su relectura dijo:

—¿Te has fijado en la fecha? El 14 de agosto de 1985.

—El día que murió mamá.

De repente experimentó una sensación de ahogo y el corazón comenzó a latir más deprisa.

Buscó en el reverso del folio doblado algo más. Estaba en blanco. Volvió a leer de nuevo el destinatario del sobre, y la carta también una vez más. A cada palabra que leía, su corazón aumentaba de velocidad. Parpadeó y por un momento pensó que se desmayaría. Constató que tenía la boca seca y que comenzaba a sentirse indispuesta.

Isabel Bellver

Intentó hacer un nuevo esfuerzo y configurar en su cabeza la imagen de esa mujer. Era cierto que la había visto en compañía de su madre en varias ocasiones. El esfuerzo mental de conseguir una imagen clara de ella se empeñó en devolverle retazos borrosos y confusos.

Alberto cogió a Sara por la cintura y Sara lo miró sobresaltada. Cogió la carta de las manos frías de su hermana.

—Parece la letra de mamá.

—Es la letra de mamá —ratificó Sara.

—¿Y qué es todo esto del «asesino y violador que busca la policía»? No entiendo nada.

—Quizá deberíamos ir a la policía —sugirió Sara.

—¿La policía? No estarás hablando en serio...

—Es la letra de mamá, tú lo has dicho.

—Se parece a la letra de mamá, pero no he dicho que lo fuera.

—Habla de un asesino y violador. De ir a la policía y de tener pruebas irrefutables, y además fue escrita el mismo día de su muerte. ¿No crees que pueda ser importante?

Alberto negó sonriendo. Sara odiaba esa sonrisa de sabelotodo.

—Vamos, Sara.

—¿Vamos, Sara, qué?

—¿Qué? ¿Qué? Esto no significa nada.

—Yo creo que sí.

—¿Por qué estás tan segura?

Sara se acercó más a su hermano en una actitud que se podría decir que era desafiante.

—Yo pienso que esta carta es reveladora.

—Nadie asesinó a mamá. Se suicidó —rumió Alberto en tono sombrío. Enseguida se arrepintió de su tono.

—Mamá no se suicidó —replicó Sara, a la defensiva. Notó que la emoción afloraba con rapidez.

—Sí lo hizo.

—¡No! —gritó Sara, con la voz quebrada.

De repente, apareció una figura que descendía por la calle Alta. Era un hombre de mediana edad que fumaba y vestía un ajado chubasquero azul marino y botas altas de agua. Llevaba consigo algunos aperos marineros. Los miró fugazmente mientras cruzaba la explanada y desaparecía en dirección contraria.

Sin darse cuenta, Alberto constató que sujetaba a su hermana por la muñeca con fuerza. La soltó de inmediato.

—¿Te he hecho daño?

Alberto miró fijamente a su hermana a los ojos. Estaba al borde del llanto. Sabía que su hermana era de lágrima fácil, pero también muy lista y a veces había utilizado ese recurso para conseguir lo que deseaba. Con el tiempo, había mejorado su técnica tanto que era muy difícil averiguar si sentía esas lágrimas o si por el contrario te estaba engañando hábil y descaradamente.

Dos tímidas lágrimas surgieron humedeciendo sus oscuros ojos.

No fingía, eran reales, meditó Alberto después de observarla atentamente, aunque no estaba completamente seguro.

—Sara.

Se secó las lágrimas que resbalaban por sus mejillas y le dio la espalda a su hermano.

—Sara.

Alberto levantó las manos en señal de impotencia. Suspiró y después de un largo silencio dijo:

—Vamos a hacer una cosa: vamos a coger esta carta y la llevaremos a un grafólogo. El cuñado de Diana trabaja en la científica de la policía de

Barcelona. Estoy seguro de que él sabrá cómo proceder. Ellos determinarán si fue escrita por mamá o no. ¿Qué te parece?

Sara permaneció inmóvil, contemplando cómo las nubes del horizonte se acercaban cada vez más.

—Sé que es pedirte mucho pero no quiero que te tomes todo esto en serio. La carta podría no ser lo que parece a primera vista. Pero te prometo que, si lo que insinúa es cierto, removeremos cielo y tierra. Tienes mi palabra.

Una gaviota cruzó por delante del campo visual de Sara y se alejó por el este graznando. Se giró lentamente y miró a su hermano con férrea determinación. Alberto conocía perfectamente esa mirada.

—De acuerdo. Pero antes tengo que hablar con Isabel Bellver.

La casa de Isabel Bellver estaba situada en la parte noroeste de Isla Malva. Era una zona privilegiada que daba al mar Cantábrico. Las vistas eran espectaculares. En un día claro se podía apreciar la curvatura de la Tierra en los extremos. Ése era uno de esos días.

Sara y Alberto subieron por una estrecha y sinuosa senda. Al final cogieron una tosca y serpenteante escalera que tenía la peculiaridad de haber sido fabricada aprovechando cualquier material firme y sólido, como ladrillo rojo, teja curva, azulejos de diversos colores y formas, y unas vistosas y características piedras de color grafito que provenían de la playa de la isla.

Cuatro grandes árboles protegían la casa de los vientos del norte. Una casa no demasiado grande de dos alturas, realizada primordialmente con ladrillo, piedra laja y detalles en madera de cedro en puertas y ventanas. Un balancín descansaba bajo un estrecho porche a sotavento. La puerta principal de la finca estaba entreabierta.

Sara y Alberto se acercaron hasta allí. Un precioso ejemplar de perro Labrador Retriever levantó las orejas y miró con curiosidad a los extraños. Ladró tímidamente, moviéndose en círculos y meneando la cola, luego empujó la puerta de la casa y entró. *We might as well be strangers*, de Keane, fluía como una danza maravillosa y sensual a través de la ranura que el animal había dejado en la entrada.

De repente y como si de una bendita aparición se tratase, una chica increíblemente bella se asomó por la puerta. Lucía una melena corta y rubia. Tenía ojos azul violeta, pómulos sobresalientes y diminuta nariz respingona. Vestía una ceñida camiseta gris con un texto que decía: *I like your husband* y

pantalón vaquero muy estrecho. Miró directamente a Alberto y luego a Sara. Sonrió.

—Hola —dijo entrecerrando los ojos con una mezcla de simpatía y cautela.

El perro se acercó a la chica y lamió su mano izquierda.

—Hola —dijo Sara, adelantándose a su hermano.

La chica inclinó la cabeza hacia la derecha y miró a Sara. El sol de la mañana cegaba sus ojos. Hizo visera con la palma de la mano derecha. Sonrió.

—Yo a ti te conozco.

Sara caminó hacia la chica, que permanecía apoyada en la jamba de la puerta. La chica poseía un cuerpo bien proporcionado y esbelto. Sara sintió un latigazo de celos al contemplar su increíble figura. Sin darse cuenta, sus ojos recorrieron su cuerpo y se detuvieron en sus pies. Calzaba unas chancas amarillas que envolvían un par de bonitos y estilizados pies con las uñas esmaltadas en rojo carmín. Extrañamente, sintió que se ruborizaba.

—Me llamo Sara Lecrerc, él es mi hermano Alberto.

La chica sonrió exhibiendo una dentadura perfecta.

«*También los dientes*»

—He visto *Cuidado con lo que deseas*. Me encantó. De veras —soltó la chica mientras la miraba de arriba abajo, sonriendo bajo la improvisada visera.

Sara no supo cómo interpretarlo. En dos escenas de la película aparecía completamente desnuda. En una de ellas haciendo el amor con su partenaire. No tuvo ningún reparo en desnudarse entonces. No obstante, se sintió incómoda por la apreciación. La escena en cuestión tuvo el dudoso privilegio de ser la más tórrida de la historia del cine español de los últimos años.

—Gracias —fue lo único que consiguió decir.

La chica comenzó a caminar hacia ellos.

—Me he enterado de que pensáis vender la casa.

—Sí. Hemos venido a recoger algunas cosas —dijo Alberto. Sus insinuantes ojos recorrieron el cuerpo de la chica sin poder evitarlo a la vez que exhibía una sonrisa seductora.

La chica asintió y entonces hizo un gesto con la cabeza, indicando la casa.

—Estoy descansando un poco y tomándome un té. ¿Os apetece?

Sara miró a su hermano fugazmente y asintió. La chica entró en la casa y Sara y Alberto la siguieron.

Policromados cuadros, pósters de películas y de festivales de cine y jazz, expresivos retratos de personas de mirada perdida; especialmente de África,

Sudamérica y Asia. Paredes pintadas con vivos colores. Plantas enormes en macetas de hojalata, alfombras de ratán. Multitud de libros. Películas en DVD y vídeo. Cedés. Figuras oscuras y alargadas. Alegres jarrones decorados en varios colores...

Cada rincón de la casa irradiaba vida. La música no era otra cosa que la voz de la estancia. Dos grandes ventanales dejaban entrar una luz radiante. Aparentemente, la disposición en la planta baja era tipo loft. Alguien había eliminado la mayor parte de los tabiques, dejando únicamente los de carga y las vigas que soportaban la edificación. Una escalera estrecha, situada al fondo, comunicaba con la parte superior. Inmediatamente, Sara se sintió como en casa. El color, subyacente en cada rincón, transmitía optimismo y vitalidad.

La chica se presentó como Cristina y, mientras calentaba un poco de té en dos tazas enormes de colores chillones, acribilló a Sara con preguntas sobre su carrera de actriz. A Cristina le encantaba el cine y se consideraba a sí misma una moderada cinéfila. Había visto su última película en Gijón, junto a Antonio, su novio.

—Es fotógrafo. Fotoperiodista, mejor dicho. Ahora está en Namibia —dijo Cristina señalando unas cuantas fotografías que se encontraban colgadas en las paredes. Una de ellas llamó especialmente la atención de Sara: era una fotografía en blanco y negro, y en ella una madre de origen asiático, de rostro enjuto y resignado, lavaba delicadamente con un trapo a un chico por debajo de las axilas. El chico tendría unos veinte años y en la instantánea gesticulaba con la boca totalmente abierta en un gesto de dolor e impotencia. Su cuerpo desaparecía de cintura para abajo.

—Es realmente bueno —dijo Sara.

—Creo que vi algo de una exposición suya en Barcelona hace unos cuantos meses. ¿Puede ser? —preguntó Alberto.

—Sí. Aunque, no creas, no le gusta mucho exponer sus obras, lo hace a regañadientes y siempre porque lo persuado. Es muy tímido y le gusta pasar desapercibido. También es alguien muy comprometido.

—Pasarás mucho tiempo sola —dijo Alberto con un tono ligeramente incisivo.

Cristina hizo un mohín.

—Es el precio que hay que pagar por convivir con un genio.

Alberto meneó la cabeza, mirándola. Su mirada desprendía un claro síntoma de deseo sexual primitivo hacia Cristina.

Sara y Alberto se acomodaron en un sencillo pero cómodo sofá de tres

plazas. Cristina se sentó con las piernas cruzadas frente a ellos. Detrás de Cristina había una mesa alargada en la que reposaba un ordenador de sobremesa Apple MacPro, con un monitor Apple Led Cinema Display de 24 pulgadas y un iMac de 20 pulgadas.

Al final de la mesa había una impresora de grandes proporciones que escupía páginas sin cesar. Varios discos duros externos con diminutas luces verdosas, titilantes; un escáner, una cámara Nikon D300 con objetivo 18-200 y un iPod Classic de color blanco componían el resto de los elementos tecnológicos que se disponían a lo largo de la mesa, además de montones de páginas corregidas con marcador rojo, pruebas de color y revistas sobre moda, arquitectura, diseño... Sobre el lugar de trabajo, una larga balda estaba repleta de montones de libros de diseño gráfico, diseño editorial, logotipos, packaging y diseño industrial, así como imponentes tochos de fotografías emblemáticas como Robert Capa, Henri CartierBresson, James Stanfield, Helmut Newton, Brassai, Robert Doisneau...

Sara miró hacia uno de los monitores y presumió lo que sería el diseño de una página para una revista de moda.

—¿Eres diseñadora?

Cristina asintió bebiendo de su té. Cogió un minúsculo mando a distancia y bajó el volumen de iTunes, que en ese momento estaba reproduciendo *Pretty Penny* de Stone Temple Pilots. Miró fugazmente a la pantalla e hizo un gesto con la cabeza.

—Ajá. Trabajo, sobre todo, para un par de editoriales. Maquetación pura y dura. También realizo el diseño gráfico de varias publicaciones de moda, arquitectura y cosas por el estilo.

—Así que trabajas en casa —dijo Alberto.

Cristina sonrió y miró a su alrededor, orgullosa de la casa en la que vivía.

—Soy diseñadora por vocación. He trabajado para varias agencias, pero al final me lo monté por mi cuenta. Una de las razones y el motivo más importante: pasar el mayor tiempo posible aquí. Me encanta esta casa y esta isla. Pero sobre todo y especialmente por no tener que soportar a un jefe sobón, que no tiene ni puta idea y que piensa todo el rato con la polla.

Nadie dijo nada a continuación. Sara miró a Cristina con una mirada divertida.

—Me encanta tu casa —escupió Sara finalmente. No pudo evitar esbozar una sonrisa. Alberto frunció el ceño.

—Gracias —dijo Cristina—. ¿Y vosotros?

Sara intercambió una mirada con su hermano, luego carraspeó.

—Como te hemos dicho antes, hemos venido a recoger unas cosas que pertenecieron a nuestros padres... También hemos encontrado algo un poco extraño.

—¿Cómo de extraño? —se interesó Cristina.

—Es una carta que escribió mi madre a una tal Isabel Bellver.

—¿Isabel Bellver?

—Sí. ¿La conoces?

—Era mi tía —respondió Cristina con toda naturalidad, pero con cierto deje de nostalgia en su voz.

—¿Era?

—Murió hace mucho tiempo. Hace más de veinte años, no lo recuerdo con exactitud.

—Lo siento —dijo Sara sin poder ocultar su decepción.

—Así que mi tía y tu madre eran amigas —añadió Cristina.

—Eso parece.

Cristina se levantó y cruzó por delante de Sara y Alberto, que no perdió detalle del hipnotizante contoneo de sus caderas. Fue hasta una cómoda donde reposaban unos cuantos portarretratos, entre otras cosas. Cristina cogió uno de ellos.

—Ésta era mi tía —dijo Cristina enseñándoles el portarretratos.

Era una fotografía en color. Sara reconoció el porche de la entrada. En la fotografía aparecía una mujer de unos treinta y tantos años. Lucía una abundante cabellera rojiza. Tenía el rostro afilado y los ojos azules, brillantes. Su mirada desvelaba una cierta nota de tristeza. Era alta y esbelta, y sus facciones recordaban vagamente a Cristina.

—La casa era de ella. Nunca se casó, ni tuvo hijos.

—Era muy guapa. Veo cierto parecido contigo —dijo Alberto, mirando a Cristina con una sonrisa. Cristina asintió y Sara percibió un destello insinuante en los ojos de la muchacha. Al parecer no había mujer en la tierra incapaz de sucumbir a los encantos de su hermano.

—Le dejó la casa a mi madre. No sabía que existía hasta que mi madre me la cedió un buen día. Así era mamá: imprevisible.

Sara asintió, entregándole el portarretratos. Cristina lo cogió y lo dejó sobre la mesa de centro.

—Y la carta... ¿Dices que se escribían? —dijo Cristina con cierta curiosidad.

—Verás, la carta que hemos encontrado... todavía no sabemos si en realidad la escribió mi madre. Es difícil de explicar.

Cristina enarcó las cejas, sin saber muy bien cómo proceder.

—En tal caso, ¿qué puedo hacer yo? No acabo de entender muy bien todo esto.

Cristina miró a los dos hermanos de manera inquisitiva.

Sara y Alberto se miraron, incómodos por la situación. Alberto tomó la iniciativa al ver a su hermana apurada.

—En realidad pensamos que tu tía todavía vivía aquí, pero no sabemos si la carta fue escrita por nuestra madre; lo más probable es que no sea lo que a primera vista parece ser. Supongo que alguien quiso gastar una broma deliberadamente cruel.

Sara fulminó con una mirada torva a su hermano.

—¿Puedo ver la carta? —preguntó Cristina sin rodeos.

Sara dudó un instante. Alberto asintió y por fin se decidió.

—Sí, claro —contestó Alberto, dispuesto de inmediato. Miró fijamente a Cristina a los ojos.

Sara extrajo la carta del bolsillo de su chaqueta. Cristina la cogió, la sacó del respectivo sobre y comenzó a leer en silencio. En medio de la lectura, Cristina cogió de nuevo el mando a distancia y bajó el volumen hasta que la música casi desapareció.

Al finalizar, Cristina miró a los dos hermanos de hito en hito: tenían una mirada expectante. Cristina suspiró y le entregó la carta a Sara.

—Bueno. Es bastante misteriosa, debo reconocerlo —dijo Cristina levantando las cejas y mirando a su alrededor como si fuera la víctima de una broma con cámara oculta.

—Lo es. Y más sabiendo que mi madre murió ese mismo día —soltó Sara sin poder aguardar más.

Cristina aguantó la respiración por un instante y luego miró a Sara con gravedad, echando el cuerpo hacia delante.

—Vaya —murmuró.

—La noche del 14 de agosto nuestra madre se suicidó —dijo Alberto intentando no alimentar supuestas controversias.

Sara volvió a fulminar a su hermano con otra mirada.

—¿Se suicidó?

—Sí. Lo hizo —dijo Alberto con aplomo y total seguridad.

—¿Después de leer esto aún piensas que mamá se suicidó? —replicó Sara

agitando la carta delante de las narices de su hermano.

—Sara, ya hemos hablado de esto antes. Primero debemos probar la veracidad de la carta. —Luego miró a Cristina y se dirigió a ella—. Nuestra madre se tiró desde el Rincón del Diablo. Sufría de fuertes depresiones.

—¡No! —gritó Sara, interrumpiendo a Alberto.

Alberto la miró con severidad.

—Mamá era maníacodepresiva —añadió remarcando las palabras—. No puedes negar eso. Es un hecho. Lo sabes. Es horrible, pero es la verdad. Anteriormente ya había tenido tentativas de suicidio y siempre utilizando el mismo método: arrojar al vacío —concluyó Alberto con vehemencia.

Todos se quedaron en silencio.

Sara permanecía con la cabeza inclinada hacia el suelo, mientras se tapaba los ojos con la mano derecha. Cristina era una mera espectadora que observaba la escena con la boca abierta.

Alberto intentó acariciar a Sara, pero en el último instante desistió. Miró a Cristina con cara de culpable.

—Lo siento. Siento haber tenido que montar esta escena en tu casa.

Cristina negó con una expresión neutra.

—No pasa nada.

Alberto se levantó. Dejó la taza sobre la mesa de centro.

—Gracias por el té.

Sara levantó la cara. Tanto los ojos de Cristina como los de Alberto se posaron en los suyos: pudo sentir las miradas de reprobación. Tenía los ojos enrojecidos y el semblante adusto.

Cristina miró a Alberto, se incorporó e inspiró hondamente. Lejos de parecer molesta se mostró comprensiva.

—Quizá lo mejor sería llevar la carta a la policía.

—Eso es precisamente lo que haremos. Parece lo más sensato, desde luego —dijo Alberto totalmente convencido—. Bueno, ya te hemos robado mucho tiempo. Seguro que tienes mucho trabajo por hacer —añadió, señalando la pila de hojas impresas.

Sara permaneció sentada; parecía abstraída.

Alberto se acercó a Cristina con la intención de despedirse. Le ofreció su mejilla y la besó suave pero firmemente. Alberto aprovechó la ocasión para poner su mano derecha levemente sobre su cintura. Cristina le ofreció una discreta sonrisa.

Alberto miró su reloj. Marcaba las cuatro menos veinticinco.

—¿Nos vamos ya, Sara? El ferry sale a las cuatro.

Sara se levantó y miró a Alberto. Su mirada delataba su total desacuerdo con su hermano.

—Voy a quedarme un poco más.

—¿Por qué? —replicó Alberto sorprendido—. ¿A qué viene esto?

Cristina miró a Sara y Alberto alternativamente.

—Cogeré el ferry de las seis. No te preocupes.

Alberto negó contrariado. No ocultó su malestar.

—Quiero que te vengas conmigo. Ahora —dijo a la vez que miraba a Cristina de reojo, molesto por esa situación.

—No.

—No te entiendo Sara, de verdad —dijo Alberto. Estiró la mano para coger la carta y añadió—: Llamaré al cuñado de Diana en cuanto llegue a Barcelona y le daré la carta esta misma noche.

Pero Sara no le entregó la carta; en su lugar, lo miró impasible.

—Necesito la carta. Te la mandaré mañana por mensajería urgente.

Alberto no dijo nada. Miró a su hermana con dureza.

Sara se acercó a su hermano mostrando el inicio de una mirada conciliadora, aunque nada parecía que pudiera hacerla cambiar de actitud en ese instante.

—Tengo que volver a la casa. Te llamaré esta noche. Te lo prometo.

Alberto se miró el reloj por enésima vez.

Después de un largo silencio, dijo:

—Sabes que no puedo quedarme. No me hagas esto.

—Cogeré el ferry de las seis. Un último vistazo.

Alberto se giró sobre sus talones y salió de la casa de Cristina sin añadir ni una sola palabra más.

Sara no cogió el ferry de las seis y, por un motivo que ni la propia Sara conocía, tampoco regresó a la antigua casa de veraneo como había asegurado. En su lugar fue al único hotel que había en Isla Malva y pidió una habitación para una noche. Hotel Isla Malva, ése era su nombre. El hotel era pequeño, coqueto y acogedor. Tenía ocho habitaciones repartidas entre sus dos plantas y estaba situado al comienzo de la calle Alta, frente al puerto y la explanada.

Era temporada baja y el hotel estaba vacío. En pleno otoño no había mucho turismo en la isla; aun así permanecía abierto. En verano la afluencia de turismo era cada vez más importante y de unos años hasta ese momento el volumen de la economía insular había aumentado considerablemente por ese

motivo.

Jesusa, una simpática y lustrosa mujer que pasaba de la cincuentena atendió a Sara con entusiasmo. La reconoció inmediatamente por su papel en la serie de televisión en la que había estado trabajando el pasado año. Aseguró que se divirtió mucho viendo la serie y le preguntó por qué la habían dejado de emitir tan pronto. Al parecer, a la cadena no le pareció lo suficientemente rentable. La lucha por dominar el espacio televisivo era muy dura y competitiva. Unas décimas de bajada en el *share* eran suficientes para eliminar con total limpieza y discreción a la serie más pintada.

Pasó la mayor parte de la tarde durmiendo. Tenía sueño atrasado y la siesta de dos horas y media atenuó en buena medida esa carencia. A eso de las ocho y cuarto de la noche, Sara bajó a recepción y se asomó a un pequeño comedor con dos ventanas cuadradas que daban al puerto y otras dos a un estrecho callejón. Jesusa la invitó a sentarse. Sólo le llevaría veinte minutos prepararle una reconstituyente cena. La propia Jesusa ejercía también de cocinera, deleitando a los comensales con sus guisos contundentes. Sara declinó la oferta con una sonrisa amable.

Salió al exterior, descubriendo que ya había anochecido. Hacía frío y no se oía ningún ruido de procedencia humana. Miró hacia la costa de Llanes: decenas de luces blancas, amarillas y anaranjadas titilaban. Dio un par de pasos hacia delante, lo suficiente para poder volver la cabeza hacia atrás y buscar con la mirada la casa. Si a plena luz del día era un lugar inquietante, por la noche sus formas oscuras no sugerían para nada su visita. Giró sobre sus talones y entró en el hotel.

Subió al primer piso. El pasillo era muy estrecho y estaba enmoquetado en color verde esmeralda. Abrió la puerta de su habitación: era bastante pequeña, pero acogedora. Se sentó en el borde de la cama y se quedó un rato en silencio. Meditó sobre lo que estaba haciendo y pensó en su madre y en la carta. De repente se sintió deprimida y sola.

Sacó del bolsillo de su chaqueta el móvil. Como había constatado Urquiola anteriormente, no había cobertura en la isla.

Alguien tocó con los nudillos la puerta.

—¿Sí? —preguntó Sara sobresaltada.

—“¿Señorita Leccerc?” —Una voz masculina con fuerte acento gallego se oyó a través de la puerta.

—Sí, soy yo. ¿Quién es usted? —respondió Sara con reserva.

—“Soy Silverio, el marido de Jesusa. Tiene una llamada de teléfono.”

Sara abrió la puerta y vio a un hombre de unos cincuenta y tantos años: nervudo, pequeño, con pelo encrespado y muy delgado que la miraba con ojos vidriosos y huidizos.

—Es una llamada para usted —se apresuró a añadir el hombrecillo, evitando los enormes ojos de Sara.

—¿Sabe quién es?

—Eso no, señorita. Si quiere pregunto.

—No, no. Gracias. Ahora mismo bajo.

—Gracias a usted, señorita. A mandar. —Silverio hizo una reverencia y desapareció sin hacer el menor ruido.

El aparato de teléfono era antediluviano; de color rojo bermellón, modelo Góndola. Recordó con nostalgia un modelo idéntico que tenían en la cocina de la casa de sus padres. Cogió el teléfono, que estaba situado en el mismo mostrador de madera y mármol grisáceo en el que Jesusa la había atendido.

—¿Sí? ¿Quién es?

—Me he imaginado que no te irías en el ferry de las seis —contestó una melodiosa voz femenina.

—¿Cristina?

—Creo que he sido una maleducada y poco considerada, dicho sea de paso.

—No, no... Yo te debo una disculpa; mía y de mi hermano. Me avergüenzo por cómo nos hemos comportado. Lo siento de veras.

—Aceptada, si eso te hace sentir mejor, pero aún te debo una, que conste.

Sara sonrió.

—Gracias —susurró—. ¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Bueno, si yo hubiera descubierto una misteriosa carta escrita por mi madre el mismo día de su muerte tendría un montón de preguntas sin respuesta.

Sara escuchó atentamente las palabras de Cristina. Sintió que había una especie de magnetismo entre ellas. Lo había notado nada más conocerla.

—Así que, si te apetece, estoy preparando lubina a la brasa con compota de tomate: mi especialidad. Con un Albariño fresquito... eso, y porque dos mujeres guapas, jóvenes y sin amancebar no tienen por qué cenar solas.

—Acepto encantada tu invitación.

—Bien. Aquí te espero. Chao.

—Chao.

Sara colgó el auricular y se quedó pensando un momento, sonriendo. Por la noche, la casa de Cristina transformaba totalmente su aspecto. Había velas de diversos tamaños y formas encendidas por todos los rincones de la

casa. Sus luces iridiscentes revoloteaban proyectándose en techos y paredes. La aterciopelada voz de Edith Piaf parecía brotar de cada rincón oscuro de la casa. *Tu es partout* le dio la bienvenida.

Cristina llevaba su corto cabello mojado. En esa ocasión, vestía una camiseta de lino verde lima con tirantes debajo de una fina rebeca blanca, más unos pantalones beige de tela. Sara se avergonzó por acudir a la cita con el mismo vestuario.

—¡Qué bien huele! —dijo Sara mirando la mesa alargada que estaba entre la cocina y la entrada principal. Cristina había dispuesto mesa para dos. La iluminación de las velas estaba complementada por las suaves luces de dos lámparas con forma esférica. Tres velas altas y gruesas colocadas en el centro de la mesa daban el toque final.

—Tengo que contarte un secreto: esto es lo único que sé cocinar. Tienes completa libertad para criticarme. Si no te gusta, tengo pizza congelada —dijo Cristina saliendo de la cocina con sendos platos humeantes.

Sara ayudó a Cristina a terminar de poner la mesa. Se sentaron y disfrutaron de la cena durante más de una hora. Hablaron de sus vidas, de trabajo. De vivir en Isla Malva y de vivir en Madrid. Del amor y de los sentimientos en general. Sin darse cuenta, acabaron la botella de Albariño y otra más de Antonio Barbadillo que estaba medio llena. Sara se sentía muy a gusto con Cristina. Hablaron sin parar y durante toda esa velada se le olvidó el motivo por el cual había decidido quedarse en la isla.

—Antonio debe de ser un tío genial —dijo Sara mientras contemplaba algunas fotografías hechas por el novio de Cristina en algún país asiático en guerra.

—Lo es. Es alguien comprometido en muchos aspectos y eso me gusta en los hombres.

—¿Estás enamorada de él? —preguntó Sara de sopetón, sorprendiéndose a sí misma por el atrevimiento.

Cristina bebió de su copa de vino antes de contestar.

—Supongo que no podría estar con él si no lo quisiera. Parezco una chica moderna, pero en cuestiones de amor soy muy clásica. No podría estar con Toni si no lo amara de verdad y me refiero a estar loca por él. Afortunadamente, todavía estoy en ese nivel.

—Pareces sincera.

Cristina se puso la mano en el pecho, a la altura del corazón.

—Lo soy, al menos cuando llevo unas cuantas copas de vino encima.

Sara sonrió.

—¿Y qué me dices de ti? Tienes un chico, ¿no? —dijo Cristina después de un breve silencio.

—Sí. Jacobo es... alguien especial.

Sara se sintió incómoda por la pregunta. A su pesar no supo disimular frente a Cristina. Entonces ésta acercó sus manos a las de Sara y las cogió. Sara se sorprendió.

—Supongo que siempre es agradable descubrir que tu pareja está colada por ti y debería ser suficiente, pero a veces no lo es —dijo Cristina en tono confidencial.

—¿Qué quieres decir? —dijo Sara sin acabar de entenderla.

—Creo que estoy firme e intensamente enamorada de Toni, aunque debo confesarte que también me enamoro a veces de otras personas: algo fugaz y muy pasajero. ¿No te ha pasado alguna vez?

—No —consiguió articular Sara, notando que sus manos se deshacían en sudor.

Cristina esbozó una sonrisa traviesa. Sus ojos tenían un brillo felino.

—No me lo creo. ¿Nunca has sentido deseos de follar con otro tío? Alguien completamente desconocido. Veros a solas en un hotel, una noche cualquiera, sin saber nada de él. Como en *El último tango en París...* pero con el Brando de *Un tranvía llamado Deseo*.

Sara sonrió y luego negó.

—No. Si no hay amor, no hay sexo.

—No me lo trago. He oído que los del cine no paráis de hacer orgías.

—Jamás he estado en una orgía.

—Charles Chaplin hacía una detrás de otra. Y Burt Lancaster. Y Errol Flynn.

—Esto no es Hollywood. Aquí no hay orgías. Al menos a mí no me han invitado a ninguna.

—No será porque no tienes un buen polvo.

Sara enarcó una ceja.

—¿Crees que tengo un buen polvo?

—Claro que lo tienes. Yo también lo tengo.

Sara negó.

—Tú estás más buena que yo.

—Somos diferentes.

—¿Qué quieres decir con eso?

Cristina movió la nariz antes de contestar como lo haría la actriz norteamericana Elizabeth Montgomery en *Embrujada*.

—Bueno, yo soy del tipo rubia mujer fatal a la que los tíos le pondrían un ligero y zapatos de tacón de dos palmos..., pero, por ejemplo, no tengo las tetas que tú tienes.

—¿Quieres decir que parezco una vaca?

—¿Eres consciente de que hay tíos a los que les gustan las tías con las tetas grandes?

—Es en lo primero que se fijan. Ya estoy acostumbrada.

—Pues eso quiero decir, que si un tío se fijara en ti sería porque le ponen las tías con pechos grandes y, si lo hiciera en mí, sería porque le va más un rollo morbo tipo Helmut Newton.

—Entiendo; yo soy Sara Dos Tetazas y tú Cristina Sofisticada de la Muerte —dijo en tono despectivo.

Sara retiró las manos de las de Cristina bruscamente y le envió una mirada furibunda, inescrutable. Cristina transformó su rostro, abochornándose de inmediato. Parecía totalmente consternada. Durante un par de segundos las dos chicas se miraron fijamente a los ojos. Cristina comenzó a frotarse las manos, nerviosa. No sabía qué hacer o decir.

Lentamente Sara comenzó a esbozar una tímida sonrisa. La consternación inicial de Cristina se transformó en desconcierto, hasta que comprendió lo que ocurría. Dio un puñetazo en la mesa y los cubiertos, copas y platos temblaron.

—¡Coño! Te juro que llegué a pensar que me había pasado de verdad. Me la has metido hasta el fondo.

Sara soltó una risotada y Cristina se contagió de la risa de Sara; quiso decir algo pero la persistente risa se lo impidió.

—¿No... no piensas... en otra cosa? —dijo Sara sin dejar de reír a mandíbula batiente.

Después de unos segundos de risa continua, dijo:

—Es... que paso mucho tiempo... sola...

Entonces Sara alargó la mano y cogió un plátano de un frutero que estaba situado en el centro de la mesa. Se lo entregó a Cristina sin dejar de reír.

—Te lo regalo... Para los momentos de soledad.

Las dos estallaron de nuevo en sonoras carcajadas y no pararon hasta que les dolió el estómago.

Después de la sesión de risoterapia, Sara ayudó a Cristina a recoger y a lavar los platos. Cuando terminaron se sentaron en uno de los sofás, frente al estudio

de Cristina, y tomaron una copa. De fondo se oía la prodigiosa voz de Aretha Franklin entonando *Do right Woman Do right Man*. Cristina sacó el tema de la carta.

—¿Quieres hablar sobre la carta que has encontrado?

Sara meditó la respuesta durante un rato. Asintió.

—Alberto, mi hermano, cree que no es auténtica.

—Pero tú sí crees que lo sea.

Sara asintió.

—¿Dónde la encontraste?

Sara le contó detalladamente cómo llegó la carta a sus manos. Le habló de Rosa y de la relación tan especial que mantuvieron entonces. Sara también le contó que su madre confiaba plenamente en ella y no era de extrañar que le hubiera confiado la carta.

—Pero, entonces, si la carta iba dirigida a mi tía, ¿por qué no entregársela directamente a ella?

—Creo que no quería involucrarla. No, al menos, hasta que hubiera tenido la oportunidad de ponerse en contacto con la policía. Tal vez para evitar que, si algo le ocurría a ella, el asesino no pudiera acceder a las pruebas. Por eso necesitaba a alguien que hiciera de mensajero.

Cristina ofreció a Sara más whisky, pero Sara sólo había bebido hasta la mitad de su vaso. Ése era el segundo vaso que Cristina apuraba. Sara constató que también había bebido más vino que ella durante la cena. Parecía lúcida y serena, no así Sara, que a veces sentía la lengua pegada al paladar. De repente Sara recordó la confesión hecha por Rosa.

—Un momento... Había en las palabras de Rosa algo que no acababa de encajar.

—¿El qué?

—Dijo que ella ya había muerto y... —Sara miró con renovado entusiasmo a Cristina—. Perdona, Cristina... Tu tía, ¿cuándo murió?

—Mmm... ¿Quieres decir la fecha exacta?

—Más o menos.

Cristina se rascó la cabeza y torció el gesto. Sara notó casi inmediatamente que Cristina quería imprimir a sus palabras un tono neutral.

—Fue una tragedia familiar. Un cáncer acabó con ella muy joven. No llegó a cumplir los cuarenta años.

—Es horrible.

Cristina hizo una mueca de esa tristeza que ha sido atenuada por el paso del

tiempo.

—En realidad nunca tuvo a la suerte de su lado. —Sonrió y carraspeó—. Bueno, a lo que íbamos: crees que lo que Rosa quería decir es que, cuando decidió entregar la carta a mi tía, ya no pudo hacerlo porque ella ya no estaba en la isla, ¿correcto?

—Bueno. Sí. Más o menos.

—Sí, podría ser. Mi tía se marchó de la isla en el momento en que le diagnosticaron la enfermedad y ya no volvió nunca más.

Sara no pudo evitar sentirse apabullada por toda esa información confidencial.

—Preguntaré a Rosa.

Cristina no dijo nada, hizo un leve movimiento con la cabeza señalando un lugar inconcreto del cuerpo de Sara.

—¿Puedo ver la carta otra vez?

—Claro.

Sara le entregó la carta que tenía guardada, doblada, en el bolsillo trasero de sus vaqueros.

Cristina leyó primero el destinatario de la carta, luego la abrió, se sentó al lado de Sara y la leyó atentamente en silencio.

—Me suenan esos crímenes vagamente...

Sin añadir nada más, Cristina se levantó y se dirigió hacia uno de los ordenadores que estaban frente a ellas. Movié el ratón y el salvapantallas desapareció. Cristina lanzó Safari y automáticamente apareció la web de Google. Introdujo en el cajón de búsquedas el tópico: *Los crímenes del 85*. Pulsó la tecla intro e inmediatamente aparecieron los resultados.

Sara se acercó a Cristina que estaba sentada en un mullido sillón giratorio de cuero negro con respaldo alto. Cristina le indicó que cogiera una silla. Sara se sentó junto a Cristina y ambas miraron lo que Cristina iba encontrando en internet.

Fueron directamente a una web dedicada a los crímenes más execrables cometidos en territorio nacional durante el pasado siglo y el actual. *Los crímenes del 85* tenían su propio apartado, en su momento catalogados como unos de los sucesos más truculentos y horripilantes de la crónica negra española.

Durante los meses de marzo y agosto de 1985 aparecieron cinco cadáveres de niños, con edades comprendidas entre los seis y nueve años. Todos los niños fueron secuestrados, violados y posteriormente asesinados.

El primero de los cuerpos fue hallado el 8 de marzo de 1985 en un lugar llamado Senda Cañada de la Reina, cerca de una carretera comarcal entre Valladolid y Cuéllar. La familia denunció la desaparición de su hijo en la mañana del mismo día. La Guardia Civil encontró el cuerpo desnudo, semioculto en una acequia, con importantes signos de violencia sexual. El niño se llamaba Roque Buendía y acababa de cumplir seis años.

El segundo cuerpo se encontró escondido tras unos arbustos dieciocho días más tarde: el 26 del mismo mes, en un páramo conocido como Layna, cerca de Medinaceli. Un pastor encontró el cadáver. Al parecer, no pudo evitar que dos de sus perros lo mordisquearan. Al igual que en el caso anterior, el niño desapareció y fue asesinado el mismo día. Tenía siete años y se llamaba Ramiro Martínez. La Guardia Civil movilizó a gran parte de sus efectivos. La población, especialmente los padres con niños de esas características, estaba aterrorizada. Se recomendó encarecidamente no perder de vista a sus hijos, no dejándolos solos en ningún caso.

La web sugería que los niños habían sufrido una brutal violación anal, debido a que los esfínteres presentaban signos de desgarró. La Guardia Civil no encontró posibles restos orgánicos que pudieran identificar al violador. La principal hipótesis se inclinaba a que el violador y asesino había utilizado condón. La investigación presumía igualmente que el violador había trasladado a sus víctimas del lugar del asesinato al emplazamiento donde fueron finalmente halladas, lo que complicaba ostensiblemente la búsqueda de pistas incriminatorias. La Guardia Civil investigó concienzudamente todas las supuestas variantes. No había ninguna relación aparente entre las dos víctimas. No se conocían de nada. Tampoco sus familias. Vivían en dos comunidades diferentes, separados por más de doscientos kilómetros de distancia.

Asimismo, la Guardia Civil investigó a los pederastas que vivían en un perímetro de trescientos kilómetros. No se descubrió nada relevante. Todos ellos tenían coartada para los días que se cometieron los asesinatos.

No volvió a aparecer ningún niño asesinado a lo largo del mes de abril.

El 13 de mayo, apareció otro niño asesinado: Pascual Cuenca, de nueve años. La Guardia Civil estaba desconcertada, ya que el cadáver fue encontrado en una zona boscosa de la localidad valenciana de Cofrentes. El cuerpo se encontraba atado de pies y manos a un árbol. En esa ocasión, el asesino había ido más allá, ensañándose con el cuerpo del pequeño. La posterior autopsia reveló que el niño fue violado post mórtem con objetos cilíndricos de gran tamaño.

Era la tercera víctima.

Hubo un gran revuelo mediático. La Guardia Civil puso todo su empeño en capturar al asesino en serie del cual, había que reconocerlo, no tenía pista que seguir. La cuarta víctima, Mateu Solsona, de siete años, fue descubierta el 14 de junio. Dentro de un pozo, en las inmediaciones de una granja escuela, a las afueras de Mollerussa, Lleida. La desaparición se produjo el día 12 de junio. Un perro policía descubrió el cadáver a más de veinte metros de profundidad.

Faustino Abarca tenía ocho años y fue la quinta y última víctima —o al menos la última relacionada con el asesino pederasta que buscaba la policía—. Su cuerpo fue hallado el 2 de agosto, en Almansa, Albacete. El chico había sido violado brutalmente por el recto con un objeto alargado y puntiagudo. La autopsia reveló que la muerte se produjo por ingente hemorragia rectal. Estaba en el interior de una casa de labor abandonada, atado de pies y manos a una columna de madera.

Al cabo de tres semanas, la Guardia Civil detuvo a Fermín Peralada como sospechoso de Los crímenes del 85. Peralada era un conocido pederasta. En 1981 fue acusado por intento de violación a un niño de seis años. Peralada pasó dos años en la cárcel, tras los cuales volvió a la vida civil. Regentaba junto a su madre una mercería en Alcázar de San Juan. La Guardia Civil encontró pruebas irrefutables en la casa que compartía con su madre, sita encima del negocio familiar. Tenía fotografías que habían sido realizadas mientras perpetraba sus horripilantes crímenes. Fue juzgado y condenado a pasar cuarenta años de pena de cárcel, lo máximo que la ley española establece. Dos semanas más tarde un recluso lo acuchilló en el cuello doce veces en la cárcel de Nanclares de la Oca, donde cumplía pena. Murió desangrado.

Sara por fin dejó de contener la respiración. Sentía un retorcido nudo en la boca del estómago y tenía la boca seca con un agrio y desagradable sabor. Estremecida por lo que acababa de leer, tuvo que obligarse a desviar los incipientes pensamientos de imágenes de muerte en inocentes niños. De repente, sintió una pena enorme por esos niños y por sus familias. Nunca comprendería por qué algunos hombres podían cometer tales atrocidades.

Cristina observó a Sara.

—¿Estás bien?

—Sí —mintió, mientras se masajeaba los ojos con las dos manos—. ¿Hay algo más? —añadió.

Cristina bajó hasta el final del texto.

—Un texto sobre el inspector que llevaba el caso. Un tal teniente Fernando Carballeira. ¿Te lo leo?

—Por favor.

—«Fernando Carballeira, teniente encargado de la investigación, dimitió de la Guardia Civil, tras importantes desavenencias con sus superiores. Según Carballeira, las pruebas encontradas en casa de Peralada fueron circunstanciales e inculpativas, pero no concordaban con la personalidad del sospechoso y, aunque decisivas, no eran, según opinión del teniente, definitivas. “Peralada no es más que un cabeza de turco”, aseguró en su momento.»

Cristina miró a Sara que permaneció callada un instante.

—¿Te dice algo alguno de esos nombres?

—No los había oído en mi vida.

Sara se dejó caer sobre el respaldo de la silla, resoplando y acariciándose el cuello con las dos manos en señal de cansancio. No llevaba reloj, así que preguntó la hora a Cristina.

—La una menos cuarto. ¿Estás cansada?

—Sí. Creo que sería buena idea irse a descansar —mintió.

La siesta había resultado reconfortante, pero notaba a Cristina cansada y no quería abusar de su hospitalidad. Cristina no dijo nada; miró a Sara y sonrió. Se miraron durante unos instantes. Sara habló finalmente:

—¿Tú qué opinas?

Cristina reflexionó durante unos segundos antes de contestar.

—Llevar la carta a la policía sería, a priori, lo más sensato. Tal vez la Guardia Civil la tuviera en consideración. Quizá existiera la posibilidad de que se volviera a revisar el caso.

—Tal vez —dijo Sara no demasiado convencida—. Si hubiera alguna forma de contactar con ese tal Carballeira... —reflexionó en voz alta. Luego negó y se levantó de la silla.

—Me voy a dormir. Es tarde y supongo que mañana tendrás que madrugar.

—¿Te vas mañana?

—Sí. Las actrices con Goya también tenemos que volver al trabajo —dijo Sara sonriendo—. Mi agente me va a matar. Seguro que tengo un montón de mensajes suyos en el móvil. Sara sacó el móvil del bolsillo de su pantalón y lo miró, comprobando la total ausencia de cobertura en la isla. Hizo un mohín y se guardó de nuevo el móvil. Se acercó a Cristina y la besó en la mejilla.

—Muchas gracias por todo. Estaba riquísimo y me lo he pasado muy bien.

Cristina se levantó y le devolvió el beso.

—¿Seguro que no quieres quedarte a dormir?

—No, gracias. Ya he pagado la noche en el hotel. Me levantaré temprano y me iré en el primer ferry de la mañana.

Sara se despidió de Cristina bajo la luz del porche. Aunque ya hacía frío, aún estuvieron cerca de diez minutos hablando bajo el auspicio de la noche serena. Cristina le dio una de sus tarjetas comerciales y Sara apuntó su número de teléfono móvil en un pequeño bloc de notas. Prometieron volver a verse pronto. Cristina le deseó mucha suerte en sus proyectos profesionales.

Sara se alejó caminando por el estrecho sendero en dirección al hotel. No estaba cansada en absoluto, no así su cabeza y su corazón que no podían estar más ocupados.

No dejaré que nada malo te ocurra.

Sara abrió los ojos con la absoluta certeza de que algo horrible estaba a punto de suceder. Era noche cerrada y no se oía ningún ruido en la casa. Se incorporó y escrutó en la oscuridad. Estaba en el dormitorio con motivos infantiles que ocupaba durante los meses de verano en la casa de Isla Malva. Retiró la sábana que la cubría y se levantó de la cama. Podía sentir el pegajoso calor de agosto por todo su cuerpo. Oyó pasos apresurados a través de la larga y gruesa puerta que daba a un pasillo lateral. Salió al pasillo y esta vez oyó una puerta cerrarse suavemente. Antes de dar un paso, descubrió algo a sus pies: la carta. La leyó, pero descubrió que el significado había cambiado. Aun así se apresuró a avisar a su madre del terrible peligro que corría. Cuando se disponía a atravesar el pasillo en dirección al dormitorio de sus padres descubrió aterrada que sus pies estaban pegados al suelo; levantar uno solo de ellos suponía un esfuerzo colosal.

En ese instante, Elisa Leclerc apareció y caminó hacia las escaleras. Sara trató de avisarla, gritando, pero de su boca no salió sonido alguno. Trató de alcanzarla, pero los pies seguían firmemente adheridos a las baldosas del suelo. Tras un enorme esfuerzo, logró llegar hasta el final de la escalera. Su madre, ya en el vestíbulo, abrió la puerta y miró hacia arriba, como si hubiera oído algo a sus espaldas. Sara le gritó, agitando los brazos, mientras le mostraba la carta; sin embargo, su madre no dio muestras de haberla visto u oído. Acto seguido, giró y desapareció por la puerta principal.

Sara alcanzó la puerta, la abrió apresuradamente y salió al exterior.

Todo había cambiado. El frondoso jardín que rodeaba la casa había desaparecido, así como el muro que circundaba la propiedad. Donde debería

estar la verja de lanzas de hierro estaba el cielo. Pero no era un cielo normal. Era negro, de una densidad extremadamente agobiante. El suelo terroso se había convertido en tierra oscura que parecía tener vida y que se extendía a no más de cuatro metros delante de ella. Luego, nada. El suelo desaparecía literalmente, cortándose en vertical y perdiéndose en un abismo infinito.

Una figura alta y esbelta era azotada por el fuerte viento. Sus largos cabellos se agitaban en una danza sensual, demoníaca, y el viento ceñía su largo vestido blanco y etéreo sugiriendo un cuerpo de extraordinarias proporciones.

Sara no vio el rostro de la mujer que miraba ensimismada la negrura, pero sabía de quién se trataba. No se movió por miedo a la reacción de la mujer.

Entonces la llamó, pero nada salió de su garganta. Sara descubrió aterrorizada que el sonido sencillamente no existía.

Levantó sobre su cabeza la mano con la carta y el viento se la arrancó con atrevida insolencia. En cuestión de segundos, desapareció revoloteando, absorbida por el fondo negro. Entonces vio a varias figuras surgir del fondo. Eran de pequeñas proporciones, desgarradas, y sus trazos se dibujaban y desdibujaban como el trazo de un niño convertido en una proyección *slow motion*. En lo que parecían sus caras, se formaron de igual manera unos ojos irregulares que mutaban en color y forma, pero no en la sensación siniestra que expresaban. De repente aparecieron unas enormes garras, que destacaban del resto de la figura por su desproporcionado tamaño. Sara ahogó un grito y entonces las figuras envolvieron a la mujer, que no hizo ademán alguno por resistirse. Sara gritó en silencio y se abalanzó hacia la mujer, teniendo sus manos como única arma contra aquellos diablos a cámara lenta, que tiraron de la mujer hacia un abismo sin fin...

Toc, toc, toc...

Sara se despertó sobresaltada, ahogando un grito. No sabía dónde estaba. Miró a su alrededor, aturdida.

—¿Quién? —gritó.

—«¿Señorita? Buenos días. Soy Silverio»

—Buenos días —se apresuró a contestar Sara.

—«¿Quiere que le preparemos el desayuno ya?»

—Sí. Gracias. En veinte minutos estaré abajo.

Sara se quedó escuchando el silencio durante unos minutos. Parecía que Silverio se había marchado. Se tocó el cabello: lo tenía empapado. Descubrió azorada que no era lo único que tenía mojado.

Veintidós minutos más tarde, Sara estaba sentada en una pequeña y cuadrada mesa al lado de una ventana, desde donde se podía ver una porción de puerto y, más allá, la costa de Llanes.

Jesusa apareció con un tazón de leche, un plato con dos enormes tostadas y zumo de naranja recién exprimido. En el siguiente viaje, Jesusa le ofreció café y le dejó una aceitera para las tostadas. Desayunar le llevó alrededor de veinte minutos. Consultó un reloj de cuco tirolés de pega que se encontraba colgado en una de las vigas de madera. Eran las ocho y veintiocho minutos. Se despidió de Silverio, ya que Jesusa había salido a hacer un recado. Salió a la mañana con los ojos entornados. Estaba nublado. Sobre su cabeza, gigantes nubes algodonosas de color violáceo se movían lentamente. Cruzó la explanada en dirección al puerto.

El ferry atracó a las nueve y cuatro minutos. Había cerca de quince personas. Presupuso que la mayoría trabajaban en Llanes o alrededores. Observó a la gente que embarcaba y desembarcaba: un hombre fumando, de unos cuarenta años, con aspecto de trabajar en la construcción. Tres chicas de unos dieciséis años, uniformadas con falda gris plisada y jersey de pico verde oscuro —cada una de ellas lucía un bonito aparato de ortodoncia—, que cuchicheaban sin parar mientras escuchaban música de un colgante teléfono móvil. Dos ancianos de aspecto similar que apostaban cuándo comenzaría a llover. Un hombre de mediana edad muy bajo y muy delgado, pero dueño de unas enormes orejas, que escrutaba a todo el mundo con sus perversos ojillos...

Una veintena de chicas jóvenes desembarcaron del transbordador. Iban en grupos de seis o siete, hablando animadamente. Todas ellas giraron hacia la derecha.

Un joven policía, de unos treinta y pocos años, llamó la atención de Sara. Hablaba con un hombre de unos cincuenta y tantos años que llevaba la cabeza afeitada y era dueño de una enorme panza redonda. El hombre de cabeza brillante indicaba algo al agente. Parecía disgustado. Sara lo miró detenidamente. No era buena recordando caras, pero aquélla le resultaba familiar.

El ferry tocó un silbato grave, anunciando la inminente salida. Sara dio un respingo. El hombre de la cabeza afeitada siguió al grupo de chicas y el policía se alejó en dirección contraria con rostro serio.

Sara siguió con la mirada la trayectoria del agente, mientras meditaba.

Toda la gente que esperaba ya estaba dentro del ferry, excepto Sara. El ferry tocó otra vez el silbato y, acto seguido, subió la compuerta trasera. Sara miró

el movimiento pausado y luego miró de nuevo al policía, que ya había desaparecido de su campo visual. Oyó voces de la tripulación y el ferry partió hacia la península. Sara comenzó a caminar y cogió la calle de la izquierda, la que bordeaba la isla por su cara sur.

Apenas un minuto más tarde, Sara estaba frente a un pequeño edificio bajo blanco y azul, que servía de puesto de guardia de la policía local. Estaba situado al final del embarcadero y desde allí se divisaba la costa de Llanes. Sobre esa parte de la isla, se levantaba una gran cortina de rocas negras, formando un imponente acantilado.

Sara desvió la mirada. Por la cara este de ese acantilado fue por donde su madre presumiblemente perdió la vida: se arrojó, o más bien fue empujada a la muerte... Sin más, tocó con los nudillos y entró. El mismo policía que había visto anteriormente en el puerto estaba sentado tras una pequeña mesa de escritorio, frente a un ordenador PC antediluviano. La oficina era pequeña y cuadrada. Había un sofá de escay de color negro, una máquina de café, otra de agua mineral, unos cuantos archivadores y una fotocopiadora bastante vieja fuera de servicio. El policía, que en realidad era sargento, parecía muy ocupado mirando algo en la pantalla del ordenador que Sara no alcanzaba a ver desde su posición.

—Buenos días —dijo Sara, al ver que el suboficial no decía nada.

—Enseguida estoy con usted. Un segundo —contestó finalmente, sin apartar los ojos de la pantalla.

Después de unos segundos, añadió:

—Ya está. —Clicó un par de veces con el ratón, se levantó y se acercó a Sara. El sargento era un hombre alto, moreno, atractivo y bien alimentado. Tenía los ojos verdes y Sara estaba convencida de que más de una chica había caído rendida ante ellos. En el preciso instante en que vio a Sara, sus verdes pupilas se dilataron. Sonrió y miró directamente hacia sus tetas.

Era el segundo lugar donde los hombres solían poner sus ojos, después de la cara. Algunos se quedaban allí embobados, como el sargento.

—Vaya, yo la conozco. Salía en esa serie de televisión, pero llevaba el pelo diferente, más corto —dijo, como si hubiera descubierto la pólvora.

Sara le obsequió con una sonrisa de su repertorio.

—Sí, soy yo. Me llamo Sara Leclerc. —En realidad su nombre real era Sara Suárez, pero cuando decidió dedicarse al mundo de la interpretación se lo cambió. Todo el mundo estaba de acuerdo en que sonaba mejor.

Sara le ofreció su mano. El sargento se la estrechó con delicadeza.

—Sara Leccerc. Sí, claro. No tendrá que ver con la Casa del León...

Sara dudó unos instantes, pero entonces recordó que los isleños llamaban así a la casa que había servido de residencia de veraneo a su familia. La casa fue construida por un asturiano que emigró a Venezuela a mediados del siglo XIX llamado Afrodiseo León. Se hizo rico en el negocio agropecuario. Treinta años después decidió regresar y vivir su retiro en su tierra natal. Al igual que le ocurriera al padre de Sara, se enamoró de la isla y mandó construir una casa de veraneo para él y su joven y hermosa esposa Renata. El matrimonio no tuvo hijos. Cuando Afrodiseo murió, la todavía joven viuda volvió a su país de origen a disfrutar de la inmensa herencia que su infortunado marido le había dejado. Por razones desconocidas, Renata se desentendió de la casa de la isla. Tras muchos años de abandono y varios dueños negligentes, Víctor Suárez la compró por una suma bastante razonable.

—Sí. Hemos venido mi hermano y yo para solucionar un asunto relacionado con la casa.

—Ya me he enterado de que se la venden a un inglés, ¿no? Pero antes tendrán que solucionar el problema de las ratas.

—No se preocupe. La semana que viene vendrá una empresa para ocuparse de eso.

—Sí, es una casa muy bonita. Yo no es que lleve mucho tiempo destinado en la isla, pero siempre la he visto como un símbolo... ¿Sabía que era la casa más antigua de Isla Malva?

Sara negó con cara de interesada. Parecía que el sargento era un hombre dicharachero y Sara necesitaba ir al grano.

—Sargento... —le espetó de repente Sara.

—Cachero. Sargento Francisco Cachero... —dijo, orgulloso.

Sara asintió. Además de hablador el sargento Cachero hablaba muy deprisa y siempre parecía estar a punto de decir algo importante. Sara se anticipó.

—No sé si usted podría ayudarme. El caso es que estoy buscando a un inspector llamado... —Se esforzó mentalmente en recordar el nombre del teniente antes de que Cachero pudiera interrumpirla de nuevo—. Fernando Carballeira. Era un buen amigo de la familia. Pero cuando mis padres murieron le perdimos la pista y no sabemos nada de él desde hace un montón de años.

—No me suena de nada —dijo Cachero a la vez que agitaba la cabeza en una pose teatralmente reflexiva—. ¿Trabajó aquí, en Isla Malva?

—No lo creo. Era teniente de la Guardia Civil. Creo que estuvo destinado

en Oviedo, aunque tampoco puedo asegurarlo con certeza.

Cachero agitó la cabeza varias veces y se mantuvo en silencio durante un rato. Parecía pensar con extrema intensidad. Sara lo observó detenidamente preguntándose si debía interrumpir sus aparentes cavilaciones. Tras ese lapso que a Sara se le antojó interminable, Cachero se sentó frente a su ordenador y comenzó a teclear mientras balbuceaba algo ininteligible. Pasaron varios minutos en silencio.

—¿Sabe si está en el servicio activo? —preguntó de sopetón Cachero, mirando con ojos entornados y apoyando la barbilla en la mano derecha.

—Eh, creo que no. —Sara recordó el último párrafo del artículo que Cristina había encontrado en internet la pasada noche.

—Teniente Carballeira. Teniente Fernando Carballeira —musitó Cachero tamborileando con los dedos en la mesa. Volvió a teclear algo durante un par de minutos.

—¿Ha encontrado algo? —preguntó Sara, intentando no mostrar su impaciencia.

Cachero agitó de nuevo la cabeza; debía de ser un tic o algo por el estilo, pensó Sara.

—Había un teniente de la policía judicial de la Guardia Civil, que pertenecía a la comandancia de Oviedo.

—Mmm.

—Teniente de la Guardia Civil Fernando Carballeira. Dejó el servicio activo en 1986 —sentenció Cachero, finalmente con una sonrisa triunfal.

—¿Alguna forma de saber dónde vive ahora? ¿Un teléfono? ¿Dirección?

Cachero miró al monitor, pensativo. Agitó de nuevo la cabeza y entonces cogió el teléfono, que estaba justo al lado de su mano izquierda. Marcó un número sin decir nada y escogió de nuevo la pose de policía interesante. Silbó sonoramente mientras tamborileaba con sus dedos grandes sobre la mesa.

Al cabo de un rato, bramó al auricular:

—Hola, buenos días. Soy Cachero, de Isla Malva. ¿Está por ahí el fenómeno de Mínguez? —Asintió un par de veces y rió a carcajadas que retumbaron en la pequeña oficina.

Cachero habló durante unos tres o cuatro minutos con el tal Mínguez. De pesca la mayor parte del tiempo. Finalmente le pidió el favor de averiguar la dirección o el teléfono de Carballeira. Cachero se mantuvo al aparato esperando un minuto, mientras silbaba una canción, que Sara reconoció vagamente como una de esas que se oyen a un volumen apropiado para

destrozar tímpanos en alguna discoteca de moda. En ese intervalo, Cachero le ofreció: primero sentarse, luego un café de la máquina y finalmente agua mineral. Sara rechazó tan galantes proposiciones con otro conjunto de sonrisas de su repertorio profesional. Cachero le dedicó un repaso general de toda su anatomía sin molestarse en disimular. Finalmente el suboficial apuntó un número de teléfono. Se deshizo en agradecimientos y se despidió con una estentórea risotada.

—Bueno, aquí tenemos el teléfono del ex teniente Carballeira —dijo como si hubiera descubierto él solito quién asesinó a Kennedy.

—Estoy muy impresionada —murmuró Sara con una sonrisa.

Cachero se medio incorporó en la silla y desvió una rápida mirada a los pechos de Sara.

—¿A que no esperaba que lo pudiéramos encontrar tan pronto, eh?

—La verdad es que no —dijo Sara, fingiendo admiración.

Cachero le ofreció el papel donde había apuntado el teléfono, pero, antes de que Sara pudiera cogerlo, Cachero lo retiró. Miró fijamente a Sara a los ojos y sonrió con una mirada traviesa. En realidad Cachero era un hombre bastante atractivo, pensó Sara.

—A ver si te acuerdas de mí para tu próxima película. Un policía guapetón siempre da juego, ¿no?

Sara cogió el papel, sin perder la sonrisa.

—Cuente con ello, sargento, y muchas gracias por todo.

—Paco para ti —ronroneó Cachero levantándose y estirándose cuan largo era.

Sara se dirigió a la puerta. La abrió y se giró para obsequiarle con otra sonrisa. Cachero le cucó un ojo mientras meneaba la cabeza.

Sara regresó al hotel eufórica.

Jesusa se sorprendió por volver a verla de nuevo. Sara le preguntó si podía utilizar el teléfono y Jesusa casi arranca por el ímpetu el cable que estaba fijado a la pared.

Marcó con impaciencia los números que había apuntado Cachero en el trozo de papel. Escuchó el primer tono de espera y entonces colgó. Jesusa, que estaba en todo, se acercó solícita a Sara y le preguntó si había algún problema con el teléfono. Al parecer, últimamente habían tenido problemas con la línea telefónica, aunque afortunadamente ya estaban solucionados, o eso le había asegurado la compañía. Jesusa se alejó gritando a su marido cuando pasó a su lado. El pobre Silverio estaba intentando arreglar un enchufe averiado. Sara lo

oyó mascullar algo en gallego. Luego miró a Sara, obsequiándola con una tímida sonrisa.

Respiró hondo y trató de recomponer en su cabeza todo lo que había ocurrido en las últimas horas. Tal vez no fuera buena idea llamar a Carballeira después de todo. No sabía cómo se lo tomaría. Quizá fuera una insensatez, pero, por otro lado, el ex teniente sería una de las pocas personas de este mundo que más sabía sobre *Los crímenes del 85*.

Marcó el número de nuevo sin titubeos.

El corazón golpeteaba en su pecho con fuerza. Nadie parecía querer contestar al otro lado de la línea. Alguien descolgó y se oyó una voz masculina, relajada.

—¿Sí?

Sara no dijo nada. Contuvo la respiración.

—¿Quién es? —preguntó de nuevo la voz con un leve acento que Sara no pudo identificar.

—¿Señor Carballeira? —consiguió articular Sara finalmente.

—¿Quién es? —preguntó la voz inquisitivamente.

—Me llamo Sara Leclerc y estoy buscando al señor Fernando Carballeira.
¿Es usted?

Después de unos instantes, la voz contestó:

—Sí, soy yo. ¿Qué desea?

—Usted llevó la investigación de *Los crímenes del 85*, ¿verdad?

Carballeira suspiró pegado al auricular, lo cual amplificó el ruido de manera estentórea.

—¿Es usted periodista?

—No.

—Entonces, ¿para qué quiere saberlo? Eso ocurrió hace mucho, ¿sabe?

—Sé que usted llevó la investigación.

—¿Y qué? —respondió Carballeira sin darle importancia.

—He encontrado una carta escrita por mi madre en la que asegura que conocía al asesino que la policía estuvo buscando.

Carballeira rió por lo bajo. El esfuerzo le provocó una tos seca, que por el ruido tenía su origen en alguna enfermedad bronquial o pulmonar.

—¿Qué le hace tanta gracia? —preguntó Sara contrariada.

—Nada, mujer, nada. No se lo tome a mal, pero, por si no lo sabía, dejé el cuerpo hace casi veintitrés años. Encontramos al asesino y lo mandamos a la cárcel. Punto y final —dijo Carballeira en un tono cuasi didáctico.

—He leído en internet que no estuvo de acuerdo con esa detención. Usted no creía que ese hombre fuera el auténtico violador y asesino —dijo Sara con vehemencia.

—¿Internet?

—Sí.

—¿Usted cree todo lo que se dice en internet?

—Es una web fiable —mintió Sara, intentando que sonara convincente.

Carballeira rió de nuevo. Sara se enervaba cuando ese hombre se reía.

—No se crea todo lo que lea. El asesino que mató a esos pobres niños está muerto. El caso se cerró y sinceramente no creo que una carta... A propósito, ¿de dónde ha sacado esa carta?

—No puedo decírselo.

—¿Está segura de que es auténtica?

—Sí.

—¿Tiene forma de corroborarlo?

Sara hizo un gesto imperceptible de abatimiento.

—No —susurró con voz apagada.

—Pues siento decirle, querida amiga, que no tenemos nada. Es prácticamente imposible que un juez se interese en reabrir un caso de hace más de veinte años sólo porque ha encontrado una carta, que, por cierto, ¿qué pone?

Sara suspiró antes de contestar. Tuvo la intención de sacar la carta y leérsela a través del auricular, pero la actitud de Carballeira la había disgustado tanto que renunció a hacerlo. De alguna manera, se había imaginado que el viejo teniente pudiera estar interesado en aquella información.

—Ella descubrió al asesino y por eso la mató —dijo hoscamente.

—¿Y eso cuándo ocurrió? ¿Dónde?

—Hace... veinticuatro años, en Isla Malva —dijo Sara.

—Demasiado tiempo, ¿no le parece?

Sara no dijo nada; agachó la cabeza y apretó los ojos, reprimiendo unas lágrimas furtivas. Respiró hondo y levantó la cabeza.

—Ya veo que no tiene ningún interés en ayudarme. Ni siquiera ha visto la carta y ya parece tener todas las respuestas.

—No las tengo... —dijo, y después chasqueó la lengua—. Escuche, si quiere que alguien tome en consideración esa carta, llévela a la Guardia Civil. En la comandancia de Oviedo está toda la documentación del caso de los asesinatos. Pero le advierto que no va a conseguir nada. Nadie va a perder el tiempo en un caso que se cerró hace tanto tiempo.

Sara asintió, decepcionada.

—Gracias por nada. —Sara colgó con un arrebato de rabia.

Sara se quedó allí durante un instante. De repente se sintió sola y triste. Era algo que le ocurría muy a menudo. Siempre se creaba falsas expectativas respecto a algo que estaba por venir, hasta que se daba de bruces con la dura realidad.

Se quedó un rato en silencio. Oyó ruido de platos, vasos y cubiertos que venían de la cocina. Oyó la voz de Jesusa hablar sin parar. En aquel momento decidió que lo mejor sería volver a Madrid. Quizá Carballeira tuviera razón y esa carta representaba algo importante sólo para ella. El propio ex teniente se había desdicho de sus propias palabras, o al menos eso era lo que Sara había advertido.

Jesusa salió llevando consigo varios manteles de cuadros blancos y rojos. Se detuvo cuando vio a Sara cabizbaja.

—¿Le pasa algo, señorita?

Sara negó, esforzándose en ofrecerle una sonrisa.

—Jesusa, ¿a qué hora viene el próximo ferry?

Jesusa miró el reloj de cuco.

—A las diez. Faltan diez minutos. Si no se da prisa lo perderá.

—Gracias —dijo Sara agradecida—. ¿Cuánto tiempo lleva usted en la isla? —añadió.

—Ah, mucho. El próximo mes de junio hará treinta y tres años.

—¿Me recuerda usted de niña?

—Sí que me acuerdo —sonrió con un gesto de exagerada nostalgia—, y de su madre. Pobrecita. Usted y ella se parecían mucho. Es su vivo retrato.

Era cierto. Sara había heredado de su madre sus bellos rasgos físicos y también su talante artístico. Aunque la madre había sido más alta y más esbelta que la hija, la naturaleza había dotado a Sara de un cuerpo con las curvas más acentuadas.

—¿Recuerda la noche en la que mi madre murió?

—Cómo se me iba a olvidar, señorita —dijo con riguroso semblante mientras se persignaba—. Fue la peor noche de toda mi vida. Mi Silverio y yo no pudimos pegar ojo. Madre mía de mi vida y de mi corazón, qué nochedita...

—¿Recuerda algo que ocurriera antes de que llegara la Guardia Civil? No sé, algo que le llamara la atención, algo... raro.

Jesusa se llevó la mano a la boca y frunció el ceño, pensativa. No contestó a la pregunta de Sara; en su lugar rebuscó en lo más recóndito de su memoria.

—Nada, bueno..., un momento, me acuerdo de aquel hombre y su barco.

Sara no pudo evitar acercarse más a Jesusa. La miró de hito en hito.

—¿Un hombre en un barco?

—En un velero, creo.

—¿Conocía al hombre del velero?

—Era un balandro... —corroboró finalmente Jesusa con los ojos entrecerrados, pensativa. Luego los abrió y miró desmesuradamente a Sara, como si quisiera exculparse de cualquier sospecha—. No lo había visto en mi vida: al hombre, quiero decir. Ni el balandro.

—Ya..., y todo esto se lo contó en su día a la Guardia Civil, ¿no?

—Todo —soltó Jesusa con exagerada consternación—. Me estuvieron preguntando y repreguntando lo mismo por lo menos diez veces. A mí y a mi

Silverio.

Sara no recordaba para nada a un hombre con un balandro. Estaba casi convencida. Se quedó un momento en silencio, bajó la mirada e intentó navegar en el pasado.

—Volviendo al hombre del... balandro, ¿pudo ver su rostro? Si era alto, bajo, delgado... —dijo Sara todavía con su pensamiento situado en aquella lejana noche de agosto de 1985.

—Pues... no estaba muy pendiente, señorita... Era un hombre normal..., bueno, diría que era alto. Pero no le vi la cara, eso se lo puedo jurar sobre la Biblia.

Sara asintió. Su cabeza giraba a un millón de revoluciones por minuto intentando discernir la identidad de aquel misterioso hombre.

—Y ese hombre ¿se fue antes de que llegara la Guardia Civil?

—No lo sé. Aunque no recuerdo verlo por aquí.

—¿Quiere decir que antes de que llegara la Guardia Civil el velero ya no estaba?

—No recuerdo verlo después, pero no me haga caso, señorita. ¡Fue hace mucho tiempo!

—Claro —dijo Sara aparentando comprensión—. Y después de aquel día ¿volvió a ver el velero por la isla?

—El balandro —rectificó—. Creo que no, pero no me haga mucho caso, señorita, ya sabe que aquello pasó hace mucho tiempo.

Sara asentía cortésmente pero no prestaba atención a la reiterada explicación de Jesusa. No dejaba de pensar en aquel misterioso hombre.

—Luego la Guardia Civil rescató el cuerpo de mi madre, ¿no?

—Ay, sí —dijo Jesusa, consternada.

Los recuerdos de esa noche eran vagos e impenetrables. Sara había tratado de desterrarlos de su memoria para siempre, ocultándolos en el rincón más profundo del subconsciente. Pero ahora tenía que hacer un esfuerzo mental e intentar escarbar en el tiempo: recordó unas voces que la despertaron. Salió de su habitación y se asomó al corredor del primer piso. Oyó voces provenientes del vestíbulo y vio a su padre hablando con Rosa. Estaba excitado y muy nervioso. Rosa la descubrió fisgoneando a través de los barandales e inmediatamente pudo ver dibujada en sus ojos la amarga preocupación producida por un hecho atroz.

—Vaya —murmuró Sara—. ¿No conocerá a alguien más con quien pudiera hablar, alguien que a lo mejor pudiera ampliarme esta información?

Jesusa negó a la vez que se tapaba la boca con los dedos corazón e índice de la mano derecha.

—¡Espere! —espetó Jesusa, cogiendo el brazo de Sara—. Borches era el alcalde por entonces y quizá él sepa algo. Tiene una empresa aquí, en la isla.

—¿Borches?

—Sí, señorita. Juan de Dios Borches. ¿No ha visto una nave de color verde y tejado gris, a la izquierda del puerto según se llega?

—Puede ser. No recuerdo ahora mismo... —murmuró Sara, intentando visualizar esa información.

Jesusa caminó hacia la ventana y, mirando a través de los cristales, señaló enérgicamente a la derecha. Sara la siguió y miró en la dirección que indicaba.

—Está ahí mismo. Si baja la calle y gira al llegar al puerto la verá. La conservera —dijo, golpeando con la uña del dedo índice en el cristal de la ventana.

Entonces recordó al grupo de chicas que desembarcaron en el ferry de las nueve. Probablemente eran las empleadas de la conservera.

—¿Estará él ahora allí?

—Ah, eso no lo sé, señorita —dijo Jesusa, encogiéndose de hombros y sonriendo.

—Muchas gracias, Jesusa.

—A mandar, señorita —respondió Jesusa con una sonrisa. Luego se dirigió al grupo de mesas desnudas y comenzó a vestirlas con los manteles de cuadros rojos y blancos, mientras tarareaba *Adiós a España*.

Jesusa no podía haberlo descrito mejor.

La conservera, como ella misma había apuntado, era una nave industrial rectangular, pegada a la costa. De color verde botella y tejado grisáceo. Salpicada por unas cuantas ventanas alargadas con cristales sucios en la fachada que daba al mar y grandes letras que decían: Conservera Borches.

La conservera estaba a la vuelta de la explanada. Un camino moría en la puerta de la nave. Una cerca de malla metálica oxidada circundaba la planta, que parecía dejada de la mano de Dios. La puerta de la valla estaba abierta. Sara caminó hacia allí. La entrada principal de la nave estaba al final de un camino interior de cemento. La puerta, de doble hoja con barrotes en vertical más cuatro cristales esmerilados; dos en cada puerta. El conjunto tenía suciedad desde tiempos inmemoriales.

Cuando Sara estaba a punto de tocar el roñoso timbre, una puerta a la izquierda se abrió y varias chicas con gorro y uniforme blanco salieron en fila

india. A pesar de los atuendos, Sara reconoció a algunas de las chicas que habían cruzado delante de ella hacía escasamente una hora. La mayoría llevaban un bocadillo envuelto en papel de aluminio. Un par de ellas encendieron un cigarrillo. Algunas se sentaron en la base de hormigón que sujetaba la valla metálica. Otras, en un pequeño escalón que bordeaba el perímetro del edificio. Sara las vio reír, charlar y tomar su frugal desayuno. Algunas miraron a Sara con curiosidad, antes de que atravesara la puerta principal.

El vestíbulo estaba en penumbra e inmediatamente un fuerte olor a pescado crudo impregnó las fosas nasales de Sara. Una moqueta raída de color verde imitaba el color de la fachada, si bien con un matiz mucho más desvaído. El habitáculo era rectangular. Frente a Sara había una gran cristalera. En la parte inferior, un panel de color verde, de madera de melamina, soportaba los cristales que estaban separados entre sí por unas juntas de aluminio. A la izquierda, había una puerta, y a la derecha, dos sillones negros, un perchero escuchimizado, dos cuadros con motivos de cacería propios de los setenta y una suerte de mueble bajo, que hacía las veces de revistero. Todas las revistas existentes versaban sobre caza. De fondo se oía un murmullo repetitivo de maquinaria industrial.

Al otro lado Sara pudo ver, separadas por un panel también de color verde, a tres personas sentadas frente a sus ordenadores, en sus respectivas mesas de despacho. Sara esperó pacientemente a que alguno de los empleados de la oficina se percatara de su presencia. Había dos chicas y un chico. Una chica estaba hablando por teléfono, la otra parecía consultar algo en su ordenador. El chico también hablaba por teléfono. Después de unos minutos de espera Sara tocó la puerta con los nudillos para intentar llamar la atención de los oficinistas. La chica que hablaba por teléfono vio a Sara, pero no hizo ningún ademán. Al cabo de un rato colgó, se levantó y caminó hacia la puerta de cristal.

—¿Sí? Dígame —dijo la chica en un tono neutro, rayando en la descortesía.

—Buenos días. Me llamo Sara Leclerc y me gustaría hablar con el señor Borches.

—¿Le puedo preguntar el motivo? —preguntó la chica, examinando a Sara de arriba abajo con unos ojos excesivamente pintados y unas pestañas larguísimas.

—Es un asunto personal muy importante —dijo Sara secamente—. Dígale que soy la hija de Víctor Suárez.

La chica asintió con desgana.

—Espere un momento, por favor.

La chica cerró la puerta y caminó hacia su mesa de trabajo. Llevaba unos pantalones vaqueros blancos extremadamente ceñidos y conjuntados desafortunadamente con unos zapatos de tacón de aguja de charol rojo, a juego con el color de sus labios y su camisa, también ajustada. Cogió el teléfono y habló durante unos segundos con alguien. Colgó y caminó ruidosamente hacia el vestíbulo.

—El señor Borches está ahora mismo ocupado. Me ha dicho que tardará no menos de quince minutos.

—Esperaré. Gracias —contestó Sara con parquedad.

Al cabo de veinte minutos, un hombre de unos cincuenta y tantos años, bajo, con la cabeza rapada al cero y con un abdomen enorme y redondo atravesó la oficina y salió al encuentro de Sara. Cerró la puerta tras de sí. Inmediatamente lo reconoció: era el mismo que había visto hablar con el sargento en el puerto esa mañana. Sara se levantó del sillón y lo miró en silencio. El hombre caminó hacia Sara y le ofreció su mano derecha. No sonrió. Sara se la estrechó muy a su pesar. Era un hombre repugnante y todo su cuerpo desprendía un pertinaz olor a puro, sudor y pescado crudo. Además le sudaban las manos copiosamente, lo cual contribuyó a aumentar el nivel de desagrado.

—¿Quería verme? —dijo el hombre con voz gutural, perezosa.

—¿Es usted Juan de Dios Borches?

—Sí. Así que es usted la hija de Suárez —dijo moviendo la cabeza y mirando de arriba abajo a Sara con ojos somnolientos—. Oí decir que su padre murió.

Sara asintió sin decir palabra.

—¿Podríamos hablar un momento, señor Borches?

—Sobre qué.

—Sobre la noche en la que mi madre murió.

Borches hizo un gesto con la boca, carraspeó y luego miró a su alrededor.

—Eso pasó hace mucho tiempo, ¿no?

—Usted era entonces alcalde.

—¿Y qué?

—Quería hacerle sólo un par de preguntas, si no tiene inconveniente en responderme.

—No —dijo. Acto seguido se rascó la cabeza pelada y luego miró hacia la oficina. Los oficinistas parecían ahora emplearse con mayor denuedo.

Sara meditó las palabras que iba a pronunciar a continuación.

—Verá, tengo motivos para pensar que lo que ocurrió esa noche no se ajusta a lo que supuestamente pasó.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Borches con cautela mientras se cruzaba de brazos y movía su cuerpo de adelante hacia atrás.

—Como usted ya sabe, según la investigación policial, mi madre se suicidó... —Sara se detuvo y carraspeó antes de proseguir—. Podría no ser eso lo que ocurrió realmente.

Borches levantó las cejas sorprendido y se hurgó las narices durante un instante.

—¿Cómo? —soltó mientras sacaba una caja de puros metálica del interior del bolsillo de su camisa.

—Por ese motivo quería hablar con usted acerca de esa noche. Al parecer hay testigos que aseguran que vieron a...

Borches la interrumpió con una media sonrisa.

—Yo no estaba en la isla entonces.

—¿Qué? Fue hace mucho tiempo y yo era pequeña, pero ahora me acuerdo de usted: estuvo en la Casa del León...

Borches volvió a interrumpirla.

—Sí, sí, pero eso fue después. Estuve todo el día fuera por negocios, en Madrid. Regresé precisamente con la lancha de la Guardia Civil de Llanes. Ellos me dejaron en el puerto y entonces fueron en busca de... de su madre.

Sara se quedó con la boca abierta. Borches torció el gesto y se rascó de nuevo la cabeza.

—Mmm... No me acuerdo bien de los detalles... Creo que su padre estaba en el cuerpo de guardia... Había mucha guardia civil y todo el mundo estaba en la calle... Luego encontraron el cuerpo de su madre. De eso sí me acuerdo.

La imaginaria imagen de su madre flotando sin vida en un mar negro y despiadado se le dibujó con total crudeza. Sacudió la cabeza para quitarse esa imagen tan dolorosa. Por un instante, Sara no dijo nada. Tenía la lengua acartonada y una sensación extraña en la boca del estómago. Borches miró la expresión de Sara en silencio.

—¿Y dice que tiene motivos para pensar otra cosa? ¿Cómo es eso? —preguntó Borches, mirando a Sara con los ojos entornados como si no creyera una sola palabra.

Una lágrima brotó involuntariamente del ojo izquierdo de Sara.

Borches la miró oblicuamente, en silencio, expectante.

—Perdone —dijo Sara mientras se limpiaba la lágrima con la mano derecha y carraspeaba.

Borches asintió sin decir nada y volvió a mirar hacia el interior de su fábrica, como si de repente tuviera prisa.

—Tengo que volver al tajo, ¿sabe? —dijo Borches inexpresivamente.

—Sí, claro, lo siento..., pero antes me gustaría hacerle una última pregunta. —Sin esperar respuesta, Sara preguntó—: Había un agente de policía que estuvo de guardia esa noche. ¿Recuerda quién era?

Borches la miró de arriba abajo de nuevo. Comenzó a mostrar síntomas de impaciencia.

—Sí. Quiero decir, no. No recuerdo su nombre.

—Ese... agente... Creo que fue la última persona que vio a mi madre con vida.

Borches intentó recordar y luego movió la cabeza varias veces, asintiendo. Abrió la caja de puros que llevaba en la mano y sacó un cigarro.

—Sí, eso creo, pero después de aquello ya no lo volví a ver por aquí. Lo destinarían a otro lugar. No lo sé.

—Sería interesante que pudiera hablar con él. ¿No tiene usted ninguna forma de localizarlo?

—No —negó; luego suspiró—. A lo mejor puedo preguntar por ahí, no sé...

Sara movió la cabeza, meditabunda: parecía estar pensando en otra cosa.

—Sería muy importante para mí. Si no le importa, le daré mi número de teléfono móvil por si, de alguna manera, pudiera ponerme en contacto con él.

Borches asintió imperceptiblemente, mirando los movimientos de Sara a continuación: abrir su bolso, coger un boli y una libreta y apuntar en una diminuta página su número de móvil.

—Gracias por su tiempo —susurró Sara, entregándole el papel a Borches. Acto seguido, giró sobre sus talones y caminó hacia la salida.

Sombras del pasado

Augusto Fontecha contemplaba a través de la ventana de su despacho una vista privilegiada: la playa de San Lorenzo. Era una mañana tranquila y el día había despejado. A pesar de que la empresa que dirigía junto a su socio, Fontecha&Manjavacas —dedicada fundamentalmente al sector inmobiliario —, estaba pasando por el peor momento desde que ambos la fundaran, estaba

tranquilo y hasta se sentía feliz. Se habían acogido a la nueva ley concursal y habían presentado un concurso de acreedores, a causa de las innumerables deudas que acumulaban, y a las que ya no podían seguir haciendo frente.

Aun así, Augusto Fontecha era un hombre feliz.

Su socio, Marcial Manjavacas, por el contrario, lo estaba pasando realmente mal. Marcial conocía el negocio a pie de obra. Había trabajado en la construcción desde los trece años y, aunque no tenía un pelo de tonto, no era tan inteligente como su socio. Como muchos otros empresarios díscolos, Manjavacas gastó a manos llenas el dinero que entraba a raudales, en juergas interminables con prostitutas de lujo, drogas y caprichos tan extravagantes como inútiles.

Según Manjavacas, su socio no sabía disfrutar de la vida.

Tal vez, desde su intrascendente punto de vista, Augusto Fontecha no supiera gozar como aquél, pero lo que sí sabía, y a ciencia cierta, era cómo funcionaba el mundo actual. Sabía que las buenas rachas se acababan más temprano que tarde y había que ser previsor para los malos momentos. Entre lágrimas y sollozos, Marcial le había confesado que no sólo había dilapidado todo su patrimonio, sino que la mafia rusa, debido a unas deudas de juego, andaba tras sus pasos.

Marcial Manjavacas no tenía un plan de provisiones asegurado.

Fontecha sí lo tenía.

Mientras observaba el paisaje playero, recordó a un buen amigo que le recomendó planear su futuro lejos de España, cuando todo marchaba a pedir de boca. Un grupo de especialistas en tales actividades, sin nombre, referencias o relevancia social conocida, se encargarían de velar por sus intereses. Al principio fue reacio a esta idea, pero luego tuvo que admitir que todos aquellos desmanes que se estaban produciendo no podían acabar bien. Sin duda fue su mejor inversión financiera.

Berlín era el lugar elegido.

Incluso ya había adquirido un espacioso piso con techos muy altos, de típica arquitectura berlinesa, en Prenzlauer Berg, una zona acomodada de la capital germana. También había formalizado las correspondientes matrículas para sus dos hijas en un prestigioso colegio de Berlín. No había tenido más remedio que hablar con Alejandra, su esposa, que se sentía especialmente afectada por tener que dejar su vida en Gijón. Aunque la idea de ser pobres y, lo que era aún peor, sentirse señalada y estigmatizada de por vida la horrorizaba aún más.

Desde luego, iba a echar de menos esas vistas.

Fontecha miró su reloj. Eran las once y veinte de la mañana.

¡Qué tarde!

Se levantó como un resorte y cogió una gabardina negra y una bufanda del perchero. Tenía que salir a solucionar unos asuntos personales. También tenía que llamar a un decorador que le habían recomendado. Era caro, pero valía la pena. Ahora quedaba convencer a Alejandra, que de repente quería ser ella la encargada de decorar el nuevo piso, y para ello necesitaba viajar a Berlín la próxima semana e ir decidiendo aquello que más les interesaba...

El teléfono sonó.

Fontecha lo miró y gruñó con una mirada despreciativa al mismo tiempo que terminaba de ponerse la gabardina. Dio un paso hacia la puerta, con la intención de decirle a Susana que atendiera ella la llamada. Observó el teléfono que repetía su fastidiosa melodía y, en un acto irreflexivo, descolgó.

—¿Sí? —preguntó con urgencia.

—Augusto, un tal señor Borches te llama por la línea uno —dijo una acatarrada voz femenina.

Fontecha no dijo nada. Inconscientemente contuvo la respiración durante unos segundos.

—¿Augusto? —preguntó la voz femenina.

—¿Has dicho Borches?

—Sí. ¿Quieres que le dé largas?

—No, no, pásamelo —contestó Fontecha.

Se oyó un par de tonos de espera y entonces apareció la voz de Borches al otro lado de la línea.

—¿Fontecha?

Una sensación de frío recorrió el cuerpo del empresario.

—¿Borches? ¿Borches de Isla Malva?

—El mismo que viste y calza —dijo Borches. Luego se oyó a través del auricular el ruido de expulsar el humo de la boca.

—Ha pasado mucho tiempo. ¿Qué es de tu vida? —dijo Fontecha con cautela.

—Bueno, vamos tirando.

Fontecha pegó la oreja al auricular: pensó que Borches continuaría.

—¿Ocurre algo?

—¿Por qué? ¿Debería?

Fontecha soltó un bufido y luego se pasó los dedos de la mano derecha por

la frente nerviosamente. No tenía que haber contestado a esa llamada.

—Estoy muy ocupado. ¿Llamabas para algo en concreto?

Borches se rió al otro lado y expulsó humo de su boca de nuevo.

—Bueno, quizá sea una tontería o quizá no.

Fontecha se giró sobre sus talones, se acercó a la ventana y miró al exterior, de derecha a izquierda, sin saber exactamente qué buscaba.

—Oye, tengo que trabajar y no estoy para jueguecitos. ¿Qué quieres?

—Hablar.

—¿Hablar de qué?

—Mejor te lo digo en persona.

Fontecha agitó la cabeza con gesto hastiado y sonrió con una mueca amarga.

—¿Qué quieres?

—¿Puedes venir a la isla? —dijo Borches con voz perezosa y gutural, ignorando la pregunta de Fontecha.

—No —contestó Fontecha taxativamente.

—Pues entonces iré yo.

—¿Adónde?

Borches se rió y su risa se trocó en una tos de fumador.

—A dónde va a ser, hombre, a Gijón. Esta tarde.

—Esta tarde va a ser imposible, tengo que salir de viaje...

—Esta tarde, a las cuatro, en el Campo de San Francisco, y no me des plantón. —Acto seguido, Borches colgó sin darle la oportunidad a Fontecha de replicar. Se quedó durante unos instantes con el auricular pegado a la oreja. Notó que estaba sudando. Colgó y lentamente recobró el pulso normal. Se dejó caer en el sillón con los hombros hundidos. Pasaron varios segundos sin que hiciera nada. Había olvidado por completo todo aquello que había llenado su cabeza de proyectos y planes hasta ese momento.

Sara estaba en la parte más peligrosa de la isla: Rincón del Diablo. Allí, el viento aullaba y mecía los árboles haciéndolos chocar los unos contra los otros. En ese mismo lugar, hace veinticuatro años y según el informe policial, su madre se arrojó en una caída libre de más de treinta metros al mar. Eso era lo que había creído desde la fatídica noche en que la muerte se la arrancó de su lado para siempre. Ahora todo había cambiado. Esa carta lo cambiaba todo y se aferraba a ella como un moribundo se aferra a la vida.

Deseaba volver a leerla de nuevo, por enésima vez, pero temía que el

viento se la arrebatara y, entonces, cualquier posibilidad de encontrar la verdad se esfumara con ella. Se sentía triste y desamparada. Las imágenes de su madre revoloteaban en su mente, alternándose con las lejanas imágenes de aquella triste noche.

Caminó por la estrecha franja de piedra caliza y maleza que bordeaba el acantilado. Mirando, escudriñando cualquier cosa que le pudiera hablar y contarle lo que ocurrió realmente. Sólo vio sus propias pisadas en la tierra y por un instante imaginó a su madre allí arriba, luchando por su vida.

Un endeble antepecho de madera era lo único que separaba el principio del acantilado con una muerte segura. Sara se preguntó por qué su madre habría subido hasta allí esa noche. Si de día era peligroso por el fuerte viento que soplaba, por la noche era un auténtico suicidio permanecer allí. Sólo una persona que no estuviera en su sano juicio subiría allí de noche con un solo propósito: suicidarse.

Elisa Leclerc tenía graves problemas depresivos. Era una persona alegre y extrovertida pero también muy vulnerable. Nunca nadie supo el origen de su terrible dolencia. Detrás de su aparente jovialidad anidaba una desesperación irracional, un abismo negro e insondable. Así lo expusieron sus psiquiatras. Según ellos, Elisa poseía una personalidad esquizofrénica y sufría de graves trastornos de la personalidad, además de una exacerbada tendencia a la autodestrucción y al suicidio. Sara renunció en repetidas ocasiones a la idea de que su madre estuviera loca. Los años posteriores a su muerte fueron especialmente duros para ella. Aceptar la realidad supuso una insoportable prueba a su conciencia.

Conspiración.

Vino de repente a su cabeza. La palabra apareció como resultado de despejar una molesta incógnita y ahora, de repente, todo el mundo se había convertido en presunto sospechoso. Involuntariamente, las lágrimas brotaron de sus ojos y se escurrieron por sus mejillas. Una sensación de rabia y dolor a partes iguales se conjugó dentro de su ser. La fuerza del viento se había doblegado repentinamente y no dejaba de aullar. El cabello de Sara se agitaba como un demonio alocado. De pronto una voz distorsionada, mezclada con el viento, salió de alguna parte y Sara se giró en su busca.

La figura espigada de Cristina apareció en lo más alto de la loma, haciéndola parecer incluso más delgada de lo que era en realidad. Sus cortos cabellos se agitaban frenéticamente mientras entrecerraba los ojos para mirar a Sara.

—¡Sara! —gritó Cristina, descendiendo la loma y provocando una pequeña cortina de polvo ocre.

Sara llegó a su encuentro y la abrazó con fuerza.

—¡Cristina! —soltó, mientras las lágrimas que resbalaban serpenteaban por sus mejillas a causa del viento y se esfumaban con rapidez. Cristina dejó escapar una sonrisa satisfecha y estrechó con sus largos y delgados brazos a Sara.

Ninguna dijo nada durante varios minutos. Cristina abrazaba a Sara como la madre comprensiva que espera pacientemente a que su hija adolescente esté preparada para contarle aquel problema tan importante para ella.

—Tengo miedo —dijo Sara, después de despegarse del cuerpo de Cristina.

—No es buen lugar para meditar, Sara —dijo Cristina. Sus palabras sonaron ligeramente a advertencia mientras el viento no dejaba de incordiar.

Sara miró a Cristina a los ojos, buscando más allá de la belleza natural de ellos, pero no consiguió encontrar ningún vestigio anómalo.

—Seguro que estás pensando que soy una niñata mal criada —declaró Sara mientras esbozaba una mueca nerviosa.

—No —se apresuró a decir Cristina—. Eres una chica con problemas, como todas.

Cristina cogió la cara de Sara suavemente y sonrió. Tenía una sonrisa tan bonita... Y sus ojos casi desaparecían cuando se reía así. Nunca los había contemplado tan de cerca y con tal intensidad. Eran de un color azul violáceo y por primera vez se fijó en las pecas que tenía por toda la nariz y debajo de los ojos.

—¿Sabías que me costó mucho tiempo y esfuerzo conseguir a la revista Cosmopolitan como cliente?

Sara frunció el ceño sin entender nada. Negó.

—Tengo que entregar unas pruebas para corrección pasado mañana y, en lugar de estar trabajando, he estado buscando en el desván de casa.

Sara miró a Cristina de hito en hito y se empezó a dibujar una mueca en su cara. Se apartó una cortina de cabello negro como la tinta china de los ojos. Cristina sonrió y asintió. Se miraron en silencio. Una sonrisa traviesa se dibujó en la cara de Cristina y dijo:

—He encontrado algo.

Estaba lloviendo.

Augusto Fontecha llevaba un paraguas negro y esperaba bajo las ramas de una frondosa encina. Frente a un grupo de parterres situados en el centro del

parque. A las cuatro en punto, como habían quedado. Le hubiera gustado retroceder en el tiempo, la cantidad precisa para no haber contestado la llamada de Borches. Pero ésa era una reflexión infantil. Sólo se podían subsanar los errores en un ordenador, sencillamente tecleando la tecla retroceder hasta el punto deseado. Hacía más de veinticuatro años que Borches no se cruzaba en su vida. El tiempo parecía tener la virtud de distanciar los momentos más desagradables de nuestra vida hasta casi hacerlos desaparecer, pero eso no era cierto: el pasado siempre acaba por alcanzarte, de una manera u otra.

El pasado apareció a unos cincuenta metros de la posición de Fontecha, avanzando hacia él con andares de patizambo: Borches. No llevaba paraguas. Se cubría la cabeza pelada con la desproporcionada capucha de un anorak marrón que le hacía desmesuradamente gordo.

Dios, está hecho una pena, pensó Fontecha, mirándolo con desdén. Se acercó con sus pasos de pato mareado y se refugió bajo las mismas ramas del árbol que cobijaban a Fontecha.

—Vamos allí. —Fontecha meneó la cabeza, señalando un templete que se ubicaba en el centro de una explanada, rodeada de tejos, setos y árboles. Caminaron hasta «el Bombe», el templete que estaba situado al lado del paseo que llevaba su nombre. Subieron la escalinata en total silencio. Fontecha le dio la espalda a Borches y caminó hacia el otro lado.

«El mismo mamón remilgado de siempre.»

Borches se acercó a Fontecha que, desde arriba y sin bajar su paraguas, miraba la escasa gente pasar.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Fontecha serenamente.

—Esta mañana he tenido una visita un poco extraña.

Fontecha suspiró hondamente, pacientemente. No dijo nada.

—¿Conoces a Sara Leclerc?

—¿Quién?

—Sara Leclerc es la hija de Elisa.

Fontecha movió los ojos, nervioso.

—¿Su hija? —dijo, con una mezcla de cautela y sorpresa reprimida.

—Esta mañana ha estado en la conservera. Ella y su hermano estuvieron ayer en la isla. Van a vender la casa. Su hermano se fue a las pocas horas, pero ella se quedó.

—¿Y?

—Quería saber cosas de esa noche.

Fontecha se giró y miró a Borches a los ojos por primera vez.

—¿Qué cosas?

—Dice que tiene motivos para pensar que su madre no se suicidó.

—¿Qué? —dijo Fontecha con estupor—. ¿De dónde ha sacado eso después de tantos años?

—Yo qué coño sé.

Fontecha resopló. El ritmo de su corazón parecía no tener intención de detenerse. Una atractiva mujer de unos cuarenta años pasó bordeando el templete. Fontecha puso sus ojos sobre ella y la mujer le devolvió la mirada con ojos insinuantes. Fontecha parpadeó y se giró. La mujer desapareció y Fontecha caminó hacia el otro lado. Borches permaneció en el mismo lugar y lo siguió con la mirada.

—Le dije que yo llegué con la patrullera de la Guardia Civil después de que su madre hubiera desaparecido y luego me preguntó por ti.

—¿Qué le dijiste? —soltó Fontecha con una mirada tensa.

Borches rió y su papada tembló.

—Yo nada, hombre. Sabe que había un sargento de guardia: la chica no es tonta. Me dijo si podía localizarte y todo eso...

Fontecha trataba de ordenar sus ideas.

—¿Dices que llegó ayer con su hermano a la isla?

—Sí.

—¿Crees que ha podido encontrar algo en la casa?

—No tengo ni idea, pero yo apostaría a que sí. Parecía muy segura de sí misma.

Fontecha asintió, pensativo. Las imágenes que se proyectaban en su cerebro de esa noche se fueron ralentizando y aparecieron más nítidas, aunque sin un orden coherente, como un copión en la sala de montaje.

—Pero no te dijo qué sabía.

Borches negó.

En la cabeza de Fontecha se arremolinaban cien mil hipótesis, la mayoría descabelladas.

—Bueno, qué hacemos.

Fontecha no dijo nada.

Unas chicas de unos quince o dieciséis años prorrumpieron en el templete descubriendo a Fontecha y Borches. Al verlos se detuvieron, sonrieron y continuaron atravesando el templete. Bajaron por el lado opuesto cuchicheando. Las voces y risas de las chicas se alejaron y se disolvieron con

el ruido de la lluvia.

—Entonces, ¿qué cojones hacemos? —preguntó Borches con impaciencia.

Fontecha se giró y miró a Borches a los ojos intensamente. Borches no se amilanó. No le impresionaba, a pesar de que fuera veinte centímetros más alto que él.

—Déjame pensar. No me llames. Ya te llamaré yo.

Borches lo miró oblicuamente; luego se giró y se alejó de Fontecha. Bajó los escalones y al cabo de unos minutos desapareció por donde había llegado.

La lluvia arreció. Unos relámpagos centellearon brevemente, proyectando su haz sobre el oscuro templete. Se oyó un trueno lejano. Una pareja de enamorados pasó correteando al lado de la solitaria edificación, al amparo de un precario paraguas. Reían y disfrutaban de su amor. No advirtieron una esbelta figura alargada que sujetaba un paraguas negro y que de inmóvil parecía una estatua.

La lluvia había pillado desprevenidas a Sara y a Cristina. Corrieron por el caminillo que serpenteaba hacia la casa hasta que alcanzaron el porche. Rüdiger, el Labrador Retriever de Cristina, estaba echado debajo del balancín de madera. Levantó la cabeza al percibir las voces de las chicas. La lluvia había arreciado en pocos minutos, los suficientes para que se encontraran caladas hasta los huesos.

Cristina acarició a Rüdiger, mientras el perro se erguía y le lamía la cara en señal de cariño. Sara supuso que el curioso apelativo se debía al niño vampiro, protagonista de la saga de libros infantiles creados por la escritora alemana Angela SommerBodenburg.

Las chicas entraron en la casa completamente empapadas. La temperatura en el interior era bastante agradable. Cristina había dejado la calefacción encendida antes de salir y una cálida sensación de calor atenuó levemente la intensa humedad exterior. Cristina colgó la chaqueta vaquera que llevaba en el respaldo de una silla. Sara hizo lo mismo con su chaqueta corta de cuero negro. Después, subieron al piso de arriba y fueron hasta el dormitorio, que era alargado y las paredes estaban pintadas de azul celeste. El techo tenía un tono de azul más oscuro y estaba inclinado. Largas traviesas de madera lo cruzaban. Había dos grandes ventanas. Las cortinas estaban descorridas y los visillos blancos difuminaban los contornos del mundo exterior.

Cristina se dirigió hacia un enorme armario que ocupaba toda una pared, frente a la cama con dosel. De fondo, se oía la lluvia repiquetear en las ventanas. La suave luz de una lámpara teñía de amarillo la habitación y servía

de bálsamo mágico y tranquilizador. De repente Sara se sintió tranquila y sosegada.

—Tienes que quitarte esa ropa o cogerás una pulmonía triple —ordenó Cristina.

Sara, que miraba por la ventana, se giró a tiempo de ver a Cristina que se despojaba de una camiseta roja de manga larga y mostraba sus pequeños pero bien torneados pechos. Cristina estaba medio de espaldas, ofreciéndole su lado izquierdo. Su mirada se posó en una fotografía en blanco y negro, que se encontraba apoyada en un sinfonier delgado de color nogal dotado de muchos cajones. Había una alta, delgada y guapísima chica rubia sentada en el alféizar de la ventana que tenía enfrente, y sonreía a la cámara mientras mostraba su fantástico cuerpo desnudo al fotógrafo. La chica era Cristina.

Desvió la mirada hacia otro lado y sus ojos se posaron en un espejo rectangular con marco dorado. Estaba apoyado sobre la pared y junto a la ventana, perpendicular al armario y ofreciendo la imagen de Cristina intentando bajarse los estrechos y mojados pantalones vaqueros mientras saltaba a la pata coja para no perder el equilibrio.

La luz dorada de la lámpara incidió en el delgado y esbelto cuerpo de Cristina. Sus piernas eran largas, y sus muslos, firmes y prietos. Finalmente, Cristina se despojó de los pantalones y se quedó sólo con unas diminutas braguitas blancas.

—Mira a ver si te viene bien este pantalón —dijo Cristina, arrojando un pantalón caqui de tela a la cama.

Sara miró por la ventana. La lluvia repiqueteaba en el tejado y desde allí se podía ver una porción de mar. Cerró los ojos. La lluvia siempre le había evocado tristeza; no le gustaba, pero allí, junto a Cristina, tenía un efecto diferente.

—¿Te gusta el blanco? —dijo Cristina sonriente, mientras se vestía con un jersey de rayas blancas y negras de pronunciado escote en pico—. A mí me encanta.

—Está bien. Gracias —dijo Sara con un apagado tono de voz.

Cristina se acercó a Sara con el suéter en la mano. Notó la tristeza en los ojos de Sara e hizo un gesto, señalando sus pechos.

—Lo que no te puedo dejar es un sujetador.

Sara sonrió y entonces cogió el portarretratos que albergaba la fotografía de Cristina desnuda.

—Tienes un cuerpo espectacular.

—No sabes de lo que es capaz un buen fotógrafo y Photoshop.

Cristina se acercó y le cogió la cara con ternura.

—Estoy muy contenta de haberte conocido, ¿sabes? No cambiaría mi vida en la isla por nada, pero a veces me siento muy sola y echo de menos tener cerca una buena amiga. Las pobres isleñas ya tienen bastante con aguantar a sus maridos.

Sara también se alegraba mucho de que Cristina fuera su amiga. Se sentía feliz cuando ella estaba a su lado.

—Cristina Sofisticada de la Muerte, eres una tía cojonuda.

—Sara Dos Tetazas, a veces eres un incordio, pero me alegra tenerte como amiga.

Había dejado de llover hacía más de una hora.

La noche era negra como el fondo de un pozo. Una quietud extraordinaria, fuera de lugar, impregnaba la noche. Sara se encontraba sentada en el sofá, frente al estudio de Cristina. Había hecho unas cuantas llamadas que necesitaba realizar. Al no poder utilizar el teléfono móvil en Isla Malva, tuvo que recurrir al fijo que Cristina tenía en casa.

En primer lugar llamó a su hermano Alberto. La regañó por no haberse puesto en contacto con él antes. Alberto siempre había ejercido de hermano mayor, ponderando gran parte de las decisiones, incluso aquellas que no le concernían. Criticó el comportamiento de su hermana y la conminó a entregarle la carta como habían acordado. Sara notó que su hermano estaba interesado en Cristina. No le dio la menor importancia: lo conocía muy bien; siempre se sentía atraído por todas las mujeres medianamente atractivas. Aunque no tenía pruebas, estaba convencida de que su hermano engañaba frecuentemente a Diana. Paradójicamente, nunca había ocultado su supuesta promiscuidad y algo le decía que Diana estaba al corriente de sus deslices.

Le prometió que volvería en el primer ferry de la mañana. Hecho del cual Sara no estaba tan convencida. Luego llamó a su agente, Lorraine Steinweg. Pronosticó que estaría muy enfadada con ella. Lorraine se mostró muy preocupada por su paradero e incluso declaró que había estado a punto de denunciar su desaparición a la policía. Sara sabía que todo era mentira, ya que Lorraine tendía a magnificarlo todo. Le enumeró una serie de nombres de productores y directores que contaban con ella para sus próximos proyectos. Sara apaciguó a Lorraine prometiéndole que al día siguiente estaría en Madrid.

Finalmente llamó a su novio Jacobo que, según él, se encontraba inmerso en

la escritura de su nuevo guión. Como muchas parejas, en las que ambos se dedicaban a profesiones relacionadas con el mundo del espectáculo, las relaciones afectivas siempre eran complicadas. Existían muchas razones para desconfiar el uno del otro, pero no así en su caso en particular. A juicio de Sara, Jacobo parecía estar más interesado en asuntos de índole lúdica que en perseguir a jóvenes y apetitosas aspirantes a actriz deseosas de alcanzar la fama a cualquier precio.

Ella estaba convencida de que él la adoraba y, en el fondo de su corazón, sabía que lo había elegido porque necesitaba tener a alguien que la apoyara. Jacobo había cumplido con creces hasta en los peores momentos de su carrera y desde que lo había conocido seis años atrás, durante el rodaje de un corto, nunca se había arrepentido de su decisión de estar con él. Aunque últimamente comenzaba a cuestionárselo con demasiada frecuencia y eso la atormentaba, ya que sabía que si algún día tuviera que terminar con él sufriría mucho y se arrepentiría por ello.

Borches aún tuvo tiempo de llegar al último ferry que salía para Isla Malva. Durante su regreso a Llanes estuvo dándole vueltas a si debía regresar o quedarse en Oviedo, que era donde tenía su residencia habitual. Finalmente optó por volver a la isla sin saber a ciencia cierta qué iba a hacer allí.

La repentina aparición de Sara Leclerc le había provocado una sensación de desasosiego que no había vivido desde hacía mucho tiempo. Retrocedió hasta 1985, hasta aquella noche de agosto. Con un nudo constante en la boca del estómago repasó cada instante y se detuvo cuando aquella niña morena y delgaducha de grandes ojos almendrados apareció, escrutándolo con esa mirada intensa. La inconfundible imagen de Llanes a través de los limpiaparabrisas lo devolvió a la actualidad. El cielo no presagiaba nada bueno, reflexionó con una amarga sonrisa.

El ferry atracó a las seis y diez de la tarde y sólo desembarcaron seis personas: Borches era una de ellas. Una veintena de chicas, todas ellas trabajadoras de la conservera de Borches, saludaron con un gesto y sin entusiasmo a su jefe cuando éste paso a su lado. Él sólo se limitó a mover la cabeza con gesto ausente. Se dirigió a la conservera mientras algunas chicas desde el ferry observaban extrañadas sus movimientos. Más de una deseó que el techo de la nave se desplomara en ese instante. Abrió la puerta e inmediatamente desconectó la alarma en el panel situado en el vestíbulo. Se quedó quieto durante los minutos siguientes. De repente se percató de que el vestíbulo estaba a oscuras y que él era una sombra más del frío lugar.

No sabía cuánto tiempo había pasado, unos minutos, dedujo. Los suficientes para que el cielo se hubiera oscurecido aunque no totalmente. Se obligó a hacer algo productivo y puso a trabajar su cerebro.

Salió fuera. Levantó la mirada y sus ojos se posaron en la Casa del León: sus contornos se difuminaban y se fundían con el entorno debido a la creciente ausencia de luz solar. ¿Qué habría encontrado en la casa? Porque estaba plenamente convencido de que todo había comenzado allí. Desconocía si la chica estaba en la isla o no, pero su intuición le decía que todavía permanecía en Isla Malva. Probablemente estuviera hospedada en el hotel; era el único lugar donde un forastero podía pasar la noche en la isla. Quizá no fuera mala idea pedir una habitación en el hotel. Seguro que coincidiría con ella y así aprovecharía para entablar conversación y, ya de paso, intentaría sonsacarle algo. Conocía perfectamente a la persona que envolvía su pellejo, y no era precisamente el mejor amigo del hombre. Carraspeó. Eso era lo que haría. Miró de nuevo hacia la Casa del León. La luz era engullida por la noche por momentos. Pero antes haría otra cosa. Recordó que en algún lugar de su despacho había una linterna. Se giró y, mirando de soslayo a la Casa del León, se dirigió de nuevo a la conservera.

Rüdiger arañó la puerta de casa. Cristina le dejó entrar y el perro corrió a refugiarse en su rincón favorito: bajo la escalera y cerca del radiador. Se tumbó sobre una gran esterilla de arpillera y observó el movimiento de la casa con ojos perezosos. Sara estaba fregando los platos y cubiertos de la frugal cena que había tenido lugar hacía unos minutos.

Mientras tanto, Cristina aprovechó para trabajar en las revisiones de una revista de moda que su editor le había mandado vía email.

—Mañana tendré que levantarme por lo menos a las cinco si quiero terminar este trabajo —vaticinó Cristina agobiada, sentada frente a su Mac.

Sara analizó todo lo que le había sucedido en esos dos últimos días. Todo había ocurrido demasiado deprisa. El descubrimiento de la carta había abierto una negra hendidura sin fondo en lo más hondo de su corazón que le provocaba dolor y tristeza, pero también esperanza y la certeza casi absoluta de restaurar una parte perdida de su vida.

Después de la muerte de su madre sufrió varias etapas, a cual más terrible. Al principio se sintió dolorida y profundamente triste por la pérdida de lo que más amaba. Posteriormente, sintió ira y rabia hacia su madre muerta. Casi la despreciaba por haber claudicado ante la vida, por haber renunciado a estar a su lado. Los largos días estaban llenos de dolorosos insultos a mortificados

arrepentimientos. Una parte de ella se sintió terriblemente apesadumbrada por haber culpado a su madre de haberla abandonado.

Y ahora tenía la oportunidad de enmendar sus errores con aquella carta. Pero también tenía miedo. Miedo a encontrar algo que la perturbara. Intuía que de encontrar la verdad, descubriría con ello detalles sobre la muerte de su madre que no olvidaría jamás.

Eran las ocho y media de la noche cuando Juan de Dios Borches entró por la puerta del hotel. No podía disimular su desconcierto y decepción. Además estaba hambriento, sediento y tenía los huesos fríos como el hielo. Jesusa salió a su encuentro exhibiendo una sonrisa de su amplia colección.

—Buenas noches —dijo enseñando la dentadura, aunque un brillo en sus ojos la delató. Lo que realmente parecía querer decir era: «¿Qué narices hace este tío aquí?».

—Quiero una habitación —dijo Borches distraído, mirando hacia el pequeño comedor que estaba vacío. Oyó el sonido de un televisor de tamaño mediano que pendía de una suerte de soporte negro. En el aparato una vistosa chica, vestida elegantemente, hablaba con tono neutro sobre sucesos truculentos ocurridos en el curso de ese día. Borches miró entonces a su derecha. Había una puerta estrecha color nogal con un letrero dorado que ponía Privado.

—¿Puedo tomar algo antes de irme a la cama?

—Mmm..., claro. Tenemos sopa de marisco, pescadilla rebozada y fruta del tiempo.

Borches levantó la mirada y miró a Jesusa con ojos entornados.

—Así que estamos solos —dijo, esforzándose en componer una sonrisa que fue finalmente una mueca.

—Sí..., bueno, no. Hay una chica muy mona —dijo a la vez que miraba un minúsculo y coqueto cajetín que contenía siete de las ocho llaves de sus correspondientes habitaciones. Jesusa tomó la llave número cuatro y se la entregó a Borches—. Por cierto, ¿tiene equipaje? —preguntó, sabiendo de antemano la respuesta.

—No. Voy a subir a mi habitación a descansar. Avíseme cuando esté la cena.

Jesusa asintió y esbozó una sonrisa forzada. Miró la figura deforme alejarse con los hombros caídos. Cuando se aseguró de que desaparecía de su vista mostró un gesto de desagrado.

Veinte minutos después, Borches descendió las estrechas y enmoquetadas

escaleras y se dirigió hacia el comedor esperando encontrarse con la chica, pero el salón estaba tan vacío como apenas unos minutos antes.

«¿Dónde está esa pequeña zorra?»

Malhumorado se dirigió a una mesa cuadrada con cubiertos, vaso y un humeante plato hondo de contenido marrón que lo estaba esperando. Silverio apareció en el preciso instante en que Borches tomaba asiento. Se deslizó hacia allí sin hacer el menor ruido.

—Buenas noches, señor. ¿Va a tomar alguna bebida el señor?

—Ponme un buen vino —dijo mientras sacaba un Cohíba de una caja metálica y lo encendía sin prisa.

—Sí, señor. ¿Blanco o tinto?

—El que te salga de los cojones, pero que sea bueno —contestó Borches expulsando una vaharada de humo gris.

—Sí, señor —murmuró Silverio haciendo una reverencia y desapareciendo con el mismo sigilo.

Borches apoyó los codos sobre el mantel y la barbilla sobre las dos manos regordetas. Tenía una ventana justo a su derecha que daba a la explanada. Varias luces en el puerto apenas si iluminaban algo. Las bombillas se balanceaban por el viento y mientras Borches las observaba apareció Silverio con una botella de vino. El hombrecillo le explicó atropelladamente que aquél era el mejor caldo que poseían. Borches asintió imperceptiblemente y Silverio se debatió entre dejar la botella o servir la primera copa.

—Esperaba tener algo de compañía esta noche —balbució Borches como inicio de conversación.

—¿Mmm? —murmuró Silverio sin entender.

—Creía que había una chica en el hotel.

Después de varios segundos, Silverio reaccionó:

—¡Ah! La chica, sí... Una chica guapa, sí... —susurró Silverio sin poder evitar una sonrisa perversa.

—Creo que la vi... ayer. Una chica morena, no muy alta. Creo que es la chica que va a vender la Casa del León.

—Ésa es, señor. No es muy alta pero tiene todo en su sitio... —Emitió una sonrisa bobalicona mientras miraba a su alrededor por si Jesusa acechaba cerca.

Borches lo miró con una media sonrisa, animando así a Silverio a continuar. El hombrecillo bajó su ya débil tono de voz a casi un susurro sibilante.

—Esta tarde la he visto con otra chica. La chica rubia que vive en una de

las casas de la montaña. La novia del fotógrafo ese.

Los ojos de Borches se movían sin parar, desorbitados. Síntoma de estar intentando recordar a las personas que vivían en esa parte de la isla. Eran un puñado. De repente recordó con exactitud meridiana de quién se trataba. No pudo ocultar su sorpresa ante Silverio.

—Sí..., la diseñadora.

Silverio asintió enseñando una fila de pequeños y amarillentos dientes separados entre sí.

—¡Ésa! —Volvió a mirar a su alrededor y volvió a susurrar, acercándose más al oído de Borches—. Está un poco flacucha para mi gusto, ¿sabe usted? Pero la otra, a ésa sí le hacía yo un traje de saliva; tiene un par de pitones...

Silverio soltó otra risita que reprimió casi inmediatamente con otra mirada furtiva. Por su parte, Borches no dejaba de pensar en la relación que podría haber entre ellas dos.

—Serán amigas —murmuró sin darse cuenta, como fruto de sus cavilaciones.

En ese instante la mirada divertida de Silverio se tropezó con la oronda figura de Jesusa que lo observaba con una mirada inquisitiva. Silverio carraspeó y balbució algo medio en castellano y gallego, que ni el pobre hombre entendió. Se dio media vuelta y se dirigió hacia la posición de su esposa, que al pasar a su lado le recriminó hablando entre dientes a la vez que le propinaba un empujón.

Borches permanecía ajeno a las cuitas de la peculiar pareja. Desconocía la relación existente entre Sara Lecrerc y la diseñadora, pero estaba convencido de que en esos momentos estaban juntas, en casa de la segunda. Degustó tranquilamente su Cohíba antes de comenzar a cenar.

Cuando por fin terminó de fregar y dejó escurriendo los platos en el fregadero, Sara se acercó a Cristina, que no dejaba de anotar como una posesa garabatos en una libreta, mientras gesticulaba y murmuraba palabras ininteligibles.

—Mejor lo dejamos para mañana. Te veo muy ocupada —dijo Sara.

Cristina se giró y miró a Sara enigmáticamente.

—Tienes que verlo. Yo lo he hojeado sólo de pasada, pero puede que haya algo.

Cristina se levantó de su mullido sillón giratorio y subió por las escaleras al piso superior con paso rápido. Al cabo de unos minutos bajó trayendo consigo un grueso cuaderno pequeño, de quince por diez centímetros, de color granate.

—Aquí está. El diario de mi tía Isabel.

Cristina se lo ofreció a Sara, que lo cogió con sumo cuidado. Una especie de presilla arañada y descolorida mantenía cerrado el diario. Sara se sentó en el sofá y lo abrió. Cristina se sentó a su lado.

—Cuando me mudé a esta casa, retiré casi todas las cosas de mi tía al desván. Elegí algunas de ellas para tener su recuerdo fresco. Quizá un lugar así no sea el más adecuado, pero, por otro lado, pensé que debían descansar en un lugar tranquilo. No recordaba haber visto ningún diario, pero allí estaba: dentro de una caja que, por lo visto, guardaba con mucho celo.

Sara abrió el diario que estaba encuadernado en cuero granate. Las guardas eran de un papel de color dorado y en la primera página estaban impresas las palabras: Diario Personal de... A continuación había una línea discontinua que nadie había rellenado. Sara acarició el papel y las tapas de piel gastada y llegó hasta las primeras páginas escritas de puño y letra de Isabel Bellver.

Isabel tenía una escritura elegante, alargada e inclinada hacia la derecha. Aparentemente no había un orden cronológico respetado. Isabel había rellenado las páginas como le iba apeteciendo. En algunas había escritas reflexiones personales que llenaban varias páginas y en otras simplemente aparecían escritas unas pocas líneas. En algunas había escrito la fecha y en otras no. No fue hasta el segundo tercio del diario donde Sara encontró la primera referencia acerca de su madre. La fecha en la cual se conocieron databa del 16 de junio de 1984. Isabel se sintió fascinada por ella desde la primera vez que la vio, cuando ambas coincidieron en el ferry que hacía el trayecto hacia la península. Ambas congeniaron de inmediato. Isabel invitó a Elisa a que pasara por su casa cuando le apeteciera. Elisa aceptó encantada la invitación. Existía un fragmento en el que aparecía una referencia de la propia Sara:

... Elisa me ha dicho que pasará todo el verano en la isla. Me alegra haberla conocido: ya había perdido la esperanza de conocer a alguien interesante para variar. Elisa es inteligente y una estupenda conversadora. En lo que ha durado el trayecto, hemos hablado de todo menos de banalidades. No soporto hablar de cosas cotidianas: me aburren soberanamente. Elisa es especial y tremendamente atractiva, aunque he notado algo raro en ella. Parecía como ausente a ratos.

La acompañaba su hija, Sara. Una preciosa niña de ojos grandes y negros con la inquietud propia de los niños de su edad...

Sara buceó en lo más recóndito de su memoria, buscando ese momento. Las

imágenes de cuando era niña y en especial las de Isla Malva estaban relacionadas con la muerte de su madre. Después de tan trágico suceso la mente de Sara había relegado esas imágenes a una esclusa sellada del cerebro que no tenía intención de volver abrir jamás.

Elisa e Isabel solían verse muy a menudo. En algunas ocasiones, Elisa visitaba a Isabel en esa misma casa. Isabel trabajaba en casa, realizando joyería artesanal que fabricaba utilizando piedras que ella misma hallaba en los alrededores. Elisa solía ayudarla en su pequeño taller mientras desgranaban experiencias de la vida de ambas. Al finalizar el verano se despidieron apenas pero prometieron volver a verse antes de que llegaran las siguientes vacaciones. Se escribieron con regularidad y hablaron por teléfono ocasionalmente.

En una ocasión Isabel tuvo que viajar a Madrid y planeó darle una sorpresa a su buena amiga Elisa. Sabía dónde vivía, por la dirección que aparecía en el remite de sus cartas. Isabel se presentó en la calle O'Donnell con la ilusión infantil de sorprender a Elisa. Fue allí, y de boca del propio marido de Elisa, Víctor, donde Isabel se enteró de la terrible dolencia que padecía.

—Elisa lleva cinco días ingresada en una clínica para personas con problemas esquizofrénicos. Siento que hayas hecho el viaje en balde, pero nadie puede visitarla. Sería muy desagradable —dijo Víctor, consternado y circunspecto a la vez.

Isabel regresó a Isla Malva sumergida en una profunda tristeza. Elisa nunca le había mencionado lo de su enfermedad. Probablemente se avergonzase de ello o bien no quería tratar ese tema con ella. Durante todo el verano anterior Elisa se había mostrado con unas enormes ganas de vivir, de aprender y disfrutar. Poseía un gran sentido del humor y era alguien comprometido, pero sobre todo profesaba un gran humanismo. Sin duda, uno de los peores momentos para Isabel fue cuando descubrió por boca de la propia Elisa cómo se sentía. Isabel registró ese momento con letra menos viva y más temblorosa de lo habitual. El 6 de marzo de 1985, Isabel escribió en su diario:

Hoy he hablado con mi querida amiga Elisa y he estado llorando toda la tarde al recordar sus palabras y su pesar. Aunque ya sabía qué le ocurría, nunca llegué a pensar que fuera algo tan terrible. He sentido una gran impotencia cuando me expresó su deseo de morir entre lágrimas y horribles lamentos. He intentado consolarla, pero sé que no ha servido de nada.

Si estuviera en mi mano hacer cualquier cosa para ayudarla, bien

sabe Dios que lo haría. Al parecer, la vida no deja de arrebatarme todo aquello que más quiero. Todas las personas que amo se ven envueltas en terribles tragedias.

La palabra escrita de Isabel Bellver golpeó el corazón de Sara como un mazo. Tuvo un acceso de tristeza, pero la suave mano de Cristina, acariciando la suya, borró el sabor amargo de la congoja.

Sara pasó las páginas, en las que puntualmente se hablaba de su madre. El trazo de Isabel se manifestaba apelmazado y apesadumbrado cuando se refería a su amiga. Entonces, llegó el verano y, con él, Elisa Leclerc y su familia. El reencuentro fue conmovedor: ninguna de las dos pudo contener su alegría, poniéndose al día inmediatamente y planeando miles de proyectos para ese verano.

3 de junio de 1985

Hoy ha llegado por fin Elisa con su familia a la isla para pasar las vacaciones de verano. Estaba radiante y mucho más guapa que el año anterior. Parece tan llena de vida que cuesta imaginarla de otra manera. Hemos paseado y no hemos dejado de hablar en ningún momento. Se ha tenido que marchar pronto, pero hemos quedado en vernos mañana. Quizá vayamos una tarde de éstas a Llanes, al cine, a ver la última película de Robert Redford.

—Siento como si estuviéramos violando la intimidad de tu tía —dijo Sara con total sinceridad.

Cristina asintió pensativa y luego dijo:

—No estaríamos leyendo este diario ahora, de no haber encontrado tú esa carta. Ella lo entendería.

Sara continuó pasando páginas que estaban salpicadas de la vida cotidiana en la isla, de unas rencillas sobre una herencia familiar con una tía de Isabel que vivía en Málaga y, las más extensas y prolíficas, sobre ella y su relación con Elisa. Sara llegó hasta una página en la que Isabel había escrito con trazo rápido y nervioso:

Creo que Elisa ha tenido una recaída. Ayer estaba tan contenta y divertida como siempre. Habíamos quedado que vendría a casa como a eso de las 11 de la mañana, pero no lo ha hecho. Después de esperarla todo el día, he ido a verla a su casa, pero me han dicho que no estaba. Cuando me iba, he vuelto la vista atrás y la he visto asomada a la ventana de su dormitorio. Sé que me ha visto. He tratado de saludarla,

pero entonces ha cerrado las cortinas y ha desaparecido. Estoy muy preocupada por ella.

No había fecha alguna escrita en la página.

La siguiente página también hablaba enteramente de Elisa Leclerc.

9 de junio de 1985

He estado varios días tratando de ver a Elisa. Rosa me ha dicho que estaba enferma y que no podía salir. He visto a los niños jugando en el jardín; parecen tan buenos chicos... Son los dos muy guapos. La niña, Sara, parecía triste. He tratado de hablar con Víctor, pero me han dicho que estaba muy ocupado trabajando. Intentaré verla mañana. Aunque no suelo rezar, he empezado a hacerlo por Elisa. Deseo de corazón que se recupere pronto. Me entristece terriblemente verla así.

Había un intervalo de seis días entre la anterior entrada y la siguiente. Quizá Isabel estuviera muy preocupada por su amiga y no tuviera fuerzas para nada más. Por primera vez en las páginas del diario de Isabel, se mencionaban *Los crímenes del 85*.

15 de junio de 1985

Hoy he estado con Isabel y parece, sin duda, otra persona. Cuesta entender que sean la misma la que lloraba desconsoladamente y maldecía por estar viva y la de esta mañana, con un montón de proyectos en su cabeza. Hemos pasado el día en Llanes y me he divertido como hace tiempo que no lo hacía. No hemos hablado para nada de su enfermedad. Sólo quiere disfrutar la vida y no seré yo quien se lo impida. La quiero y sufro mucho, sabiendo lo que debe de estar pasando.

A primera hora de la tarde ha llegado a la isla la noticia de que han encontrado el cadáver de un niño en Mollerussa. Todo el mundo está consternado y muy asustado, sobre todo los padres con hijos de esa edad. Elisa se ha mostrado muy preocupada por los niños y no puede dejar de temer por la seguridad de sus hijos, especialmente por su hijo Alberto, ya que el asesino ha matado a niños de entre seis y nueve años de edad.

Creo que es el cuarto niño que han encontrado. Violado y asesinado. Jamás podré entender cómo alguien puede cometer tales atrocidades.

Los pensamientos de Isabel Bellver plasmados en esas páginas amarillentas

eran como una ventana abierta al pasado. Sara cerró los ojos y trató de imaginar a Isabel Bellver y a su madre en esa misma casa, quizá en ese mismo lugar, y como si el propio diario le hubiera leído el pensamiento, al girar la página apareció una fotografía de su madre e Isabel Bellver: Elisa estaba sentada en una silla de mimbre y detrás estaba Isabel peinando la densa cabellera negra de Elisa. Las dos estaban en un lugar que Sara conocía muy bien: era el cuarto de baño con suelo ajedrezado de la Casa del León. Elisa e Isabel se reían probablemente de alguna ocurrencia de su madre. Sara sonrió. Entonces frunció el ceño y descubrió el defecto de velado, que demostraba que esa fotografía se tomó con la Polaroid de Elisa. Se preguntó si tal vez fue Rosa o su padre el improvisado fotógrafo, pero entonces una línea directa con aquel momento se trazó y llegó hasta lo más profundo de su memoria. La fotografía la había tomado ella misma, ahora lo recordaba perfectamente. Giró la fotografía y en el reverso vio escrito a lápiz:

Elisa y yo.

Sara volvió a mirar la fotografía y de repente sintió una punzada de dolor y tristeza que le atravesó el corazón. No era justo que su madre hubiera muerto tan joven. Tenía toda la vida por delante, una familia estupenda y enormes ganas de vivir. Con una inquietante sensación, volvió a ser consciente de que la muerte viajaba siempre a nuestro lado. Vigilando nuestros movimientos, esperando que cometiéramos un grave error. El error que nos embarcaría en un viaje hacia la noche eterna. Sara se quedó dormida en el sofá. Mientras tanto Cristina aprovechó para sentarse frente a su Mac y terminar un trabajo urgente que necesitaba enviar por ftp esa misma noche. La transmisión de datos tardaría, según la estimación del software, más de tres horas, así que apagó el monitor y dejó el ordenador encendido para que hiciera su trabajo. Era la una menos diez de la madrugada. Cristina despertó a Sara suavemente y le dijo que era hora de irse a dormir. Sara susurró el nombre de su madre y preguntó por el diario que descansaba sobre la mesa de centro. Se espabiló lo suficiente para caminar hacia el dormitorio con los ojos cerrados y apoyando su cabeza en el hombro de Cristina.

A las seis y cinco Borches ya estaba en pie.

No había dormido bien. Consideró que ya no soportaba estar un minuto más en la cama. En los innumerables momentos de duermevela su memoria le retrotrajo al verano de 1985, concretamente a la noche del 14 de agosto.

Entonces la Guardia Civil investigó y llegó a la conclusión de que Elisa Leclerc se había suicidado. La investigación se cerró a los pocos meses. No había por qué mantenerla abierta teniendo en cuenta los antecedentes que tenía, además de todas las pruebas que demostraban fehacientemente que así había ocurrido. Se esforzó en escarbar en el pasado y no le fue difícil, ya que aquella noche la recordaría toda su vida. ¿Por qué después de casi veinticinco años aparecía su hija asegurando que tenía motivos para pensar lo contrario? ¿De qué puñetas hablaba? ¿Qué había encontrado en la Casa del León? Porque estaba claro que todo había comenzado a raíz de su visita a la casa.

La noche anterior fue a echar un vistazo pero no encontró nada. Normal. La chica lo llevaría encima. Eso en el caso de que fuera algo de pequeño tamaño, pero ¿y si fuera algo que no cupiera, por ejemplo, en su bolso? Lo habría dejado de nuevo donde lo encontró. Claro. Era un lugar seguro y de su propiedad. Allí estaría a salvo. Volvería cuando le diera la gana, lo recogería y entonces lo llevaría a la policía...

Y ahora estaba con toda probabilidad en casa de la novia del fotógrafo. Eso era lo que no entendía. No eran amigas. Estaba casi convencido. Borches sólo estaba en la isla hasta las seis de la tarde, pero conocía a todos y cada uno de los isleños y, aunque no era un cotilla, sabía vagamente quién solía venir a menudo por la isla. Y Sara Leclerc jamás había regresado desde que su madre murió. De alguna manera habían hecho buenas migas. Y tal vez la diseñadora ahora compartía esa información privilegiada.

Debería haber solucionado él mismo el problema en lugar de llamar al mamón de Fontecha. Se maldijo a sí mismo por esa imprudencia, pero todavía no era demasiado tarde.

Borches se miró el reloj de pulsera; eran cerca de las seis y diez y todavía no había amanecido. Tenía que darse prisa y actuar sin vacilación. Si alguien lo descubría cerca de la Casa del León tendría que renunciar a su plan. De repente se imaginó a la Guardia Civil irrumpiendo en su despacho y llevándose esposado, mientras un grupo de isleñas cotillas, canijas y desdentadas lo señalaban con el dedo índice y se mofaban a su paso.

Tragó saliva y se apresuró a vestirse.

A los pocos minutos cruzó el diminuto vestíbulo. No había nadie ni tampoco oyó nada, excepto el ruido continuo y grave de la cámara frigorífica de la cocina. De repente oyó pasos y silbidos apagados de alguien que tarareaba animosamente *Marinero de Luces*.

Era Jesusa.

Borches se quedó quieto y aguantó la respiración. El voluminoso cuerpo de Jesusa apareció por una puerta situada detrás del mostrador de recepción.

—Buenos días —dijo Jesusa al ver a Borches. Fingió una sonrisa pero por más que se esforzó no pudo evitar traslucir el desagrado y repugnancia que le producía ese hombre.

—Hola —dijo Borches escuetamente, sin tampoco poder ocultar la decepción que le producía que a las primeras de cambio Jesusa lo hubiera descubierto tan temprano—. Me dice lo que le debo. Tengo que volver a la conservera.

—Serán cuarenta y cinco euros.

Mientras Borches sacaba su cartera y buscaba un billete de cincuenta euros, Jesusa canturreaba por lo bajo.

Jesusa le dio las gracias con otra sonrisa postiza y Borches salió del hotel y se dirigió a la conservera. El día todavía no había comenzado a despuntar pero lo haría en menos de una hora.

Cuando estaba en la verja de entrada de su empresa se detuvo y miró disimuladamente por encima del hombro. No había nadie en la calle. El corazón le latía con fuerza y le costaba respirar. El médico le había advertido en varias ocasiones que debía adelgazar y llevar una vida sin excesos; por el contrario, había seguido comiendo, bebiendo y fumando lo mismo, si no más. Le traía al paio: no pensaba renunciar a su estilo de vida.

Entró en la conservera. Desconectó la alarma y caminó sobre el suelo de linóleo que se extendía a lo largo de la sección de envasado. Entró en una pequeña habitación rectangular donde se guardaban en su mayor parte herramientas, que estaban dispuestas de cualquier manera en un panel de madera aglomerada. El sonido de ignición de un par de tubos fluorescentes rompió el silencio sepulcral.

Borches comenzó a revisar lentamente las herramientas mientras silbaba relajado. A continuación abrió cajones y miró debajo del banco de trabajo. Se levantó y permaneció pensativo durante un momento. Apagó la luz y salió de la habitación. Entró en una habitación contigua; ésta era mucho más pequeña y apestaba a gasóleo. Había un enorme bidón metálico a la derecha y unas cuantas garrafas apiladas a la izquierda. Las comprobó una a una, tanteándolas. Cogió la que estaba más llena, la abrió y la olisqueó. Salió de la habitación y se dirigió de nuevo a la salida silbando.

Abandonó la fábrica y se deslizó por la cara norte de la nave intentando hacer el menor ruido posible. Aparentemente, no había moros en la costa.

Comenzó a subir un pequeño promontorio que algún espabilado había hecho, para evitar subir directamente por la calle Alta. Era como una suerte de atajo hacia una de las calles paralelas a la calle principal: así evitaría que la cotilla de Jesusa lo viera subir por allí.

El esfuerzo casi lo deja exhausto.

Tuvo que obligarse a detenerse un momento para recuperar el resuello. Miró la pesada garrafa de plástico con desdén. Con un gemido más propio de un mamífero de gran tamaño, reemprendió la subida evitando en la medida de lo posible la calle Alta.

Miró al cielo. La densa oscuridad había desaparecido. El tono gris plomo parecía aclararse por momentos. Maldijo entre dientes e intentó imprimir un paso más rápido a su subida, pero su cuerpo maltratado durante años le devolvió la moneda mientras no dejaba de sudar a pesar de la fría mañana. Torció por una estrecha calle que subía en empinada pendiente, muriendo en un camino transversal que separaba ese grupo de casas de otro que tenía frente a él. Si conseguía dejar atrás este último grupo se toparía de frente con un pequeño bosque de tejos y pinos silvestres que le serviría para ocultarse de las miradas indiscretas. Sonrió para sus adentros y comenzó a cruzar el estrecho camino. Maldijo de nuevo por el tremendo esfuerzo y, por un instante, deseó arrojar bien lejos la pesada garrafa. En aquella maldita isla todo eran cuestas, pensó.

Un grupo de pinos oscilantes le dio la bienvenida, pero Borches no estaba para tales agasajos. Tuvo que detenerse. Estaba sudando a chorros y el corazón parecía que le iba a estallar de un momento a otro. No recordaba cuándo fue la última vez que dio más de los pasos necesarios para ir del coche a casa o viceversa. Ejercicio era una palabra que no figuraba en su diccionario particular. De repente, pensó en abortar su repentino plan, pero negó entre gemidos. Tenía la boca seca y notaba un extraño sabor acre. Miró al cielo: la mañana se revelaba con rapidez.

Vio la Casa del León a escasamente unos cuantos metros, erigiéndose orgullosa e inexpugnable. Sonrió, enseñando una fila de dientes irregulares y ennegrecidos.

De repente algo se movió tras los árboles y juró que oyó una voz masculina. Se detuvo y con una rápida mirada se observó a sí mismo: un tipo sudando a chorros, llevando una garrafa de gasóleo...

Se giró sobre sus talones y caminó de nuevo otra vez hacia el grupo de casas. Tardó en llegar cinco interminables segundos. Cuando se detuvo, unas

cuantas gotas de sudor cayeron y mojaron el suelo de cemento fratasado irregularmente, de la casa tras la que se ocultaba. Se quedó quieto, sin atreverse a mirar hacia el grupo de árboles. Miró a su derecha; en un rincón había varios troncos apilados, tejas, una máquina de coser oxidada y un grupo de maceteros rotos. Sin pensarlo dos veces, ocultó la garrafa debajo de la maltrecha máquina de coser.

En el preciso instante en que se levantaba, oyó un ruido de piedras pisadas. Su intuición le advirtió de que el misterioso hombre o mujer se dirigía hacia su posición. Caminó pegado a la pared hacia la izquierda, alejándose de la inminente confrontación.

En ese momento Borches sintió un pinchazo agudo en el pecho y notó cómo le costaba respirar. Un nuevo pinchazo más agudo y lacerante taladró su castigado corazón. Las piernas le fallaron y todo el peso de su obeso cuerpo cayó sobre las inertes extremidades.

Con la cabeza mirando hacia la esquina de la que trataba de huir, apareció un hombre de mediana edad, con una increíble mata de encrespado cabello oscuro, que se abrochaba la bragueta. El hombre se quedó mirando fijamente el cuerpo de Borches tendido en el suelo. Borches quiso decir algo pero una sensación de pavoroso sopor se apoderó de él.

Sara se despertó a las diez menos veinticinco. Había dormido profundamente toda la noche, sin interrupción. Soñó con su madre, con Rosa y con Cristina, pero todos los detalles desaparecieron totalmente cuando abrió los ojos.

Sara descendió las escaleras vestida sólo con un pantalón de pijama con lunares y una camiseta blanca que mostraba su cobrizo ombligo. Escuchó a Cristina hablar por teléfono con alguien a quien no consiguió identificar. La luz filtrada de la mañana se colaba por los amplios ventanales de la planta baja. Cristina colgó el auricular y caminó en dirección a la cocina.

—Buenos días, bella durmiente. ¿Has dormido bien?

—Ahora ya sé por qué prefieres esta isla. No he dormido tan bien en meses. ¿Has desayunado ya?

Cristina asintió mientras llenaba una taza con leche semidesnatada.

—¿Café?

—Por favor.

Sara se sentó en un taburete, frente a la barra de madera que dividía parcialmente la cocina con el resto de la planta baja. Cristina introdujo la taza en el microondas y cogió un envase cuadrado de plástico transparente con un croissant grande. Se lo acercó a Sara.

—Me encantan los croissants pero engordan mucho. Estoy echando un culo enorme.

—Tienes un culo perfecto —señaló Cristina sonriendo.

—Tengo un culo gigante, como la rueda de un camión.

Sara hizo un gesto sarcástico, cogió el croissant y comenzó a darle bocados. El microondas soltó tres pitidos. Cristina lo abrió y cogió la taza.

—Ya le gustaría a Beyoncé tener el culo que tú tienes.

Sara la miró con fingido desdén.

—Me gustaría que la gente viera algo más en mí que tetas y culo —dijo mientras le daba vueltas con la cucharilla al café con leche.

—Eres una actriz cojonuda.

—Todavía no soy nada.

—Pero en *Cuidado con lo que deseas* estás que te sales.

—Es sólo una película. En la siguiente podría cagarla y no volver a trabajar. Nadie se acordaría de mí entonces.

—Supongo que tendrás que elegir bien tus guiones... Yo podría ser tu agente.

Sara dio un sorbo del café con leche e hizo un gesto de satisfacción.

—Mmm... Este café está delicioso ¿Dónde lo compras?

Cristina señaló con la cabeza la puerta principal de la casa.

—Pues en el supermercado de Arturo...

Cristina constató que Sara comenzaba a reírse mientras le daba otro bocado al croissant.

—Serás cabrona... Me has vuelto a engañar.

Sara se obligó a dejar de tragar por un momento, debido al ataque de risa que le sobrevino con el consiguiente peligro de atragantamiento. Después, cuando se le pasó, reflexionó en que hacía mucho tiempo que no se reía tanto. Después de desayunar, Sara se sentó en el sofá frente al estudio de Cristina. Suspiró y abrió de nuevo el diario por la página donde descansaba, desde hacía muchos años, la fotografía de su madre con Isabel Bellver. Cristina discutía por teléfono con algún cliente sobre las condiciones de entrega de un trabajo. Pulsó el botón rojo del auricular inalámbrico y lo dejó encima de la mesa de trabajo con un sonoro golpe. Estaba realmente encolerizada y se desahogó, llamándolo de todo durante un buen rato. No obstante, era un buen cliente que le proporcionaba más del 60% de su modus vivendi y no podía permitirse el lujo de perderlo.

—Esta tarde tengo que salir de viaje —refunfuñó Cristina.

Sara la miró sorprendida. Toda la dulzura y el buen humor que había mostrado anteriormente se habían esfumado de repente. La Cristina de ahora era una mujer con un endiablado mal carácter y peor lenguaje. Sara intuyó la primera vez que la vio que debajo de esa sonrisa encantadora se escondía una mujer de armas tomar y no se equivocaba.

—¡Menudo cabrón! Me ha dicho que si no estoy a las cuatro en su despacho se buscará otra diseñadora.

—Lo siento —murmuró Sara abrumada.

Frente a su ordenador, abrió *Indesign* y se puso a trabajar en silencio. Sara se levantó y se acercó por detrás a Cristina, que estaba ligeramente encorvada, tecleando con rapidez. Comenzó a masajearle los hombros. Cristina no reaccionó; se limitó a teclear y a mover el ratón.

—Por favor, tengo trabajo que hacer —protestó Cristina con un evidente tono amargo.

—Estás muy tensa.

—Estoy hasta las narices.

—Necesitas un buen masaje y hoy es tu día de suerte, porque doy unos masajes de muerte —dijo Sara, a pesar de que Cristina seguía malhumorada.

Cristina dejó de teclear y suspiró ruidosamente. Sara notó que la tensión de sus hombros se relajaba.

—Lo siento. Soy una borde.

Sara no dijo nada y comenzó a friccionar con más fuerza a la altura del omoplato.

—¡Ay! Me has hecho daño.

—Shh... ¿Desde cuándo hace que no visitas al fisioterapeuta?

—Preferiría un masaje en otra parte. Eso es lo que necesito como una loca.

Sara soltó una risita nerviosa y luego le dio una palmada en el hombro derecho. Se apartó y Cristina, que tenía los ojos entornados, se giró mientras gemía.

—Un poco corto el masaje, ¿no? —protestó.

—Necesito que te tumbes, por ejemplo aquí —dijo señalando uno de los sofás blancos—. Quítate el jersey.

Cristina se levantó lentamente y comenzó a ejecutar unos pasos de ballet, finalizando brillantemente con un paso Arabesque. A todas luces, Cristina recibió en algún momento de su vida clases de ballet. Después se detuvo y se cogió el jersey rojo de punto fino entallado por la parte baja, con la intención de quitárselo.

—A ti te ha jodido lo de las tetas, ¿eh? —dijo Cristina exhibiendo una sonrisa pícaro.

Sara le señaló con el dedo índice y con gesto solemne el sofá.

—No sabes cómo voy a disfrutar con esto.

Sin dejar de mirarla y sin dejar de sonreír, Cristina se despojó del jersey que cubría su cuerpo. No llevaba sujetador, así que dejó al aire sus pechos pequeños pero increíblemente bonitos.

Cristina se acercó con paso cadencioso al sofá y se dejó caer boca abajo. Suspiró y dijo:

—Al final voy a necesitar ese plátano.

Después de un largo y satisfactorio masaje, Cristina se entregó a su trabajo y Sara consagró su tiempo a la lectura del diario. Las siguientes páginas hablaban de Isabel y un viaje que había tenido que hacer a Barcelona para asistir a los últimos momentos de la vida de una tía suya por la que sentía una especial predilección. Volvió de nuevo a Isla Malva al cabo de cuatro días. A su regreso, Elisa no estaba en la isla. Según Rosa, había ido a Madrid a atender un asunto personal. Ya no volvió a verla hasta dos días más tarde. Tras varias páginas sin mencionar a Elisa, Sara encontró una entrada acerca de los asesinatos.

La Guardia Civil ha encontrado a otro niño asesinado en un bosque cercano a Almansa. Las noticias no han hablado de detalles, pero Bautista, el panadero, que tiene una hermana viviendo cerca de allí tiene una versión extraoficial de los hechos. Al parecer el niño ha sido violado salvajemente. No he querido escuchar más. Todas las madres están asustadas. La Guardia Civil ha dicho que no dejen salir a ningún niño y que avisen si ven a alguien sospechoso merodeando cerca de sus casas. Espero que la policía lo coja pronto.

Esta mañana he ido a visitar a Elisa a la Casa del León. La noto rara y con razón. Si yo tuviera dos niños pequeños me sentiría igual.

No había ninguna fecha escrita en la página. Sara cogió un par de folios que Cristina había impreso, con los textos que encontraron en internet. Los revisó durante un momento. Sin duda ese texto había sido escrito después del 2 de agosto. Le dio la vuelta al folio y con un bolígrafo escribió:

8 de marzo: Roque Buendía, Cuéllar

26 de marzo: Ramiro Martínez, Medinaceli

13 de mayo: Pascual Cuenca, Cofrentes

14 de junio: Mateu Solsona, Mollerussa

2 de agosto: Faustino Abarca, Almansa

Pasó la siguiente página del diario y encontró otro texto. Se había escrito apresuradamente y el trazo denotaba crispación y nerviosismo.

Hoy he visto a Elisa muy preocupada. El caso de los asesinatos la está desquiciando sobremanera. Cree que los niños están en peligro y quiere marcharse cuanto antes a Madrid. Creo que ha discutido con Víctor, ya que él piensa que en la isla es donde más a salvo se encuentran. Está asustada, no es una simple preocupación... Me sugirió que quizá no deberíamos vernos más. Sin más explicación.

Ese texto tampoco estaba fechado, si bien Sara no tuvo ningún tipo de dudas al pronosticar que fue en la misma semana de la muerte de su madre, o incluso uno o dos días antes, ya que después de esa página no aparecía nada. Parecía como si Isabel, consternada profundamente por la muerte de Elisa, no deseara continuar plasmando sus pensamientos en el diario. Sara pasó las páginas en busca de algún indicio pero no había absolutamente nada. Más de un tercio del diario se había quedado en blanco. Mudo.

Sara se quedó un rato meditando. Cristina se levantó de repente. El muelle del sillón giratorio se quejó con un ruido metálico.

—¿Te apetece algo de fruta? —dijo Cristina.

Sara miró a Cristina que no esperó su respuesta inmediata. Fue hasta la cocina y abrió el frigorífico. Sara la oyó abrir y cerrar cajones.

—¿Una manzana? Están muy ricas; por cierto, también del súper de Arturo —gritó desde la cocina.

Sara sonrió en medio de su meditación. A continuación se levantó y sacó del interior del bolsillo trasero de sus pantalones la carta. La desdobló. Cristina llegó hasta Sara con dos manzanas grandes y rojas. Le dio una a Sara, mientras Cristina se sentaba a su lado y comenzaba a darle grandes bocados, a la vez que leía la carta junto a Sara.

Isla Malva, 14 de agosto de 1985

Querida Isabel:

Te escribo esta carta con la intención de que puedas perdonar mi actitud de los últimos días. Sé que he estado huraña y distante contigo, pero estoy segura de que comprenderás que todo obedece a un motivo concreto: tengo miedo, mucho miedo; por mí, por mis hijos y también,

debo decirlo, por ti. No quiero que te ocurra nada, por eso no te he puesto al corriente de mi descubrimiento.

Creo que he encontrado al asesino y violador que busca la policía. Tengo pruebas irrefutables que debo entregar a la policía de Llanes hoy mismo.

Agradezco tu amistad y sinceridad, y espero volver a verte pronto. Sé que es pedirte demasiado pero, si algo me pasara, recuerda La Dama de Sonrisa Plateada.

Siempre te quiere, tu amiga Elisa

Cristina cogió la carta y volvió a releerla una vez más. Sara no lo hizo; lo había hecho ya más de una veintena de veces en dos días. Empezó a mordisquear la jugosa manzana.

—Es increíble que Rosa haya tenido todo este tiempo la carta y nunca la haya abierto —dijo Cristina entre bocado y bocado.

—Rosa es una mujer de antes y su sentido de la lealtad era admirablemente alto, aunque carecía de iniciativa.

—Una carta misteriosa y una muerte repentina. Demasiado para ella.

Sara asintió mostrando su total acuerdo con Cristina.

—Yo creo que el asesino vivía en la isla. Echa un vistazo si no al diario de tu tía —dijo Sara, dando un par de golpecitos al diario de Isabel Bellver.

Sara se quedó pensativa durante un instante. Cristina la miraba de hito en hito.

—También creo que no fue una sola persona. Creo que había más personas involucradas.

Cristina asintió, se levantó como un resorte y le dio otro bocado a la manzana. Comenzó a caminar de un lado para otro.

—El lugar perfecto para matar a alguien... y fingir que es un suicidio —subrayó con un movimiento de cabeza esa última frase— es Rincón del Diablo, pero un hombre solo no puede arrastrar el cuerpo de una mujer hasta allí arriba. Es imposible.

—Eso si hubiera estado inconsciente.

—Tenía que estarlo. Dos hombres como mínimo la hubieran podido llevar a rastras hasta allí. En el caso de que la hubieran subido por la cara sur; ya sabes que hay un acceso directo hasta Rincón del Diablo, que no es precisamente muy seguro, que digamos y ahora no se podría utilizar, lo están restaurando; bueno, en realidad llevan más de un siglo haciéndolo.

Cristina se acercó al sofá donde Sara estaba sentada, se sentó a su lado y negó.

—No me creo que hubieran subido por allí, aunque fuera de madrugada; cualquiera que se hubiera tomado la molestia de mirar los habría descubierto. Demasiado arriesgado.

—Subieron a campo traviesa —conjeturó Sara.

—Y al menos dos hombres.

Sara reprimió una exclamación y sujetó el brazo de Cristina con fuerza, mirándola con los ojos totalmente abiertos.

—¡Dios! No te he contado lo que Jesusa me dijo ayer.

Cristina la miró enarcando una ceja.

—Según Jesusa, esa noche vio un hombre que llegó a la isla en un velero.

—¿Un velero?

—Un balandro, en realidad; bueno, eso creo.

—¿Y?

—Jesusa no se acuerda de cuándo se marchó... Puede que todo esto sea una pista falsa, pero lo que más me inquieta es que este hombre con su balandro no aparecía en el informe policial.

—¿Informe policial? No entiendo nada.

—Cuando tenía once o doce años, Alberto cogió prestada una especie de copia del informe policial que mi padre guardaba en su despacho. Recuerdo que lo leímos mientras él estaba fuera. No aparece para nada algo sobre un hombre con un balandro.

Cristina asintió con una sonrisa cómplice.

—Entiendo. Es demasiado importante para que no aparezca. ¿Estás segura? Quiero decir: ¿recuerdas ese informe después de tanto tiempo?

Sara asintió.

—Lo esencial. Estoy completamente segura de que no aparece nada de un balandro ni de ese hombre.

—Es un punto de partida interesante.

—Lo es, y la cuestión sería por qué no aparece ese misterioso hombre si estuvo en la isla poco antes de la muerte de mi madre.

—¿Quieres decir que la persona que redactó el informe policial lo omitió deliberadamente? —dijo Cristina mientras daba un bocado a su manzana.

Sara asintió con una sonrisa complaciente.

—O quizá no, tal vez no lo supiera.

—Tal vez era el asesino.

—¿El sargento de guardia?

—Tal vez tu madre lo conocía. ¿Recuerdas su nombre?

—No. Le pregunté a Borches. No lo vi muy dispuesto a colaborar, pero creo que no será muy difícil dar con él.

—No me gusta Borches —dijo Cristina haciendo un gesto exagerado de escalofrío.

—¿No es tu tipo? No me lo creo.

Cristina entornó los ojos y dio un bocado a su manzana. Dijo mientras trataba de masticar:

—Ese tipo sí sería un sospechoso a tener en cuenta.

—¿Borches? No estaba en la isla. Vino con la patrullera de la Guardia Civil; estuvo todo el día fuera, por viaje de negocios.

—¿Viajante?

Sara se encogió de hombros.

—Los asesinatos se encuentran dispersos por toda la geografía española. Sin duda era alguien que viajaba mucho..., y antes de que la policía pudiera establecer una conexión de ellos con los crímenes, apareció Peralada.

—Todo ocurrió muy deprisa.

—Exacto. Las pruebas eran contundentes, se utilizó a Peralada como chivo expiatorio y se cerró la investigación. No era necesario buscar culpables alternativos. Por lo tanto no fue necesario cotejar la coartada de nadie más. Somos la hostia de buenas, ¿eh? —dijo Cristina con una sonrisa perversa.

Sara sonrió.

—Sería un puntazo si pudiéramos conseguir ese informe del que hablas. Seguro que hay detalles que nos ayudarían —dijo Cristina.

Sara suspiró a la vez que se recostaba de golpe en el sofá.

—Ése es el problema. Cuando mi padre se enteró de que habíamos estado husmeando en sus cosas, destruyó la copia.

Sara pensó inmediatamente en Carballeira. Si se hubiera mostrado más receptivo cuando habló con él hubiera sido la persona idónea. Él había sido guardia civil y podría contactar con la persona que había llevado el caso de su madre.

La voz de Cristina la sacó de su ensimismamiento.

—¿Y qué me dices de esto?: ... recuerda La Dama de Sonrisa Plateada. ¿Te dice algo?

Sara se encogió de hombros.

—No tengo ni la menor idea. Desde luego algo que mi madre y tu tía

conocían.

—Un lugar donde esconder las pruebas —especuló Cristina murmurando más para ella que para Sara. Dio un último bocado a la manzana y la arrojó a una papelería emulando a un jugador de baloncesto.

—¿Un libro?

—Podría ser —dijo Cristina mientras se limpiaba las manos con una servilleta de papel y se sentaba en el sillón giratorio. Cristina movió el ratón y de repente apareció el escritorio. Como fondo de escritorio Cristina había utilizado una fotografía suya y de Antonio sentados en una terraza, con las palomas revoloteando a su alrededor, en la plaza de San Marcos de Venecia. Los dos sonreían a la cámara, felices.

Cristina lanzó Safari y escribió en el cajón de búsqueda de Google: LA DAMA DE SONRISA PLATEADA. Aparecieron unos cuantos resultados, pero ninguno de ellos coincidía con todos los elementos de la oración. Sara se acercó a Cristina y revisaron minuciosamente los resultados durante unos minutos. Nada.

Sara sugirió añadir a la búsqueda la palabra LIBRO.

Había un título con ese nombre, escrito por un autor uruguayo llamado Efraín Delgado, que llamó la atención de Sara. Creyó asociar ese nombre al de su madre, pero el recuerdo era muy vago. Le pidió a Cristina indagar en el título un poco más.

—Se trata de un libro publicado en 1967 y habla sobre un abogado que ha llegado a lo más alto de su carrera pisoteando al prójimo —me suena—. Vive solo. Su ex mujer y prácticamente toda su familia le odian a muerte. Cuando se entera de que tiene una enfermedad terminal —de la que sólo le dan varios meses de vida— intenta congraciarse con todos sus allegados. ¿Te dice algo? —preguntó Cristina.

—No estoy segura.

—¿Guardas cosas de tu madre?

—En el piso de la calle O'Donnell donde vivíamos. Hace más de un millón de años que no voy por allí.

—¿En Madrid?

—Sí. Prácticamente la biblioteca familiar era propiedad de mi madre. Tenía cerca de cuatro mil libros. Mi padre siempre estaba ocupado trabajando y, cuando leía, sólo le interesaban volúmenes de viajes, economía o dirección empresarial. Yo guardo algunos libros de mi madre en mi piso... Un momento —dijo Sara, a la vez que cogía a Cristina de la manga de su jersey—. El libro.

—¿Sí?

—En el hipotético caso de que existiera tendría que estar aquí, en la isla. Tal vez lo tuviera tu tía, entre sus cosas...

Cristina interrumpió a Sara.

—Ya se me había ocurrido —dijo Cristina, señalando con la cabeza el techo—. He buscado y rebuscado por todo el desván, pero no ha habido suerte. ¿Has pensado en que haya podido estar todo este tiempo en la Casa del León?

—Eso estaba pensando en estos momentos. Creo que debería ir a la Casa del León a echar un último vistazo antes de irme —dijo Sara, mientras se rascaba la nariz—. Por cierto... —Se aclaró la voz y cogió la fotografía en la que aparecían su madre e Isabel Bellver en el cuarto de baño de la Casa del León—. ¿Te importaría prestarme esta fotografía?

—Claro que no, llévatela. ¿Necesitas alguna más?

Sara negó.

De repente sonó el teléfono y Sara y Cristina dieron un respingo sobresaltadas.

Cristina descolgó el auricular a la vez que miraba la hora en su reloj de pulsera: era la una y veinte de la tarde. Cristina estuvo hablando por espacio de diez minutos. Era el mismo cliente impertinente que había llamado antes. Cuando al fin colgó, se levantó del sillón giratorio y le dijo a Sara que tenía que preparar unas pruebas antes de irse de viaje. Sara se ofreció a preparar un almuerzo rápido.

—Pues ¡manos a la obra! —dijo Cristina alegremente, levantando los brazos y dando una fuerte palmada.

Cristina consiguió aplazar su reunión para las seis de la tarde. Cogería el ferry de las cuatro y luego haría el trayecto hasta Gijón en su coche, que solía tener aparcado en las proximidades del puerto de Llanes. Esperaba llegar puntual a su cita de negocios.

Sara preparó espaguetis a la carbonara, una enorme ensalada variada y un buen trozo de tarta de manzana que Cristina guardaba en el frigorífico.

Como a eso de las dos y media de la tarde Sara se marchó de casa de Cristina. Recordó que se había dejado el móvil encima de la mesita de noche de su habitación del hotel. Quedaron en el puerto alrededor de las cuatro menos cuarto.

Llegó al hotel a las tres menos cuarto pasadas. Jesusa no estaba. Silverio estaba almorzando solo, en la cocina. Disfrutando de un rato de asueto y de la

ausencia de la absorbente presencia de su mujer. Veía tranquilamente en un pequeño televisor un partido de Rafa Nadal.

Al oír la puerta, acudió silenciosamente hasta el mostrador y resopló de alivio al comprobar que no era su devota esposa. Sara le dijo que venía a recoger el móvil que se había dejado y a pagar la cuenta. Silverio se brindó a ayudarla, pero Sara rechazó la invitación con una sonrisa. Aun así, Silverio insistió al menos en acompañarla hasta la habitación.

Sara subió delante y Silverio la siguió. En ningún momento apartó sus vidriosos ojos del bamboleante trasero de Sara, mientras le explicaba cuál era el orden correcto en que debían subir y bajar señoras y caballeros.

—Cuando se sube, el caballero debe ir detrás de la señora. Por si tropieza y cae, ¿sabe usted, señorita? —dijo Silverio, relamiéndose por tener cerca tan imponente culo—. Y cuando se baja, el caballero delante...

—Por si la chica tropieza, lo pillo —interpuso Sara.

—Eso es, señorita. Se nota que además de guapa es una señorita bien lista —añadió Silverio, con una sonrisa taimada.

El hombrecillo abrió la puerta y Sara entró. El móvil estaba en el mismo lugar que recordaba: encima de una de las mesitas de noche. Lo cogió y comprobó que se había quedado sin batería.

Pagó con su tarjeta de débito, pero a Silverio, que estaba reñido con cualquier artilugio tecnológico, le costó lo suyo realizar la mínima operación de pasar la tarjeta y pulsar el botón correspondiente. Sara pudo reprimir a duras penas la risa viendo al pobre hombre sufrir de esa manera.

—*Máquinas do diañu* —maldijo Silverio entre dientes en un arrebatado de impotencia.

Cuando se disponía a abandonar el hotel Silverio la llamó, taciturno.

—Señorita, perdone un momento...

Sara se volvió y miró a Silverio que se rascaba la cabeza mientras buscaba algo apuntado en una libreta que Jesusa utilizaba para tomar los recados.

—Creo que tenía unas llamadas... —murmuró Silverio.

Sara cerró la puerta. Levantó la cabeza y miró el reloj de cuco suizo que colgaba de la viga de madera: las tres menos cinco. Se acercó al mostrador y miró las páginas de la libreta donde la excesiva letra de Jesusa invadía las hojas cuadriculadas. Silverio se detuvo y murmuró algo ininteligible en gallego. Sara descubrió su nombre escrito con grandes caracteres; debajo había tres nombres que distinguió sin dificultad.

Alberto (hermano)

Jacobo (novio)
Un caballero (?)

Los dos primeros nombres eran de esperar. Sabía que en el momento en que el móvil recuperara la cobertura tendría al menos una veintena de llamadas perdidas. Le extrañó que todavía no la hubiera localizado Lorraine, su agente.

¿Quién sería ese caballero?

—¿Qué quiere decir esto? —dijo Sara, señalando la tercera línea.

—Eeeeh. —Silverio acercó sus vidriosos y pequeños ojos a la página. Parecía haberse quedado en blanco—. ¡Ah, sí! Llamó un señor. Por la tarde.

—¿Dijo quién era?

—No, señorita.

—¿Contestó usted a la llamada?

—Sí, señorita.

—Le dijo que quería hablar conmigo.

—Eeeeh, sí.

—¿Y qué quería?

—Dijo que si andaba usted por aquí. Le dije que no. Me dijo que si ya había marchado. Le dije que no lo sabía. Pero no dijo su nombre.

Sara se quedó pensativa durante un minuto. Finalmente, le dio las gracias a Silverio de nuevo y abandonó el hotel.

La puerta oxidada de la Casa del León estaba cerrada con candado. Recordó cómo su hermano Alberto envolvió la herrumbrosa verja con una enorme cadena y acto seguido echó el candado. Se llevó la llave del mismo consigo. Sara maldijo por el contratiempo. Tuvo la intención de sacar su móvil del bolso y mirar la hora, pero inmediatamente recordó que se había quedado sin batería. Probablemente serían las tres y diez o y cuarto. Miró hacia el puerto. No había nadie esperando el ferry de las cuatro. Todavía era temprano.

Sabía que la puerta de la cocina que daba al patio trasero no representaba un gran obstáculo. Nunca había cerrado bien y por allí había entrado a hurtadillas en numerosas ocasiones cuando era niña. Miró la puerta de hierro y posó sus ojos en las lanzas puntiagudas que apuntaban al cielo de Isla Malva. Miró hacia la izquierda: conocía otro lugar por donde acceder a la casa sin el temor de saltar por encima de las oxidadas lanzas.

El muro era más alto de lo que recordaba. Sus zapatillas Adidas negras con adornos dorados penetraron en el barro reciente como un dedo en mantequilla caliente, quedando irreconocibles. Suspiró. No tenían ni dos semanas.

Como había augurado, la puerta trasera no estaba totalmente cerrada. La

puerta no encajaba en la jamba, ya que ésta se había deformado de un año para otro. Su padre ordenó repararla durante el último año en la isla. La reparación nunca se produjo. Sara empujó la puerta que aun así permanecía firmemente encajada. Consiguió abrirla tras propinarle una certera patada a la altura del tirador. Se quedó quieta durante un segundo y luego miró a su alrededor. Extrañamente se sintió como una intrusa.

Su primera intención fue subir hasta el desván. De alguna manera, intuyó que ése podría ser el lugar ideal para esconder las supuestas pruebas incriminatorias de las que su madre hablaba en la carta. Mientras subía los escalones de mármol blanco sintió un repentino escalofrío que la hizo detenerse y mirar de nuevo a lo que la rodeaba. Se detuvo a medio camino y aguzó el oído. Sólo pudo escuchar sus propios latidos. Intentó tranquilizarse, pero su corazón no la obedeció. No pudo evitar sentirse intranquila. Pensó en el tiempo que habría transcurrido desde que entrara en la casa. Quizá tendría veinte o veinticinco minutos a lo sumo. Era insuficiente, pero era lo que había. Negó.

—Joder —maldijo en voz alta.

Por un instante, deseó retroceder y salir de allí.

No. Tenía que echar un último vistazo.

Subió con determinación las escaleras y, sin preámbulos, se dirigió a la buhardilla. Inmediatamente pensó en las famosas ratas de las que todo el mundo hablaba, pero que afortunadamente no había tenido oportunidad de toparse con ninguna de ellas.

No tenía linterna. También se la había llevado Alberto.

Aunque no fumaba, recordó que siempre llevaba un encendedor en el bolso. Lo buscó a tientas. Lo halló en el fondo, al lado de un paquete de chicles mentolados y un támpax de repuesto. Lo encendió. La llama era larga, azul y brillante. Movié la fina llama a su alrededor y comenzó a husmear esperando que algo de lo que viera le llamara la atención.

En cuestión de pocos minutos, la llama del encendedor decreció hasta convertirse en una pequeña llamita entre azul y anaranjada. En un par de ocasiones tuvo que apagar el encendedor y volver a encenderlo, debido a que comenzaba a quemarse la punta del pulgar, que sujetaba la rueda estriada del mechero. Albergó un brillo de esperanza cuando encontró una caja que había pertenecido a su madre y que contenía algunos folletos de diversas exposiciones de arte celebradas en Oviedo y Gijón.

Suspiró hondamente, pero se quedó a medio camino cuando un ruido de

pisadas rompió el silencio impenetrable de la casa.

¿Ratas?

No, eran pisadas. Pisadas humanas. Notó que los músculos de su cuerpo se tensaban y que un pánico irracional la paralizaba de pies a cabeza. Contuvo la respiración.

Más pisadas.

Apagó el encendedor y se quedó sumida en la negrura del desván.

La puerta de la buhardilla estaba abierta de par en par, con el fin de que la escasa luz proveniente de una ventana situada al final del pasillo y pegada a la escalera pudiera entrar en la buhardilla. La luz resultante apenas proyectaba una lengua de luz lánguida de un metro aproximadamente.

Sin darse cuenta, echó su cuerpo hacia delante, intentando con ese gesto intensificar su agudeza auditiva.

El intruso se había detenido.

De repente, los pies del intruso giraron sobre sí mismos, arañando el suelo cubierto de polvo, e inmediatamente subieron con determinación por la escalera principal. Sara ahogó un grito. El intruso subía los escalones con una cadencia ascendente. Si fuera directamente al pasillo de la derecha y cogiera el tramo de escaleras que conducían a la segunda planta, constataría que la puerta que daba a la buhardilla estaba abierta. Era el final del camino.

Estaba atrapada. La única salida era la puerta por donde había entrado. Descartó las ventanas que daban al tejado en la parte frontal de la casa y que, por lo que recordaba, siempre habían estado cegadas con sólidos tablones.

Si bajaba corriendo las escaleras, podría alcanzar la ventana que estaba al final del pasillo. Debajo de la ventana había un estrecho tejado muy inclinado que daba a la parte oeste de la casa. Su mente le jugó una mala pasada e imaginó que el intruso irrumpía en ese preciso instante, llevando una máscara hecha con jirones de restos humanos. Emitiendo un ruido gutural, cuasi infantil, y levantando una aterradora sierra mecánica, que en ese preciso instante hacía funcionar con un tirón de la cuerda de arranque.

Parpadeó y negó.

Se movió con rapidez, dirigiéndose hacia la puerta entreabierta. La empujó con demasiada fuerza y ésta tropezó con un armario de madera oscura con luna central. Se detuvo y maldijo entre dientes. Pudo oír cómo el intruso también se detenía y cómo el propio ruido de roce en el suelo se transformaba, proyectando en su incipiente imaginación una imagen vívida de *Leatherface*.

Bajó las escaleras en tropel. Apenas había quince escalones hasta el

pasillo. El ruido de sus propias pisadas le impidió oír las del intruso.

Alcanzó la ventana y tiró de la manilla. Estaba atascada.

Oyó a sus espaldas pasos apresurados y gemidos graves apagados. Oyó un estruendo, como si el intruso hubiera tropezado con algo. Sara gritó y entonces el tirador cedió. Abrió la ventana con un quejido.

—¡Eh! —dijo una voz grave, varonil.

No se atrevió a mirar. Sara buscó un punto de apoyo para escapar de aquella situación.

—¡Eh!

La figura se acercó a Sara. Dos manos grandes y fuertes la agarraron por los hombros.

Sara se revolvió y le lanzó una patada con todas sus fuerzas. La patada impactó con bastante acierto en las partes nobles del misterioso perseguidor.

Era un hombre moreno, joven y alto que estaba inclinado hacia delante, ofreciéndole su coronilla. Vestía uniforme de la policía local.

—¡Mierda! ¿Qué coño hace?

El hombre se incorporó lentamente. Su cara era una mueca de dolor, pero Sara lo reconoció de inmediato: sargento Cachero.

—¿Se puede saber a qué cojones juega?

—¿Yo? Ésta todavía es mi casa ¿Qué narices hace usted entrando a hurtadillas en una propiedad privada?

El sargento se masajeó la entrepierna, mientras miraba a Sara con recelo y una nota de irritación a través de sus ojos verdes.

—Entonces ¿por qué ha entrado saltando el muro? Vi desde el puerto que alguien lo estaba escalando, pero no me imaginaba que fuera usted...

Sara no pudo evitar sonreír.

—Lo siento. Usted también me ha asustado. ¿Le duele?

—¡Joder que si duele!... Me ha dado pero bien. Nada más verla ayer me imaginé que era pequeña pero matona.

Sara enarcó una ceja.

—Creo que es bueno hacer flexiones en estos casos.

Cristina no había llegado todavía. Supuso que no tardaría en hacerlo. Miró hacia la derecha, donde se levantaba la conservera. Se sintió tentada a entrar y hablar de nuevo con Borches. Pero llegó a la conclusión de que no obtendría nada más de lo que consiguió en su anterior visita.

No le fue difícil recordar el informe policial del que su padre guardaba una copia y que leyó con ojos ávidos cuando era una niña. Sara poseía una

memoria prodigiosa y memorizaba sin problema cualquier texto que se ponía a su alcance. En la parte que concernía a Borches no había ninguna duda. Estuvo fuera de Isla Malva todo el día y al parecer no tenía intención de regresar hasta el día siguiente en el primer ferry de la mañana, pero los acontecimientos provocaron que tuviera que hacer acto de presencia esa noche en la isla, como máximo responsable político que era. En su favor tenía varios testigos que aseguraron que Juan de Dios Borches estuvo todo el día en Madrid por negocios. No llegó a Gijón hasta bien entrada la tarde, donde también pasó el resto de la noche. También tenía para esas horas una coartada convincente. Debía averiguar en qué trabajaba Borches en 1985. Tal vez fuera viajante, o representante, y eso le permitía una gran movilidad por toda la península, buscando presas en lugares poco habitados, buscando niños fáciles de convencer...

Pero lo que más le inquietaba era el misterioso hombre del balandro. ¿Quién era y por qué todo el mundo lo pasó por alto? ¿Realmente se fue antes de que su madre muriera o se quedó en la isla y fue él quien la asesinó? ¿Existía alguna relación entre este hombre y el sargento de guardia, el cual había omitido en el informe su presencia en la isla por estar éste relacionado con la muerte de su madre? Una maraña de interrogantes opacaban lo que realmente sucedió esa noche. Sara estaba ahora más convencida que nunca de que su madre no murió tal y como la versión oficial afirmó en su momento.

Intentó pensar en los asuntos que debía realizar a su vuelta a Madrid. Tenía que atender asuntos urgentes de trabajo. Luego, dudó si debía enviarle la carta a su hermano para que éste la llevara a un grafólogo. Desde luego no tenía ninguna duda de que la carta la había escrito su madre y no tenía ningún interés en que se extraviara. La carta podría ser la llave para abrir una investigación, llegado el caso. Era de momento la única prueba presumible.

Cinco minutos más tarde apareció Cristina. Estaba guapísima. Vestía un blazer negro Karl Lagerfeld de corte entallado y pantalones a juego, una camisa blanca y unos sencillos zapatos de tacón. Una cartera de nailon negro colgaba de su hombro derecho. Llevaba su corta melena recogida en una diminuta coleta y unas gafas semirrígidas con montura roja. No sabía que usara gafas.

—¡Uau! Si me descuido me quedo en tierra —exclamó Cristina acercándose a Sara y respirando entrecortadamente por la carrera.

Sara meneó la cabeza en señal de desaprobación. Cristina sonrió, mirándola expectante.

—No es justo. Tú me has visto con la misma ropa dos días y tú apareces con un modelo diferente cada vez que te veo. Sólo me faltaba llevar un chándal dos tallas más grande para estar en total desventaja.

Cristina sonrió adulada.

—Bueno, hay chándales que sientan muy bien. Te pasaré una dirección web donde venden unos muy monos.

—En eso mismo estaba pensando, además de en dejarme crecer el pelo de las axilas y no depilarme.

Cristina rió y durante un rato no dejaron de hablar entre risas comedidas. Fueron hasta el borde del puerto. Había unas cinco personas esperando el ferry. En el ínterin, Sara le contó la anécdota ocurrida unos minutos antes con el sargento Cachero como coprotagonista. Cristina no pudo evitar soltar una carcajada, a la que se sumó Sara. Cuando embarcaron en el ferry todavía sonreían y tuvieron que limpiarse las lágrimas producidas por la risa incontenible.

El ferry llegó a Llanes a las cuatro y diez. Sara siguió a Cristina hasta un Renault Clio de color rojo que estaba aparcado en una suerte de descampado entre el puerto y la playa de Sublón. El color del cielo se transformó en una tonalidad entre grisácea y violeta. Los truenos retumbaron y se levantó un viento que anunció la inevitable tormenta. Pudieron ver cómo una columna de agua envolvía Isla Malva, hasta casi hacerla desaparecer. Condujeron por espacio de una hora por la A8, la autovía del Cantábrico. A su llegada a Gijón, la ciudad las recibió con una lluvia intensa y plateada. El coche de Cristina atravesó la ciudad hasta llegar a la estación de tren, situada en plena plaza del Humedal, al lado de la emblemática iglesia de San Lorenzo. Las escobillas de la luna delantera se movían frenéticas de un lado a otro y las luces de emergencia desprendían intermitentes fulgores anaranjados. Las chicas permanecieron en silencio dentro del coche durante un rato.

—¿Cuándo volveremos a vernos? —preguntó Sara, con cierto abatimiento en su voz.

—No lo sé, Sara. ¿Cuáles son tus planes? —respondió Cristina sin la alegría que la caracterizaba.

Sara resopló y miró a través de la luna delantera. El golpeteo de las escobillas parecía hipnótico y las luces del tráfico aparecían distorsionadas.

—Si no me mata cuando me vea... tengo que reunirme con Lorraine. Al

parecer hay posibilidades de trabajar con un director importante, aunque no me ha dicho de quién se trataba —dijo Sara con hastío.

—Eso es genial. Estarás muy contenta, ¿no? —dijo Cristina intentando animar a Sara que esbozó una tímida sonrisa.

—Quiero darte las gracias por todo.

—Gracias a ti por haberte conocido —dijo Cristina y luego mostró una enigmática sonrisa.

Algún conductor nervioso que pasó cerca del coche de Cristina tocó el claxon con insistencia.

—¿Has decidido qué vas a hacer? —preguntó Cristina después de mirar con irritación por la ventanilla, buscando al conductor chinche.

Sara bajó la cabeza y su cabello oscuro se dejó caer como una tupida cortina negra. Negó y luego, lentamente, levantó la cara y miró con ojos vidriosos a Cristina, que parecía inquieta. La abrazó y Cristina dejó escapar un gemido de sorpresa. Cristina la estrechó entre sus brazos y después le cogió la cara y la miró tiernamente.

—¡Eh! Nos veremos pronto, ya lo verás. Tenemos que solucionar este entuerto, ¿recuerdas?

—Las dos solas —murmuró Sara con un tono deliberadamente gemebundo.

—Sara Dos Tetazas y Cristina Sofisticada de la Muerte. ¡Menuda pareja!

Sara sonrió y se retiró un mechón de cabello que le caía, tapándole parcialmente el ojo izquierdo.

—Tengo que irme, Sara —murmuró Cristina, intentando no parecer impaciente.

De repente, Sara sintió el estómago revuelto. Abrió la puerta del coche. La lluvia mojó de inmediato la parte derecha de su chaqueta y su pantalón, así como la tapicería del coche. Salió del pequeño utilitario. Se agachó para poder ver a Cristina una vez más. La lluvia empapó con rapidez su oscuro y denso cabello.

—Llegas tarde a tu cita. Lo siento —dijo Sara con tristeza.

Otro coche que pasó cerca tocó el claxon. Cristina hizo caso omiso.

—Nos llamamos —dijo Cristina con urgencia. Luego la miró y le obsequió una amplia sonrisa que mostraba todo el esplendor de su belleza facial.

Sara cerró la puerta y se quedó allí plantada, en el borde de la acera. El Renault Clio de Cristina se incorporó al tráfico y, al cabo de unos segundos, casi no pudo distinguirlo del resto de los vehículos. Una mano agarró el corazón de Sara y comenzó a estrujarlo. Se le hizo un nudo en la garganta y una

sensación de tristeza y soledad se apoderó de ella. Quiso encontrar el motivo, pero nada de lo que se le ocurrió le sirvió mínimamente de pretexto. Lloró de camino a la estación.

Durante todo el trayecto desde Gijón a Madrid, Sara no cruzó más de dos o tres palabras seguidas con nadie. Una chica de unos dieciséis años, extremadamente pálida, con look gótico y vestida completamente de negro, viajaba a su lado. Alternaba su tiempo de espera leyendo *Misery* de Stephen King y escuchando en un iPod tuneado a Sisters of Mercy y Bauhaus. Sara no deseaba hablar con nadie. Se sentía triste y deprimida. Durante gran parte del viaje se obligó a dormir, cerrando los ojos y dejando que el suave balanceo la meciese hasta que pudiera conciliar el sueño.

Despertó a la altura de Medina del Campo. La chica gótica había desaparecido y nadie ocupaba el asiento vacante. Todo parecía deliberadamente turbio; la luz era de un apelmazado color dorado. Cerró de nuevo los ojos y durmió.

Al llegar a Madrid, fue directamente a su piso de la calle General Yagüe. No había nadie en casa. Entró en el dormitorio y se desnudó. Estuvo en la ducha cerca de treinta minutos; no pudo evitar volver a llorar. Intentó comprender cuál era el motivo concreto de su tristeza, pero no pudo hallarlo.

Alguien llegó a casa y entró directamente en el dormitorio; era Jacobo. Bajo el agua de la ducha, trató de enjugarse las lágrimas, a pesar de que el agua caliente resbalaba incesantemente a lo largo de su cuerpo y ocultaba su más que aparente estado de tristeza. Bajo ningún concepto quería que Jacobo la viera así.

—¿Sara? Chocho —dijo Jacobo entrando en el aseo.

—Hola. Espera que termine de ducharme, ya salgo —se apresuró a decir Sara con tono forzado, antes de que Jacobo pudiera abrir la cortina de la ducha.

—¿Qué tal todo? No he podido localizarte en dos días. ¿Qué pasa, que no hay teléfonos en esa isla? De casualidad localicé ese hotel, pero me dijeron que ya te habías ido —dijo Jacobo mientras Sara oía su voz alejarse del cuarto de baño.

Cerró el grifo y salió de la ducha con rapidez. Se envolvió en un albornoz blanco. Limpió apresuradamente el vaho acumulado en el espejo del baño. Oyó los pasos arrastrados de Jacobo sobre el suelo entarimado y luego oyó cómo abría el frigorífico. Sara empujó la puerta hasta cerrarla. Vio su propio reflejo sobre el dibujo irregular que había hecho con la palma de la mano.

Tenía los ojos enrojecidos.

Oyó los pasos de Jacobo acercarse. Jacobo abrió la puerta y entró. El vaho empañó con rapidez los cristales de sus gafas.

—Joder, esto parece una sauna turca.

Sara se encontraba sentada sobre un taburete, con la cabeza hacia abajo, secándose el pelo con una toalla.

—Sal o entra —dijo Sara, con la voz amortiguada por la toalla.

Jacobo se acercó a ella. Sus manos acariciaron la cintura de Sara y lentamente subieron hacia sus pechos. Sara no estaba de humor.

—¿No me das ni un beso? —susurró Jacobo, divertido.

—¡Jacobo! —exclamó Sara, moviéndose para sacudirse las pulposas manos de su novio.

—Vale, vale. *I got it* —protestó Jacobo con las palmas de las manos levantadas.

Sara esperó a que Jacobo saliera del cuarto de baño; luego permaneció dentro hasta que el enrojecimiento de sus ojos desapareció por completo. Se puso un pijama naranja de Ágata Ruiz de la Prada y fue al salón. Jacobo estaba viendo la tele, todo tirado en el sofá, bebiendo una Heineken de lata y engullendo patatas directamente de la bolsa.

—¿Cuándo has llegado?

—Hace una hora y media —dijo Sara cruzando por delante de Jacobo.

Sara se asomó por la ventana. Todo estaba oscuro. Vivían en una calle relativamente tranquila y no había demasiada gente caminando a esas horas. Se giró y volvió a pasar por delante de Jacobo, que le dirigió una mirada expectante.

—Me voy a la cama. Estoy destrozada. ¿Vienes?

—Oye, oye, a ti te pasa algo —conjeturó Jacobo cogiéndola por la muñeca.

—No estoy de humor. Lo siento. Sólo quiero ir a dormir —espetó Sara mientras se soltaba de la mano grande y blanda de Jacobo.

Sara no esperó la posible reacción de su novio: salió del salón en dirección al dormitorio. Jacobo no dijo nada. Se limitó a ver desaparecer a Sara por el pasillo. Prefirió cerrar la boca, era lo más sensato.

Sara se metió en la cama y cerró los ojos. A pesar del enorme cansancio que acumulaba no pudo conciliar el sueño tan rápido como deseaba. A los cinco minutos, Jacobo se metió en la cama. Sara se hizo la dormida. Jacobo la acarició y le susurró palabras al oído. Estaba desnudo y totalmente empalmado. Sara no reaccionó a los estímulos de su pareja. Finalmente,

Jacobo se dio por vencido, se volvió hacia el lado contrario y se durmió casi al instante. Sara, por el contrario, se esforzó en dormir con un método que solía utilizar para tal fin: intentar vaciar su mente de cualquier pensamiento concentrándose en la nada, pero no dio resultado. Abrió los ojos de par en par. Estaba tan despabilada como Jacobo dormido.

Renunció momentáneamente a la idea de dormir y reflexionó sobre todo lo que le había ocurrido durante los dos últimos días. La carta ocupaba gran parte de sus pensamientos, sobre todo el significado que encerraban las que con toda probabilidad fueron las últimas y quizá angustiosas palabras escritas por su madre antes de morir. No pudo soportar la idea de visualizar a su madre siendo asesinada...

Se agobió por ser incapaz de encontrar una respuesta clara y contundente, y desvió sus pensamientos a las tareas pendientes que esperaban a ser realizadas. Mientras las enumeraba, sus ojos escrutaron en la oscuridad, hasta que se detuvieron en el lomo de un libro de color negro con letras blancas que descansaba silencioso en una estantería ancha y bien surtida, rodeado de decenas de libros. Entre las páginas de *El Ángel Caído* de William Hjortsberg descansaba la carta de su madre. Al lado de su primer Goya. Cerró los ojos y se durmió.

Segunda parte. **La dama de sonrisa
plateada**

Caminando entre alimañas

Juande Borches abandonó el Hospital Central de Asturias desoyendo las advertencias del médico que se había ocupado de él: un joven de origen armenio que estaba haciendo el MIR, y al que había ignorado desde que se pusiera en sus manos. Lo miró de arriba abajo cuando el doctor Emin Ishkhanov trató de advertirle de los peligros de su disoluta forma de vida. Borches le clavó una mirada de desprecio, negándose a pronunciar palabra. La única frase que consiguió farfullar fue: «Quiero un puto médico español».

El doctor Ishkhanov lo miró con igual desprecio. Sabía que no debía entrar al trapo, pero era demasiado orgulloso e impetuoso, dicho sea de paso. Según las encuestas, la gran mayoría de los españoles se tenían por personas tolerantes y no racistas, pero la realidad había llevado a Emin a sentirse a veces como el negro que, escapando sudoroso, es perseguido por una horda del Ku Klux Klan sogá en mano. Lo podía ver continuamente en sus ojos. Quizá reservaran su respetabilidad para los turistas ricos y los deportistas de élite.

Aprovechando un descuido del personal médico, Borches se vistió con la misma ropa que llevaba cuando ingresara veintitrés horas antes. Exceptuando al equipo médico, nadie se había interesado por su salud. Su ex mujer, Candela, sonrió al recibir la noticia, a lo que respondió:

—Llámame cuando se haya muerto ese cabrón.

Y colgó.

También tenía un hijo, que era todo lo opuesto a Borches, siendo el nombre de pila y el apellido lo único que compartían. Estaba estudiando en la Universidad de Stanford ingeniería biomédica con una beca que le había concedido el gobierno autonómico. Borches dejó de hablarle cuando se enteró de que prefería a los hombres como compañeros de cama. Cuando la chica de administración consiguió localizarlo en un teléfono con prefijo de California, Juan de Dios junior suspiró antes de colgar sin decir ni una sola palabra. La empleada de administración que realizó la llamada juraría que había escuchado una tímida risa a orillas del Pacífico.

Estaba hambriento. Esos maricones del hospital le habían dado leche desnatada y unas galletas de mierda para desayunar. Se fue al primer bar que encontró y pidió un par de huevos fritos, patatas y chorizo. Todo ello regado

con una cerveza de barril bien fría que finalmente fueron tres. Devoró el grasiento desayuno en menos de cinco minutos. Un eructo final se mezcló con la frase: «Ponme un carajillo».

Ahora sí se sentía en condiciones. A Juande Borches le quedaba todavía mucha cuerda. Estaba hecho un toro. Ese mamón oscuro aseguraba que lo que había sufrido había sido un infarto de miocardio. Un aviso de que algo iba mal. Chorradas. Estaba perfectamente. ¿O es que alguien que tuviera un infarto podía zamparse un buen desayuno y todavía quedarse con hambre? No. Seguro que ese medicucho le había dicho eso para meterle miedo.

Había visto en sus ojos la soberbia y la sensación de sentirse poderoso. Todo el puto hospital estaba lleno de inmigrantes. Estaban por todas partes. Hasta el chico que le había puesto el café era uno de ellos.

Se sacudió la cabeza, alejando tales pensamientos. Tenía cosas más importantes en las que pensar. Entonces pensó en el intento fallido de acabar con todo aquello. Masculló una palabrota y se bebió de un trago el carajillo. Eructó de nuevo. Nadie lo miró ni recriminó. Se miró en el bolsillo de la sudorosa camisa y comprobó aterrorizado que la caja de Cohibas sonaba vacía. La abrió azorado y descubrió que todavía le quedaba un puro. Suspiró aliviado.

Cogió su teléfono móvil y comprobó que la batería se había agotado. Se levantó y se dirigió hacia el mostrador. La reciente caída en Isla Malva se reprodujo con todo detalle cuando sintió un agudo pinchazo en el costado derecho. Contuvo un improperio mientras apoyaba su mano en el lugar de la lesión. Un chico muy joven de origen latinoamericano se movía con desparpajo y alegría por la estrecha franja de su lugar de trabajo. Borches le pidió la cuenta y le preguntó señalando, puro en mano, si funcionaba el teléfono. El muchacho asintió con una sonrisa de oreja a oreja.

Del interior de su maltrecha cartera, sacó un pequeño papel doblado donde había apuntado el número de teléfono de la oficina de Fontecha. Introdujo unas monedas y marcó el número mientras trataba de eructar de nuevo, sin conseguirlo. A punto estuvo de vomitar por el esfuerzo. Al cabo de un rato se oyó la melosa voz de una chica.

—Quiero hablar con Fontecha.

Unos segundos después, la voz firme de Fontecha se oyó por el auricular.

—¿Por qué me llamas? Te dije que ya te llamaría yo.

—¿Quién coño te crees que eres? Nadie me da órdenes.

—Qué quieres.

—Quiero acabar con esta puta mierda. Ahora.

Borches pudo percibir a través del auricular la irritación de Fontecha. «Que se joda.» Esbozó una sonrisa de satisfacción. Miró a su alrededor. Sólo había dos parroquianos sentados en la barra. Eran jóvenes. Fumaban y bebían sendos botellines de Mahou. Uno de ellos blasfemaba sin parar. El otro escuchaba con una sonrisa sempiterna y de vez en cuando sacudía la cabeza. Ninguno reparó en Borches.

—¿Sabes si todavía está en la isla? —preguntó Fontecha de repente.

—No lo sé. He estado de viaje.

Silencio.

—¿Puedes localizarla?

—No lo sé —respondió Borches en medio de un repentino ataque de hipo.

—Quiero que le digas que me llame.

—No soy tu puta secretaria.

Fontecha ignoró el comentario de Borches.

—Dile que puedes contactar conmigo. Ella querrá hablar del tema. Llámala hoy mismo. Intentaré quedar con ella y averiguar qué sabe realmente.

—¿Y si ha ido a la policía?

—Todavía no lo ha hecho.

—¿Cómo sabes tanto? —preguntó con desprecio.

—Porque la policía no ha tocado a tu puerta.

Sara madrugó. Bajó a la panadería que estaba escasamente a veinte metros de su casa y compró croissants recién hechos. El recuerdo de Cristina pasó fugazmente por su mente. Llovía, y el cielo plomizo tendía un manto denso sobre la ciudad. De vuelta a casa, se dirigió a la cocina y puso la cafetera a calentar. Jacobo todavía seguía durmiendo. No tenía intención de despertarlo. Era muy perezoso, observó Sara negando con la cabeza. Tenía talento. Uno de sus cortos había ganado varios premios y eso le había hecho conseguir algo de dinero. Según él, suficiente para poder pagar los gastos corrientes de todo un año y dedicarse en exclusiva a escribir el guión para un largometraje, que en principio era su proyecto más ambicioso. Habían pasado ya cerca de nueve meses desde que comenzara a escribir y todavía no había terminado el primer borrador. Moisés Felton había escrito su guión en cuatro meses mientras trabajaba diez horas diarias como realizador en una televisión local.

Sin saber por qué, Sara enumeró todos y cada uno de los defectos de Jacobo y la balanza se inclinó peligrosamente en su contra. Al parecer había pasado de héroe a villano en tres días. Se sacudió de la cabeza tales pensamientos.

Era mezquino por su parte, pensó.

El café estaba listo. Desayunó y luego puso su móvil a cargar. Al poco de encenderlo, comenzaron a sonar pitidos pareados de las llamadas perdidas recibidas durante su estancia en Isla Malva: de Alberto, Lorraine —las que más—, Ana Silva, una amiga suya escritora; Paqui, otra amiga íntima que regentaba un pequeño local en el mercado de Fuencarral; un tal Paco Donaire, periodista que quería hacerle una entrevista para la sección cultural de un dominical; Fernando Lázaro, amigo, pianista y compositor, y el mensaje de un móvil que no conocía. Abrió el mensaje:

Hola, guapa. Creo que no debí despedirme de ti así. Soy una tonta. Siempre suelo menospreciar las cosas buenas que aparecen en mi vida. Tú lo eres, te lo aseguro. Llámame pronto. Cris.

De repente, sintió un acceso de alegría. Sonrió mientras leía de nuevo el mensaje de Cristina. Súbitamente, oyó los pasos arrastrados de Jacobo y cuando quiso darse cuenta apareció por la puerta en calzoncillos y llevando una camiseta negra que llevaba estampado en amarillo: Lo que no engorda, mata.

—Buenos días, cariño —murmuró, desperezándose ruidosamente y estirando los brazos exageradamente.

Sara se puso nerviosa y casi deja caer el móvil al suelo. Cerró el mensaje y dejó el móvil sobre la encimera, al lado del horno microondas. Jacobo no solía fisgonear en su móvil. Aun así no pudo evitar sentirse inquieta. Llevó a cabo una maniobra de distracción.

—Hola, ¿qué tal llevas el nuevo guión? Estoy deseando leerlo —dijo, acercándose a Jacobo y besándolo en la boca.

Jacobo enarcó una ceja, sorprendido. En ese instante no estaba precisamente pensando en su guión. Agarró las nalgas de Sara con suavidad pero con firmeza e intentó retenerla. Sara notó cómo el pene de Jacobo crecía con rapidez. Él exhibió una sonrisa de satisfacción y Sara separó los labios de los de Jacobo y se escabulló, yendo a sentarse alrededor de la mesa donde descansaba el desayuno.

—He comprado croissants y he hecho café —dijo Sara, bebiendo el último trago de su taza y dando el último bocado al croissant.

—¿Croissants? No me gustan —balbuceó Jacobo todavía medio dormido, mientras abría un armario que se encontraba frente a él.

—Están recién hechos. Pruébalos. Están muy ricos.

Sara se levantó. Abrió el lavavajillas y metió la taza y el plato dentro.

—Mmm... ¿No hay bizcochitos?, ¿de esos que llevan chocolate por encima?

Sara se deslizó fuera de la cocina y fue hasta el dormitorio. Llegó hasta la estantería y tomó El Ángel Caído, lo abrió y cogió la carta. Se la guardó en el interior de su chaqueta corta de cuero. Regresó a la cocina. Jacobo estaba de pie, con el mando del televisor pasando con rapidez canales sin mirar apenas la pantalla. Volvió a bostezar por enésima vez. Sara se acercó hasta el móvil que acababa de poner a cargar y desconectó el cable. Tenía pensado dejarlo a cargar, pero por algún motivo que ni ella misma comprendía no quería que Jacobo tuviera la oportunidad de descubrir el mensaje de Cristina.

—Me voy —dijo Sara, besando a Jacobo ligeramente en los labios—. He quedado con Lorraine.

—Te llamo luego, para ver si hacemos algo hoy... ¡Me tienes abandonado! —vociferó con fingido tono quejumbroso.

Sara asintió y sonrió con malicia. Salió de la cocina y se encaminó hacia la salida, pero entonces recordó que tenía que coger algo muy importante: se deslizó hacia el dormitorio, fue hasta la cómoda y abrió el primer cajón de arriba. Entre bragas, sostenes, multitud de diversos tiques de compra, varios cargadores inservibles de teléfonos móviles y una corbata negra estrecha de cuando a Jacobo le dio por vestirse como los gánsteres de *Reservoir Dogs*, se escondía una caja cuadrada de latón de pequeñas proporciones. La abrió y cogió un manojito de llaves.

La oficina de Lorraine Steinweg estaba en pleno barrio de La Latina, cerca de la plaza de Cascorro, en un edificio típicamente madrileño de cuatro plantas, con fachada de ladrillo visto que acababa de ser restaurada hacía apenas unos meses. El ascensor estaba estropeado. No le importó. Siempre subía andando. Rara vez usaba el ascensor. Subió las cuatro plantas sin prisa. De camino allí, Sara tomó el metro. No le gustaba conducir y menos en ciudad. Una sonriente pareja cercana a la cuarentena la reconoció cuando subió en la estación de Cuzco, felicitándola efusivamente por el Goya. Sara siempre agradecía de corazón esas muestras de cariño.

La puerta del despacho de Lorraine estaba entreabierta. Entró. La oficina era en realidad un piso pequeño de apenas cuarenta metros cuadrados, con dos habitaciones, una cocina que no utilizaba y un cuarto de baño. La habitación más pequeña servía de sala de espera. Sobre las paredes colgaban los consabidos carteles de películas. Todos ellos de clientes de Lorraine. La gran

mayoría, de películas desconocidas, exceptuando la última que había hecho Sara y que había sido una de las grandes ganadoras de los premios Goya con cuatro estatuillas. Lorraine había quitado un par de pósters obsoletos y había colocado en la misma habitación dos carteles de *Cuidado con lo que deseas*. En ese momento, Sara Leclerc era su cliente más importante.

Había un chico guapo con cara de pardillo y el cabello muy largo esperando. Sara lo saludó y el chico agitó la cabeza sonriendo. Se incorporó en su asiento para parecer más alto y corpulento.

Sara se acercó hasta la puerta del despacho de Lorraine, acercó la oreja y oyó su voz. Tocó con los nudillos y abrió la puerta sin esperar respuesta.

Lorraine estaba hablando por teléfono. Sentada frente a ella había una actriz de cuyo nombre no se acordaba. Sabía que había trabajado en un par de películas interpretando pequeños papeles. Saludó a Sara y la felicitó mostrando una dentadura de concurso. Sara tuvo intención de cerrar la puerta, pero Lorraine agitó la mano y la cabeza fervorosamente, invitándola a entrar.

Sara entró y cerró la puerta en silencio, se acercó sin hacer ruido y miró a la chica de reojo. La chica era guapa y muy sexy. Era rubia y llevaba una camiseta rosa muy ceñida. Botas altas y leggings blancos. No dejaba de sonreír. Sara pudo percibir su perfume y su olor corporal, que singularmente le recordó a Cristina. Sin saber por qué, comparó la belleza de esa chica con la de Cristina.

Lorraine colgó el auricular y se levantó con los brazos extendidos, arrastrando el sillón por el castigado suelo de parqué. Esbozó una sonrisa no tan de concurso.

—No vuelvas a hacerme esto otra vez —advirtió Lorraine con ligero acento bávaro—. Te he llamado más de cien veces. Menos mal que ya estás aquí. Un poco más y me hubiera dado un ataque al corazón.

—Lo siento. No volverá a ocurrir.

Sara y Lorraine se besaron. La chica sexy de los leggings blancos las miró, incómoda, con una sonrisa postiza. Se levantó muy sonriente y se deshizo en halagos hacia Sara. La chica besó a Sara muy efusivamente, aunque no se conocían de nada. Lorraine la despidió sin prestarle atención. Todos sus sentidos estaban ya puestos en su cliente estrella.

Lorraine puso al día a Sara comunicándole que habían quedado para almorzar con Maxi Uribarri, un director que había conseguido un Oscar a la Mejor Película de Habla No Inglesa el pasado año y estaba preparando su siguiente proyecto, que se rodaría entre España y Francia ese año. Según

Lorraine, Uribarri la quería como protagonista. Su actuación en *Cuidado con lo que deseas* le había fascinado y quería contar con ella. La película se rodaría en francés. Sara hablaba un francés aceptable y un inglés sin acento. Lorraine le recomendó, de todas formas, tomar clases de francés con el fin de perfeccionar su dicción.

—Vamos a ver si finalmente hago la película, ¿no? —puntualizó Sara.

—No hay que dormirse, ya lo sabes —replicó Lorraine en tono exhortativo. A eso de la una y media, Sara y Lorraine llegaron a un conocido restaurante llamado La Finca de Susana, situado en la calle Arlabán. Uribarri no había llegado todavía. Mientras esperaban, Lorraine le dio algunos consejos a Sara. Enumeró todo un decálogo de buenas costumbres y comportamiento en situaciones con directores poseedores de un desmedido ego. Lorraine solía salpicar sus frases con expresiones de inglés americano, ya que había estado viviendo en Los Ángeles más de diez años; primero como productora y después como agente de actores, actrices y guionistas. Se enamoró locamente de un actor español llamado Miquel Fustagueras que probaba suerte en la meca del cine. Poco después se casaron en Las Vegas acompañados por un sonriente grupo de mariachis al más puro estilo Hollywood, vestidos, cómo no, de Elvis y Priscilla Presley.

Harto de esperar una oportunidad que no llegaba, Miquel quiso volver a España para iniciar una carrera como escritor. Se instalaron en Barcelona, pero tampoco allí las oportunidades llegaron, y lo que en principio era una carrera llena de esperanza se convirtió en un camino trufado de fracasos y sueños rotos. Se separaron al cabo de un par de años de traumática convivencia. Destrozada, Lorraine se estableció en Madrid, donde consiguió abrirse camino como agente. No volvió a casarse.

Uribarri llegó veinte minutos tarde. Al parecer tenía mucha prisa y muchos compromisos que atender. Hablaron durante el almuerzo del proyecto, interrumpidos hasta el paroxismo por un sinfín de llamadas al inquieto móvil del laureado cineasta. Después de finalizar cada llamada se quejaba de la inconveniencia, pero fue incapaz de desconectar el dichoso aparato.

Tanto Sara como Uribarri se elogiaron mutuamente por el éxito de sus últimos trabajos. En parte, Sara estaba ilusionada, pero su cabeza y su corazón estaban demasiado ocupados y no existía más espacio disponible.

A las tres y cuarto abandonaron el restaurante. Uribarri le había llevado el guión de la película. Sara le dijo que lo leería esa semana y lo llamaría lo antes posible. Se despidieron con la típica parafernalia. Lorraine recordó que

tenía que volver a su despacho.

—No dejes de leer el guión, *sweetie*.

—No te preocupes, Lorraine —respondió Sara moviendo la cabeza—. Te llamaré.

Lorraine se alejó calle abajo. Sara se quedó durante unos minutos bajo el soportal de la entrada del restaurante. Llovía de nuevo y el cielo se había teñido de un azul sucio. La lluvia no era excesivamente intensa, pero no parecía que tuviera intención de parar en un corto espacio de tiempo. El jefe de camareros, un tal Remigio —especialmente pelota con las celebridades del mundo del espectáculo y la televisión—, la invitó a refugiarse en el restaurante y se ofreció a llamar a un taxi en repetidas ocasiones. Sara declinó el ofrecimiento cortésmente. Al cabo de un rato, Sara abandonó su improvisado refugio y salió a la calle Arlabán, caminando pegada a la pared en dirección este, buscando la boca de metro de Sevilla.

Al otro lado de la calle, a unos veinte metros del restaurante, se ocultaba una figura alta, vestida con un tres cuartos de color gris apagado. Observaba a Sara. El amparo de una enorme malla verde translúcida utilizada para proteger la fachada y un enorme paraguas negro ocultaban su rostro por completo. Antes de que Sara desapareciera por la esquina, la figura dejó el portal y siguió los pasos de la chica.

El piso donde Sara vivió la mayor parte de su infancia estaba situado en plena calle O'Donnell, frente al parque del Retiro y al lado de las Escuelas Aguirre. Un imponente edificio gótico de seis plantas, de fachada gris marmoleada y construido a finales del siglo XIX, había sido la residencia habitual de la familia Suárez hasta que Elisa Leclerc murió. El regreso fue muy duro para todos ellos. La casa estaba repleta de recuerdos de Elisa, y Víctor tomó la drástica decisión de abandonarlo y buscar otra residencia para él y sus demasiado abatidos hijos. Como contraste con el vetusto aunque lujoso piso de la calle O'Donnell, que estaba lleno de sombras y rincones foscos, Víctor eligió una casa muy luminosa con piscina y jardín situada en Somosaguas.

La enorme puerta de roble oscuro del portal estaba cerrada. Sara sacó el pequeño manojito de llaves que había cogido antes de salir de casa e intentó adivinar cuál sería la llave que abría esa cerradura. Probó con una llave que sugería su correspondencia. Antes de que Sara lo intentara con la segunda llave, la puerta se abrió de repente y apareció un hombre bajo y orondo, de rostro abotargado y peinado escrupulosamente hacia atrás, al que le faltaba la mano derecha y en su lugar lucía una mano ortopédica barata. Sara lo

reconoció de inmediato, a pesar de no haberlo visto en más de veinticuatro años. Se llamaba Feliciano y era el portero de la finca.

—¿Señorita Sara? ¡Cuánto tiempo! —dijo Feliciano jovialmente con voz áspera debido a toda una vida de fumador—. Pase, pase... que se está usted poniendo perdida —se apresuró a añadir solícitamente.

—Gracias —dijo Sara.

Feliciano cerró la puerta con estruendo y el cuadrado vestíbulo se quedó en penumbra. Una majestuosa lámpara de araña de armazón negro colgaba en el centro emitiendo una suave luz plateada. El suelo estaba compuesto de baldosas ocre y marrones que formaban un ajedrez en diagonal.

—Feliciano. Ya veo que aún sigue trabajando en la finca.

—¿Y adónde voy a ir, hija mía? Ya tengo sesenta y cinco años. —Feliciano se agitó, haciendo aspavientos y moviendo las manos de arriba abajo, especialmente el miembro amputado—. Pero de este año no pasa. Si Dios quiere me jubilo en septiembre. Ya tengo ganas, no crea. —Sonrió ásperamente y luego miró a Sara con ojos abiertos como platos—. ¡Qué barbaridad! Está hecha toda una mujer. Desde luego, mejor al natural, ¡dónde va a parar!..., aunque en la tele también da muy bien.

A los ojos de Sara, Feliciano parecía el mismo de siempre. Lo recordaba barriendo el vestíbulo o sentado en su mesa camilla dentro del chiscón, rellenando la quiniela sobre un hule desgastado con margaritas como motivo principal y comprobando los domingos por la tarde los resultados de la jornada futbolística en una tele pequeña y cuadrada. Muchos años separaban aquellas imágenes de ese momento. El tiempo pasaba demasiado deprisa y daba la terrible sensación de no haberlo aprovechado al máximo, meditó Sara. No pudo evitar hacer un balance de su vida hasta ese momento: muchas preguntas pertinentes revolotearon en su cabeza pero la cuestión más importante era: ¿había sido realmente feliz?

—Gracias —respondió Sara con una sonrisa—. Por cierto, y...

—Brígida, mi esposa. Falleció, la pobre. El 24 de junio hará dos años.

—Lo siento mucho.

Feliciano sacudió la cabeza, chasqueó la lengua y se giró en dirección a la puerta de la portería. Caminó bamboleándose.

—Sesenta y tres años haría este mes. ¡Pobrecica mía! Se quedó en los huesos. —Feliciano se detuvo en seco y se giró hacia Sara—. Mire lo que le digo, señorita. Esa enfermedad no se la deseo ni a mi peor enemigo. Gracias a Dios, está ahora mejor donde está. ¡Que esta vida es muy perra, señorita! Mi

Brígida era más buena que el pan y, sin embargo, a todos esos sinvergüenzas y canallas que hay por ahí sueltos no les pasa nada —concluyó meneando la cabeza con pesar.

—¿Y usted, señorita? ¿Qué le trae por aquí?

—He venido a por unas cuantas cosas. Recuerdos de mi madre.

Feliciano meneó la cabeza y miró a Sara con ojos lánguidos como diciendo: «¿Ve como tenía razón?».

—Si es que no hay derecho. Su madre: ella sí que era buena, y mire... — Suspiró de nuevo y preguntó—: ¿Necesita ayuda?

—De momento, creo que no... aunque, ahora que lo pienso, sí voy a necesitar algo.

—Usted dirá, señorita.

—Creo que no hay electricidad en el piso...

—No, señorita; su padre la dio de baja. De eso estoy seguro.

Sara agitó la cabeza, pensativa.

—¿No tendrá una linterna?

Feliciano abrió los ojos y sonrió, mostrando una boca trufada de dientes amarillentos y alguna que otra muela dorada. Sin decir nada entró en la portería y al cabo de unos segundos salió con una linterna pequeña de plástico. Amarilla y verde. Con un asa en la parte superior. Se la enseñó a Sara y la encendió un par de veces para comprobar que funcionaba correctamente.

—Le puse pilas hace una semana. La compré en el rastro hace la tira de años, pero está como nueva —dijo encantado.

Pulsó un botón naranja y una luz anaranjada que estaba situada al lado del asa comenzó a parpadear nerviosamente.

—Ésta, por si tiene una emergencia —soltó, y rió estentóreamente de su propia ocurrencia.

Afuera, Sara no advirtió la figura del tres cuartos gris y paraguas negro que la había seguido hasta allí. Se apostó en la acera de enfrente, con el parque del Retiro a sus espaldas, y permaneció inmóvil sin perder de vista la puerta por donde Sara había entrado.

Sara llegó al rellano. Estaba escasamente iluminado; lo recordaba más luminoso. A pesar de ser una finca lujosa y estar en el centro de Madrid parecía deshabitada: no se oía ruido de voces o actividad humana, exceptuando las ocasionales toses de Feliciano. El murmullo de la lluvia se colaba por los resquicios de los grandes vitrales con cristales de colores al plomo que estaban situados entre piso y piso. Un relámpago iluminó el interior

como un enorme flash azulado, proyectando brevemente la sombra deformada de Sara en el suelo de mármol grisáceo, que en algunos lugares se había resquebrajado.

Oyó como el eco lejano de una voz. Se asomó por la escalera helicoidal, que ganaba terreno hacia arriba en espiral. Se apoyó sobre el barandal de brillante madera granate. No vio nada, excepto el suelo ajedrezado del vestíbulo. Un nuevo relámpago refulgió sobre la cabeza de Sara a través de la enorme claraboya situada en lo más alto del edificio. A través de los cristales esmerilados y sucios, Sara pudo distinguir los negros nubarrones moverse. Gotas gordas repiquetearon, intentando en vano atravesar el grueso vidrio.

El rellano era alargado. Había dos puertas, una a cada extremo. Una lámpara adosada a la pared en el centro desprendía una suave luz amarilla, gaseosa. Con toda probabilidad, era el mismo aplique de cuando vivían allí. Se le antojó que aquella escena podría bien corresponder a cualquier tarde lluviosa, regresando del colegio, con su jersey verde de pico, la falda plisada gris, mocasines Gorila y calcetines hasta la rodilla a juego.

Miró a su derecha. El recuerdo vívido de sus agradables vecinos de rellano apareció como una proyección. Eran un joven matrimonio con cinco hijos. Ninguna niña. Todos ellos, muy traviesos pero muy divertidos. El padre era juez, y la madre, ginecóloga. ¿Qué sería de ellos? A juzgar por el aspecto de la puerta, parecía que no existiera tránsito alguno. Tenía el mismo aspecto que la que estaba a punto de atravesar.

Introdujo la llave en la puerta y tras girarla varias veces se abrió con un quejido. Un olor a viejo sacudió el rostro de Sara.

Atravesó el umbral de la puerta. Todo estaba sumido en una densa oscuridad. El ruido de la calle y la lluvia se oían como un rumor muy lejano. Instintivamente, Sara pulsó el interruptor del recibidor. No había luz. Sara encendió la linterna que Feliciano le había prestado y apuntó al frente. Parecía como si hubiera atravesado una puerta hacia el pasado. Los recuerdos se agolparon en su mente revistiéndose de aquellos momentos.

Caminó hacia la derecha con la intención de abrir alguna ventana. La habitación que estaba a su derecha era una especie de prolongación del vestíbulo. Recordaba perfectamente que allí había una gran ventana. Después de unos segundos, consiguió abrir los postigos de madera con un ruido quebradizo. Los cristales de la ventana estaban muy sucios. Limpió con la palma de la mano uno de ellos y miró a través del dibujo limpio la calle. Las imágenes del pasado aparecieron, arrancándole una sonrisa nostálgica. El

tráfico y los viandantes eran meras figuras borrosas. El hombre del tres cuartos y paraguas negro era una de ellas. Sara no reparó en él.

La luz entró tímidamente. No era suficiente para iluminar la casa, así que fue hasta el salón y abrió los dos enormes ventanales que dejaron entrar algo más de luz. El balcón, que daba al Retiro y que estaba entre las dos ventanas, tenía sus dos puertas cerradas. Decidió no abrirlo. El salón era enorme: cerca de cien metros cuadrados. Estaba dividido en dos estancias. Se accedía a través de un vano porticado por el pasillo principal. Los techos eran altos y estaban adornados con escayola decorativa. En el centro, había un rosetón cuelgalámparas sujetando una suntuosa lámpara de araña que estaba tapada, envuelta en una sábana y sujeta con varias pinzas para la ropa.

A través de dos puertas cristaleras correderas de doble hoja, Sara accedió a la biblioteca.

Una enorme librería ocupaba la pared sur. Cinco butacas, seis sillones, varias sillas y una gran mesa con tapa de mármol de Carrara estaban tapados con sábanas blancas. La imaginación de Sara se disparó e imaginó aquellos bultos cobrando vida al pasar cerca de ellos y convirtiéndose en enormes figuras aterradoras.

Una gran alfombra persa estaba enrollada y pegada a la pared. Recordó el día en que ella y su hermano Alberto derramaron un bote de tinta china sobre la tupida alfombra. Hizo una mueca y sonrió. Un espejo ovalado de pan de oro estaba apoyado en el suelo, junto a la alfombra. Abandonó la biblioteca y caminó hasta lo que fuera su dormitorio. Las dos ventanas daban a la calle de Aguirre. Abrió una de las ventanas. La luz neblinosa de la tarde proyectó una luz turbia sobre la cama, el escritorio oscuro de madera de pino y el armario empotrado de puertas correderas. En las paredes todavía había clavados con chinchetas varios pósters, entre ellos, uno de la mítica serie de televisión *Verano Azul*, con todos los chicos, *Chanquete* y Julia sonriendo a la cámara y *La Dorada* de fondo.

En un rincón estaban apilados un montón de libros y cómics de su niñez. Se agachó y comenzó a hojearlos. Varios eran de una colección perteneciente a *Joyas Literarias Juveniles*, *Historias Selección*, *Los Hollister* y dos de sus favoritas: *Los Cinco* y *Gina qué atrevida eres*. Después de más de diez minutos, suspiró y se levantó dejando los polvorientos recuerdos con una mirada de nostalgia.

Entró en una habitación alargada que su madre solía utilizar como estudio. Abrió la ventana y miró a su alrededor. El caballete y la banqueta que

utilizaba para pintar estaban en un rincón. El piano de pared Weinbach, tapado con una sábana blanca. Sara no pudo reprimir la sensación de levantar la sábana y la tapa y tocar las teclas amarillentas que tantas veces su madre había acariciado. Sonrió y, sin pensarlo dos veces, echó la sábana hacia atrás y se sentó frente al teclado. Pulsó las primeras notas del *Para Elisa* de Beethoven. La primera canción que su madre le enseñó a tocar en aquel mismo piano.

El sonido desafinado llenó la estancia, envolviéndola de tristeza. Suspiró, cerró la tapa y puso la sábana de nuevo en su sitio. Frente al piano, había una estantería donde reposaban en silencio algunos de los libros que leyó Elisa Leclerc en vida. Empezó a revisar los títulos por el lomo y lo hizo despacio, ya que cada uno de ellos la retraía al pasado, recordando un momento concreto de su vida en esa casa.

Cumbres borrascosas, Los Santos Inocentes, Oliver Twist, Cien años de soledad, El Aleph, Historia de dos ciudades, Rayuela, A sangre fría, El conde de Montecristo, El retrato de Dorian Gray... No recordaba en modo alguno el libro que estaba buscando. En parte era algo comprensible, ya que su madre compró muchos libros a lo largo de su corta vida. Era una lectora insaciable. Ese mismo amor por el arte en general y la literatura en particular fue transmitido con éxito a Sara, que en un principio quiso dedicarse a escribir, hasta que el veneno de la interpretación se inyectó directamente en vena y decidió que lo suyo era dar vida a lo que otros escribían.

Tras cerca de treinta minutos de búsqueda exhaustiva, Sara se dio por vencida. Decidió regresar a la biblioteca familiar donde reposaban más de tres mil volúmenes, la mayoría de su madre. Tomó fuerza la teoría de que el libro, de existir, estaría en la Casa del León. La última, accidentada e inconclusa visita allí le había provocado una suerte de impotencia e inquietud, que se acentuaba con la frustración de no poder hallar el misterioso volumen.

Los gustos de sus padres diferían como el día y la noche. Mientras que su madre solía leer narrativa, poesía y biografías de artistas de reconocido talento, su padre, prácticamente, compraba libros sobre economía, marketing y viajes. Enciclopedias que nunca consultó y alguna que otra biografía de hombres de negocios de éxito desproporcionado.

Abrió las ventanas de par en par para que toda la luz disponible pudiera ayudarla en su indagación. Comenzó por arriba, de izquierda a derecha. Buscando minuciosamente entre todos los libros. Pasando de imponentes volúmenes lujosamente encuadernados en colores oscuros a delgados fascículos de alguna colección inacabada y extinguida hace siglos.

Cuando llevaba cerca de cuarenta minutos de búsqueda infructuosa, un libro pequeño de lomo rojo y estrecho, que se encontraba apretujado entre dos pesados tomos, llamó la atención de Sara.

Estiró y sacó el libro en cuestión.

Era un libro delgado, de unas noventa páginas, encuadernado en rústica. Las páginas interiores eran de un intenso color amarillento y el papel donde estaban impresas las apretujadas letras era barato y malo. En la portada había un diseño ramplón con letras en blanco, negro y rojo. El título: *La Dama de Sonrisa Plateada*.

Lo había encontrado.

En ese instante sonó el móvil y Sara se sobresaltó. El corazón le latió apresuradamente.

El móvil volvió a repetir la melodía, insistente.

Sara sacó el móvil del bolsillo de su chaqueta y miró el número de quien llamaba.

No lo conocía. Era un teléfono fijo: el prefijo no era ni de Madrid ni de Barcelona. Descolgó.

—¿Diga?

Una voz familiar fluyó a través del diminuto altavoz.

—¿Sara Leclerc?

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

—Soy Juande Borches. ¿Me recuerda?

Sara levantó sin querer la cabeza, sorprendida.

—Lo recuerdo. Estuvimos hablando hace unos días, en su fábrica —dijo Sara mientras se acercaba a la ventana.

—Eso es. El caso es que el otro día me crucé casualmente con un amigo que conoce al que fue sargento de guardia en Isla Malva.

—¿Quiere decir el sargento de guardia de 1985?

—Mmm..., sí. Se llama Fontecha.

—¿Lo ha localizado?

—Bueno, no del todo... No le conté a este amigo lo que usted me dijo, como es lógico.

—Claro —dijo Sara en un tono en exceso complaciente, mientras giraba el libro y miraba sin leer la sinopsis de la contraportada.

—Pero me dio alguna información de él. Ahora es un empresario que vive en Gijón.

—Entiendo. ¿Usted puede ponerme en contacto con él?

—Podría intentarlo.

Sara meditó en silencio. Por alguna razón no acababa de fiarse de Borches. Intentó que su voz no la delatara.

—Estaría muy bien que pudiera hablar con él, sólo para corroborar su versión, ya me entiende.

—Claro —dijo Borches, condescendiente.

—Este señor...

—Augusto Fontecha —añadió Borches después de carraspear sonoramente.

—El caso es que no sé cómo plantearle la cuestión...

—No se preocupe. Le contaré lo que usted me dijo..., aunque tengo que reconocer que suena un poco misterioso. —Borches se rió al final de la frase con una risita bobalicona. Sara sintió que el vello de su cuerpo se erizaba repentinamente.

—Sí, tiene razón. —Sara agitó la cabeza—. Si le parece, dígame que me gustaría hablar con él de esa noche para confirmar un dato, que probablemente no tenga importancia, pero ya sabe cómo somos las mujeres.

—¡Qué me va a contar! Tengo dos en casa. —Volvió a emitir la misma risita bobalicona.

—Sí, creo que me pasé el otro día de misteriosa. La cosa, a decir verdad, no es para tanto, pero no dejo de darle vueltas. Sé que es una tontería sin importancia...

—Cosas de chica. No se preocupe y lo dicho: intentaré ponerle en contacto con este señor.

—Muchas gracias, señor Borches.

—A mandar, guapa.

Sara colgó y se quedó pensativa durante un momento. Hasta un ciego se habría percatado del cambio de actitud de Borches con respecto a su breve entrevista en su fábrica. La verdad es que no se mostró grosero en ningún momento, pero esa excesiva condescendencia no parecía ir con el carácter de ese hombre.

Miró el libro y lo hojeó.

De repente y sin previo aviso, alguien golpeó la puerta principal. Sara se sobresaltó e inconscientemente retrocedió unos pasos. Se quedó un instante allí plantada. Reaccionó y salió al pasillo. Un par de golpes más sonaron con urgencia al otro lado de la puerta.

—¿Señorita Sara? —dijo la voz de Feliciano.

Sara resopló. Se dirigió hacia la puerta y la abrió.

Feliciano permanecía allí, bamboleante. Le ofreció una amplia sonrisa. Sara vio fugazmente el destello de sus muelas de oro.

—¿Va todo bien? ¿Necesita usted algo? Estaba preocupado.

—No tiene por qué; además, ya me iba.

—Muy bien. He subido porque tenía que salir a hacer un mandao y quería verla antes de marchar.

Sara asintió, agradecida.

—Parece que no, pero llevo mucho lío. Todo el día de aquí para allá. Que si esto, que si lo de más allá. No paro un momento, ¿sabe lo que quiero decirle? No lo digo por usted, señorita, ni por sus difuntos padres —que Dios los guarde en su gloria—, que no me dieron guerra alguna, los pobres. Pero algunos vecinos de la finca me van a sacar bien el jugo. No sé qué van a hacer cuando me jubile.

Sara volvió a asentir cortésmente; comenzaba a impacientarse.

—Como tengo la cabeza que ya va fallando, se me había olvidado contarle lo de su hermano —dijo Feliciano, esta vez forzando un tono confidencial.

—¿Lo de mi hermano?

—Sí, Albertito. Hacía la mar de años que no lo veía. Casi no lo conocía. A usted sí que la he visto más veces, con eso de salir en la tele...

—No entiendo —interrumpió Sara a Feliciano, sin poder contener su curiosidad.

—Pues eso. Que después de no saber de ustedes en un montón de años, ahora van y se presentan los dos de golpe.

Sara enarcó una ceja.

—Ayer por la mañana se presentó en la portería. No lo reconocí. Era un niño muy apañado, pero ahora está hecho todo un hombretón, y guapo, ¿eh?

—¿Quiere decir que ayer estuvo mi hermano Alberto aquí, en el piso?

—¡Eso es! Le ofrecí la linterna que ahora tiene usted, pero me dijo que ya tenía una. No estuvo mucho tiempo, una hora más o menos. Por lo visto tenía que coger un avión y se fue volando a Barajas —imitó con la mano amputada el vuelo de un avión y se rió de su propio chiste—. Me acuerdo hasta de la hora que marchó. Eran las seis y media en punto. Lo sé porque es la hora en que me tengo que tomar las gotas para la tensión, ¿sabe lo que quiero decirle? Sara llegó a su piso al anochecer y todavía sin haber podido asimilar la confidencia que le había hecho Feliciano unas horas antes. Siempre solía llamarla cuando tenía pensado ir a Madrid. ¿Por qué no lo había hecho? ¿Por qué había visitado el piso de O'Donnell sin advertírselo antes? Claro que ella

tampoco le había informado a él de sus intenciones. Desde luego, no era la misma situación; ella vivía en Madrid.

Jacobo no estaba. La había llamado al móvil para decirle que llegaría más tarde. Se interesó por su cita con Uribarri, director al que incomprendiblemente admiraba. Sara le dijo que tenía su guión para leerlo. Recibió otra llamada de Lorraine para recordarle que debía leer el guión ese fin de semana —es decir: mañana domingo— y llamar a Uribarri el lunes. Revisó por enésima vez las últimas llamadas entrantes, así como los mensajes, y ninguno era de Cristina. Quería hablar con ella. Durante un momento permaneció con el dedo levantado sobre el botón de llamada mientras miraba en la pantallita el nombre de Cristina. Entonces recordó que los teléfonos móviles servían de poco, debido a la ausencia de cobertura en Isla Malva. Finalmente dejó el móvil sobre una mesa de centro y caminó de un lado para otro. Tenía una desagradable sensación de hormigueo procedente del estómago.

Cogió el teléfono de nuevo y lo volvió a dejar, repitiendo la misma operación dos veces más. Se obligó a pensar en algo más constructivo.

Había dejado de llover, pero el cielo, abarrotado de grandes nubarrones grises, amenazaba con volver a la carga.

Dejó el guión encima del sofá y se llevó el libro consigo. Entró en la cocina y abrió el frigorífico. Estaba vacío. Estaba hambrienta. Pensó en encargarse de comida de alguno de los innumerables restaurantes de comida rápida que había alrededor de casa.

Se dio por vencida.

Cogió la tarjeta que Cristina le había dado y marcó el número fijo que aparecía junto a la dirección. Antes de pulsar el botón de llamada meditó durante un instante. Pulsó el botón.

Nadie contestó. Se preguntó en una actitud exigente por qué Cristina no cogía el teléfono. Constató que se estaba comportando como una cría caprichosa. Caminó de un lado a otro, impaciente. Decidiendo qué iba a hacer a continuación: leer el libro, leer el guión...

Volvió a marcar el número del fijo y al cabo de dos tonos una voz con un timbre varonil se oyó al otro lado.

—¿Diga?

—Ho... hola —tartamudeó Sara sorprendida.

—¡Hola! —respondió jovialmente el hombre como si estuviera jugando con un niño.

—Soy... Me llamo Sara... ¿Está Cristina?

—Está en la ducha. Oye, ¿tú no serás Sara Leclerc?

—Sí —dijo Sara, emitiendo una risa bobalicona. Meneó la cabeza arrepintiéndose.

—Ya me ha contado Cristina que has estado por aquí y que os habéis hecho muy buenas amigas. Me ha dicho que eres una chica genial.

—¿Ah, sí?

—Oye, tu última película me encantó, nos encantó, en serio. Eres una actriz cojonuda. Enhorabuena por el Goya. Tiene que ser una pasada que te den un Goya, ¿verdad?

—No está mal —dijo Sara, lacónicamente. Hubiera deseado colgar en ese preciso instante.

—Le diré que te llame, no creo que tarde. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Gracias.

—Bien. Espero que nos podamos conocer pronto.

—Sí. Adiós.

Sara colgó y se arrepintió de haberla llamado. No sabía por qué estaba tan nerviosa. Se agitó de un lado a otro de la habitación, obligándose a tranquilizarse. Pensó en tomar alguna de las extrañas infusiones que Jacobo guardaba en un armario de la cocina y que, según él, todas y cada una de ellas tenían como finalidad remediar cualquier dolencia física o psíquica del cuerpo y el alma humanos.

Mientras Sara hablaba por teléfono, la figura del tres cuartos, ya sin paraguas, observaba los movimientos en el interior del piso de Sara a través de una ventana sin cortinas, correspondiente al salón comedor que daba a la calle. La figura estaba situada en la esquina adyacente. Sara aparecía y desaparecía. A veces veía su sombra proyectada en la pared y otras veces no veía nada. Pero sí la vio hablar por el móvil. Caminaba de un lado a otro frente a la ventana. La vio colgar y hablar con ella misma: parecía enfadada y contrariada.

En ese instante, un hombre joven con gafas, alto y delgado, con el cabello oscuro e incipiente barba llegó al portal y abrió la puerta. Desapareció en la oscuridad. Era Jacobo. La figura del tres cuartos miró su reloj: eran las nueve y cuarto pasadas. Volvió a mirar hacia la ventana pero Sara ya no estaba. Hacía un frío húmedo provocado por la lluvia reciente. La figura se subió el cuello del tres cuartos y se marchó andando despacio hasta que se perdió en la noche.

El móvil de Sara comenzó a emitir un agudo pitido alertando de la inminente

ausencia total de batería. Sara lo conectó inmediatamente: no quería quedarse sin batería mientras esperaba la llamada de Cristina.

Cogió el libro que había encontrado en el piso de la calle O'Donnell y se sentó sobre la cama. Lo abrió y comenzó a revisarlo en busca de algo escrito a mano. A priori, no encontró nada escrito, ni nada que llamara su atención. El libro era una edición de bolsillo. El papel de las páginas estaba acartonado y era muy basto y de mala calidad. Comprobó los datos del libro. Era la primera edición y databa del año 1967: el mismo libro que Cristina había encontrado en internet.

Suspiró, carraspeó y comenzó a leerlo.

En ese instante alguien abrió la puerta principal, cerró y tosió levemente. Luego avanzó despacio arrastrando los pies por el pasillo en dirección al dormitorio. Reconoció de inmediato los pasos como los de su novio.

—Hola, ¿qué haces? —dijo Jacobo asomándose al dormitorio, mientras se quitaba una chaqueta de pana marrón con coderas gastadas.

—Leyendo —dijo Sara sin levantar la mirada del libro.

—¿Qué tal con Uribarri?

—Bien. Un poco engreído.

—¿Y el guión?

—Encima del sofá.

Jacobo se alejó corriendo hasta el salón, entusiasmado. Mientras se alejaba gritó:

—¿Lo has leído ya?

—No.

Sara oyó a Jacobo dejarse caer sobre el sofá. Supuso que estaría leyendo el guión, ya que sólo oyó el ruido producido por las páginas al pasar.

Cuatro minutos más tarde sonó el móvil de Sara. Se levantó como un resorte y lo cogió. Era Cristina. Descolgó.

—Hola —dijo Sara, tratando de minimizar la sensación de euforia que sentía al hablar con ella.

—Hola, ¿cómo estás? —preguntó Cristina con un tono de voz hierático.

—Bien... Espera un momento.

Sara dejó el móvil sobre la mesita y salió del dormitorio, atravesó el pasillo y cruzó el salón. Allí estaba Jacobo leyendo el guión, tumbado en el sofá con una pierna sobre el respaldo y la otra apoyada en el suelo.

—¿Quién es? —preguntó Jacobo sin interés y sin apartar sus ojos de las páginas del guión.

—Paloma. Acaba de llegar de Glasgow —mintió fingiendo despreocupación.

—Dale un beso de mi parte.

Sara llegó a la cocina. Cogió una botella medio llena de agua mineral de dos litros y regresó sobre sus pasos. Al llegar al dormitorio cerró la puerta.

—Ya estoy aquí. Perdona —dijo con premura.

—No pasa nada.

—He encontrado el libro —dijo Sara sin poder aguardar más.

—¡No jodas!

—Lo he encontrado en el piso familiar donde viví cuando era pequeña. Está deshabitado. Nos mudamos a un chalé a las afueras de Madrid cuando mi madre murió. Alberto vive en Barcelona y a mí no me apetecía ocuparlo. Es como una especie de trastero de lujo.

—Entonces, estaba allí...

—Sí. Lo estoy leyendo ahora.

—¿Te ha llamado algo la atención?

—No. Acabo de empezar hace un momento. No creo que me lleve mucho terminarlo. Es poca cosa. También tengo noticias de Borches.

—¿Borches?

—Me ha llamado esta tarde y estaba de lo más amable. Según él, un tal Fontecha era el sargento que estaba de guardia la noche que mi madre murió. Me ha dicho que intentará ponerme en contacto con él para hablar del asunto. ¿Qué te parece?

—Sospechoso, cuando menos.

—Sí, eso creo yo. ¿Te suena de algo el nombre de Fontecha?

—Ni idea, aunque sí conozco al sargento Cachero. En otros tiempos gigoló local y ahora, por lo visto, eunuco. —Soltó una risotada y Sara se unió a ella.

Estuvo tentada de contarle la misteriosa visita de su hermano al piso de O'Donnell, pero finalmente no lo hizo. Antes quería hablar con Alberto.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? —preguntó Cristina.

—Esperar la llamada de Borches. Ya te contaré.

—Bien.

—Oye.

—¿Qué?

—Estarás contenta, ¿no?

—¿Por?

—Tu chico está en casa.

—Ajá..., pero lo he echado mucho de menos esta vez. Cada día me cuesta más separarme de él.

—Estás loquita por sus huesos.

—Es que tendrías que ver qué rodean esos huesos...

Sara sonrió. Acto seguido, se levantó, desconectó el móvil del cargador que lo unía a la red y entró en el cuarto de baño. Cerró la puerta y echó el pestillo. Cuando estuvo dentro, se preguntó el porqué de tanto celo.

—Porque supongo que no está dispuesto a renunciar por amor.

—Sería incapaz de hacer eso. Tú más que nadie sabes lo que es hacer de tu profesión un estilo de vida y no seré yo quien le agüe la fiesta. Mientras tanto ajo y agua.

Sara sintió una punzada de envidia que no pudo reprimir.

—Realmente eres muy especial.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Cristina a la vez que soltaba una risita tintada de vanidad.

—Por cómo eres. Por cómo amas. Por cómo haces las cosas —dijo Sara con una sensación de amargura que la sorprendió.

Por un instante Cristina no dijo nada y la línea se quedó sumida en un largo silencio. Sara temió que Cristina se hubiera sentido ofendida por algo que ella hubiera dicho.

—Sara —dijo Cristina, finalmente. Su voz sonaba apagada.

—¿Qué? —preguntó Sara sin poder evitar un extraño sabor acre en la boca, acompañado de una sensación de vacío en el estómago.

Cristina suspiró con fuerza antes de proseguir.

—Sara..., puede que te parezca una chica especial, pero sólo soy una chica como las demás. Sé que soy muy afortunada por tener a alguien como él en mi vida, pero también sufro mucho cuando se va. Conseguir algo extraordinario conlleva también grandes sacrificios.

La línea se volvió a quedar muda. A Sara le dio la sensación de que Cristina pasaba por un momento de tristeza y soledad y necesitaba desahogarse con alguien.

—Tengo que confesar —el tono melancólico de Cristina constató esa evidencia— que a veces he estado tentada de dejarlo, pero no porque no lo quisiera, sino porque no soportaba sus largas ausencias.

Cristina hizo una larga pausa.

—Trataría entonces de encontrar a un chico del que enamorarme, que no viviera a más de treinta kilómetros de mí y que en su trabajo no tuviera que

viajar, para así tenerlo conmigo todas las noches.

El corazón de Sara estaba encogido y su respiración se había reducido tanto que parecía que no entraba aire en sus pulmones.

—Y no sería suficiente, porque, para que fuera feliz con el nuevo sustituto, tendrían que lobotomizarme y extirparme todo recuerdo residual de mi vida amorosa anterior. No sé si existe un lóbulo en el cerebro que albergue ese tipo de recuerdos; si fuera así, tendrían que emplearse a fondo, te lo aseguro.

Sara tragó saliva e inspiró, notando cómo sus pulmones se llenaban de aire.

—¿Ves? —murmuró Sara a duras penas.

—¿Qué?

—Por eso digo que eres especial.

Cristina sonrió al otro lado. Sara sonrió.

—Nunca creas a una chica desesperada por amor y menos si está en celo.

Jacobo salió con un par de amigos. Estaba invitado a la fiesta de cumpleaños de otro amigo del mundillo del cine que celebraba en un bar de copas en Latina. Sara declinó la oferta, pero animó a Jacobo a que fuera. Jacobo no se lo pensó dos veces. Sara prefirió quedarse en casa: estaba deseando leer el libro que había encontrado en el viejo piso. Estuvo leyendo toda la noche hasta que lo terminó, a eso de las tres y veinte de la madrugada. No le gustó en absoluto. En realidad era un libro malo. De no haber tenido que leerlo lo habría dejado casi al principio. No solía perder el tiempo cuando elegía un libro para leer. Si no había logrado engancharla en las cien primeras páginas, lo desechaba y escogía otro.

Supuso que su madre no había leído ese libro. Ella solía subrayar con lápiz las frases que más le gustaban. Todos sus libros estaban llenos de discretos subrayados. Lo hacía constantemente, sistemáticamente. ¿Sería el libro propiedad de Isabel Bellver? ¿Se lo regaló a su madre y no tuvo tiempo de leerlo antes de morir? En ese caso, ¿por qué su madre lo mencionó en la carta?

Había algo que se le escapaba. Por si acaso, Sara había tenido la precaución de apuntar en un bloc de notas las cosas que de un modo u otro llamaron su atención. Con esa información relleno doce páginas. Volvió a revisar sus apuntes, pero nada de lo que había anotado le sugirió nada nuevo.

Bostezó. Estaba cansadísima y se le cerraban los ojos por momentos. Se metió en la cama y se quedó dormida en menos de un minuto.

Jacobo llegó a casa a eso de las nueve y cuarto de la mañana. Había comprado churros para desayunar. Entró en el dormitorio y descubrió a Sara durmiendo profundamente. No la despertó: sabía por experiencia que no era

recomendable. Fue a la cocina y desayunó. Regresó al dormitorio, se desnudó y se metió en la cama. Se quedó dormido enseguida.

Cuando Sara despertó, el reloj marcaba la una y veinte de la tarde. Jacobo seguía durmiendo. Sara se vistió y fue al frigorífico; seguía estando vacío. Encontró una bolsa con tres rebanadas de pan de molde y una lata de atún. Se hizo un triste sándwich y lo acompañó con zumo de naranja de tetrabrik.

Cogió el libro y su libreta de apuntes y los revisó de nuevo, esperando que el nuevo día arrojara luz sobre el tema. Al contrario de lo que esperaba, todo se le antojó incluso más denso y sin sentido que la pasada noche. Nada parecía tener relación. Quizá lo que había anotado no iba en la dirección correcta. Presupuso de antemano que deberían de existir unas directrices claras sobre lo que esperaba encontrar. En realidad no sabía nada de la relación entre su madre e Isabel Bellver, salvo lo que había leído en el diario de ésta. Sabía que eran buenas amigas. Que compartían el mismo amor por el arte. Las dos eran mujeres maduras, inteligentes y, en cierta manera, independientes. Le hubiera gustado estar un día con ellas para conocer mejor aquella relación.

Isabel había escrito en su diario de forma muy sucinta, sin entrar en detalles. Todo de una manera, quizá, deliberadamente esquemática. Intuía que el pensamiento que Isabel había plasmado en las hojas del diario era sólo una parte de lo que en realidad pensaba. Sara llegó a la conclusión de que la pista, de existir, estaría en ese libro. Pero primero tendría que comprender cómo fue la auténtica relación entre su madre e Isabel Bellver.

Una familia compuesta por dos niñas vestidas con elegantes vestidos claros y sendos lazos a juego. La madre, esbelta aunque no especialmente atractiva, pero vistiendo con distinción, y el padre, alto, moreno, pesado y con mirada torva, caminaban a toda prisa, llevando él una monumental bandeja de pasteles envuelta en papel dorado. La atribulada familia pasó al lado del hombre del tres cuartos que paseaba como cualquier viandante por la calle donde Sara vivía junto a Jacobo. Seguro que toca almuerzo en casa de la suegra, pensó el hombre del tres cuartos con un suspiro.

Había salido el sol y se presumía una estupenda tarde de paseo de domingo. El hombre del tres cuartos miró disimuladamente las ventanas del segundo piso. No vio a nadie. El hombre del tres cuartos era alto, de unos sesenta años. Cabello blanco peinado hacia atrás. Lucía un cuidado bigote también blanco y tras las redondas lentes se escondían dos pequeños y vivarachos ojos marrones. Miró su reloj y luego miró de nuevo a las ventanas. Nada. Comenzó a caminar calle abajo lentamente.

Jacobo se deslizó fuera de la cama con un gemido quejumbroso a eso de las cinco de la tarde. Fue al salón arrastrando literalmente los pies. Allí estaba Sara, sentada en el sofá, con un pantalón azul de chándal y una camiseta azul con el logo de la Universidad de Salamanca. Tomaba apuntes en una libreta mientras releía el delgado libro rojo. Sara levantó la cara y le dirigió una mirada inquisitiva a Jacobo.

—No tienes buena cara —dijo negando con la cabeza.

Jacobo se arrastró hasta ella sin dejar de desperezarse. A medio camino tuvo que detenerse a componer un bostezo que requería de toda su energía.

—Tiene que ser bueno ese libro: no lo has dejado desde anoche. ¿Has comido algo?

—No te gustaría. No hay ni sangre ni sexo.

Jacobo sonrió y bostezó de nuevo. Se dio la vuelta y se dirigió a la cocina. Sara oyó durante un buen rato cómo Jacobo abría y cerraba todas y cada una de las puertas y los cajones de la cocina.

Se concentró en la relectura del libro. En esa ocasión lo leyó más despacio, poniendo especial atención en datos toponímicos, fechas, nombres u otras características similares. Apuntó más cosas en su libreta y subrayó las frases de contenido específico. De todas formas sabía que tenía que cotejar esa información con el diario de Isabel Bellver. Recordó lo que Cristina le había dicho acerca de la caja donde halló el diario, y que, según ella, guardaba con mucho celo. Sería interesante poder revisar los objetos de esa caja, aunque no veía la forma de pedírselo a Cristina.

Sara cogió la carta y la comparó con algunas frases del libro que había anotado. Al releer la carta la imagen de su madre se proyectó en su mente tal y como la recordaba el día que desapareció. Si eso no daba resultado, volvería a la Casa del León. Tenía que encontrar la conexión que faltaba para que todo aquello tuviera sentido y, como si una alarma hubiera sonado en su interior, recordó que tenía una semana o menos antes de que la empresa de limpieza comenzara su trabajo. Después vendría el almirante inglés y todo se complicaría...

El móvil sonó y Sara dio un respingo. Sin darse cuenta, aguantó la respiración. Miró detenidamente el número de la llamada entrante. Era un número de teléfono fijo. No lo conocía.

—¿Sí?

—Soy Juan de Dios Borches, espero no molestarla —dijo con voz ronca y melosa a la vez.

—No se preocupe.

—He conseguido localizar a Fontecha, no personalmente, sino a través de su secretaria.

—¿Cómo dice?

—Me refiero al sargento de guardia. Se llama Fontecha.

—Perdone, estaba pensando en otra cosa. Entonces, ¿tiene su número de móvil?

—En realidad, no, pero le he dado el suyo. ¿No le importa?

—En principio no —dijo Sara, recelosa en el fondo.

—Su secretaria parecía muy atenta. Me ha dicho que no se preocupara: él la llamará.

Hubo un silencio. De alguna manera Sara esperaba que Borches continuara.

—Esperaré a que me llame, entonces.

—Muy bien. Espero haberla ayudado.

—Yo diría que sí —dijo escuetamente—. Gracias por todo, señor Borches.

—A usted.

Sara pulsó el botón rojo de colgar, luego miró el teléfono móvil y dio unos cuantos golpecitos con la uña del pulgar en la pantallita. En algún nivel del subconsciente, esa llamada la había perturbado más de lo que quería admitir. Intentó pensar en positivo y darle una oportunidad. No debía sacar conclusiones precipitadas; esperaría a que el famoso Fontecha la llamara.

Jacobo apareció bostezando. Se dejó caer en el sillón y hablaron de que era necesario comprar algo de comida y algunos productos de limpieza, entre otras cosas. Sara le sugirió ir a cualquier establecimiento de los que existían para tal fin y que se extendían a lo largo y ancho del barrio.

En menos de cinco minutos Jacobo se vistió con un chándal zarrapastroso y desapareció en dirección a una tienda que permanecía abierta todos los días de la semana y estaba situada dos calles más abajo. Sara se quedó sola en el salón, volviendo a meditar en la reciente llamada de Borches. Algo a lo que no pudo dar forma rondaba en su cabeza. Buscó con la mirada algo que no halló. Se incorporó y se dirigió hacia la cocina. Allí estaba lo que andaba buscando. Algo necesario para cotejar su hipótesis. Sobre la puerta metálica del frigorífico había un minicalendario imantado. Buscó el día actual y constató que era domingo. ¿Trabajaba la secretaria de Fontecha un día festivo? El hombre del tres cuartos estaba sentado en la barra de una cafetería que se encontraba en la esquina, cerca del piso donde residía Sara. Tomaba café y aparentemente leía el periódico, si bien no dejaba de mirar con disimulo en

dirección al portal, que desde su posición quedaba a su derecha. Estaba sentado al final de la barra, casi pegado a la pared. Era un lugar privilegiado, ya que podía vigilar las entradas y salidas sin ser descubierto. Un enorme cristal que iba desde el suelo hasta el techo, mal limpiado y con mugre en los bordes, servía perfectamente de parapeto.

Mientras apuraba el último sorbo de su café, vio salir a Jacobo rascándose las greñas y haciendo visera con la palma de la mano para protegerse del intenso sol vespertino. Acto seguido, se alejó arrastrando los pies calle abajo.

El hombre del tres cuartos dejó el periódico. Un hombre de mediana edad, de piel verdosa y cara de panoli aburrido, que estaba sentado a su lado, se apoderó del tabloide disimuladamente y sin preguntar. Había un teléfono color verde pistacho pegado a la pared. El cable, negro y aceitoso, estaba enredado en mil nudos. Descolgó el auricular y consultó con minuciosidad una libretita que llevaba guardada en el bolsillo de su tres cuartos. Marcó un número de teléfono sin perder de vista la fachada de la finca. Esperó tono mientras se oía de fondo al camarero preparar ruidosamente café en la cafetera.

El móvil de Sara sonó de nuevo. Movi6 la cabeza y mir6 el número que aparecía en la pantallita multicolor. Era otro número de teléfono fijo, pero esta vez con prefijo de Madrid. Descolgó.

—¿Sí?

—¿Señorita Sara Leclerc? —preguntó una voz grave y serena.

Conocía esa voz.

—¿Quién es? —preguntó Sara, sin intención de soltar prenda antes de saber un poco más de su interlocutor.

—Me llamo Fernando Carballeira. Hablamos hace tres días. Usted me llamó, ¿lo recuerda?

El cerebro de Sara comenzó a elucubrar con rapidez. La voz sonaba con serenidad aunque Sara detectó un finísimo velo de reserva.

—Mmm..., ahora me acuerdo. Usted llevaba el caso de *Los crímenes del*
85.

—Exacto. ¿Podemos hablar?

Sara decidió mostrarse desconfiada.

—¿Por qué me llama ahora? Cuando hablé con usted el otro día me dijo que el caso estaba cerrado —alegó taxativamente.

Carballeira rió por lo bajo.

—Es cierto. Digamos que tengo curiosidad y quizá algo que aportar.

La voz hablaba pausadamente y sin intervalos; paternalista, incluso.

—Ya, el caso es que ahora estoy ocupada.

—No le robaré mucho tiempo. Si quiere puedo ir a su casa o podemos tomar un café en algún lugar público. Como prefiera.

—¿Desde dónde está llamando?

—Desde la cafetería que está cerca de su casa —dijo Carballeira imperturbable.

—¿Cómo...?

Carballeira volvió a sonreír. Por la forma en que lo hacía, Sara imaginó a un regordete Santa Claus con las mejillas encendidas y una panza descomunal.

—No se preocupe. Recuerde que fui policía. Formaba parte de mi trabajo.

—No me gusta que nadie me espíe —protestó Sara, intentando que su voz sonara contundente, al mismo tiempo que se acercaba a la ventana y miraba a través de ella con recelo.

—Entiendo. Siento haberla molestado, le aseguro que no era mi intención. He venido a Madrid a ver a mi hermana y pensé que podía pasar a verla antes de regresar a Santander.

Largo silencio.

—¿Sabe el número de piso? —dijo Sara hoscamente, como aquel que a regañadientes se da por vencido ante un contrincante superior.

Fernando Carballeira salió de la cafetería y cruzó la calle en diagonal, en dirección a la casa de Sara. Caminaba despacio, plácidamente.

Sara lo examinó desde la ventana de su piso. Desde su posición no le veía bien el rostro. Intentó recordar una fotografía suya que aparecía en la web donde Cristina y ella encontraron la información sobre *Los crímenes del 85*.

En cualquier otra situación y como era lógico, Sara no hubiera dejado entrar en su casa a nadie que no conociera. Había reconocido la voz del ex teniente al instante y Jacobo estaba a punto de regresar con la compra.

El timbre sonó y Sara fue hasta la puerta. Experimentó una leve sensación de inquietud en la boca del estómago.

Carballeira era un hombre alto y corpulento. Tendría unos sesenta años y su aspecto físico parecía saludable, debido probablemente a una dieta apropiada, ejercicio físico moderado y ausencia de enfermedades importantes en su vida. Vestía con el susodicho tres cuartos gris, chaqueta marrón oscura y pantalones a juego. Camisa blanca y corbata granate. Llevaba gafas y lucía un esmerado y frondoso bigote blanco. Era él. Más viejo obviamente, certificó Sara.

—No vuelva a hacerlo —le recriminó Sara, nada más abrir la puerta.

Carballeira sonrió cortésmente, inmóvil, paciente.

—Lo siento. Todo ha sido culpa mía —dijo moviendo la cabeza y sonriendo.

Sara lo estudió durante unos instantes. Lo miró directamente a los ojos. Sabía por su trabajo de actriz que en muchas ocasiones a algunos actores les era terriblemente doloroso entrar en un nuevo personaje. Necesitaban entender sus motivaciones para que resultaran creíbles a un nivel emocional. Algunos de sus compañeros de trabajo no lograban hacerse con el personaje, y sus ojos y expresión corporal terminaban por delatar el fracaso escénico. Había que ser muy bueno, tener experiencia y conocer las técnicas para tal fin. Si no eras un actor consumado era bastante probable que naufragaras en tu propia farsa.

Para ella, los ojos eran el último bastión emocional y a través de los mismos se podían adivinar muchas de las intenciones reales de una persona. Los del ex teniente parecían sinceros. No obstante, bien podría equivocarse. Al fin y al cabo, había sido policía y probablemente conocía mil y un trucos psicológicos. Seguro que era muy listo.

Le dejó entrar.

Se sentaron en los sofás del salón. Uno frente al otro. Sara le ofreció té o café. Carballeira declinó la invitación. Sara fue al grano.

—¿Y bien? —dijo Sara de brazos cruzados.

Carballeira suspiró.

—¿Qué quiere saber?

—¿Qué me puede ofrecer?

—No estaría mal la verdad —dijo Carballeira esbozando una sonrisa.

Sara hizo una mueca. Se mantuvo firme.

—Usted llevó la investigación y el asesino fue atrapado, ¿no?

—Correcto.

—¿Por qué dejó el cuerpo? —soltó Sara de sopetón.

Carballeira movió la cabeza; meditó la respuesta.

—Digamos que me invitaron a hacerlo.

—¿Por qué motivo? —preguntó Sara sin tregua.

Carballeira hizo un gesto y levantó las palmas de las manos, como dando a entender que iba demasiado deprisa.

—Es usted quien ha venido a mí —dictaminó Sara.

—No creo que el hombre que cogimos fuera el auténtico asesino.

Sara asintió en silencio.

—¿Por qué? ¿Acaso no encontraron pruebas suficientes?

—Se encontraron. Demasiado claras.

—¿Lo interrogaron?

—Siempre lo hacemos, hasta la extenuación. Lo negó todo, pero no es el caso. Los asesinos no suelen confesar sus crímenes aunque estén sentados en la silla eléctrica. Peralada lo desmintió reiteradamente: los malos son malos hasta el final. Ninguno confiesa y se condena a sí mismo como en las novelas policíacas. Aunque, claro está, hay excepciones.

—A menos que confiese hechos que desconozca la policía y luego resulten ser auténticos.

Carballeira sonrió y carraspeó.

—Sería buena detective.

Sara hizo caso omiso del comentario y fue a lo suyo.

—Hábleme de Peralada.

Carballeira suspiró hondamente y se acomodó en el sofá.

—No era nuestro hombre.

—¿Por qué está tan seguro?

—Peralada era un pederasta bien conocido. Había sido denunciado unas cuantas veces por exhibicionismo y por tener material pornográfico, pero no era violento. Era lo que llamamos un sujeto pasivo.

—¿Cómo podía saberlo?

—No lo sabía. Lo intuí.

—Ya. Aunque se le ha olvidado mencionar que Peralada fue condenado por intento de violación a un niño... No recuerdo qué año fue. ¿No es cierto que estuvo unos años encerrado por ese motivo?

Carballeira sonrió; dirigiendo una mirada baja, observó el suelo. Sara esperó buscando sus ojos.

—¿Internet? ¿No?

Sara asintió. Quiso comentar algo pero se abstuvo en el último segundo. Carballeira parecía querer añadir algo más.

—He visto de dónde ha sacado esa información. La información, a decir verdad, no es falsa, pero sí sesgada. Quizá debido a una falta de conocimiento. Yo me inclino a pensar que la aportación de esa web es deliberadamente tendenciosa.

—¿Se puede saber por qué? —preguntó Sara sin poder evitar su manifiesta incredulidad.

—Cuando existe una acusación de un delito sexual de esas características, el acusado está, como es lógico, en una situación de desventaja. El testimonio de un niño es fundamental para su procesamiento y posterior condena. Eso lo

sabía también el padre del pequeño, que, además de manipular a su hijo, manipuló la verdad e indujo al niño a que mintiera sólo para que Peralada fuera a la cárcel.

—¿Quiere decir que Peralada no violó a ese niño?

—Más o menos. Ese hombre odiaba a Peralada e involucró a su hijo para pergeñar su oscura venganza. Si además sumamos la total negligencia del abogado que representó a Peralada y a un juez especialmente sensible para con casos de pederastia, tenemos como resultado una injusticia en toda regla. Retorcido, ¿eh?

Sara negó con la cabeza mientras miraba con ojos inquisitivos a Carballeira.

—Suena demasiado a novela policíaca.

Carballeira se arregló el nudo de la corbata, que a juicio de Sara estaba perfecto.

—¿Puedo ver la carta? —dijo Carballeira de sopetón.

—¿Qué carta? —respondió Sara sin pensar—. No puedo. No la tengo aquí —mintió, evitando la mirada escrutadora del viejo ex teniente.

—Entiendo —dijo Carballeira moviendo la cabeza y mirando a Sara con una sonrisa inquisitiva—¿Puede decirme al menos qué dice?

—Eeeeh..., pues..., sucintamente, que mi madre había encontrado al asesino que la Guardia Civil andaba buscando. Según mi madre, tenía pruebas irrefutables e iba a llevarlas a la policía cuando la asesinaron.

—Mmm... ¿A quién iba dirigida la carta?

—A una tal Isabel Bellver —contestó Sara con reticencia.

—Isabel Bellver... ¿Ha hablado con ella?

—Pues ella... —Se detuvo y carraspeó—. Es usted quien debe responderme primero a algunas preguntas.

—Creía que estábamos intercambiando información...

—Usted ya no es policía.

—Tiene razón —dijo Carballeira sonriendo y dejando caer las manos sobre su regazo.

Se miraron mutuamente durante un largo rato, esperando que alguno abriera la boca. Carballeira movía la cabeza y sonreía. Sara trató de mantenerse impertérrita, pero no lo consiguió. Finalmente sonrió, contagiada por el talante de Carballeira.

—Lo siento. Creo que me he pasado.

—Ya lo creo.

Los dos sonrieron distendidamente. Sara lo agradeció.

—¿Le importaría hablarme de la investigación?

Carballeira frunció los labios e inspiró profundamente antes de hablar.

—Por lo pronto, Peralada tenía coartada para alguno de los días en los que los niños fueron secuestrados y asesinados. Pero muy débil. Al parecer pasaba mucho tiempo en una mercería que llevaba junto a su madre. Nadie pudo corroborar si lo habían visto en alguno de los lugares donde fueron hallados los cadáveres o donde desaparecieron los niños. Tampoco nadie vio a alguien extraño merodeando en los lugares donde los niños fueron secuestrados.

—Así que sólo tenían las pruebas que encontraron en su casa.

—Sí. Eso fue determinante. Las fotos.

—¿Fotos de los crímenes? —preguntó Sara con una sensación horripilante y llevándose sin darse cuenta la mano derecha a la garganta.

—Fotos de las torturas. De los niños muriendo. Tomadas por el propio asesino... Eran horribles. No me pida que le dé detalles.

—No lo haré —murmuró Sara con el corazón encogido.

Sara meditó por un instante en lo que Carballeira dijo y finalmente suspiró.

—Cuénteme su versión.

—Creo que alguien le cargó el muerto a ese infeliz. Alguien —dijo subrayando ese pronombre— puso las fotos en su casa y esa misma persona fue quien descubrió el pastel. Y apostaría a que esa misma persona tenía alguna relación con el hombre que lo asesinó en la cárcel.

—¿Quiere decir que alguien llamó a la Guardia Civil diciendo que el hombre que buscaban era Peralada? ¿Tan sencillo?

—Así fue como ocurrió —aseguró Carballeira.

Sara asintió, indignada.

—¿Nadie se dio cuenta de que todo era un montaje?

Carballeira sonrió y luego se limpió una mota de polvo inexistente de sus immaculados pantalones.

—Todo el mundo.

—Eso es estupendo —replicó Sara cruzándose de brazos.

Carballeira echó su cuerpo hacia delante y se mesó el bigote suavemente con los dedos índice y pulgar de la mano derecha.

—Por aquel entonces estábamos recibiendo muchas presiones de arriba. Era un año muy importante para España, que se había adherido a la Comunidad Económica Europea tras años de rechazo. Y por si fuera poco, ETA golpeaba sin piedad. El gobierno no estaba dispuesto a ofrecer una mala

imagen y tenía que solucionar ese problema de inmediato. Querían detener a alguien costase lo que costase. Se habían puesto muchos recursos a nuestra disposición para detener al asesino de esos niños y se habían paralizado otras investigaciones que no eran tan... mediáticas, pero que desde el punto de vista policial eran tan importantes como *Los crímenes del 85*.

Sara quiso hacer un inciso, pero Carballeira le mostró la palma de la mano derecha para que le dejara continuar.

—Los agentes que estuvieron involucrados en la investigación, entre los que me incluyo, estábamos deseando echarle el guante a ese mal nacido, pero no teníamos nada. Era muy listo y no dejaba ninguna pista.

—¿Cree que podría haber sido un policía?

Carballeira entrelazó los dedos de las manos y los apoyó sobre la rodilla izquierda.

—¿Lo dice por lo de las pistas?

Sara asintió.

—Bueno, todo es posible, ¿no? Desde luego era muy cuidadoso y metódico y bien podría haber conocido los procedimientos policiales. Tenga en cuenta que era 1985 y que, aunque la policía científica no tenía los medios de Grisson, tampoco los asesinos tenían conocimientos de cómo se trabajaba una escena del crimen. Ahora cualquier chaval espabilado de quince años te podría enumerar el procedimiento estándar, pero aquéllos eran otros tiempos.

—Resumiendo: cogieron al primer pringado que se les presentó.

Carballeira esbozó una sonrisa irónica.

—Verá, Sara. Si la policía encuentra droga en su casa, y no me refiero a unos gramos de costo para hacerse los porros del fin de semana, será mejor que tenga un buen abogado. De lo contrario, y perdón por la expresión: dese por jodida.

Sobre arenas movedizas

Pasaban doce minutos de las siete de la tarde de un precioso domingo de otoño. Augusto Fontecha regresó a casa después de dar un largo paseo. Debía poner en orden sus pensamientos. No podía negar que estaba preocupado, aunque quizá, después de todo, ese asunto, como muchos otros en aquel mundo de locos, quedara reducido a la nada. En realidad no conocía a esa chica. Tal vez era una paranoica que sufría de manía persecutoria; desde luego,

anteriores tenía. Tal vez había heredado de su madre su disfunción mental, y de repente le daba por emprenderla con todo aquel que tuviera algo que ver con lo que ocurrió aquella noche. Tal vez había encontrado algo en su última visita a la Casa del León y eso había disparado su retorcida imaginación. Algo que con toda seguridad no constituía nada, salvo para ella y su delirante imaginación de artista insegura.

Tal vez.

El mundo estaba lleno de locos de atar.

Tal vez no debiera preocuparse tanto.

El sonido de un piano llegó a sus oídos y sonrió con orgullo al imaginar la imagen que en escasos segundos se representaría ante sus ojos: su hija pequeña, Jimena, tocaba al piano el Vals número 7 en do sostenido menor de Frédéric Chopin. Una pieza complicada para una niña de diez años, pero no para su ojito derecho. Sin duda, Jimena estaba dotada de talento para la música, no así su otra hija, Beatriz, que, aunque bastante inteligente, era más díscola e inconformista que su hermana y todavía no había dado muestras de interesarse por nada en particular, salvo en contradecir todo aquello que sus padres proponían. Al ver entrar a su padre en el espacioso salón, la niña se puso nerviosa y quiso ejecutar el magnífico tema con mayor brío y virtuosismo, pero los nervios le jugaron una mala pasada y terminó por equivocarse.

—No tengas prisa. Tienes todo el tiempo del mundo. Siente la música, siéntete cómoda cuando acaricies las teclas —dijo Fontecha, hablando a su hija en tono comprensivo.

—Sí, papá —susurró su hija, y después sonrió.

Fontecha le acarició el cabello y le devolvió una sonrisa llena de paternal amor.

—Sigue practicando. No te conformes y desconfía de los avances sin esfuerzo.

La niña sonrió y continuó sus prácticas.

Fontecha se incorporó y salió de la biblioteca para dejar a su hija sola. Todo artista necesitaba de la soledad para hacer bien su trabajo.

Fue hasta la cocina. Alejandra, su mujer, estaba tomando café con una amiga común. Fontecha las saludó y se interesó por la deteriorada salud del padre de la visitante. Charlaron durante unos minutos. Fontecha se despidió de ellas y fue hacia su despacho.

Se dejó caer en un sillón giratorio frente al escritorio. Resopló angustiado.

Tuvo un acceso de cólera pero lo reprimió. Había aprendido a hacerlo. Aun así, estuvo un buen rato en silencio, meditando sobre su futuro inmediato. Que tuviera que dismantelar la empresa no le preocupaba lo más mínimo. Tenía los suficientes recursos para establecerse de nuevo en cualquier parte del mundo y vivir más que razonablemente bien el resto de su vida.

No dejaba de hacerse mil y una preguntas, con la consiguiente frustración por no poder obtener en ninguna de ellas alguna respuesta coherente. Desde que Borches lo llamó, intentó aplacar su ansiedad empleando su tiempo en cualquier actividad que pudiera abstraer de su pensamiento ese inesperado quebradero de cabeza.

Tal vez no debiera preocuparse tanto.

Miró la hora en su reloj de pulsera. Estaba impaciente por conocer a Sara Lecrerc. Recordó que tenía que preparar algo de equipaje. Su tren para Madrid salía en una hora escasa.

A las siete y media de la mañana del lunes, Sara ya se había levantado y desayunado. Jacobo seguía durmiendo. No esperaba que se despertara al menos hasta las diez u once de la mañana.

Sara dejó por el momento la investigación del libro que había encontrado en el viejo piso de la calle O'Donnell, para leer el guión de Uribarri y, a ser posible, darle una contestación a lo largo de la mañana. Lorraine la había llamado el domingo por la noche para suplicarle que intentara leer el guión lo antes posible. Era una gran oportunidad de entrar en el *mainstream* del cine español y quizá internacional y no debía dejarla pasar.

Terminó el guión en poco menos de una hora. No le gustó, y a su entender tenía cuantiosos fallos narrativos y argumentales que no acababa de comprender. Sabía perfectamente que el oficio de la interpretación no siempre era agradable. No le estimulaba ni el supuesto papel, ni trabajar con Uribarri, al que tenía por un director pedante y pretencioso.

Cinco minutos más tarde lo llamó para decirle que le había encantado su guión y que sería muy feliz de poder trabajar a sus órdenes. Uribarri, que se encontraba en Los Ángeles —según él, en una fiesta con lo más florido y aclamado del nuevo Hollywood—, se autovanaglorió durante casi toda la conversación. Quedaron en verse para dirimir los detalles a su regreso a España. Luego llamó a Lorraine para comunicarle su decisión. La pobre estaba al borde del colapso, pero Sara la tranquilizó, asegurándole ya de paso que un futuro lleno de éxitos se abría de par en par ante ellas.

Después se quedó un rato pensativa. La luz matinal entraba por las dos

grandes ventanas, oblicuamente. Cerró los ojos y dejó que los rayos del sol acariciaran su cara.

Sonó su móvil.

Poco había durado el tiempo de reflexión, pensó Sara quejumbrosa.

Era un número de teléfono fijo con prefijo de Madrid. Pulsó el botón descolgar.

—Diga.

—Buenos días. ¿Sara Leclerc? —dijo una voz grave y muy varonil.

—Soy yo.

—Me llamo Augusto Fontecha.

Sara, que se encontraba repantigada en el sofá, se incorporó de inmediato.

—Hola, señor Fontecha —dijo Sara, apretando el móvil contra su oreja.

—Augusto, por favor —añadió con afectación—. Me imagino que sabe por qué la llamo. Un tal señor Borches me dijo que estaba interesada en hablar conmigo.

—Sí. Me gustaría hablar con usted, si no tiene inconveniente.

—En absoluto. Lo cierto es que estoy un poco confuso, ya que no he hablado directamente con él, sino que ha sido mi secretaria quien me ha contado un poco la situación. Entonces, ¿usted es hija de Víctor Suárez?

—Sí. ¿Conoció usted a mi padre?

—Desgraciadamente a causa de la fatídica noche en la que su madre murió. Antes de eso, lo conocía de verlo algunas veces por la isla, pero nunca hablé con él, más allá de los saludos de rigor. ¿Doy por sentado que quiere hablar conmigo sobre lo que pasó esa noche?

—Así es. Usted era el oficial de guardia en la isla, ¿no?

—Suboficial —la corrigió Fontecha—. Sí. Fue cuando estuve trabajando para la Policía del Principado.

—Mmm... Está llamando desde Madrid, ¿no?

—Sí. Estoy aquí por negocios.

—Quizá podríamos quedar para comer y charlar un rato.

—Veamos, tengo una cita a las once de la mañana en los alrededores de avenida de América. Supongo que habré terminado... —Meditó en voz alta, mientras Sara escuchaba cada inflexión de su voz—. De acuerdo —dijo al fin—. Si quiere podemos quedar a eso de la una y media. ¿Es muy temprano para usted?

—No, no. Está bien. Es difícil encontrar mesa en cualquier restaurante más tarde.

—Entiendo.

—Hay un restaurante al lado de Gran Vía, en la calle Preciados, llamado De María. ¿Le va bien?

—Mmm..., perfecto. A la una y media, entonces.

Sara pulsó el botón rojo de colgar de su móvil y suspiró. Tuvo la sensación de que todo el mundo se interesaba por lo que había encontrado. Por un instante, tuvo la impresión de que caminaba sobre arenas movedizas.

Fontecha estaba sentado en la cama de la habitación de su hotel situado en la madrileña calle de la Princesa. Había pasado la noche allí pero tenía pensado volver esa misma tarde a Gijón. Quería conocer a Sara Leclerc y descubrir por sí mismo qué era aquello tan misterioso que la chica había, supuestamente, encontrado. Tenía que ser cauto, tener sangre fría y dar los pasos convenientes para no dejar evidenciar nada que lo comprometiera.

Notó que la chica hablaba con seguridad y aplomo e incluso había percibido cierta arrogancia en su voz. Eso le había inquietado. No podía permitirse dar un paso en falso. Intuía que esa tal Sara había encontrado algo relevante sobre la muerte de Elisa Leclerc. Si no, ¿por qué iba a empezar a remover todo después de veinticuatro años? Lo de mostrarse predispuesto quizá hubiera despertado sospechas en la chica. Tampoco debía parecer demasiado curioso. Aunque no le gustaba dejar las cosas al azar, había que reconocer que era bueno improvisando. Había salido airoso de algunas situaciones embarazosas gracias a ese talento innato. Dejaría que la chica se sintiera cómoda con él, pero sin pasarse. Se desnudó y se metió en la ducha. Repasaría concienzudamente todo lo que pasó esa noche. Seguro que lo acribillaría a preguntas y tenía que estar preparado. No podía cometer un solo error. Giró el grifo del agua caliente. Le gustaba ducharse con agua muy caliente: le relajaba. El agua resbaló sobre su cuerpo mientras dejaba que mil conjeturas bombardeasen su mente.

Sara puso el libro junto con los apuntes en una librería de su dormitorio. Jacobo todavía dormía. Había gemido y girado su cuerpo en la cama al entrar Sara en la habitación. Miró el libro y los apuntes, rodeados de otros libros, al lado del largamente anhelado Goya. Se mordió el labio superior. Siempre lo hacía cuando algo le rondaba en la cabeza. Cogió el libro y el bloc y se dirigió al salón. Se acercó al rincón izquierdo. Se agachó y escudriñó con la mano derecha debajo de un mueble chapado en blanco, bajo y alargado. Arrastró los dedos hasta que engancharon algo que sobresalía apenas un par de milímetros. Con la ayuda de las uñas comenzó a socavar con insistencia hasta que la

tablilla de parqué se desprendió. Arrastró el trozo de madera por debajo del mueble. Luego cogió el libro y el cuaderno y los metió dentro del agujero, de apenas cuatro centímetros de fondo. Puso la tablilla de nuevo en su sitio, asegurándose de que no sobresalía. Miró la hora en su móvil. Era hora de irse. Fontecha no quería parecer impaciente, así que llegó cinco minutos tarde. En general, vestía elegantemente, con trajes hechos a medida y con zapatos italianos Gucci o Cesare Paciotti. Sólo calzaba deportivas cuando practicaba jogging, jugaba al pádel o se machacaba en el gimnasio. Para esa ocasión eligió un atuendo completamente diferente: cómodos vaqueros, zapatos deportivos, una chaqueta verde de corte inglés y una camisa blanca, sin corbata. Todo lo había comprado esa misma mañana en una tienda Springfield.

No podía ocultar quién era. No debía parecer que ocultaba algo. Él no era un hombre excesivamente popular en su ciudad pero existía internet y cualquiera podría buscar su nombre, que aparecería asociado principalmente a su actividad empresarial. Ya lo había comprobado él mismo utilizando Google. Aparentemente no aparecía nada de su anterior vida.

Mejor.

Al mismo tiempo, hizo otra búsqueda sobre Sara Leclerc en internet. Había bastante información sobre ella. No había sido una actriz excesivamente conocida hasta que consiguiera el Goya, salvo por trabajar en un par de series de televisión y en algunas películas y obras de teatro que habían pasado totalmente inadvertidas. Sin embargo había gran cantidad de fotografías suyas. Sus fans le otorgaban el privilegio de ser una de las actrices españolas más atractivas y con mayor proyección internacional.

Sara ya estaba dentro, sentada, esperando a Fontecha que apareció atravesando el comedor en compañía de un camarero.

—Siento llegar tarde —dijo Fontecha exhibiendo una sonrisa mientras le ofrecía la mano.

Sara se levantó y le extendió la suya.

—No pasa nada. Acabo de llegar —mintió Sara que llevaba más de un cuarto de hora esperando.

Antes de que pudieran acomodarse y proseguir la conversación, un camarero de origen latinoamericano se acercó a la mesa, hizo una reverencia y entregó sendas cartas de menú. Sara se decidió por una ensalada con mozzarella y anchoas del Cantábrico y un vino blanco semidulce del Penedés.

Fontecha había perdido el apetito, pero aparentó que sí lo tenía; pidió un solomillo de buey con parmesano gratinado y un vino crianza de la denominación Ribera del Duero.

—Creo que tengo que felicitarla por lo del Goya.

—Gracias.

—Debo confesarle que no voy mucho al cine y cuando lo hago suelo ir a ver películas americanas. Supongo que eso no beneficia en mucho a la industria española del cine. Le prometo que veré su última película. ¿Cómo se llama?

—*Cuidado con lo que desees* —contestó Sara escuetamente, forzando un tono neutro.

—Ah, muy bien. ¿Está en cartelera actualmente?

—Pasó sin pena ni gloria cuando se estrenó. Ahora está en los cines de toda España —dijo sin darle importancia—. ¿Así que de negocios en Madrid?

Fontecha asintió. Bebió un poco de agua.

—Sí. Vivo en Gijón. Allí tengo lo que queda de mi empresa —dijo Fontecha con cara de resignación—. He venido a Madrid para intentar negociar un contrato de construcción para un centro comercial, pero creo que me voy con las manos vacías.

—Vaya, lo siento.

—No pasa nada. Hay que resignarse y esperar que la situación se normalice.

Sara intentó aparentar comprensión y bebió agua.

Fontecha tomó la iniciativa.

—Se parece mucho a su madre.

—Sí. Eso dicen. ¿La conoció? Quiero decir antes de...

—No personalmente. Salvo el día que..., ya sabe. Fue una auténtica lástima. Sara asintió, decidida a llevar el control de la conversación.

—Entonces, ¿usted era el sargento de la policía en la isla cuando mi madre murió?

—Sí. Entré a trabajar en la policía cuando tenía veintidós años y conseguí llegar a sargento. Estaba destinado en Suances, pero pedí un cambio de destino a Llanes. Ese verano me destinaron a Isla Malva. Sin duda fue la peor noche de toda mi vida.

—¿Qué recuerda de aquella noche?

Fontecha suspiró y se reclinó un poco en la silla haciéndola crujir.

—Pues... Yo estaba de guardia. —Se quedó un rato pensativo—. Solía salir a patrullar normalmente a medianoche... y esa noche se había levantado un

poco de viento y la mar estaba picada. Un par de pescadores estaban muy preocupados por sus pequeñas embarcaciones. El fuerte oleaje amenazaba con arrastrarlas al acantilado, así que les eché una mano para amarrarlas mejor.

Sara escuchó atentamente cada palabra de Fontecha. Recordaba la versión que aparecía en el informe policial, basada fundamentalmente en la historia de ese mismo hombre. Disimuladamente, observó su lenguaje corporal, buscando algún elemento que le llamara la atención. Constató que Fontecha jugueteaba con la alianza que llevaba en el dedo anular de su mano izquierda: quitándosela y poniéndosela.

—¿Fue entonces cuando vio a mi madre?

Fontecha vaciló por un instante. Estuvo a punto de preguntar: «¿Cómo sabe eso?».

—Pues... cuando regresé al cuerpo de guardia creí ver una figura moverse entre los árboles, por encima de las casas. Era ella. Se movía con rapidez, parecía fuera de sí... Recuerdo que la llamé, pero me ignoró. Decidí entonces ir tras ella...

Fontecha se detuvo y se mordió el labio superior, cabeceó un par de veces y luego negó.

—Había conseguido escabullirse... No fue fácil interceptarla, pero logré llegar hasta ella. Fue cuando me tropecé con una piedra, torciéndome el tobillo.

—¿Dijo algo?

—Sí, aunque supongo que eso ya lo sabe.

Sara hizo caso omiso de las palabras de Fontecha; esperó la respuesta echando el cuerpo hacia delante.

—«Ya no lo soporto más. La muerte es la única solución» —recitó Fontecha sin la más leve desigualdad en el tono.

Sara permaneció en silencio; su cerebro se vació. Por un instante pareció como si todas sus funciones vitales se interrumpieran. Un leve aleteo de párpados reanudó de nuevo la actividad.

—Y desapareció.

Fontecha asintió lentamente.

—¿Le puedo hacer una pregunta?

—Claro.

—¿Cómo consiguió bajar hasta el cuerpo de guardia si se había torcido el tobillo? Conozco la parte de la que me habla y es bastante abrupta, sobre todo en su bajada.

Sara pudo ver un inapreciable brillo de vacilación en sus ojos.

—Pues no fue fácil: por el mismo lugar por donde subí. Muy despacio, eso sí. —Fontecha estuvo a punto de contraatacar añadiendo: «¿Cree que tuve algo que ver?». Pero Sara dio un giro inesperado a la conversación:

—Había un hombre —dijo Sara, llanamente.

Fontecha se quedó sin palabras, paralizado por un instante. Casi sin darse cuenta, la chica lo había acorralado. Le hubiera gustado dar un puñetazo sobre la mesa, cosa que obviamente, no hizo. Carraspeó antes de hablar.

—¿Cómo? No entiendo.

—Un hombre que llegó en un balandro —afirmó Sara.

Miró fijamente a Fontecha a los ojos, escrutando cualquier vacilación.

Fontecha evitó sus ojos y miró a su alrededor, pensativo.

—Ah, sí..., ya me acuerdo. Es cierto, había un hombre... Se me había olvidado.

Fontecha chasqueó los dedos sonoramente.

—Pero estuvo muy poco tiempo en la isla.

—¿Diría que se marchó antes de que mi madre muriera?

Fontecha bajó la mirada y se acarició la barbilla. Intentó por todos los medios que no se le notara a través de sus ojos la confusión que sentía.

—Bueno, fue hace mucho tiempo, pero creo que sí: se marchó antes...

Fontecha estuvo a punto de preguntar pero Sara se le anticipó con una nueva pregunta envenenada.

—¿Vio a ese hombre?

—Sí, claro.

Sara no pudo evitar que la tensión de su rostro se destensase. Quiso echar su cuerpo hacia delante pero se contuvo en el último instante.

—¿Lo recuerda?

Fontecha la miró durante un largo rato y luego sonrió.

—No entiendo qué tiene que ver esto con la muerte de su madre —dijo. Luego se cruzó de brazos.

Sara constató que Fontecha se ponía a la defensiva.

—Sólo es una teoría —se apresuró a añadir— y quería que usted me la confirmara. Al parecer usted fue la última persona que vio a mi madre con vida y, por lo que parece, también vio a ese hombre que llegó en un balandro.

—¿Y?

—Ese hombre no aparece en el informe de la Guardia Civil.

Fontecha observó a Sara. Miró sus ojos: eran oscuros, muy negros, al igual

que su cabello.

—De ahí viene mi interés por ese hombre. Tengo razones para pensar que ese hombre se marchó después de que mi madre muriera y no antes.

Fontecha asimiló aquella información. Estaba realmente confuso: no imaginaba que aquella conversación tomara esos derroteros.

—Estoy muy sorprendido —dijo Fontecha subiendo las cejas y mostrando su perfecta dentadura de hombre de mediana edad rico—. Si quiere que le diga la verdad, yo juraría que ese hombre se marchó mucho antes del suceso con su madre. Eso pasó hace mucho tiempo, y si ese hombre pasara ahora mismo por nuestro lado no sería capaz de reconocerlo. Era de noche y apenas intercambié con él unas pocas frases en el puerto.

—Sí, puede que tenga razón —dijo Sara después de un largo silencio.

La imagen de su madre en Rincón del Diablo siendo arrojada al mar por una figura oscura se le apareció como una nítida proyección.

—¿Usted cree que mi madre murió al caer desde Rincón del Diablo? —preguntó con un tono de tristeza en la voz.

Fontecha se arrellanó en la silla. Aquello era un interrogatorio en toda regla y él estaba respondiendo como un gilipollas a todas las preguntas, sin ni siquiera mostrar un atisbo de extrañeza. Mal iba.

—Yo no la vi saltar, pero todos los indicios apuntaron a eso.

—Fue la Guardia Civil quien encontró el cuerpo —susurró Sara con gesto ausente, como dando continuidad a las palabras de Fontecha.

Fontecha asintió.

—Así fue. Si conoce aquella parte de la isla sabrá que las corrientes son muy peligrosas. No fue fácil rescatar su cuerpo —añadió con una mirada de pesar.

Sara asintió, intentando no reflejar en su mente la imagen de su madre muerta flotando en el mar. No tuvo éxito.

—¿Recuerda quién llevó la investigación policial, quiero decir en la Guardia Civil?

—No. Me limité a entregar el informe. Al día siguiente me llamaron a declarar.

Fontecha miraba a Sara en silencio; era hora de pasar a la acción: o tomaba el relevo o esa chica se haría dueña y señora de aquella situación.

—Y dígame una cosa: ¿por qué ahora?, ¿por qué después de tanto tiempo? —preguntó Fontecha con toda la naturalidad que le fue posible—. Antes me ha hablado de razones.

—Bueno, podría ser, aunque también podría no ser nada —dijo Sara tratando de no parecer demasiado enigmática.

Fontecha agitó la cabeza haciendo un gesto. Se cruzó de brazos; esperaba una respuesta más detallada.

—Verá. Revisando una documentación que tenía mi padre en la casa de Isla Malva encontré un diario de mi madre.

Fontecha se reclinó hacia delante y apoyó la mano derecha sobre la barbilla, mirando a Sara y asintiendo.

—En el diario mi madre escribió que estaba muy ilusionada por un nuevo proyecto. Se había tropezado con un viejo amigo al que no veía desde hacía mucho tiempo. Este amigo se había convertido en marchante de arte y estaba organizando con mucho éxito exposiciones de artistas jóvenes y prometedores. Mi madre y él habían sido íntimos, pero por circunstancias de la vida sus caminos se separaron. Este amigo la animó a volver a pintar. Le prometió que organizaría una exposición si conseguía pintar algunos cuadros.

—Ya entiendo —dijo exhibiendo una sonrisa nostálgica.

—Recuerdo que comenzó a pintar cuadros en Isla Malva; de hecho, encontré varios de ellos inacabados en mi última visita a la isla. Entonces no le di importancia, ya que mi madre solía dibujar y pintar muy a menudo, pero al leer el diario descubrí que quería volver a exponer. Hacía mucho tiempo que no pintaba con tanta dedicación y pasión.

—¿Quiere decir que alguien que disfruta con lo que hace, que tiene un importante proyecto en su vida, en lo último que piensa es en el suicidio? —conjeturó Fontecha con tono condescendiente, mientras trataba de encontrar algún resquicio anómalo en su historia.

—Ajá.

Fontecha asintió con la barbilla apoyada en su mano derecha.

—Tiene cierto sentido, pero no olvide que su madre sufría depresiones. Cuando redacté mi informe su padre me dijo que estaba tomando dosis elevadas de Fluoxetina.

Sara no dijo nada; se limitó a mirarlo con una mirada de duda y tristeza.

—No soy médico, pero tengo entendido que alguien que sufre un cuadro depresivo y con tendencias suicidas puede cambiar de actitud en cuestión de días u horas. Cualquier elemento perturbador puede alterar su estabilidad y ser el detonante que provoque un cambio drástico. Ese elemento en cuestión no tiene por qué ser real. En muchos casos el problema sólo existe en la cabeza del enfermo.

—Mi madre no se suicidó —contestó Sara, no pudiendo evitar que sus emociones auténticas afloraran. Era una profesional y no debía permitir que eso ocurriera.

—Eso no puede saberlo, Sara —dijo Fontecha, compasivamente—. No soy quién para decírselo, pero creo que eso no es prueba suficiente para determinar que hubiera otro factor en la muerte de su madre. Creo que tuve el triste privilegio de ser la última persona que vio a su madre aquella noche. No creo que nadie la esperara allí arriba con la idea de asesinarla.

Sara asintió. Intentó dejar sus sentimientos muy adentro y sacar al personaje fuera.

—Había quedado con su amigo el marchante para enseñarle algunos trabajos el día que murió.

Fontecha se quedó en silencio, escrutando los ojos de Sara: vio que lucían vidriosos. Percibió una nota de emoción en su voz, aunque se recordó a sí mismo que era actriz y había ganado un Goya. Debía de ser buena en su oficio.

—En el diario estaba el número de teléfono de su amigo el marchante. Lo llamé hace unos días y me dijo que ese mismo día le había comunicado que ya tenía fecha para la exposición. Según él, fue uno de los días más felices de su vida. Esa misma noche tenía la intención de ir a cenar con él para celebrarlo. ¿Cree de veras que alguien que es así de feliz se suicida? —murmuró Sara con la voz temblorosa por la emoción.

Fontecha no dijo nada. Miró a Sara de hito en hito. Por un instante dudó de si estaba diciendo la verdad.

Sara dejó escapar una lágrima que cayó de forma conveniente al parpadear. Fontecha también había actuado de forma convincente. Su expresión corporal, así como parte del texto, habían sido cuidadosamente ensayados, y además era un buen improvisador, pero no se conocía los trucos de la profesión. Para mentir a través de los ojos había que emplear muchas horas de ensayo y dedicación. Horas que con toda probabilidad Fontecha no tenía.

Diez minutos más tarde, Sara le dijo a Fontecha que había olvidado que tenía una cita importante de trabajo y debía dejarlo. Le pidió su tarjeta comercial por si necesitaba ponerse en contacto con él. Casualmente, no llevaba ninguna encima. ¿Estaba en viaje de negocios en Madrid y había olvidado algo tan esencial como llevar encima sus propias tarjetas? Sara se despidió de él discretamente y salió del restaurante.

Avanzó varias calles con paso rápido, sin mirar atrás, con el corazón golpeando la caja torácica con fuerza. Llegó a la esquina de Callao con Gran

Vía. Se detuvo y trató de estabilizar su respiración. Estaba asustada. Fontecha era un hombre de agradable apariencia, pero había algo oscuro en él. Algo que la aterraba.

Durante el breve encuentro, Sara sintió que un creciente pánico se apoderaba de ella y amenazaba con echarlo todo a perder. Por un instante deseó levantarse y salir corriendo, lejos de ese atractivo hombre maduro de mirada penetrante. No había quedado con ella para intentar ayudarla: quería averiguar qué sabía. Tenía la sensación de que, conforme abría una puerta, ésta dejaba entrever algo horripilante que había estado oculto durante veinticuatro años. Tuvo ganas de llorar, pero la rabia que sentía se lo impidió cuando pensó que aquel hombre pudiera tener algo que ver con la muerte de su madre. Quizá fue su asesino y ella se había sentado a la mesa con él y habían charlado como si tal cosa.

Vio un taxi detenerse a unos pocos metros de ella. Un hombre con bigote a lo Dalí y bastón se apeó del vehículo. Sara se acercó al vehículo, se introdujo en el interior y le pidió al conductor que la llevara a casa.

Fontecha salió del restaurante unos quince minutos más tarde. Estaba furioso y se sentía impotente. Le hubiera gustado levantarse y estrangular a Sara Lebrero con sus propias manos. Esa niña sabía algo y el estilo de vida que tanto le había costado conseguir peligraba. Pensó en sus hijas y en Alejandra y una creciente sensación de pánico casi le provoca un desmayo. Repentinamente, fue consciente de que lo que más le aterraba en este mundo era perderlo todo y con ello a su familia. No podría soportarlo.

Definitivamente había encontrado algo, y lo que era peor, ahora sospechaba de él. Se había comportado distante y hasta petulante con él. Le había interrogado como a un vulgar delincuente de tres al cuarto y había permitido que manejara la situación a su antojo. Era muy lista y tenía la sartén por el mango.

Regresó al hotel caminando. Intentando aparentar indiferencia y serenidad. Observando sin prestar atención a la gente que pasaba a su alrededor. Cada uno de ellos con sus problemas y sueños que probablemente nunca se cumplirían. La rabia que sentía al ver que no podía controlar aquella situación le provocó dolor de espalda. Movía las piernas con rigidez y apretaba la mandíbula con fuerza. Quería golpear algo hasta desollarse los nudillos para desahogarse. Cualquiera que pasaba a su lado hubiera servido.

Tuvo que detenerse en plena calle. La vista se le nublaba y creyó desfallecer. Nadie le prestó atención; todo el mundo iba a lo suyo y nadie hizo

ademán alguno de interesarse por él. Tampoco lo deseaba. Detestaba esa situación. Comenzó a recordar las clases de autocontrol. Cerró los ojos y respiró profundamente durante unos minutos. Al cabo de un largo rato se sintió mejor. Abrió los ojos. Su tren salía dentro de una hora y media. Quería llegar a casa cuanto antes para tomar una decisión acertada.

El taxi dejó a Sara en la puerta de su casa. Al abrir la puerta del portal miró a su alrededor, temiendo ver el rostro de Fontecha acechando en algún rincón oscuro. Entró, cerró la puerta y subió a toda prisa.

No había nadie en casa. Durante la reunión con Fontecha recibió un mensaje de Jacobo en su móvil que no había visto hasta ese momento. En él le informaba de que estaría dos días en un festival de cortos que se celebraba en Albacete.

Por primera vez y desde hacía mucho tiempo, tuvo miedo de estar sola en casa. De repente tuvo el impulso de llamar a Cristina. La echaba de menos y deseaba estar a su lado. Sonó el móvil y Sara se sobresaltó. Antes de mirar la pantallita, rogó que no fuera Fontecha, Borches o una llamada anónima. Era Jacobo. Sara suspiró aliviada y descolgó. Jacobo la llamaba para reiterar lo mismo que le había escrito hacía una hora escasa.

El día anterior, Jacobo había comprado algo para comer y algún que otro producto de limpieza. Como solía hacer cuando él hacía la compra, únicamente adquiría aquello que le interesaba a él, sin consultar a Sara si necesitaba algo.

Decidió bajar a comprar a un supermercado situado a varias calles de distancia dirección este. Al cabo de una hora regresó a casa y colocó lo que había comprado en la despensa y el frigorífico. Volvió a mirar por la ventana, por si Fontecha se había apostado en algún lugar y la estaba vigilando. Cualquier hombre le parecía sospechoso. Se convenció a sí misma de que nadie la estaba vigilando.

Por fin se decidió y llamó a Cristina. No respondió y tuvo un acceso de ansiedad. Quizá estuviera reunida. Quizá estuviera ocupada trabajando. Miró el reloj; marcaba las cuatro y veinte de la tarde. Cerró la puerta con doble vuelta. Bajó los estores de todas las ventanas y encendió luces por toda la casa. Se desnudó y llenó la bañera. Necesitaba relajarse y un baño caliente era lo más indicado.

Se llevó el móvil al cuarto de baño y lo dejó cerca por si Cristina la llamaba. No lo hizo, y el baño no resultó tan relajante como hubiera deseado. Se vistió y volvió a mirar el móvil por enésima vez. No había ninguna llamada

nueva. Encendió el televisor sólo para que el ruido llenara el pesado silencio y le hiciera compañía.

A las ocho menos cinco, el móvil sonó. Era Cristina.

—Hola.

—Hola, ¿cómo estás? —preguntó Cristina con toda naturalidad.

—Definitivamente, he estado mejor.

—¿Por qué? ¿Ha pasado algo?

—He conocido a Fontecha.

—¿Y qué tal?

—Aparentemente un tío amable y pulcro, pero me da mal rollo.

—¿Has sacado algo en claro? —se interesó Cristina.

—Sí, que no me gusta.

—Mmm.

—Creo que venía con el texto bien aprendido. Es un tío listo. Quería saber qué es lo que sé. No le he contado la verdad, evidentemente. No sé si se ha tragado la historia. Creo que no.

—¿Qué le has contado? —preguntó Cristina, intrigada.

—No me apetece hablar de eso —dijo Sara, suspirando, agobiada—. ¿Qué haces? —preguntó, cambiando de tema.

—Trabajar y trabajar y trabajar... —dijo Cristina, mientras Sara oía cómo bostezaba a través del teléfono—. Necesito unas vacaciones.

—Mañana quiero ir a Isla Malva —soltó de improviso.

—Aquí estaré —contestó Cristina. Su voz sonaba a puro cansancio.

—A lo mejor no es buena idea. Quizá debería dejarlo para otro momento.

—No seas tonta, además necesito hablar de sexo con alguien, ya que no puedo practicarlo...

Sara sonrió y, sin querer, su mente le devolvió una imagen de Cristina, haciendo el amor con un hombre sin rostro, sobre la enorme cama con dosel de su dormitorio de techos inclinados y paredes azules.

—¿No has tenido bastante estos días?

—¿Estás de coña? Yo necesito sexo por la mañana, por la tarde, por la noche...

Sara rió con ganas y Cristina replicó del mismo modo.

—Entonces, ¿te preparo la habitación de invitados? —propuso Cristina todavía riéndose.

Sara meditó por un instante.

—¿No habría algún modo de que vivieras en Madrid? Me levantas la moral

cada vez que hablamos.

—De momento me quedo en mi islita; no obstante, te cojo la palabra para cuando me canse.

—Gracias por existir.

—Gracias por tu cariño. En serio.

Sara colgó el auricular y se quedó un rato en silencio. Hablar con Cristina le proporcionaba una sensación de tranquilidad que intentó retener y prolongar el máximo tiempo posible. No obstante, sintió cierto malestar cuando el rostro de Fontecha se le apareció, mezclado con el de un misterioso hombre sin rostro, con un chubasquero y desembarcando en ese momento de un balandro. Tenía que quitarse esas imágenes de su cabeza lo antes posible. Cogió *El Apartamento* de un estante atestado de DVD y dejó que el genio de Wilder, Lemmon y MacLaine la entretuvieran. Cenó temprano y se fue a la cama pronto.

Apagó el teléfono móvil.

Sara madrugó para coger el tren que la llevaría directamente desde Chamartín hasta Gijón. Allí cogería otro para Llanes. El tren llegaba a las cuatro menos veinticinco, tiempo justo para ir hasta el puerto y coger el ferry para Isla Malva. Al subir al tren esa mañana escrutó todas y cada una de las caras que había en el vagón. Paradójicamente, casi todos eran hombres. Cinco o seis de ellos pegaron sus ojos a sus pechos mientras se quitaba la chaqueta, y eso que parecían muy ocupados. El corazón le dio un vuelco cuando se revolvió y descubrió a un hombre que se parecía tremendamente a Fontecha. Tenía la misma estatura, color de cabello y condición física. Se giró y vio su rostro. Era menos agraciado que Fontecha; aun así, no pudo evitar sentirse inquieta.

El trayecto era largo, así que sacó el libro que había estado leyendo hasta que la carta y Rosa con ella se cruzaron en su vida para cambiarlo todo. Era *Atando cabos* de Annie Proulx, e intentó retomar la lectura para distraerse de su creciente paranoia. Revisó varias veces su bolso, donde había puesto la carta, el bloc de notas y el libro. Desestimó la opción de dejarlo allí dentro por considerarlo poco seguro y se guardó todo en el bolsillo de su chaqueta Khujo verde oliva. Como el sueño amenazaba constantemente, fue al vagón cafetería y se tomó un café bien cargado que tuvo el efecto deseado.

Al llegar a Llanes estaba lloviendo aunque no con demasiada intensidad. Había olvidado su paraguas. Miró la hora en su móvil. Tenía tiempo para

coger el ferry de las cuatro.

Se subió la cremallera de la chaqueta y se resguardó de la lluvia bajo los canalones y oportunos portales abiertos. De camino al puerto vio a una mujer madura, de grandes ojos negros y piel aceitunada, que abría la puerta de un establecimiento dedicado a la venta de souvenirs. Allí encontró un paraguas y la generosa ayuda de la mujer de ojos oscuros que le ofreció una toalla para secar su empapado cabello.

Llegó corriendo hasta el puerto, casi a punto de perder el ferry después de todo. Se refugió en la cabina interior, teniendo como única compañía a un risueño y encorvado anciano que hablaba solo y que de vez en cuando le sonreía.

La isla se presentó ante sus ojos como un trozo oscuro y recortado. El cielo plomizo atenuaba sus contornos y las olas se estampaban con rabia contra el acantilado donde su madre supuestamente perdió la vida. Evitó mirar hacia ese lugar. Desembarcó y se encaminó directamente a casa de Cristina.

Llovía con más fuerza y el paraguas era asediado por la ingente cantidad de agua que rodeaba a Sara a cada paso que daba.

Alcanzó la casa de Cristina. Rüdiger no estaba debajo de la tumbona, sobre la manta. Lo imaginaba dentro, dormitando al lado del radiador, bajo la escalera. Sara subió los tres escalones del porche y golpeó la sólida puerta de madera oscura con los nudillos. Al cabo de un momento Cristina abrió la puerta. Llevaba sus gafas con montura roja y el pelo recogido en una diminuta coleta. Se alegró tanto de volver a verla...

Se quedaron mirándose la una a la otra durante un instante que pareció una eternidad.

Se abrazaron, primero con suavidad y luego con mayor intensidad. Cristina apretujó el cuerpo de Sara. Ninguna dijo nada, pero era evidente que ambas se sentían felices de estar la una junto a la otra. Un trueno borró el silencio y, tras separarse de Sara, Cristina dijo:

—Tienes que estar loca para venir un día como éste a la isla.

Sara miró fijamente a Cristina, meditando una respuesta adecuada. Asintió levemente con la cabeza.

—Creo que he cambiado de opinión. No es necesario que vayas a Madrid, yo me vendré a vivir aquí.

—Ok, ya he personalizado la habitación de invitados, incluso podrás encontrar sujetadores de la talla 110 en el primer cajón de la cómoda.

Sara soltó una risa y Cristina aprovechó ese momento para contar unos

cuantos chistes, verdes por supuesto, que además tenían en común que todos ellos eran muy cortos y muy malos.

Sara se despojó de su chaqueta y la dejó sobre el respaldo de una silla. Cristina acercó convenientemente la silla a un radiador para que se secase sin que afectara al tejido deformándolo. Luego Sara siguió a Cristina y, ya en la habitación en la que pasaría la noche, Cristina le ofreció una toalla y le aconsejó desnudarse y tomar una buena ducha caliente. Le ofreció igualmente ropa seca para cambiarse, pero, en esa ocasión, Sara llevaba una mochila con una muda limpia.

Cristina volvió al trabajo mientras Sara disfrutaba de la ducha. Pensó en la posibilidad de estar abusando de la hospitalidad de Cristina. No quería que eso sucediera; le dolería terriblemente perder la corta pero intensa amistad que parecía haber surgido entre ambas. En esos instantes de su vida, deseaba estar en Isla Malva con Cristina, más que en cualquier otro lugar. Quería llegar hasta el final del asunto de la sospechosa muerte de su madre y quería hacer partícipe de cada movimiento a Cristina, antes que a cualquier otra persona.

Después de la ducha, se puso cómoda y, a fin de no molestar a Cristina en su quehacer diario, permaneció en el dormitorio principal. Cristina había insistido, por ser aquél la habitación con mejores vistas y mejor iluminada de toda la casa.

Extrajo del interior de su chaqueta el libro de tapas rojas y letras negras y blancas: *La Dama de Sonrisa Plateada*, la carta que había escrito su madre y la libreta donde Sara había tomado notas durante el fin de semana. Cristina le entregó el diario de su tía, Isabel Bellver.

Volvió a revisar sus apuntes y releyó los pasajes del libro que le habían parecido más interesantes. *La Dama de Sonrisa Plateada* narraba la historia de un hombre ambicioso que había antepuesto todo lo que tenía para poder llegar a ser un hombre de éxito en los negocios, apartando aquello que pudiera perjudicar su indiscriminado ascenso al poder. Había estado casado y tenía una hija. Su ex mujer había rehecho su vida y se había vuelto a casar con un profesor de literatura.

Durante unas pruebas médicas rutinarias, su médico descubre una extraña enfermedad en avanzado estado en la que sufre un acelerado envejecimiento. Su médico le asegura que en menos de tres meses su situación empeorará a un ritmo vertiginoso y que, en no menos de seis, tendrá la condición física de un anciano de noventa años.

La trágica noticia golpea brutalmente a nuestro protagonista y le devuelve a

una realidad a la que no estaba acostumbrado. Desesperado, trata de congraciarse con su ex mujer y su hija, pero hace mucho tiempo que dejaron de formar parte de su vida y le dan de lado, incluso estando moribundo. Lejos de darse por vencido, lucha con todo el tiempo del mundo en su contra, para poder recuperar el cariño que ha perdido durante todos esos años, de las personas que han significado algo en su vida.

La novela, con moralina final incluida, era un dramón y poseía un sospechoso estilo literario. El lenguaje era ampuloso y retórico. En cualquier caso, no merecía leerse en más de una ocasión y Sara no podía entender por qué había puesto su madre el título de semejante libro en la carta. Sara supuso que su madre podría haber elegido otros títulos más representativos de su biblioteca, como *Grandes Esperanzas*, *Cumbres borrascosas*, *Madame Bovary* o las obras para teatro de su admirado Tennessee Williams, como *La gata sobre el tejado de zinc caliente* o *Un tranvía llamado Deseo*.

Sin duda ese libro encerraba algo que a primera vista no era capaz de ver: un mensaje que su madre quería transmitir a su querida amiga o una pista de la que sólo Isabel tenía conocimiento. De ser así y para encontrarla, tendría que indagar profundamente en la relación de las dos mujeres. Y lo que era más sospechoso: su madre no había escrito nada en ninguna de las páginas. Lo único que aparecía escrito con lápiz era una cifra que no le decía nada. Escrita en el ángulo superior derecho de la primera página. Estaba muy borrosa y apenas se apreciaba. No identificó esa caligrafía con la de su madre. La de ella poseía una característica especial; escribía con trazos alargados, estilizados e inclinados hacia la derecha. Cotejó esa cifra con los textos que Isabel Bellver había escrito en su diario. Nada. Otro callejón sin salida.

No sabía por dónde continuar. Oyó a Cristina a través de la puerta cerrada hablar con alguien por teléfono. Hablaba sobre fotografías, textos y colores, sin duda de trabajo. Volvió a mirar el libro y entonces algo llamó su atención.

En el reverso de la contraportada vio algo que había pasado por alto anteriormente: era una pequeña etiqueta adhesiva que estaba pegada en el vértice inferior izquierdo. Era transparente y tenía impreso un texto en tinta dorada que había desaparecido casi por completo. Sara cogió el libro y lo miró al trasluz, intentando apreciar el relieve de las letras. Apenas se distinguía nada. Suspiró y arrojó el libro sobre la cama. Lo miró en silencio durante un largo rato y después pensó en cómo le pediría a Cristina que le dejara ver el contenido de la caja, donde Cristina halló el diario de Isabel Bellver y que, según ella, contenía objetos muy personales de su tía.

La jornada de trabajo en la conservera propiedad de Juan de Dios Borches concluía a las seis menos diez de la tarde con el fin de que todo el personal de la fábrica pudiera coger el último ferry de la tarde, el que hacía el trayecto de vuelta a Llanes a las seis.

A las seis menos veinte Borches llamó a Gloria —la chica de pantalones ajustadísimos y zapatos de tacón de vértigo que trabajaba en la oficina— para que subiera a su despacho. Las dos personas que trabajaban en la oficina junto a Gloria, más todas las chicas que conformaban la planta de envasado, imaginaban grosso modo qué ocurría en el despacho del jefe. Borches corría las cortinas y mandaba a Gloria echar el cerrojo de la puerta. Aproximadamente un año atrás, Borches mandó colocar un sofá de tres plazas de color granate en su despacho para que, según él, los clientes se sintieran más cómodos. Todo el mundo que trabajaba en la conservera, e incluso algún que otro cliente y proveedor, conocía el auténtico uso y cometido del susodicho sofá; tal vez por ese motivo, nadie solía sentarse en él.

Cuando Gloria era solicitada por Borches, la chica se contoneaba y miraba con desdén a las chicas de la planta de envasado que, ataviadas con sus batas y gorros blancos, la miraban y cuchicheaban al pasar. Gloria se creía una privilegiada y en cierto modo así era. Cobraba, con diferencia, más que ninguna otra chica de la empresa. Los emolumentos extra que percibía eran debidos principalmente a los favores concedidos a su jefe, requiriéndola para tales asuntos unas dos veces por semana. Borches la esperaba ya sentado en el sofá, despatarrado con una media sonrisa y una total erección.

El sexo entre ambos se limitaba a la felación que Gloria le practicaba a su jefe. Algún que otro magreo de los pechos de Gloria por parte de Borches y poco más. La chica se mostró predispuesta desde el principio. Como era lógico, Borches le daba asco, pero gracias a su trato de favor estaba pagando la astronómica hipoteca que ella y su poco avisado y joven marido habían insistido en contraer hacía ya dos años. Un flamante BMW X3 de color negro completaba el sueño de prosperidad de la joven y atolondrada pareja. Fue un año complicado cuando el impulsivo marido de Gloria perdió su trabajo. Angustiados por las deudas que se obstinaban en perseguirlos allá donde fueran, los delirios de millonario se disolvieron y con ellos la fina pátina que los recubría, ofreciendo como contrapartida una realidad que se ajustaba mejor a su inestable perfil.

Mientras Borches se subía los pantalones en silencio y Gloria se limpiaba una salpicadura que había caído en su camisa nueva, sonó el teléfono. Borches

miró el reloj: las seis menos diez. Hora de irse. Estuvo tentado de no contestar. Al final descolgó el auricular.

—Qué —preguntó de mala gana.

—Un tal señor Gómez quiere hablar con usted —dijo una temblorosa voz masculina.

—¡Joder! Te he dicho mil veces que no me pases llamadas a estas horas. ¿Tan difícil es de entenderlo?

—Ya..., es que me ha dicho que era muy urgente... —susurró la voz que parecía la de un niño asustado.

Borches no escuchaba lo que le decía y a punto estuvo de colgar, pero algo en su interior evitó que lo hiciera en el último instante. La línea se quedó en silencio durante unos segundos. Borches carraspeó antes de hablar.

—Venga, pásamela.

Después de dos tonos de espera sonó una voz que Borches ya comenzaba a odiar con todas sus fuerzas.

—Tenemos que hablar.

Era Fontecha. Borches suspiró y le hizo un gesto imperativo a Gloria de que se marchara. Gloria asintió y se marchó despidiéndose con un «hasta mañana» que sonó lastimoso.

—Oye, yo no puedo estar todo el día de arriba para abajo..., tengo cosas que hacer...

—Shh... —lo interrumpió Fontecha—. Mañana en el mismo lugar que el otro día. A las cuatro de la tarde.

—Mañana no pue...

Antes de que Borches replicara, Fontecha había colgado. Maldijo entre dientes. Odiaba a ese estirado. Se arrepintió por enésima vez de haberlo llamado la primera vez, si bien era cierto que esperaba que al final él solucionara el problema. Le daría una oportunidad o le rompería ese cuello de presuntuoso. Volvió a mirar el reloj: 17:53 horas. Debía darse prisa si no quería perder el ferry de las seis. Cogió su anorak marrón del perchero y salió de la oficina dando un portazo.

Cristina terminó de trabajar alrededor de las ocho de la noche. Normalmente solía dar por concluida su jornada laboral a las siete, dedicando posteriormente una hora a correr en una cinta mecánica. Después daba un paseo por la isla con Rüdiger y preparaba la cena. Pero, cuando tenía mucho trabajo, alteraba su rutina sacrificando la hora dedicada a correr. Sara bajó al supermercado de Arturo a comprar algunas cosas que Cristina necesitaba. De

regreso en casa, Sara sugirió hacer la cena, mientras Cristina se relajaba de un día ajetreado disfrutando de una ducha caliente. Cristina protestó, pero Sara no le dejó otra alternativa.

A las nueve y tres minutos la cena estaba en la mesa. Sara esperó a que Cristina bajara. No se hizo de rogar. Llevaba todavía el pelo un poco húmedo y olía maravillosamente. Vestía una camiseta de escote amplio de algodón a rayas horizontales blancas y rosas, y unos cómodos pantalones de lino beige. Se detuvo y miró la mesa con evidente admiración, asintiendo con aquiescencia.

Para cenar, Sara había improvisado buscando en el frigorífico y en la despensa manjares apropiados para esa velada, con el fin de agradecer a su anfitriona la generosidad que había demostrado a pesar de lo poco que se conocían. El problema residía en que Sara tampoco era, lo que se decía, una gran cocinera. Paella de marisco y verdura, lubina a la sal y tallarines al curry conformaban los únicos platos en los que había alcanzado un aprobado raspado. Se lamentó por no haber acudido a unas clases de cocina japonesa el pasado año, cuando con tanta insistencia Jacobo se lo propuso.

El revuelto de huevos con ajetes tiernos, cebolletas y espárragos era un plato fácil, nutritivo y apetitoso. La ensalada de pasta con piña, mango, aguacate, brócoli y rúcula, aderezada con aceite de oliva virgen y aceto balsámico, arrancó una expresión de beneplácito en Cristina que Sara observó no muy convencida.

—¡Qué buena pinta tiene todo!

—No mientas. Soy actriz, ¿recuerdas? Y sé cuando alguien está actuando — dijo Sara con un deliberado tono sombrío.

Cristina se rascó debajo de la mandíbula con una expresión cínica.

—Me has pillado. Es la cena más repugnante que he visto en toda mi vida.

Después de unos segundos de meditación, Sara dijo:

—Ya que no puedo echarme de tu propia casa y yo tampoco estoy dispuesta a irme, haré como que no he oído ese comentario. Ahora come.

Sara se sentó y Cristina la emuló. Las dos con una sonrisa en la boca. Para Sara, Cristina era esa amiga con la que estás en completa sintonía. Se conocían desde hacía menos de una semana y el magnetismo entre ellas era increíble. Además sentía un gran aprecio por ella. Cristina tenía mucho apetito y literalmente devoró las sencillas viandas que Sara había preparado con todo el cariño del mundo. Después del postre y mientras escuchaban *Mad about the boy* de Dinah Washington, Cristina le pidió el libro *La Dama de Sonrisa*

Plateada.

—¿Y dices que es posible que tu madre no leyera este libro? —preguntó Cristina, mientras se sentaba en uno de los sofás.

—No hay nada subrayado. Mi madre solía subrayar en todos los libros que leía.

—Quizá no pudo hacerlo.

Sara se sentó en el mismo sofá, al lado de Cristina. Negó.

—Pero es extraño. No encaja con el tipo de literatura que solía leer.

—¿Un regalo?

—¿Un regalo de tu tía?

—Desde luego no es el tipo de libro que yo regalaría —sugirió Cristina, mirando con desdén el libro.

—Sí, y no sólo por eso: no es un buen libro. Es una edición muy barata e incluso me atrevería a afirmar que no era nuevo cuando lo compraron.

Cristina asintió, pensativa. Buscó en el reverso de la contraportada la etiqueta adhesiva que Sara le había comentado. Acarició la etiqueta con el dedo anular.

—Creo que hay cuatro o cinco librerías en Llanes. Mañana tengo que ir allí por asuntos de trabajo. Podríamos echar un vistazo —sugirió Cristina.

—No quiero que pierdas tu tiempo. Sé que estás muy ocupada.

—No. En serio. Podemos dar una vuelta. No nos llevará más de dos o tres horas. Recuerda: soy mi propia jefa —dijo Cristina, sonriente.

Sara comenzó a darle vueltas sobre cómo abordar el tema de la caja de su tía. Primero pensó que si no la había compartido con ella hasta ese momento era porque no estaba dispuesta a hacerlo, y si Cristina había tomado esa decisión ella no era quién para contradecir sus decisiones. Pero, por otro lado, estaba su curiosidad que a cada instante que pasaba copaba todo pensamiento racional y decoroso.

—Me gustaría que fueras todo lo sincera que puedas con esta cuestión.

—¿Qué cuestión?

Sara se arrepintió inmediatamente de haber utilizado una frase tan poco apropiada.

—Me refiero a la caja donde encontraste el diario de tu tía.

Cristina se levantó y Sara miró el movimiento de su cuerpo perpleja. Entonces Cristina esbozó una de sus sonrisas enigmáticas de chica traviesa y se dio unos golpecitos en la sien derecha.

—Tú y yo estamos conectadas. Eso o me envías mensajes telepáticos un

segundo antes de hablar. Te juro que estaba pensando en eso ahora mismo.

Sara abrió los ojos más si cabe, sin salir de su perplejidad.

Cristina se giró sobre sus talones y desapareció escaleras arriba. Al cabo de unos minutos bajó llevando consigo una caja de hojalata no más grande que una caja de zapatos. Era negra, pero toda su superficie estaba cubierta de flores decoradas y hojas ornamentadas de diversos colores y tamaños, ribeteadas con una fina línea dorada. Sara frunció el entrecejo. Cristina se sentó a su lado aferrando con sus esbeltas manos la caja. Su mirada cambió y la sonrisa desapareció de su bonita boca. No hacían falta palabras preliminares; aun así, Sara hizo una pregunta retórica:

—¿La caja de tu tía?

Cristina asintió y no pudo evitar que se le formara un nudo en la garganta. Sara percibió un destello de tristeza en sus ojos.

—Cuando la descubrí por primera vez no me atreví a revisarla. Fue a las pocas semanas de que me mudara a la isla. No tenía derecho a husmear en los recuerdos más personales de ella. —Esbozó una mueca que desapareció con rapidez—. Creo que las cosas han cambiado, ¿verdad?

Cristina buscaba la complicidad de Sara. No quiso decepcionarla.

Se inclinó hacia Cristina y le acarició la cara con ternura.

—No sabes lo que esto significa para mí.

Cristina tragó saliva y por vez primera desde que la conocía, Sara pudo ver en sus ojos a una niña desvalida.

Evitó los ojos de Sara y abrió la caja.

El contenido no era mucho, hecho que en primera instancia desalentó a Sara.

En lo más alto había un grueso fajo de sobres amarillentos y ajados. No estaban sujetos con ningún lazo o goma, pero estaban perfectamente alineados entre ellos. Todos los lados derechos estaban rasgados con pulcritud. Cristina cogió los sobres y se los tendió a Sara. Los miró, intentando disimular su avidez. Todos ellos tenían el mismo remitente: Raimundo Cappa. Sara frunció el ceño. Le sonaba vagamente ese nombre aunque no fue capaz de encontrar una asociación directa. Una fotografía que Cristina sujetaba entre sus manos desveló la incógnita.

En la fotografía se veía a una jovencísima y extraordinariamente bella Isabel Bellver, luciendo su característica melena rojiza. Tendría unos dieciocho años y estaba acompañada de un hombre alto y atractivo de ojos grandes. Moreno, con el cabello engominado y pulcramente peinado hacia atrás: Raimundo Cappa. Ahora sí sabía de quién se trataba. Había sido un

famoso matador de toros que en su día estuvo envuelto en extraños sucesos que fue incapaz de recordar. También reconoció el entorno que los rodeaba. Ambos estaban abrazados y sonreían a la cámara, sobre todo Isabel. Cappa esbozaba una sonrisa torcida, pero sus ojos transmitían inquietud. Era una típica fotografía de la ciudad de Florencia: la Galería Uffizi con el Palazzo Vecchio de fondo.

Sara apartó los sobres que con toda probabilidad contendrían sagrados e inviolables recuerdos de amor entre Isabel Bellver y Raimundo Cappa.

Debajo de los sobres descansaban unos bocetos rápidos realizados a carboncillo. Aparecía Isabel Bellver en diversas poses. Reconoció inmediatamente el estilo aunque no llevasen firma alguna: los había realizado su madre. Sara levantó la cara y se encontró con los ojos claros de Cristina. Nuevamente, permanecieron en silencio. Había nacido un fuerte vínculo entre ellas. Sara estaba cada vez más convencida; aun así, fue incapaz de contarle lo de la visita relámpago y misteriosa de su hermano a la antigua residencia familiar de los Suárez.

Una pulsera de oro con engarces de rubíes malva resbaló hacia el fondo de la caja, topándose con un grupo de fotografías.

Había alrededor de una treintena.

Sara cogió la primera y luego la segunda y la tercera. En la primera de ellas aparecía Isabel con la torre Eiffel de fondo. En otra aparecía tocando un gran piano de cola, muy joven. Un hombre de mediana edad, con pronunciadas ojeras y cabello canoso y muy rizado, observaba intensamente las manos de la chica... Probablemente era una colección privada de las instantáneas favoritas de Isabel Bellver.

De repente Sara se sintió incómoda por inmiscuirse en los recuerdos de una persona desconocida en presencia de un familiar. Buscó que los ojos de Cristina aprobaran sus actos, y nuevamente, y como si le estuviera leyendo el pensamiento, Cristina asintió casi imperceptiblemente.

Sara regresó a las imágenes de la vida de Isabel Bellver hasta que encontró una instantánea de su madre que con toda probabilidad habría tomado su amiga. Aparecía Elisa en primer plano y en vertical, de pie, sonriendo a la cámara. Detrás de ella había un edificio bajo y chato de fachada blanca y tejado oscuro. La baja profundidad de campo lo difuminaba casi por completo.

—Un momento —dijo Cristina.

Acto seguido, se levantó y fue hasta la estantería donde descansaba el álbum fotográfico. Se sentó al lado de Sara y comenzó a pasar las pesadas páginas,

hasta que se detuvo en una página con algunas imágenes de Elisa e Isabel como protagonistas.

—Fue tomada el mismo día —afirmó Cristina mientras daba golpecitos con el dedo índice en la fotografía. Sara asintió.

Su madre llevaba ese día una camisa verde oscuro y jersey gris echadizo sobre los hombros, vaqueros con vueltas y botas de media caña. Su oscura y abundante cabellera estaba recogida en una cola de caballo y las gafas de sol colocadas por encima de la frente.

—¿Reconoces este lugar?

Cristina se acercó más a la imagen, pegando casi sus ojos a ella. Al cabo de unos segundos negó.

—Está muy borroso. Lo siento, no lo reconozco.

—¿Alrededores?

—Tal vez.

—Quizá cogieron un taxi...

—Es posible.

Sara no pudo reprimir su decepción. Miró con más detenimiento si cabe la imagen, esperando que la instantánea le hablara. Inspiró ruidosamente. Cristina movió la cabeza y miró a Sara.

—Vamos a ver —dijo Cristina después de carraspear y cogerse el dedo pulgar de la mano derecha—. Uno. Es posible que el libro sea la llave que nos lleve a saber dónde escondió tu madre las supuestas pruebas y que, por ende, mi tía también conocía.

—¿Algún mensaje críptico en el libro?

—Podría ser..., pero ¿y si el libro es el camino en sí? Olvidémonos de lo que hay dentro de él por un momento y pensemos en el libro como un símbolo... ¿De dónde lo sacaron? En Llanes hay un par de librerías bastante antiguas. Esa opción no la habíamos contemplado y podría ser la correcta...

Sara asintió, interrumpiendo a Cristina.

—¿Das por sentado que La Dama no esté aquí, en la isla, en la Casa del León?

—Podría estar en la isla, pero quizá era demasiado arriesgado... y si el asesino la vigilaba de cerca, qué mejor manera de esconder las pruebas que fuera de la isla.

—Tiene lógica.

—Dos —dijo tras cogerse el dedo índice de la mano derecha—. Sin duda preguntar a los isleños es una buena idea. Especialmente a Rosa. Si ella

guardaba la carta, quizá sepa qué es *La Dama de Sonrisa Plateada*. Quizá el asesino no conocía la estrecha relación entre tu madre y Rosa.

—La prueba es que ha guardado la carta todo este tiempo.

—Es cierto..., podría haber acabado con ella si hubiera sospechado algo.

—De acuerdo. Centremos nuestros esfuerzos en ese aspecto. Mañana iremos a Llanes y por la tarde iré a ver a Rosa, aunque me gustaría volver a la Casa del León.

Cristina asintió, pensativa y ajena a las palabras de Sara.

—Pero hay algo que no acaba de encajar...

—¿Qué?

—El libro. Encontraste el libro en el piso de Madrid y no aquí. Si tu madre y mi tía compraron ese libro presumiblemente en Llanes o alrededores, ¿cómo fue a parar hasta allí?

Sara se encogió de hombros esperando que Cristina no vislumbrara a través de su mirada el desconcierto que le producía esa cuestión.

—Yo también me lo he preguntado y creo que tengo la respuesta: el libro estaba entre los efectos personales de mi madre más inmediatos..., es decir, los que estaban sobre la mesita de noche, entre su ropa interior... Inconscientemente, mi padre, cuando hizo el equipaje, lo cogió y se lo llevó consigo. Cuando llegamos a Madrid, probablemente lo guardó en la biblioteca familiar, que es donde lo encontré.

Cristina escuchó con atención cada palabra de Sara, que en todo momento sonó convincente, aunque no creía realmente en esa versión. Sintió una punzada de culpabilidad por no ser capaz de contarle lo de la visita de su hermano al piso de O'Donnell.

—Podría haber ocurrido como dices, pero...

Sara esperó en silencio mientras Cristina fruncía el ceño. Se levantó de golpe y Sara la siguió con la mirada. Parecía pensar intensamente.

—¿Y si el libro siempre ha estado allí?

—¿Cómo?

—Sí, damos por sentado que el libro viajó desde Isla Malva a Madrid, pero ¿y si el libro no se ha movido de la biblioteca familiar desde tiempos inmemoriales? ¿Si *La Dama de Sonrisa Plateada* es en realidad algo que tu madre y mi tía conocían? ¿Algo que descubrieron? Quizá tu madre le habló a mi tía de ese libro en alguna ocasión. Quizá tiene una historia propia o representaba algo importante para ellas.

—No sé, es un libro insignificante. Puede que tengas razón y el libro como

tal no signifique nada. —Sara miró el libro con repentino interés, deseando con todas sus fuerzas que su hermano no tuviera nada que ver con todo aquello.

A las nueve menos diez Sara y Cristina ya estaban esperando el primer ferry de la mañana. Como no tenían pensado regresar a la isla hasta la cuatro, Cristina se llevó su PowerBook. Primero para enseñar un trabajo a uno de sus clientes, y ya de paso aprovechar las horas de espera y trabajar sobre la marcha.

El ferry llegó a las nueve y tres minutos. Las chicas de la conservera desembarcaron, hablando animadamente entre ellas. Normalmente las acompañaba Borches, que también solía llegar en el ferry de las nueve, pero Sara advirtió que no se encontraba entre el pasaje del barco. Sí que vio a la chica de la oficina, Gloria, que caminaba sola, sin hablar con nadie, y que a Sara se le antojó que esa mañana, a pesar del opaco maquillaje, había llorado profusamente.

Una intensa y blanquísima niebla sorprendió a Sara y Cristina a su llegada a Llanes. Había mucha gente por las calles brotando de la blanca envoltura como apariciones. Voces altisonantes surgían de cada rincón, llenando de vida las calzadas, ramblas y avenidas. Cristina le dijo a Sara que era día de mercado. Ese día se podía adquirir estupendos y riquísimos lenguados, congrios, bacaladillas, merluzas o frescas y jugosas sardinas.

Cristina fue al centro de la ciudad a visitar a un cliente; por su parte, Sara intentaría aprovechar ese tiempo visitando las librerías de Llanes. Cristina le entregó un listado con los cinco establecimientos literarios, acompañado de un plano que señalaba los cinco puntos con rotulador rojo.

Diez minutos más tarde, Sara se encontraba frente a la primera librería, situada en la calle Mayor, que todavía se encontraba cerrada. El cartel rezaba que el horario comercial comenzaba a partir de las diez. Eran las diez menos cuarto. Decidió caminar un poco hasta la siguiente librería, situada en plena plaza de Parres Sobrino, en un edificio rojizo de dos plantas del siglo XVII. El exterior de la librería consistía en una estrecha puerta marrón y un escasamente iluminado ventanal que servía malamente de escaparate. El horario de apertura se iniciaba también a las diez de la mañana.

Un hombre de unos sesenta años con gafas, bigote y rostro bondadoso abrió el establecimiento poco antes de la hora señalada. Sara lo abordó. Ya tenía su historia preparada. No estaba dispuesta a contar el motivo real de su interés por el libro. Creyó oportuno configurar una historia con tintes entrañables,

según la cual una nieta voluntariosa trataba de encontrar al librero que vendió ese libro a una hipotética abuela. Conforme al relato, el libro era el nexo de unión entre la abuela de mentira y el librero. Al parecer, y según esta falsa señora, ambos mantuvieron una prolongada amistad, que en realidad fue la tapadera de un intenso romance que sólo iba a ser revelado hacia el final de sus días y a la última persona que compartiera con ella sus últimos momentos de vida. La rebuscada historia tenía en realidad retazos verídicos, teniendo como protagonista a su auténtica abuela por parte de madre. Al poco de fallecer, su esposo encontró entre sus pertenencias ocultas ingente y ardiente correspondencia entre su recién finada esposa y un misterioso caballero de origen bretón, que había sido el encargado de hacerla feliz durante los últimos veinte —aparentemente tranquilos y aburridos— años de su vida.

El hombre de rostro bondadoso se llamaba Braulio y, tras observar detenidamente el ajado libro, no pudo indicar a qué librería podría haber pertenecido. Braulio llevaba más de cuarenta años como librero en esa localidad y no recordaba ni el libro, ni la etiqueta.

—No me suena para nada —murmuró Braulio sin dejar de mirar la etiqueta con un gesto de gravedad.

Sara agradeció su esfuerzo y continuó su búsqueda en la siguiente librería. Ninguna de las librerías que Sara visitó tenía tanta solera como la primera. Algunas eran prácticamente nuevas en el negocio. Al cabo de dos horas de búsqueda, Sara se detuvo a descansar en un banco del parque de Posada Herrera. Revisó su móvil y descubrió un mensaje de Cristina, en el que la informaba de que tenía la intención de visitar a otro cliente más. Quedaron para almorzar a la una en un restaurante con vistas exclusivas al puerto, en la calle de las Gaviotas.

Sara rehízo el trayecto por las mismas calles que había atravesado un par de horas antes. Al cruzar por la plaza de Parres Sobrino, pasó de nuevo por la Librería Granados, la librería regentada por Braulio.

Una gruesa mujer de unos sesenta años, con pelo cano abombado de permanente, sonrisa sempiterna y ojos rasgados, casi inexistentes, abrió la puerta del establecimiento y llamó a Sara mientras agitaba la mano derecha enérgicamente.

—Señorita, señorita... —gritó.

Sara se giró y miró a la mujer que sonreía e indicaba que fuera hacia ella.

Sara sonrió; supuso que sería la esposa de Braulio.

Al acercarse, la mujer, que no dejó de sonreír en ningún momento, cogió

afectuosamente a Sara del brazo.

—¿Es usted la chica tan simpática que ha estado esta mañana hablando con mi Braulio?

—Sí, señora.

—¿Tiene el libro?

—Aquí lo llevo —dijo Sara señalando su bolso.

—¿Tiene la bondad...? —dijo la señora, indicando a Sara que pasara.

Sara y Braulio habían departido en la puerta de la librería durante unos minutos. Había sido en el momento en que Braulio estaba abriendo la librería y no había tenido oportunidad de entrar en su interior.

La librería era un local estrecho y alargado con recovecos que se perdían en angostos pasadizos de estanterías hasta el techo, que era muy alto, rondando los tres metros y pico. La luz de varios fluorescentes iluminaba tacañamente los lomos policromados. Los libros estaban dispuestos en apretujadas y combadas estanterías. Muchos de ellos no cabían en los anaqueles y se encontraban apilados en cualquier lugar, formando torres imperfectas que intentaban ganar altura. Olía a humedad y papel viejo, a antigüedad, a otros tiempos donde no existía internet, el móvil ni las hipotecas astronómicas. El mostrador tenía el lustre de la madera gastada por el roce de las manos.

Braulio estaba atendiendo a un hombre de mediana edad. El hombre buscaba un libro antiguo, de una editorial desaparecida. La oronda esposa de Braulio había desaparecido por una estrecha puerta.

Al cabo de un instante el supuesto cliente se marchó y Braulio se acercó a Sara con cara de entusiasmo.

—Un segundo, por favor.

Braulio entró por la portezuela y casi al momento la mujer, a la que Braulio llamó Edelmira, apareció sonriente.

—¿Me deja ver ese libro? —dijo Edelmira.

Sara hizo un gesto, sacó el libro del bolso y se lo entregó.

Edelmira lo cogió y lo revisó en silencio. Miró la etiqueta detenidamente y negó. Suspiró y se lo entregó a Sara.

—No creo que ninguna librería de Llanes vendiera este libro. No me suena. No —sentenció Edelmira.

Sara sintió una bofetada de desánimo.

—Eso fue lo que yo le dije —dijo Braulio, cargado de razón.

—¿Y dice que su abuela lo compró en Llanes?

—Bueno, no es del todo seguro. Tal vez lo comprara en Gijón u Oviedo. He

creído que fue en Llanes. Ella solía venir mucho por aquí. Pasaba los veranos en Isla Malva —dijo Sara, arrepentida por tener que continuar con la endeble tapadera que se había inventado.

Edelmira asintió pensativa. Sara la había juzgado mal. Pensó que Edelmira era una mera comparsa en el pequeño negocio familiar, pero en realidad era quien manejaba el cotarro.

—Si lo compró en Llanes, ¿cuándo...?

—1985 —dijo Sara de inmediato—. Aproximadamente...

—Yo diría que su abuela no lo compró en ninguna librería. Es una edición de 1967 y la etiqueta no corresponde a ninguna de las librerías de Llanes de entonces. ¿Conoce la calle Gastañaga?

—No, exactamente.

—Cogiendo esta calle —dijo Braulio deseoso de ser útil. Agitó con energía la mano derecha e indicó a Sara con un gesto elocuente—. Suba la calle hasta que llegue a una pastelería que hace esquina. Gire a la izquierda y suba por la calle de las Barqueras.

—Ésa no es la calle de las Barqueras —sentenció Edelmira, que cuando dejaba de sonreír era de lo más convincente.

—¿Ah, no? —dijo Braulio contrariado.

—No. Ésa es la calle Mercaderes.

—No.

—¡Válgame el Señor! Vas a liar a la muchacha.

Sara sonrió. El pobre Braulio parecía echar chispas por los ojos.

—No parece difícil —dijo Sara, echando un capote a Braulio.

—¡Qué va! Hágame caso: coja las Barqueras y cuatro calles más arriba...

—Que no. Además son seis calles.

—¡Que sí! Cállate. ¡La calle que cruza es la calle Gastañaga!

Sara asintió, intentando no sonreír más de lo debido. Braulio le enviaba miradas furibundas a su esposa.

—Allí hay una...

—Es una leonera —exclamó Braulio.

—Es un local que hay junto a una sidrería. A lo mejor lo pilla abierto —afirmó Edelmira mirándose el reloj de pulsera, que marcaba las doce y media pasadas—. Un tal Jonás vende de todo: antigüedades, libros..., muchos libros descatalogados... y un montón de cosas inimaginables. Pero tiene que ir ahora mismo. Creo que cierra a la una o las dos y no abre por la tarde.

—Muchas gracias por todo. Voy a probar suerte entonces allí. Gastañaga,

¿no?

Braulio y Edelmira asintieron. Sara se despidió de ellos y salió disparada hacia la calle Gastañaga, intentando recordar la accidentada explicación de Edelmira y Braulio.

De camino por las sinuosas calles del casco antiguo de Llanes hacia el misterioso local de Jonás, Sara envió a Cristina un mensaje a través de su móvil para decirle que llegaría un poco más tarde a su cita. Estaba intrigada y ansiosa por la repentina información.

Al cabo de once minutos Sara estaba frente al local de Jonás, que no era más que una oxidada puerta de cochera abierta. Sara se asomó al interior. Era un local alargado y muy estrecho. Miles de artículos, de toda procedencia y época, se hacinaban en posturas imposibles. La escasa luz vespertina entraba oblicuamente, proyectando su luz sobre el suelo de baldosas de colores desvaídos y sobre unas precarias mesas alargadas, forradas con amarillento papel de periódico, que soportaban mil y un objetos, a cual más estrafalario. Candelabros con telaraña incluida, montañas de discos single de vinilo, maletas de cartón, cuadros con marcos descascarillados, cajas de hojalata redondas, cuadradas y ovaladas. Otras con forma de corazón. Libros. Montones de ellos. Todos antediluvianos. Radios de galena, sospechosas cuberterías...

Sara permaneció quieta en la misma acera, sin atreverse a entrar. Esperó, agitándose inquieta de un lado a otro a ver si aparecía el tal Jonás, que de seguro sería un tipo cuando menos pintoresco. En algún lugar sonaba *Ojos verdes*, cantada por Concha Piquer. Sin duda, poner un pie allí dentro significaba retroceder veinte, treinta o incluso más años en el tiempo. Justo lo que Sara necesitaba.

Carraspeó; comenzó a dudar de que hubiera alguien dentro.

—¿Señor Jonás? —preguntó Sara, dirigiendo su voz hacia el fondo de la sala.

Concha Piquer contestó como una letanía.

Sara entró en el local y pisó las baldosas multicolores que la transportaron a otro tiempo. Una miserable bombilla colgaba del techo y alumbraba a duras penas lo que yacía bajo ella.

Una voz cavernosa emitió un sonido gutural.

—¿Qué?

Sara se sobresaltó.

—¿Señor Jonás? —dijo casi de inmediato.

Nadie contestó, pero al cabo de unos segundos apareció una figura alta y encorvada que caminaba sorteando los innumerables artículos recubiertos de varias capas de polvo. Sin detenerse, un hombre, octogenario con toda seguridad. Chupado y muy alto. Con pelo cano y ensortijado, y enorme mostacho con pelos como el alambre. Ojos enrojecidos y rostro extremadamente acartonado.

—Ya voy.

El anciano se acercó con paso solemne apoyándose en su bastón. En el camino, se detuvo y empujó una pila de libros que amenazaba con derrumbarse e impedir su paso. El anciano llegó hasta Sara y la miró de arriba abajo, haciendo especial hincapié en sus pechos.

—¿Qué pasa? —preguntó con impaciencia.

—¿Señor Jonás?

—Sí, sí, soy Jonás. ¿A qué tanta prisa? —observó con tono apremiante.

Sara sacó del interior del bolso el libro y sin más se lo ofreció a Jonás.

—Mi madre compró este libro hace muchos años y creo que se lo compró a usted.

Sara le enseñó el libro. Jonás lo cogió sin preguntar, mientras se colocaba unas gafas bifocales que llevaba colgando. Jonás miró el libro durante unos minutos sin decir una sola palabra. Lo único que se oía era la estentórea respiración del anciano. El bolero flamenco *El emigrante* de Juanito Valderrama sustituyó a la Piquer. Jonás rompió a toser estrepitosamente.

Sara miraba cada uno de los movimientos y gestos del anciano.

—¿Se lo vendió usted? —preguntó Sara impaciente.

Jonás se encogió de hombros. Volvió a toser.

—Es posible.

—Pero no puede asegurarlo.

Jonás hizo un gesto elocuente con el brazo derecho.

—Te habrás percatado de que esto no es precisamente la *British Library* —dijo riendo por lo bajo.

—Hay una etiqueta en la contraportada, detrás —indicó Sara señalándola con el dedo.

—Sé lo que es una contraportada. Hasta ahí llego.

El anciano la miró pero después negó.

Sara se acordó de la fotografía de su madre e Isabel en el cuarto de baño con el suelo en forma de ajedrez en diagonal, que había pedido prestada a Cristina. Se la enseñó al anciano.

Jonás la cogió y musitó algo ininteligible. Masculló y volvió a toser. Entonces asintió y sonrió.

—Dos mujeres tan guapas ¿quién podría olvidarlas?

Sara sonrió.

—Entonces, lo compraron aquí... —dijo Sara mirando a su alrededor. Fijó su mirada en una pila de libros baratos, cubiertos de polvo, que bien podrían haber sido los eternos compañeros de *La Dama de Sonrisa Plateada*.

—De no ver la foto, no me habría acordado —dijo Jonás y volvió a toser. Movié la cabeza, pensativo.

—Era un día de verano. Llovía. Entraron aquí riéndose. Bendito sea Dios... Por primera vez en mi vida me avergoncé de este cuchitril —dijo mirando a su alrededor con desagrado. Chasqueó la lengua—. Me dijeron que si podían resguardarse de la lluvia; como si os queréis quedar para siempre. —Sonrió con nostalgia. Miró a Sara.

—Sí, te pareces a tu madre, tienes los mismos ojos y cabello. Y su misma mirada. No se puede olvidar una mirada como la de aquella mujer.

Sara asintió perpleja. Todo el mundo estaba de acuerdo en que Sara era físicamente parecida a su madre, pero aquellos que prestaban mayor atención coincidían en que la forma de mirar de ambas era idéntica.

—Estuvieron curioseando por aquí y haciendo bromas sin parar. Era como si hubieran entrado en una tienda mágica, y ya ves la magia que hay aquí. — Jonás carraspeó.

—¿Recuerda aproximadamente la fecha?

—No tengo tanta memoria, hija. Aunque siempre tengo un buen recuerdo cuando se trata de mujeres hermosas. Es lo que más voy a echar de menos. — Dicho eso, Jonás le guiñó un ojo a Sara y sonrió, moviendo levemente la cabeza.

Sara hizo una mueca.

—Era mucho pedir... —dijo Sara reflexionando.

Jonás tosió y golpeó el suelo con el bastón mientras intentaba recordar. Carraspeó.

—A ver..., un momento... Creo que hoy te ha tocado la lotería, hija.

El anciano se giró y buscó con la mirada entre los innumerables montones de su peculiar bazar. No pareció encontrar lo que buscaba, así que caminó hacia el interior y desapareció por la derecha. Al cabo de unos minutos apareció con un calendario de pared. Se acercó a Sara y dejó el calendario sobre unas cajas apiladas de cartón.

El calendario era de 1995. Pasó las páginas hasta llegar a julio y entonces señaló con un golpe de bastón los números de la tercera semana del mes de julio: del 17 al 23.

—Tuvo que ser esa semana —sentenció el anciano.

—¿Esa semana? ¿Está seguro?

—Completamente. Aunque no me pidas que te diga el día, hija. Tengo ochenta y tres años aunque me veas hecho un chaval.

—¿Cómo lo sabe?

Antes de contestar, Jonás se hizo el interesante y esbozó una sonrisa torcida. Carraspeó por enésima vez.

—La semana de antes estuve fuera; tres días para ser más exactos. Estuve en Granada, de entierro. El día 12 de julio de 1985 se murió mi cuarta esposa. La que más quise. Fue al regreso de ese viaje. Estoy seguro de que fue esa semana.

Sara sonrió, satisfecha.

Sentada al lado de una ventana que daba al puerto se encontraba Cristina, frente a su PowerBook, anotando en TextEdit las últimas revisiones de un catálogo sobre mobiliario de oficina que le habían encargado. Sara se acercó a la mesa y se sentó. El restaurante estaba abarrotado de gente. Las conversaciones en voz alta ahogaban cualquier posibilidad de pensamiento. Los camareros corrían de un lado a otro comunicándose entre ellos a voz en cuello. Las paredes estaban decoradas con numerosos motivos marítimos y pinturas de escenas de la mar.

Nada más sentarse Sara, un camarero joven y chaparro se acercó con desparpajo. Le dijo de corrido el menú del día. Cristina le recomendó merluza a la sidra; según ella, allí la bordaban. El camarero rectificó añadiendo que era la mejor del mundo.

—¿Has averiguado algo? —preguntó Cristina, mientras guardaba su portátil en el bolso de nailon negro.

Sara le contó desde el principio todas sus peripecias de esa mañana hasta llegar al local de Jonás. Cristina había oído hablar de Jonás y su local, pero no lo conocía en persona. Sara le detalló la conversación con el anciano.

—Bueno, tenemos una fecha. También sabemos que el libro fue comprado en el local de Jonás.

—Yo creo que lo compraron por comprarlo. Entraron allí porque estaba lloviendo a cántaros y como agradecimiento a Jonás adquirieron el libro.

—Pero ese libro es importante; si no, no aparecería en la carta. No creo que

lo compraran al azar.

—Yo opino igual, pero no veo la conexión —dijo Sara resoplando.

Cristina vio el desánimo en los ojos de Sara. Le cogió las manos y las acarició.

—Sin duda un mensaje críptico. Para que en caso de que fuera interceptada, nadie descubriera dónde estaban escondidas las pruebas.

—Exacto.

—Compraron el libro... —reflexionó Sara en voz alta.

—Pero nunca lo leyó tu madre.

—Nunca lo leyó.

—Quizá sea un lugar que no aparece en los mapas, ni en internet.

—Si no está en internet, es que no existe.

En ese instante llegó el camarero que se movía desdeñoso.

—Si me dicen qué van a beber se lo traigo ya. Que las veo sedientas.

—¿Te suena *La Dama de Sonrisa Plateada*? —preguntó Sara al camarero.

El joven arqueó las cejas.

—¿La qué?

—Sonrisa Plateada —apostilló Cristina.

El camarero hizo una mueca elocuente. Sara intervino antes de que pudiera decir algo.

—Aquí, en Llanes, ¿hay algo que tenga ese nombre?

—No tengo ni idea. Soy de San Vicente. Se lo preguntaré a mi compañero que se conoce todos los garitos de mala muerte de la zona.

—Muchas gracias, guapo —dijo Cristina con una sonrisa y aleteo de párpados.

El camarero sonrió y trastabilló. Carraspeó, intentando que no se le notara que empezaba a ruborizarse.

—Bueno..., ¿qué hay de la bebida?

Poco después de realizar su pedido, el camarero se alejó sonriendo a Cristina. Seguro que lo primero que le contaba a su compañero era que había ligado con una rubia de infarto, que estaba sentada junto a una morena que estaba igual o mejor que la rubia.

Al cabo de un par de minutos el camarero regresó despreocupadamente. Antes de hablar, carraspeó. Sara y Cristina notaron que su voz había variado una octava más baja y se mostraba menos accesible que hacía un momento. Además, había metido un poco de barriga y sacado pecho. Sara y Cristina sonrieron y le volvieron a dar las gracias.

—Las que vosotras tenéis, guapas —dijo el camarero alejándose sonriendo. Sara se percató de que también se había peinado apresuradamente unos mechones rebeldes que se le empinaban en la coronilla.

Según su compañero no había nada en Llanes que le recordara ese nombre. Cristina sugirió que quizá deberían buscar en los alrededores de Llanes, incluso en Gijón y Oviedo. Cristina se encomendó esa tarea para más tarde, cuando estuvieran de vuelta en la isla.

A las cuatro en punto de la tarde, Borches estaba esperando puro en boca a Fontecha alrededor de un parterre circular dotado de fuente con querubín incluido. Hacía frío. Le extrañaba que Fontecha no hubiera llegado ya. Al girar la cabeza hacia su izquierda casi lo tenía encima. Se sobresaltó. No lo había oído llegar. Iba pulcramente vestido, con traje oscuro, lustrosos zapatos negros y gabardina a juego. Llevaba gafas de sol, aunque la tarde estaba nublada.

Fontecha se acercó y pasó de largo. Señaló un banco que quedaba separado del resto del parque por un grupo de arbustos de metro y medio de altura, más algunos cipreses que ocultaban el lugar convenientemente.

—Vamos allí —dijo Fontecha casi en un susurro.

Borches miró de arriba abajo al estirado. Cómo lo odiaba. Chupó con parsimonia del puro que sobresalía de su boca, saboreando el habano. Fontecha se quedó entre el banco y los arbustos, de pie. Ni miró el banco. Borches se acercó a él. Se quitó lentamente el puro de la boca y soltó una nube blanca de humo. Fontecha lo fulminó con la mirada.

—¿Qué tal la reunión? —dijo Borches con sarcasmo.

Fontecha ignoró el comentario.

—Dice que encontró un diario de su madre, lo cual puede ser cierto y puede que en ese diario escribiera algo inoportuno. De lo que sí estoy seguro es de que ha descubierto algo, pero ese algo puede que sólo sea una sospecha.

Borches pareció cambiar de humor en cuestión de segundos.

—¿Y eso es todo?

Fontecha miró a Borches.

Un chico joven y alto, vestido con chándal y llevando un Husky Siberiano, pasó cerca de los arbustos. Los miró de reojo y continuó su camino.

Borches dio dos pasos, acercándose así a Fontecha.

—Claro que sabe algo, ¡nos ha jodido! Si no ¿qué cojones hacemos tú y yo aquí? Escucha lo que te digo: voy a acabar con esto ahora mismo. No pienso esperar ni un minuto más. Esa hija de puta está jugando contigo, pero conmigo

se ha equivocado...

—Cállate —le espetó Fontecha enviándole una mirada oblicua.

—No me sale de los cojones.

Fontecha esbozó una sonrisa mordaz. Borches apretó los dientes y los puños. Se contuvo de lanzarle un puñetazo a la cara.

—¿No te das cuenta? Sea lo que fuere lo que haya encontrado, no es concluyente. En realidad no tiene nada; de lo contrario, ya habría ido a la policía y no lo ha hecho. Está tratando de ponernos nerviosos, para así provocar que metamos la pata. Justo lo que tú estás haciendo.

Borches pareció tranquilizarse; chupó de su puro con evidente placer y luego expulsó el humo lentamente. Por un instante su rostro desapareció tras una nube de humo plateado.

—¿Has hablado con él? —preguntó con voz deliberadamente melosa. Borches pasaba de un estado casi infantil a otro de total agresividad en cuestión de segundos.

—Todavía no, quería ver antes qué sabía esa chica.

—Bueno, ¿y ahora qué piensas hacer?

—Por lo pronto esperar, como ya te he dicho; en realidad no tiene nada...

—Yo creo que no tienes ni puta idea —soltó Borches, interrumpiéndolo con repentina virulencia.

Acto seguido, expulsó una gran nube de humo blanco con una sonrisa de oreja a oreja.

—Ya hemos hecho lo que tú decías. —Volvió a su tono meloso—. Has quedado con ella y no has sacado una puta mierda, y para que te enteres, listillo, lo que sabe esa puta ahora también lo sabe la otra zorra que vive en la isla.

Fontecha no pudo evitar componer un gesto de desconcierto. Borches le sonrió, igual que un gánster que está a punto de asesinar a sangre fría a su víctima.

—¿De qué estás hablando?

—¿Que de qué hablo? Pues de que las dos andan por ahí metiendo las narices y preguntando a todo Dios. Seguro que ahora mismo, mientras nosotros estamos aquí haciendo manitas, ellas están buscando qué hostias sé en la isla de los cojones.

El desconcierto de Fontecha no disminuyó. Comenzó a sentirse indispuerto.

—¿De qué chica hablas?

Borches se acercó más a Fontecha en tono amenazante, ignorando su última

pregunta. Fontecha percibió un fuerte olor agrio a sudor.

—¿Porque no estarán buscando algo que está escondido en la isla?

El rostro de Borches estaba a unos pocos centímetros del de Fontecha. Un tufo de tabaco y sudor inundó sus fosas nasales y sintió la enorme barriga pegarse a su cuerpo. Entonces notó que algo puntiagudo le oprimía levemente en la parte inferior del abdomen, en la región inguinal.

Fontecha bajó la mirada y vio que la mano de Borches sujetaba algo pequeño y afilado que apretaba contra su estómago. Borches se llevó el puro a la boca con toda tranquilidad, le dio una honda calada, retuvo el humo unos segundos y lo expulsó dirigiéndolo a la cara de Fontecha.

—La próxima vez que me trates como a un idiota te mataré.

Fontecha miró a Borches fijamente, preguntándose si estaba tan loco como para clavarle aquella navaja en un parque público a plena luz del día. Borches sonrió. Sus ojos destilaban una violencia irracional que hizo estremecer a Fontecha.

—Llama a tu amiguito y dile que Juande Borches te ha dicho que o se encarga de esa puta o comienzo a destriparos a todos como a putos gorrinos y me quedo más ancho que largo. ¿Estamos? Y nada de llamaditas. No quiero ver tu puta cara en todo lo que me queda de vida.

A duras penas, Fontecha pudo mantener la compostura. Comenzó a sudar.

—Esta semana... estará todo solucionado. Seguro.

Después de un largo silencio, Borches separó la navaja del cuerpo de Fontecha y se la guardó en el bolsillo de su anorak sin apartar sus ojos de Fontecha, que todavía estaba lívido.

Caminó de espaldas, se giró y se alejó de Fontecha fumando tranquilamente. Al miedo sustituyó inmediatamente la rabia, y a la rabia, el odio más cerval y enfermizo. Un odio homicida irracional y descontrolado creció dentro de aquella pulcra imagen de hombre civilizado.

Como tenían previsto, Sara y Cristina tomaron el ferry de las cuatro de la tarde. Sara desconectó su móvil durante la hora del almuerzo y lo encendió durante el trayecto de Llanes a Isla Malva. Tenía dos llamadas perdidas; una de su agente, Lorraine, y la otra de Carballeira. Después de hablar con él hacía dos días, Carballeira le entregó una tarjeta de visita en la que aparecía, además de su nombre completo, su dirección y dos números de teléfonos. Uno fijo y otro móvil.

—Me ha llamado Carballeira —dijo Sara. Ya no se acordaba de su última y hasta la fecha única reunión con él.

Cristina miró a Sara; su corta melena lacia se agitaba nerviosa.

—¿Vas a llamarlo?

Sara se quedó mirando el número de móvil y asintió. Vio que en ese punto todavía había cobertura. Acto seguido se lo llevó a la oreja y pulsó el botón de rellamada.

Al cabo de unos segundos contestó Carballeira.

—Sara Leccerc —dijo Carballeira, sosegado, como si estuviera leyendo su nombre en algún lugar.

—Tengo una llamada suya.

—Creo que tengo algo que podría interesarle —dejó caer, con su cachazuda forma de hablar.

—Le escucho —dijo Sara. El ruido del motor impedía oír la voz de Carballeira correctamente. Señaló la cabina interior a Cristina, ésta asintió y Sara se dirigió hacia allí.

—¿Recuerda que hablamos del hombre que asesinó a Peralada en la cárcel?

—Me acuerdo —dijo Sara, mientras se sentaba en un frío banco de madera.

—He hablado con él y está dispuesto a contarnos cosas.

Sara intentó ponerle cara a ese hombre. Había degollado a otra persona.

—¿Cómo ha conseguido que acceda a hablar con nosotros? Me dijo que ya había confesado que asesinó a Peralada porque odiaba a los pederastas.

Carballeira rió y su voz se distorsionó a través del minúsculo altavoz.

—Nunca crea a un criminal. Siempre mienten.

—¿Y por qué cree que esta vez será diferente?

—No lo sé. Nadie lo sabe, pero hay que arriesgarse, ¿no le parece?

—Supongo. ¿Qué le ha ofrecido?

—Dinero. Por supuesto.

—¿Cuánto?

—Haga usted la oferta, es quien va a pagar.

—¿Cuánto sugiere usted? —preguntó Sara con cautela, mientras echaba un vistazo al exterior buscando a Cristina, que estaba apoyada en la barandilla de proa.

—Dos mil euros sería una cantidad razonable.

—¿Dos mil? Es mucho dinero por una información que quizá no sea auténtica —se quejó Sara.

—Así es el mundo en que vivimos. Usted decide.

Sara resopló sin saber qué hacer. Cristina se giró y la buscó con la mirada. Sonrió con el pelo enredándose delante de su cara.

—Está bien. Lo haremos a su manera. ¿Cree sinceramente que sacaremos algo de todo esto?

Carballeira suspiró antes de contestar.

—Vamos a jugar bien nuestras cartas. Ya sabe que el dinero es la llave más apropiada para abrir cerraduras obstruidas. Déjeme actuar a mí, yo sé tratar con esta chusma, aunque le advierto que no debe hacerse ilusiones... ¡Ah! Se me olvidaba decirle algo importante.

—Usted dirá.

—¿Recuerda que me habló del informe policial de la muerte de su madre?

—Sí —dijo Sara susurrando, aguzando todo su sentido auditivo. No pudo evitar incorporarse.

—Ayer estuve hablando con un viejo amigo que está destinado en Oviedo. La comandancia de Oviedo fue quien llevó la investigación.

—¿Y? —preguntó Sara con urgencia. «¿Por qué dará siempre este hombre tantos rodeos?», pensó irritada.

—Recordaba perfectamente la investigación. Él fue uno de los suboficiales que trabajaron a pie de campo. Estuvo esa noche en la isla. Lo recuerda perfectamente. Ahora ya no está en Oviedo, pero le pedí el favor de hacer un par de llamadas y solicitar el expediente de la investigación. Ya le digo que no es tarea fácil y, como es lógico, está terminantemente prohibido que esa información trascienda exteriormente...

El corazón de Sara latía desbocado. Estuvo a punto de abrir la boca cuando Carballeira se la tapó.

—Pues ha desaparecido.

—¿Qué? ¿Qué ha desaparecido?

—El informe, naturalmente.

Una sensación de malestar se dibujó en la boca del estómago de Sara.

—Me esperaba algo así —replicó con una amarga sonrisa.

Carballeira no dijo nada. La línea se mantuvo en silencio durante unos segundos.

—¿Es normal que desaparezcan los informes, Carballeira? —preguntó Sara con una nota de reproche.

Carballeira tardó unos segundos en responder.

—No es normal.

—Yo creo que alguien de dentro está involucrado. ¿No le parecen demasiadas coincidencias?

Carballeira inspiró largamente antes de contestar.

—Por experiencia ya le digo Sara que no hay que dejarse llevar por las emociones.

—¿Fue por eso por lo que tuvo que dejar el cuerpo? —preguntó Sara, incisiva. Se arrepintió de inmediato.

Carballeira tardó en contestar.

—De ahí lo de la experiencia —contestó Carballeira lacónicamente. Sara intentó averiguar a través de su tono de voz si le había molestado esa impertinencia.

—Lo siento. Sé que a veces debería morderme la lengua antes de hablar. Soy una bocazas.

Carballeira sonrió; no parecía molesto.

—Es comprensible, Sara. Para un profesional es poco decoroso dejarse llevar por las emociones, pero no para usted, que está involucrada a nivel personal y por tanto no demasiado objetiva.

—No me llame de usted, soy todavía muy joven.

Carballeira sonrió.

—De acuerdo.

Sara se dejó caer en el duro asiento de madera. Dejó pasar unos segundos.

—Carballeira, y usted, ¿por qué hace esto?

Carballeira chasqueó la lengua antes de contestar.

—Ya sabe por qué: la policía siempre tiene que tratar de coger al malo.

—Usted ya no es policía —añadió Sara con una media sonrisa.

Carballeira rió grave, por lo bajo. Un acceso de tos interrumpió la risa.

—Si quiere que le diga la verdad, me aburro mucho en casa. No soy un jubilado al uso —confesó Carballeira con una nota de ironía en su voz.

Rüdiger casi derriba a Cristina en el momento en que atravesó la puerta de su casa. Estaba realmente contento de ver a su dueña, a tenor por cómo meneaba el rabo y mostraba su afecto dándole enormes lengüetazos en las manos y la cara. Sara también obsequió con un abrazo al magnífico animal, y no pudo evitar que le lamiera la cara y se la embadurnara de saliva.

—Le gustas. Y no es poco decir: me fío mucho de su actitud ante las personas.

—Gracias entonces, Rüdiger, por tu voto de confianza.

El teléfono sonó en el preciso instante en el que Cristina y Sara avanzaban por el salón en dirección a la cocina. Era un cliente especialmente puntilloso

que necesitaba unas imágenes retocadas para esa misma tarde. Sara oyó cómo Cristina intentaba negociar el tiempo de entrega, que se le antojaba muy corto. Finalmente el cliente accedió a que Cristina le enviara las imágenes vía ftp al día siguiente a mediodía como muy tarde.

—Me parece que deberías dejar que Carballeira fuera solo a esa reunión —dijo Cristina, evocando la conversación que Sara había mantenido con el ex teniente en el ferry y que posteriormente Sara pormenorizó con Cristina de camino a casa de ésta.

—Está todo controlado. Carballeira me lo ha asegurado —argumentó Sara, sin creer ni la mitad de lo que decía.

—Sara, ese tío ha matado a otro hombre. Es un asesino.

—No va a pasar nada. Además Carballeira va a ir armado.

—Ahora sí que me has convencido —dijo Cristina. Acto seguido, se giró y fue hasta la cocina, dándole la espalda a Sara, que siguió su trayectoria con la mirada.

Cristina abrió el frigorífico y cogió una botella de agua de dos litros, la abrió y bebió un largo trago. Cerró el frigorífico y volvió sobre sus pasos. Se detuvo frente a Sara y le ofreció la botella de agua. Sara la cogió y se sintió como una adolescente tratando de convencer a su madre para que la dejara volver un poco más tarde de la hora.

—No me gustan las armas. No me gustan los asesinos que quedan con actrices para ofrecer información a cambio de dinero. Me gustan las actrices enteras y con todo en su sitio...

De repente, Sara cogió a Cristina y la abrazó sin previo aviso. Sara tragó saliva cuando constató que Cristina temblaba ligeramente.

—Le diré a Carballeira que vaya sin mí —dijo Sara sin poder desembarazarse del nudo que se le había formado en la garganta. No se atrevió a mirarla a los ojos.

Después de un largo rato, se separaron.

Sara tenía los bonitos ojos azul violeta de Cristina a unos pocos centímetros de los suyos. Eran limpios y reflejaban vitalidad, energía, bondad, belleza...

—Ya... —comenzó a decir Cristina, vacilante—. Es sobre todo por la apuesta...

—¿Qué?

—Sí, ¿no sabes? Me aposté con Toni a que el año que viene conseguías tu segundo Goya y al siguiente el Oscar, con dos narices.

Sara miró a Cristina perpleja y con una creciente sensación de felicidad.

Soltó una risa comedida y volvió a concentrarse en sus ojos. Eran más bonitos que unos segundos antes.

Cristina se puso manos a la obra y dedicó el resto de la tarde a retocar en Photoshop las fotografías que debía entregar antes de las doce del mediodía del día siguiente. En ese intervalo, Sara subió al dormitorio de Cristina, decidida a llamar a su hermano Alberto, que se encontraba en Londres por viaje de negocios.

—¿Estás en Madrid? —preguntó Alberto.

—No, no. Estoy en Isla Malva —contestó Sara, tentada a mentirle en el último instante.

—Sara, deberías dejar esto en mis manos. Regreso a Barcelona dentro de dos días. Iré a Madrid y hablaremos.

En todo momento, Sara tenía en su mente la revelación hecha por Feliciano de su visita al viejo piso familiar de Madrid.

—He encontrado más cosas, Alberto.

—¿Qué cosas?

—Un libro titulado *La Dama de Sonrisa Plateada*. El libro que mamá mencionó en la carta.

—¿Dónde? ¿En la casa de la isla?

—No, en el piso de la calle O'Donnell.

Alberto permaneció en silencio durante un rato.

—¿Has estado en el viejo piso? ¿Por qué no me has dicho nada? —soltó Alberto con tono recriminatorio.

—Te lo estoy diciendo ahora. ¿Por qué te pones así?

—¿Cómo?

—Diría que te molesta.

—No me molesta, por el amor de Dios. Sólo que todo esto..., todo esto suena a historia inverosímil.

—Crees que estoy perdiendo el tiempo, ¿no es así?

—Creo que no te llevará a ninguna parte..., ees como perseguir fantasmas.

Alberto tartamudeó, casi imperceptiblemente. Quien no lo conociera lo habría pasado por alto, pero Sara sabía que su hermano tartamudeaba cuando se ponía nervioso.

—¿Por qué no me has contado que estuviste en el piso de Madrid? —escupió Sara sin poder esperar más.

—¿Qué has dicho?

—Sé que estuviste en el piso de Madrid.

Silencio.

—Vamos a ver... En realidad, fue... una tontería, bueno, no diría tampoco eso... Se me ocurrió de repente —balbuceó Alberto, intentando que no se le notase que le costaba configurar una frase coherente.

—Antes de coger tu vuelo a Londres, ¿coges el Ave y te plantas en Madrid sólo para ir al viejo piso? —dijo Sara en tono censurable.

—Pues sí. Así ocurrió.

Sara respiró hondo, ruidosamente.

—No me lo creo. ¿Por qué no me cuentas la verdad?

Alberto rió, intentando parecer relajado. Hasta por teléfono Sara percibió la tensión.

—Es la verdad. Así ocurrió.

Sara no dijo nada.

—Le estuve dando vueltas a lo de la carta... Me sonaba ese libro.

—¿Estabas buscando *La Dama de la Sonrisa Plateada*?

—No recordaba el título, pero sabía que estaba allí.

Sara negó, desconcertada, ofendida incluso.

—¿Un libro que nuestra madre mencionó en una carta que escribió el día que la asesinaron y que a todas luces debería haber estado en la Casa del León y no en el piso de O'Donnell, y me estás diciendo que sabías que estaba allí?

Sara constató que comenzaba a alzar la voz y que su corazón latía con fuerza. En lo más hondo de su interior, rezó por que su hermano tuviera una buena excusa.

—Sara. No te alteres. Tengo una explicación lógica.

—¿Pues dímelas! —replicó Sara, envarada.

Por un instante ninguno dijo palabra alguna.

—Yo puse ese libro allí.

Sara frunció el ceño. Por un instante dudó de lo que acababa de escuchar.

—¿Qué? ¿Tú tenías el libro? —Su voz sonó muy aguda, indignada.

—No, no... Yo puse ese libro allí, pero hace ya veinticuatro años de eso.

Sara no dijo nada pero creyó pronunciar algo.

—Cuando volvimos a Madrid después de la muerte de mamá, cogí varias cosas de ella y las guardé en mi maleta. Supongo que fue un acto irreflexivo. Ya no me acuerdo de los detalles, pero en mi subconsciente intuía que traje, entre otras cosas, un libro que estaba en su mesita. No recordaba el título, ni tampoco dónde lo había dejado. De repente me encontré en el Ave a Madrid.

Sara escuchó atentamente cada palabra de su hermano. Meditó durante un

largo instante.

—¿Por qué no me llamaste? Siempre lo haces.

—Tenía un par de horas apenas para ir al piso de O'Donnell, echar un vistazo e ir a Barajas. Debería haberte llamado. Lo siento.

Sara agachó la cabeza y se masajeó las sienes con la mano izquierda. Tuvo la sensación de que todo se nublaba a su alrededor. De repente se sintió profundamente angustiada.

—¿Has encontrado algo más? —dijo Alberto intentando zanjar ese tema.

Sara tardó unos cuantos segundos en contestar. Alberto esperó pacientemente.

—Fontecha y Borches... ¿Te suenan esos nombres?

—Para nada. ¿Quiénes son?

—El sargento y el alcalde que estaban en la isla cuando nuestra madre murió.

Alberto no dijo nada.

—Fontecha es un hombre de negocios; ahora vive en Gijón. Estuve hablando con él hace dos días y estoy convencida de que estuvo involucrado en la muerte de mamá... ¿De veras no te acuerdas de ellos? Estaban en el informe que papá guardaba en la caja fuerte de su despacho.

—Sara, ocurrió hace veinticuatro años. No me acuerdo de todos los detalles.

Sara hizo como que no lo escuchaba y prosiguió:

—Borches... tiene una empresa aquí, en la isla. Al parecer no estaba en la isla cuando mamá fue asesinada, pero mi intuición me dice que oculta algo. Parece tan culpable como Fontecha.

—Está bien. Hablaremos de todo esto el viernes. ¿Estarás en Madrid? —dijo Alberto como aquel que le da la razón a un loco.

—No lo sé —dijo Sara casi como un lamento. Se detuvo un rato y luego añadió—: Había un hombre.

—¿Qué?

—Esa noche. Había un hombre. Tenía un balandro blanco.

—¿De dónde has sacado esa información?

—Eso da igual, el caso es que había un hombre del que nadie sabe nada, bueno, creo que sí saben quién es, pero no están dispuestos a decirlo, ¿no lo ves? Había una conspiración para asesinar a mamá porque sabía demasiado. Alguno de esos hombres era el asesino de esos niños. Y por si fuera poco, el informe policial ha desaparecido. Es increíble pero cierto.

Alberto chasqueó la lengua al otro lado de la línea.

—¿Qué? —gritó Sara.

—¿Te estás oyendo?

—No me tomes por una paranoica. Es algo serio, te lo aseguro —soltó sin ocultar su irritación.

—Sara, iré directamente a Madrid y no quiero que me des otra vez esquinazo. Tenemos que llevar esa carta a la policía lo antes posible. Si todo lo que dices es verdad deberíamos dejar que ellos hagan su trabajo—. Sara conocía perfectamente a su hermano y sabía que le estaba dando la razón. En otras circunstancias hubiera pensado que lo hacía para apaciguarla, pero después de los últimos acontecimientos algo le decía que ése no era el motivo real. Sintió una extraña sensación de desasosiego. Pero no dijo nada; en su lugar colgó. De repente tuvo miedo. Al momento, Cristina entró en el dormitorio; llevaba puestas sus gafas rojas. Se quedó mirando a Sara y ladeó la cabeza hacia su derecha.

—¿Preocupada?

—No. Todo va bien —mintió Sara con una mueca apática.

Sara se sentó al lado de Cristina, frente al Apple Led Cinema Display de veinticuatro pulgadas. Comenzó una búsqueda para determinar si existía alguna relación entre *La Dama de Sonrisa Plateada* y algunas de las localidades aledañas a Llanes: San Vicente de la Barquera, Porrúa, Ribadesella, Pendueles, Cué e incluso Gijón y Oviedo. No encontraron ninguna relación directa ni concluyente. La reseña del libro ya no aparecía. Utilizaron Google Maps, quizá remotamente *La Dama de Sonrisa Plateada* apareciera como una calle, bar, restaurante, local comercial, una marca... Sara apuntó en su cuaderno de notas todo aquello que consideró oportuno. Después de más de una hora de intensa e infructuosa investigación, decidieron tomarse un breve descanso. Sara preparó té. Cristina abrió iTunes y puso una selección de temas de John Lennon *Woman* comenzó a sonar por los altavoces que Cristina tenía conectados al MacPro, mientras Sara aparecía con dos tazas del humeante brebaje. Se sentaron en el que se había convertido en el rincón favorito de ambas: los dos sofás blancos que había en el estudio de Cristina.

—No es una calle, no es un local, no es un lugar concreto...

—¿Qué nos quedaría? —preguntó Sara, desanimada.

Cristina agitó la cabeza, pensativa.

—Tenemos el libro. Quizá compraron el libro porque el nombre les evocaba algo concreto.

—¿Una película? ¿Un cuadro? Quizá sólo sea algo simbólico.

—Tal vez —dijo Cristina, elevando las cejas y bebiendo un largo trago de té.

—Dios..., estamos como al principio —protestó Sara. Luego cogió la carta y la leyó en voz alta:

Isla Malva, 14 de agosto de 1985

Querida Isabel:

Te escribo esta carta con la intención de que puedas perdonar mi actitud de los últimos días. Sé que he estado huraña y distante contigo, pero estoy segura de que comprenderás que todo obedece a un motivo concreto: tengo miedo, mucho miedo; por mí, por mis hijos y también, debo decirlo, por ti. No quiero que te ocurra nada, por eso no te he puesto al corriente de mi descubrimiento.

Creo que he encontrado al asesino y violador que busca la policía. Tengo pruebas irrefutables que debo entregar a la policía de Llanes hoy mismo. Agradezco tu amistad y sinceridad, y espero volver a verte pronto. Sé que es pedirte demasiado pero, si algo me pasara, recuerda La Dama de Sonrisa Plateada.

Siempre te quiere, tu amiga Elisa

Cristina repitió lentamente las últimas palabras.

—... pero, si algo me pasara, recuerda *La Dama de Sonrisa Plateada*. ¿Están dentro de *La Dama de Sonrisa Plateada* las pruebas que tu madre tenía contra el asesino? —preguntó Cristina con una mirada enigmática—. Yo diría que sí, pero ¿dónde está La Dama?

—Tenía que ser un lugar que las dos conocían bien. Un lugar en el que tu tía pudiera acceder sin problema.

—Tal vez lejos de la isla...

—Tal vez en los alrededores de Llanes... El diario de tu tía.

Sara se levantó y cogió el diario de Isabel Bellver, lo abrió y comenzó a pasar las páginas, fijándose prioritariamente en las fechas.

—Jonás me dijo que la semana que tu tía y mi madre estuvieron en su local fue la semana del 17 al 23 de julio, pero de 1995...

—Diez años antes correspondería a la semana que va del 15 al 21 de julio —dijo Cristina tras comprobarlo en iCal—. Lo cual podría indicar, que ya tenían constancia de la existencia de la Dama.

Sara se detuvo en una fecha: 3 de junio de 1985. Isabel había escrito que

tenían previsto ir a Llanes a ver la última película de Robert Redford. La película en cuestión era *Memorias de África*. Cristina sugirió volver a ver la película de nuevo, si era necesario. Ella la había visto dos o tres veces y no recordaba nada sobre ninguna *Dama de Sonrisa Plateada*. Sara la había visto más veces y tampoco recordaba nada que la relacionara con esa pista.

—¿Dice algo de lo que hicieron durante esa semana? ¿Algo significativo? —quiso saber Cristina.

Sara releyó las páginas en voz alta para que Cristina pudiera escucharlas también. Nada relevante.

—Un momento —murmuró Cristina mientras se levantaba del mullido sofá y se dirigía a la estantería donde descansaba la caja que contenía el diario, junto a las cartas de amor y otros efectos de Isabel Bellver. Cogió uno de los álbumes de fotos. Cristina aisló las fotografías en las que aparecía su tía y Elisa Leclerc en Isla Malva. Contabilizaron ocho fotografías en total: sentadas en el porche del patio trasero de esa misma casa, en el embarcadero, en el pequeño mercadillo que se ubicaba en la explanada durante el verano...

Después revisaron las que se habían tomado fuera de la isla; en total doce fotografías. Siete realizadas en Llanes: en el puerto, dos; con el Casino de fondo, una; en la playa de Toró, tres y otra más en una bonita perspectiva: Elisa en primer plano y la escollera del puerto a su espalda, todavía sin los llamativos Cubos de la Memoria.

—Aquí no hay nada —dijo Sara abatida.

Mientras Sara revisaba ese grupo de fotografías, Cristina observaba detenidamente las imágenes del álbum. Se fijó en una fotografía en la que aparecía su tía sonriente. Se veía un parque al fondo, que Cristina identificó inmediatamente como el parque de Posada Herrera, en Llanes. Parecía un día festivo. Mucha gente paseaba alrededor de Isabel. También había puestos de feriantes.

—Mira esta foto —dijo Cristina enseñándosela a Sara.

Sara no dijo nada; se limitó a rastrear con sus ojos cada centímetro de la imagen.

—¿Qué pasa?

Cristina pasó tres páginas del álbum hacia delante. En una instantánea aparecían Isabel y Elisa, sonrientes. De fondo, el puerto.

—¿Y? —preguntó Sara intrigada.

—Las fotos. Hemos seleccionado las fotos en las que aparecen las dos o sólo tu madre, pero no lo hemos hecho con las que aparece mi tía. ¿Has visto

el vestido de mi tía? Y el peinado; es el mismo.

En las dos instantáneas aparecía una esplendorosa Isabel Bellver, vistiendo un bonito vestido blanco con flores en colores pastel que le daba un aspecto vaporoso. No había lugar a dudas, las fotografías correspondían al mismo día. Probablemente a mediodía, quizá con una variación de una hora o dos entre una y la otra.

—Eran las fiestas de La Magdalena. Las dos fueron a pasar el día a Llanes.

—Dieron un paseo y vieron *Memorias de África*.

—Y probablemente en algún lugar descubrieron *La Dama de Sonrisa Plateada*.

Cristina miró a Sara sonriente y satisfecha. Sus ojos azul violeta brillaron divertidos, traviosos, tras los cristales de las gafas.

Antes de que la noche cayera sobre Isla Malva, Sara salió de casa de Cristina con la intención de ir a casa de Rosa, para preguntarle acerca de la misteriosa *Dama de Sonrisa Plateada* que tantos quebraderos de cabeza le estaba ocasionando. Mientras descendía con paso deliberadamente lento el camino que unía esa parte de la isla con la calle Alta, meditó en cómo plantear la cuestión, sobre todo a Teodoro, el marido de Rosa. Cuando alcanzó la estrecha callejuela que ascendía en una tosca pendiente y que era donde Rosa compartía —además de la vivienda— sobre todo silencios cohibidos con su marido, Sara no tenía la más mínima idea sobre cómo argumentar la inesperada visita que, a ojos de Teodoro, sería cuando menos poco oportuna.

Con un suspiro golpeó con los nudillos la desvencijada y estrecha puerta de madera y cristal esmerilado. Esperó los preceptivos segundos de cortesía sin obtener respuesta. Llamó otra vez y, tras varios segundos de espera, intentó escudriñar a través de la imagen distorsionada que ofrecía el cristal. No vio ningún movimiento en el interior. Pegó la oreja y escuchó atentamente, imaginándose que en ese momento Teodoro, con su cara de pocos amigos, abría la puerta y la cogía desprevenida. No oyó nada tampoco.

Durante unos segundos, Sara no supo qué hacer. Quería también ir a la Casa del León, pero comenzaba a oscurecer y no le apetecía entrar de noche en un lugar que tan malos recuerdos le traía. Recordó su última incursión y el encononazo con Cachero. ¿Deliberadamente estaba evitando la visita a la casa? Sabía que debía revisarla cuanto antes, pero siempre encontraba una excusa y el tiempo pasaba cada vez más deprisa...

Vio luz en una pequeña ventana situada al final del callejón. Con toda probabilidad, esa ventana correspondía a la vivienda anexa a la de Rosa. Se

acercó a la puerta que reunía características similares a la de sus vecinos. Llamó a la puerta e inmediatamente oyó ruido en el interior.

Desde la ventana en la que Sara había visto luz, un rostro arrugado se asomó y observó en silencio a la misteriosa visita. Sara movió la cabeza y esbozó una sonrisa reverente en señal de pleitesía.

—Buenas tardes. ¿Sabe si Rosa está en casa? —preguntó Sara cortésmente al mismo tiempo que adivinaba que el rostro arrugado pertenecía a una mujer de unos setenta años.

La mujer no dijo nada. En su lugar se dedicó a mirar con ojos desconfiados alrededor de Sara, como si ella fuera el señuelo de una terrible emboscada y un montón de hombres malos esperasen ocultos su señal.

—¿Quién la busca?

—Eh..., soy Sara Lecrerc. Una amiga. He venido a visitarla.

La mujer miró a Sara de arriba abajo, trazando una expresión inescrutable.

—Murió ayer tarde —soltó lacónicamente, en un tono excesivamente neutro.

—¿Qué? ¿Cómo...? —murmuró Sara. De repente sintió una terrible sensación de desánimo.

La anciana miró con mayor interés a Sara y con el mismo tono cortante añadió:

—Se la llevaron a eso de las diez de la mañana. Demasiado ha aguantado la pobre. El entierro ha sido esta mañana.

Y cerró la ventana.

Sara se quedó en silencio durante un rato. Buscó alguna compañía imaginaria con la que compartir la extraña sensación de soledad que se había apoderado de ella, pero no halló ese consuelo. Salió a la calle Alta y se dejó llevar por sus pies hasta el puerto, esperando que el espacio abierto y el gran cielo eliminaran su desamparo. Las luces del embarcadero se encendieron en ese preciso instante, titilando tímidamente.

Grisso, Rufo y el Tercer Hombre

Alberto estaba sentado en el taburete de un Starbucks del aeropuerto londinense de Heathrow. La camarera, una atractiva chica negra con trenzas rastas muy largas a lo Bo Derek, se acercó a Alberto. Pidió café expreso.

Al cabo de unos minutos la camarera trajo el café con una sonrisa.

—*Your coffee, sir.*

—*Thank you so much* —dijo Alberto sonriendo, mirando a la chica a los ojos.

—*You're welcome.*

La chica se alejó y Alberto miró su trasero embutido en una estrecha falda negra, hasta que desapareció de su vista. Luego reparó en una chica rubia y alta, vestida con traje sastre de color gris oscuro y camisa blanca abierta que dejaban entrever sus sugerentes pechos pálidos. Calzaba zapatos negros de tacón de aguja y estaba sentada también alrededor de la barra. Hablaba a través de su móvil. Negocios. Estaba buenísima y tenía un timbre de voz nasal grave condenadamente sensual. No le hubiera importado hacérselo con ella allí mismo y, ya de paso, también con la chica negra de las trenzas exóticas. Follar con dos tías a la vez era la experiencia sexual con la que más había disfrutado. En una ocasión, tuvo la oportunidad de participar en una orgía, pero en realidad no fue tan placentero como esperaba. Un tipo quería penetrarlo y por ahí sí que no pasaba. Al parecer, a alguien se le olvidó mencionarle que allí todo valía; se daba por sentado que si uno accedía a tal evento era con la condición de dejar todos los prejuicios y tabúes en la puerta.

Una llamada a su teléfono móvil abstraigo a Alberto de los incipientes pensamientos sexuales que lo acometían; en primera instancia pensó en Diana, su esposa.

Alguien llamaba desde España. No conocía el número de teléfono. Descolgó.

—¿Sí?

—¿Señor Alberto Suárez? —dijo una voz varonil, serena y segura de sí misma.

—Soy yo, ¿quién es?

—Soy el teniente Aparicio, de la Policía Judicial de Oviedo. ¿Puedo hablar con usted un momento?

—¿De qué se trata? —preguntó Alberto con cautela. Sin darse cuenta, el corazón comenzó a latirle con fuerza.

—Se trata de su hermana Sara.

—¿Le ha ocurrido algo? —insinuó Alberto con un tono de alarma en su voz.

—No, no. Simplemente le llamo para saber si podríamos quedar para hablar. Es sobre el asunto de la muerte de su madre, aunque me imagino que usted ya estará al corriente.

—Me lo temía. Le dije que lo dejara en mis manos. Yo ahora estoy en Londres, en el aeropuerto. Mi vuelo para Barcelona sale dentro de una hora.

—Bueno, el tema, a decir verdad, no es que corra mucha prisa, pero al ver a su hermana tan afectada me he visto en la obligación de llamarlo a usted.

—Muchas gracias, capitán...

—Teniente Antonio Aparicio.

—Teniente Aparicio —repitió Alberto—. Mañana estaré todo el día en las oficinas de mi empresa. Tengo un par de reuniones muy importantes por la mañana; no obstante, si quiere podríamos concretar una cita. Llámeme dentro de media hora. Hablaré con mi secretaria para ver si hay algún hueco en mi agenda para después. ¿Qué le parece?

—Estaría bien, así podríamos hablar tranquilamente. Creo que es un asunto delicado que hay que tratar con cautela. He revisado el expediente que se realizó a partir de la muerte de su madre. Las causas entonces fueron claras, ratificadas por las autoridades policiales y por el forense que realizó la autopsia.

—Mmm.

—Según su hermana, su madre no se suicidó, sino que fue víctima de un complot. He vuelto a hablar con ella por teléfono esta misma mañana y la he notado... muy excitada. He intentado quedar con ella, pero creo que se ha desentendido del asunto y, no es por nada, pero tengo la intuición de que está ocultando algo. Debo advertirle, señor Suárez, que la ocultación de pruebas en una posible investigación criminal es un grave delito penado con cárcel. Entre tres y cinco años.

—¡Joder! No ha parado desde que apareció esa carta. Ha vuelto otra vez a la isla. Créame, he tratado de convencerla para que me la diera, pero tenía un viaje muy importante que no podía posponer. Quedamos en entregarla a la policía para que la examinara un grafólogo.

—¿Qué quiere decir? —preguntó la voz con un imperceptible tono de curiosidad.

—Me refiero a la carta... No estoy seguro de que la escribiera mi madre. Yo, sinceramente, creo que no es auténtica.

—Ah, sí, la carta... Me habló de ella vagamente y lo cierto es que sonaba un poco... inverosímil.

—Exacto. Eso es lo que yo pensé entonces. Al principio creí que podría ser algún tipo de juego entre ella y esa amiga de mi madre —dijo Alberto, mientras la chica rubia se levantaba y caminaba en dirección a los aseos. Alberto no pudo evitar mirar su bonito trasero contonearse embutido dentro de aquellos pantalones estrechos mientras continuaba hablando—. He estado

echando un vistazo en internet, buscando aquellos crímenes, y la verdad... no veo la relación entre los asesinatos y mi madre. Además y por lo que he visto, la policía encontró al asesino y lo encarceló.

—Sí. Es cierto —dijo la voz, condescendiente—. Perdona que le haga una última pregunta. Su hermana no me aclaró dónde encontró esa carta, supuestamente escrita por su madre.

—De la forma más inverosímil que alguien pueda imaginar. Rosa, la señora que cuidaba de nosotros en Isla Malva, la había guardado durante todos estos años. Sin abrirla. Debo reconocer que a mí también me inquietó al principio.

—Ya entiendo. Es tremendamente desagradable escarbar en el pasado.

—Sí, lo es.

La voz suspiró a través del altavoz del móvil de Alberto.

—En fin, trataremos de solucionar este incidente lo antes posible. Poder verificar la autenticidad de la carta es imprescindible para así decidir si debemos o no abrir una investigación en toda regla. Yo soy el encargado de hacer el seguimiento y de momento mis superiores no me han pedido que les rinda cuentas..., así que lo podría retrasar quizá un día, dos como mucho, pero no más, entiéndalo. Podrían abrirme un expediente por este motivo.

—No se preocupe, teniente. Yo mismo localizaré a mi hermana. Deme un día. Yo también quiero dejar zanjado de una vez este asunto. La está trastornando y lo que es peor: está dejando de lado su carrera de actriz que tanto le ha costado conseguir.

—Es una pena, sí..., aunque, pensándolo bien, creo que lo mejor será que yo me encargue de todo. Intentaré localizarla hoy mismo.

—¿En serio?

—Sí, no hay problema. Me pondré en contacto con usted en cuanto tenga noticias.

—De acuerdo. Entonces ¿no es necesario que nos veamos mañana?

—No. Yo ahora estoy en Oviedo y me sería complicado ir mañana a Barcelona. Ya le llamaré yo. Déjelo en mis manos.

—Muchas gracias por todo, teniente.

Alberto colgó y dejó escapar una larga espiración acompañada de un ligero silbido. Se agitó y comprobó que durante la conversación con aquel policía su nivel de sudoración había aumentado, humedeciendo sus axilas. Apuró el café en dos tragos. Miró su reloj y a continuación el panel anunciador. Faltaban cerca de cuarenta minutos para la salida de su vuelo.

«Lo que daría por echar un buen polvo.»

La chica rubia con traje y zapatos de tacón regresó a su taburete. Se había pintado los labios de intenso Russian Red, color que contrastaba con su pálida piel. Se sentó en el taburete y de reojo miró a Alberto. Sonrió y obsequió a Alberto con una mirada insinuante. Conocía ese tipo de miradas en las mujeres y sabía perfectamente lo que significaban. Carraspeó y se acercó con su mejor sonrisa a la chica.

En ese mismo instante, a más de mil kilómetros de distancia, concretamente en Gijón, Fontecha colgó el teléfono de color azul característico de las cabinas de teléfonos. ¿Una carta? ¿Una carta que Elisa Leclerc escribió y que nunca pudo entregar a su destinataria? Así que era eso. Alberto había hablado de «una amiga de su madre». ¿Viviría? Entonces, ¿tendría algo que ver con esa carta la chica con la que Sara se había estado viendo en Isla Malva?

Y según su hermano, Sara Leclerc estaba en esos momentos en la isla. Eso quería decir que la carta per se no era una prueba definitiva: a tenor de los últimos acontecimientos. De lo contrario ya la habría llevado a la policía. Estaría investigando por su cuenta. Creyendo que habría algo más en la isla. Tenía que conseguir llegar hasta esa carta y destruirla cuanto antes. O mejor, tenía que solucionar inmediatamente ese gran quebradero de cabeza llamado Sara Leclerc. Antes de que la policía tuviera constancia de lo que estaba ocurriendo. Llegado ese momento, nada podría hacer.

El tren procedente de Gijón se detuvo con estrépito a las doce y cuarto del mediodía en el andén número seis de la estación de Chamartín. Durante el viaje, Jacobo llamó a Sara para decirle que la esperaría en la estación cuando llegara. Lorraine también llamó a Sara para anunciarle que tenía sobre su mesa una propuesta para trabajar en una serie de televisión. Sara había decidido que sólo trabajaría en televisión si la necesidad apretaba. Quería hacer cine sobre todas las cosas, pero tanto Sara como Lorraine sabían que en España la televisión era el medio audiovisual más rentable. Sólo unos poquísimos privilegiados podían dedicarse plenamente y con éxito al cine.

Lorraine le aseguró que sería la protagonista absoluta y que era una oportunidad única para darse más a conocer al gran público. Sobraba decir que ambas ganarían una importante suma de dinero. Sara le prometió que en cuanto tuviera un hueco en su agenda se leería la «Biblia», que en el argot televisivo es un tocho donde se encuentra el capítulo piloto, descripción de personajes, futuros capítulos y líneas argumentales, más toda aquella información relevante acerca del proyecto en cuestión.

Jacobo estaba esperando a Sara en el vestíbulo de la estación. Se besaron.

Automáticamente vino a su cabeza la teoría acerca del amor que Cristina expuso durante aquella primera cena en su casa y de la que Sara no fue completamente sincera.

—¿Qué te traes entre manos? —interrogó Jacobo a Sara inquisitivamente.

—Nada.

—¿Nada? No te he visto el pelo en casi dos semanas. Se supone que vivimos juntos, que somos pareja. No lo hemos hecho desde entonces.

—Así que es eso.

—Aunque digan que no, el sexo es lo que le da estabilidad a una pareja. Sin él, *au revoir*.

Sara se detuvo en medio de la marea humana del vestíbulo de Chamartín y fulminó a Jacobo con una mirada torva.

—Resulta que en la vida de las personas existen problemas reales que hay que solucionar. Y no me refiero a sentirme un incomprendido, a no hallar mi lugar en el mundo y chorradas por el estilo, donde follar, comer y beber es, parece ser, lo único importante para ti.

Un par de mochileros que pasaban cerca de Sara y Jacobo observaron con una sonrisa lo que presumía ser una riña de enamorados. Máxime teniendo en cuenta la actitud entre agresiva y ofendida que exhibía la chica.

—Lo siento. Soy un gilipollas sin remedio. ¿Puedo ayudar en algo? —murmuró Jacobo con ojos de cordero degollado. Parecía consternado.

Sara lo miró de hito en hito durante un largo minuto, sin cambiar el rictus de su rostro. Luego se acarició la frente, en un gesto de aparente estrés, y mostró una sonrisa forzada.

—No, no..., perdona. Últimamente estoy un poco alterada.

—De eso nada. Aquí el capullo soy yo. Dime qué quieres hacer el resto del día. Seré tu bufón y tu amigo. Y por qué no, un hombro en el que llorar.

Jacobo nunca se enfadaba. Rara vez la sermoneaba. Era como un niño buenazo y grandote que metía la pata más veces que acertaba y que siempre estaba dispuesto a pasarlo bien.

Sara sonrió y cogió las grandes manos de su novio, y Jacobo, sonriendo, se acercó con la intención de besar de nuevo a Sara en los labios. En el último instante, retiró su boca y el frustrado beso fue a parar a la mejilla encendida de Sara. Por el rabillo del ojo pudo ver el desconcierto de Jacobo.

—Anda, vámonos. Estoy cansada —susurró Sara y le acarició la cara a Jacobo.

Abandonaron el vestíbulo por la salida situada en la calle Agustín de Foxá.

Jacobo propuso ir a comer a un restaurante Vips, situado en la calle Mateo Inurria. De camino hacia allí, Jacobo le contó a Sara sus peripecias en el festival de cortos al que había sido invitado y en el que conoció a un grupo de cortometrajistas añejos que desgranaron experiencias de bar en bar. Durante el almuerzo, Jacobo se esforzó en ser todo lo galante y atento que pudo. Sara se dejó adular respondiendo con monosílabos y discretas sonrisas. Si le hubieran dado a elegir, habría preferido estar sola, pero sabía que Jacobo no la dejaría marchar en lo que quedaba de tarde. Es más, notó que Jacobo tenía prisa por volver a su piso, con el fin de disfrutar de un poco de intimidad.

Hicieron el amor durante el resto de la tarde. Jacobo se empleó a fondo en complacer a su compañera y, por primera vez en su relación, Sara fingió un orgasmo. Intentó convencerse de que todo ese desorden emocional era debido a la repentina aparición de la carta, que ya estaba haciendo mella en sus relaciones afectivas.

Cuando tuvo oportunidad, se encerró en el cuarto de baño y echó el pestillo. Se dejó caer en el suelo, desnuda, y no pudo reprimir una angustiada sensación de desolación que la asediaba y que, paradójicamente, contrastaba con un repentino y voraz apetito sexual. Un sinfín de imágenes entre las que se mezclaban hombres y mujeres desfilaron por su enardecida mente.

Mientras Sara pasaba por un estadio de desconcierto de aparente origen desconocido, Jacobo hablaba animadamente a través de la puerta del aseo acerca de sus proyectos más inmediatos. Sin poder evitarlo, una imagen sorprendente se instaló en su cabeza y el nivel de excitación creció desmesuradamente. Cerró los ojos y, a la vez que Jacobo continuaba hablando, Sara se masturbó con rapidez. En menos de dos minutos alcanzó el orgasmo que necesitaba.

Tras una larga ducha caliente, Sara comprobó que tenía dos llamadas perdidas: una de Lorraine y otra de Carballeira.

Jacobo preparó café para los dos. Sara inventó una excusa para bajar a una tienda veinticuatro horas regentada por una prominente familia asiática. Tenía que hablar con Carballeira.

Estaba lloviendo. Sin salir del portal de la finca, Sara llamó a Carballeira.

—Buenas tardes, Sara —dijo Carballeira con su peculiar voz serena.

—Hola —respondió Sara. Su voz resonó en el cavernoso vestíbulo del portal.

—Ya he localizado al pollo. Si quiere podríamos verlo mañana.

—¿Dónde sería?

—En Madrid. Me ha citado en un lugar llamado Las Barranquillas. ¿Lo conoce?

—Sí. Es un suburbio. Está al sureste de la ciudad.

—He intentado quedar en otra parte, pero se ha negado. Supongo que quiere negociar en su terreno. Sería recomendable que fuera solo.

—Iré con usted —dijo Sara con determinación.
—Es un mal bicho.
—Imagino.
—¿Puede conseguir el dinero para mañana?
—¿Dos mil?
—Sí, a las once de la mañana. No quiero que se nos haga tarde.
—Lo tendré.
—Bien. Pasaré a recogerla a las diez.
—¿Carballeira?
—¿Sí?
—¿Tiene pistola?
Carballeira sonrió.
—Todos los polis tenemos una —y colgó.

Un vecino entró en el portal en ese instante. Sacudió el paraguas y saludó a Sara con un escueto gesto con la cabeza y un mugido. Sara se asomó a la calle. La lluvia no tenía visos de aflojar. Abrió su paraguas y caminó calle abajo. Entró en la tienda veinticuatro horas y compró una barra de pan, dos botellas de zumo de naranja, una bolsa de panecillos de leche con trozos de chocolate, una bolsa de pan de molde, café instantáneo soluble, té, leche semidesnatada, miel, queso fresco y lomo ibérico. Pagó en metálico y se quedó en la puerta de entrada. El joven asiático con gafas y bigote que la había atendido le recordó extrañamente a un mexicano. Agitó la cabeza sonriente mientras invitaba a Sara a guarecerse de la lluvia en el interior del local.

—¿Quelel espelal dentlo?

—Gracias, estoy bien aquí. Me gusta la lluvia —contestó Sara con una sonrisa triste.

El joven asintió. Una chica asiática enjuta y de mirada suspicaz se acercó a su compatriota y hablaron durante un rato mientras miraban a la lluvia y a Sara de reojo de vez en cuando. Sara localizó el número de teléfono de Cristina y por un instante pensó en llamarla para contarle su cambio de decisión respecto a la cita con el asesino de Peralada, pero no se atrevió. Finalmente, se guardó el móvil en el bolsillo del pantalón y se quedó mirando la lluvia caer, intentando sin mucho éxito que la sensación de inquietud que experimentaba en ese momento desapareciera.

Se sintió como una niña pequeña y desvalida a la que sus padres han olvidado recoger a la salida del colegio.

El viaje que Fontecha tenía programado para Berlín esa semana tuvo que ser

aplazado. Envió un email a la agencia de viajes donde había contratado el vuelo para cancelarlo. Estaba solo en casa y no pudo reprimir el impulso de destrozarse de un puñetazo una caja de madera labrada, con agradables formas y vistosos colores, que había adquirido en un viaje al Perú. Le tenía mucho cariño y era un buen ejemplo de prosperidad y armonía tanto familiar como económica.

Fue hasta el cuarto de baño y buscó en el botiquín un desinfectante y unas vendas. Se lavó la herida en el aseo y se puso Betadine y vendas a continuación. Luego limpió cuidadosamente toda la sangre mezclada con el agua que había salpicado. Reflexionó amargamente con la posibilidad de que toda aquella prosperidad amenazase con venirse abajo como un castillo mojado de arena.

Sara Leclerc. Ese nombre.

Comenzaba a ser una obsesión. Hacía ya varios días que no conciliaba el sueño y, cuando lo hacía, se despertaba en medio de la noche, sudando y con el corazón palpitándole a una velocidad poco recomendable. La pasada noche se levantó en silencio y fue hasta el salón. Salió al balcón, aunque la temperatura exterior era realmente baja. En otras circunstancias mirar la noche le proporcionaba una paz momentánea y fugaz.

Se obligó a tranquilizarse. El cielo estrellado y los rumores de la calle no fueron suficientes para calmar su ansiedad. Para ello se ayudó de un whisky doble, que finalmente fueron tres. Esa noche regresó a la cama pasadas las cuatro de la madrugada.

A partir de ese momento todos los días eran cruciales, una carrera contra reloj donde la apuesta era a todo o nada.

Hacía frío en Gijón y una densa niebla blanquecina cubría la ciudad. Fontecha cruzó la calle bien pertrechado, envuelto en una gabardina negra Burberry, ideal para días como aquéllos. Paseó por varias calles con paso tranquilo pero sin detenerse y sin prestar atención a lo que le rodeaba.

Caminó por espacio de veinte minutos, hasta que llegó a un centro comercial situado a las afueras de la ciudad. Entró y miró a su alrededor. Era temprano y no había mucha gente. Supuso que habrían abierto unos minutos antes. Se acercó a una cafetería y miró de derecha a izquierda. Al final de la barra vio que al lado de una máquina tragaperras había un teléfono público. Se sentó al lado del teléfono. Un joven camarero con ojos saltones, acné y barriga prominente se acercó a Fontecha.

—Buenos días —saludó el camarero mientras pasaba una bayeta mojada de

dudoso aspecto que a Fontecha le repugnó.

—Café. Solo. ¿Funciona? —dijo Fontecha, refiriéndose al teléfono.

El camarero movió la cabeza como respuesta. Acto seguido, preparó el café ruidosamente en menos de un minuto. Al parecer nadie en este país puede hacer algo sin meter ruido, pensó Fontecha suspirando. El camarero sirvió el café y desapareció por una portezuela que había al final del mostrador.

Fontecha introdujo unas monedas de euro y marcó un número que sabía de memoria. Al cabo de un rato una voz con acento centroeuropeo contestó:

—*Hello?*

—*This is Kaplan speaking.*

—*George Kaplan?*

—*No, Mister Kaplan.*

—Esperaba su llamada —dijo la voz, arrastrando las palabras condescendentemente.

—Hay cambio de planes.

—¿Problemas?

Fontecha suspiró ruidosamente. Refrenó el impulso de golpear el teléfono.

—No podré ir a Berlín.

—¿Es algo momentáneo?

—Tal vez definitivo. ¿Habría otra opción?

—¿En Europa?

—Fuera de Europa. Demasiado arriesgado.

La voz con acento suspiró largamente.

—¿Qué tal Estados Unidos? —sugirió Fontecha.

—Bueno, sería una opción interesante. Estados Unidos es un gran país y ciudades como Boston, Filadelfia o Washington serían sin duda una excelente elección. No obstante yo me decantaría por Canadá. El mercado financiero es más estable allí y se encuentra admirablemente posicionado con respecto a otras economías de su entorno.

Fontecha meditó por un instante, mientras jugueteaba con la alianza de su dedo anular de la mano derecha. El camarero salió a la barra y saludó con un grito y una risotada a alguien que pasaba cerca. Fontecha miró de reojo al camarero y volvió a lo suyo.

—Cuénteme más cosas.

—Podría conseguir en digamos... una semana un lugar adecuado para usted y su familia. Sin dudarlo me decantaría por Montreal. Yo mismo estuve residiendo en esa maravillosa ciudad durante una temporada.

—¿Y los fondos?

La voz rió temblorosamente por lo bajo, satisfecha.

—No se preocupe. No existe ningún problema. Usted y su familia pueden disponer de ellos cómodamente. Seguirán en el mismo lugar. Totalmente a salvo.

—Quiero decir transferir todos los activos a una nueva cuenta.

—¿Y por qué habríamos de hacerlo?

Fontecha se acarició la barbilla. Estaba nervioso. Tenía que tomar una decisión muy importante. El cambio de planes era sustancial. No sabía cómo se lo tomarían Alejandra y las niñas, pero ya se las apañaría para convencerlas. Era un hombre de recursos y solía hallar la solución más apropiada en situaciones adversas.

—*Mein lieber freund*, usted nos contrató para velar por sus intereses y eso es precisamente lo que hacemos. Su dinero está totalmente seguro y ajeno a las peligrosas e incómodas fluctuaciones del mercado bursátil. Me atrevería a añadir que probablemente seamos su mejor inversión.

—Nunca lo había puesto en duda.

La voz sonrió segura de sí misma.

—Entiendo por lo que puede estar pasando. Son malos momentos para la economía de su país y, si quiere que le dé mi opinión, está haciendo lo correcto. Los sentimentalismos son para los débiles de espíritu. No hay mayor inconveniente que la pobreza.

No hacía falta que nadie tratara de convencer a Fontecha. El hombre de acento centroeuropeo también lo sabía. El único problema que a priori representaba algo serio para él era Sara Leclerc.

—¿Podría darme la cifra?

La voz carraspeó y por un instante permaneció en silencio.

—Diecisiete.

—¿Perdón?

—*Seventeen*.

Fontecha contuvo la respiración durante un rato. Se acordó del capital que puso encima de la mesa para crear Fontecha&Manjavacas hacía más de veinte años: treinta millones de pesetas.

Tragó saliva. Tenía la boca pastosa y de repente tuvo sed. Un hormiguillo recorrió su vacío estómago. Nadie le arrebataría lo que había conseguido desde entonces. Ni Sara Leclerc.

—Comience con todos los trámites. Le volveré a llamar.

—Perfecto. *Auf wiedersehen*.

Fontecha colgó. Le dejó dos euros al camarero en la barra y se marchó sin despedirse y sin tomarse el café.

A primera hora de la mañana Sara retiró dos mil euros de su cuenta corriente. Cuatro billetes de quinientos euros, que guardó con sumo cuidado en el bolsillo de sus estrechos vaqueros. Había elegido ese modelo concreto de pantalón por esa particularidad. No estaba acostumbrada a llevar tanto dinero encima y nunca no más de 100 ó 150 euros. Casi siempre pagaba con tarjeta de débito.

Carballeira la esperaba puntualmente a las diez, como habían acordado, en el portal de su piso de General Yagüe. Después de saludarla lo segundo que dijo fue:

—¿Tiene el dinero?

Sara lo miró de hito en hito.

—Era lo único que tenía que hacer esta mañana —respondió Sara con un deje de irritación.

Sin más preámbulos, Sara y Carballeira fueron directamente a la cita. Carballeira parecía sereno y seguro de sí mismo. Sara empezó a inquietarse, así que preguntó a Carballeira:

—¿Lleva su pistola?

Carballeira la miró con una sonrisa complaciente y contestó:

—Era lo único que tenía que hacer esta mañana.

Sara sonrió y Carballeira la miró con ojos tranquilizadores, sonriendo también. Volvió a insistir en realizar él mismo la gestión y dejarla a ella al margen, pero Sara no tenía la menor intención de no acudir junto a Carballeira. Grisso, que así se llamaba el asesino de Peralada, era un mal bicho, de eso no cabía la menor duda. Si había accedido a reunirse con ellos era por el dinero. Y eso era lo único que deseaba. Con esa gentuza nunca se sabía, pero era tan sencillo como que él les daba la información y ellos le entregaban el dinero. Una sencilla y rápida transacción comercial. Seguro que Grisso estaba más ansioso que ellos.

Se desplazaron en el Peugeot 307 de Jacobo. No era recomendable adentrarse en un territorio tan peligroso sin un vehículo en el que poder huir en el caso de que la situación lo requiriese. Carballeira no quiso asustar a Sara que estaba visiblemente tensa, con los ojos abiertos de par en par, moviéndolos con rapidez, alerta. No obstante, la advirtió del peligro que corrían.

—No trate de asustarme más. Ya lo estoy. Lo ha conseguido, ¿contento? — replicó Sara envarada, tras escuchar en silencio las reiteradas advertencias del ex teniente.

—De acuerdo, de acuerdo... ¡Cuidado con ese camión! —apuntó Carballeira, retrayéndose en el asiento y señalando al voluminoso vehículo que circulaba muy por encima de la velocidad permitida y había pasado al lado de ellos casi rozándolos.

En el momento en que le fue posible Sara le envió una mirada furibunda, ordenándole que permaneciera totalmente callado. Carballeira se encogió de hombros e hizo el elocuente gesto de cerrar con una imaginaria cremallera la boca.

Grisso había insistido en quedar en el interior de una enorme nave abandonada situada al oeste de la decadente barriada. Lugar ideal para una emboscada. Sin embargo, y a pesar de que Carballeira llevaba muchos años fuera de las calles y del servicio activo, todavía poseía la facultad de proceder en situaciones como aquélla. Finalmente pudo convencerlo de que la reunión se celebrara en un descampado que existía muy cerca de la nave. En el caso de que algún elemento extraño perturbara la insólita reunión, podrían verlo venir y obrar en consecuencia.

A las diez cincuenta y tres el Peugeot se detuvo en el descampado. De fondo y a unos trescientos metros hacia el norte se encontraba Las Barranquillas. Un coche de gran cilindrada de color negro circulaba despacio, lleno de hombres de tez oscura y mirada perversa. Observaron el coche de Sara y Carballeira con detenimiento, y luego desaparecieron. Una mujer extremadamente famélica de unos cuarenta años se acercó al Peugeot 307 y se detuvo a una distancia prudencial. Comenzó a increparlos. Hablaba en castellano, pero Sara no pudo entender casi nada de lo que decía. Hablaba entre dientes, con una voz desgarrada y desprovista de humanidad. La mujer les arrojó varias piedras, pero ninguna alcanzó al vehículo. Al cabo de un rato se cansó, dio media vuelta y se marchó mascullando. Sara sintió lástima por ella: era como si su alma la hubiera abandonado y al hacerlo hubiera dejado unos pocos pellejos pegados a sus huesos.

Después de esperar más de media hora viendo deambular todo tipo de desechos humanos, una figura grande apareció recortada bajo el umbral de un enorme hueco perpetrado en los muros de la fábrica abandonada, entre los grafitis que habían devorado cualquier espacio disponible de pared.

La figura miró el coche durante unos instantes. Sara reparó en él.

Carballeira lo hizo mucho antes, pero no dijo nada.

Al cabo de unos instantes, apareció otra figura: un hombre más bajo y menos corpulento que el primero. Instintivamente, Sara agarró con fuerza el brazo de Carballeira, que en todo momento se mostraba seguro de sí mismo, pero cauto al mismo tiempo.

—Shh, no pasa nada, tranquila. No durará más de dos minutos, ya lo verá — murmuró Carballeira con un tono que más bien parecía un arrullo. Sara no dijo nada; hizo fuerza con todo su cuerpo hasta que sintió sus músculos agarrotados.

El hombre más alto caminó hacia el coche, seguido de cerca del más bajo y delgado. Sara pudo distinguir perfectamente sus rasgos físicos. El primer hombre era muy alto; más de metro noventa. Tenía el cabello largo y muy rizado. Era corpulento y musculoso. Sus facciones recordaban a las del Hombre de CroMagnon. Su mirada era penetrante y no parpadeaba. Su forma de mirar asustó más a Sara que su físico. Era Grisso. El segundo hombre no era físicamente tan imponente. Sara notó de inmediato su mirada perversa. Vestía una roñosa cazadora bomber de un color verdoso, o lo que quedaba de él.

Carballeira había ordenado a Sara que colocara el coche en dirección opuesta al barrio y la nave. El hombre más alto se acercó al coche. Su mera presencia hizo que el corazón de Sara se desbocara y amenazase con salir disparado por la boca. Se acercó a la ventanilla. Sin hacer ningún gesto, Carballeira bajó el cristal.

El gigante miró a Carballeira y luego a Sara. El más bajo miró a Sara sin apartar sus repugnantes ojos de ella. Sara no quiso imaginar qué le podría rondar a semejante sujeto por la cabeza. Sin darse cuenta, había apretado el volante con tanta fuerza que los nudillos de sus cetrinas manos se volvieron blancos de la presión.

—Abre la puerta —dijo el gigante a Carballeira con una voz cavernosa, tan poderosa como su físico. Señaló la puerta trasera.

Carballeira vaciló un instante.

—No nos llevará mucho tiempo...

—¡Abre la puta puerta! —dijo el gigante gritando. Sara se sobresaltó.

Carballeira se giró y miró a Sara. Notó tras las gafas una mirada confusa. Quizá no había pensado en esa posibilidad. Le hizo un gesto a Sara para que desbloqueara las puertas traseras. Sara lo hizo y Grisso se acercó a la puerta. Abrió y se metió dentro con rapidez. El coche se balanceó hacia la derecha

cuando se sentó. El canijo giró por delante del coche, miró a Sara sonriendo y golpeó el capó con la palma de su mano derecha a la vez que aullaba. Sara dio un respingo. Tuvo una creciente sensación de pánico.

Mientras el segundo hombre entraba en el coche por la otra puerta trasera, Grisso sacó una navaja y con gran rapidez se la puso a Carballeira en el cuello. Un enorme y poderoso brazo hirsuto rodeó el cuello del ex teniente.

—Así que no te gusta la nave de los cojones... —vociferó violentamente Grisso.

Carballeira trató de desembarazarse del brazo de Grisso que comenzaba a ahogarlo. Emitió un ronco gemido y comenzó a ponerse azul. Sara ahogó un grito y pensó en sacar el dinero y dárselo a aquellos hombres. Inmediatamente después, pensó que no era buena idea.

El canijo estiró su mano nervuda y encallecida y cogió a Sara de la cara con violencia. Sara gritó. Pareció excitado por la sensación de poder.

—¡Qué buena está esta zorra!

Los dos hombres soltaron una carcajada que casi deja sorda a Sara. Extrañamente todo parecía distorsionarse a su alrededor. Se sintió desfallecer, como si toda su energía vital estuviera abandonando su cuerpo sin poder hacer nada para evitarlo.

—Hemos traído el dinero... —balbuceó Carballeira con dificultad, mientras Grisso apretaba con fuerza su cuello—. Sólo queremos la información...

Al oír eso Grisso abrió los ojos como platos.

—¿Dónde está? ¿Quién lo tiene? —berreó mientras agitaba a Carballeira con violencia.

—Por favor, suéltalo. Soy yo quien busca la información. Él sólo ha venido... a acompañarme... —dijo Sara, sorprendiéndose a sí misma por su repentino valor.

Carballeira la miró con los ojos inyectados en sangre.

El canijo estiró aún más el escuálido brazo y agarró un pecho de Sara bruscamente.

—¡Joder! ¡Qué tetas tiene la puta!

Sara se zafó de la mugrienta mano propinándole un codazo. Se agitó frenéticamente y gritó:

—¡Tengo más dinero! ¡Si me ayudáis, puedo daros más dinero!

El canijo aulló como una hiena. Grisso miró fijamente a Sara.

—¡Cállate! —bramó Grisso.

El canijo se calló de inmediato.

Sara supo entonces que lo único que le interesaba a Grisso era el dinero, mientras que a su acompañante ese tema le traía sin cuidado.

Grisso aflojó el brazo que apresaba a Carballeira. Empezó a toser. El insano color azul morado del rostro de Carballeira comenzó a desaparecer gradualmente. El viejo inspector miró a Sara y asintió levemente.

—Ahora que lo dices, el precio ha cambiado. Si quieres la información, tendrás que pagar el doble —dijo Grisso farfullando.

Sara no se había percatado hasta ese momento de que a Grisso le faltaban la mayor parte de los dientes superiores, lo que le confería un aspecto entre terrorífico y grotesco. Evitó mirar su boca y lo hizo directamente a sus ojos.

—Aquí tengo dos mil. Si me dices lo que necesito saber, te daré otros dos mil mañana.

—¡Tiene huevos la puta! —bramó el canijo.

Grisso le asestó a su acompañante un puñetazo en el pecho con su manaza izquierda.

—¡Cállate, coño! —gritó Grisso.

El canijo se quejó tosiendo y farfullando.

—Primero la leña —dijo Grisso, estirando la mano izquierda hacia Sara.

Miró la enorme mano. Estaba sucia y tenía varios cortes y rasguños. Sara miró a Carballeira de soslayo, se reclinó hacia la izquierda y sacó los cuatro billetes que tanto había temido perder. Se los entregó a Grisso que los agarró de un zarpazo. Miró el dinero con ojos embelesados. Por un instante nadie dijo nada, parecía que comprobara la autenticidad de los billetes, pero Sara pensó que en realidad estaba disfrutando del tacto de los codiciados billetes de color morado. Se los guardó en el bolsillo de su mugriento pantalón. Al moverse Grisso, le llegó a Sara un insoportable tufo, mitad orines, mitad sudor.

Aun así, notó que el corazón bajaba sus pulsaciones. Carballeira la miró de nuevo. Se humedeció los labios con la lengua.

—Ahora... dínos lo que necesitamos saber... y tendrás más dinero —murmuró Carballeira, tratando de retomar la iniciativa.

Grisso miró entonces a Sara que lo miraba a los ojos. Estaba aterrorizada, pero trató de no perder la compostura. Inexplicablemente, pensó que no era buena idea parecer débil a los ojos de gente como Grisso.

El gigante sin dientes miró a su compañero y luego a Sara.

—Me pagaron y lo maté. Era un mierda —dijo Grisso vanagloriándose.

Sara y Carballeira intercambiaron una fugaz mirada.

—¿Quién te pagó? —preguntó Sara, volviéndose a sorprender por su inusitado arrojito.

—Más despacio, guarra —dijo Grisso—. ¿Cuándo me pagarás el resto?

—Somos un buen negocio. Podrás ganar más dinero si nos cuentas la verdad —dijo Carballeira. Sus palabras sonaron serenas, convincentes.

Carballeira miró de nuevo a Sara. Sabían que dinero era la palabra mágica que Grisso necesitaba escuchar. El canijo miró a Grisso y luego a Sara, desconfiado. Sara mantuvo su mirada mostrándose ligeramente impaciente.

—Al poco tiempo de que ese marica entrara en el talego, vino un mamón a verme.

Nadie dijo nada. Grisso descubrió que todo el mundo le prestaba toda su atención. Se hizo el importante.

—No sabía quién coño era. No lo había visto en mi puta vida. Era otro mierda. Me dijo que me pagaría quinientas mil pesetas si mataba al maricón aquel.

—¿Recuerda su nombre? —preguntó Sara con cautela.

Grisso hizo una mueca y se hizo el desentendido. Se rascó la cabeza y sonrió maliciosamente. Volvió a hacerse de rogar.

—Pepe.

Su acompañante y el propio Grisso soltaron una carcajada acompañada de una lluvia de repugnante saliva. Eran un par de imbéciles, pensó Sara.

—No me dijo su nombre —dijo gangoseando.

Sara y Carballeira volvieron a intercambiar otra mirada.

—Pero un idiota del talego lo conocía. Le decían Rufo de Barcelona.

Sara miró impertérrita a Grisso. No quiso transmitir de ninguna manera entusiasmo a ojos de ese indeseable.

—¿Cómo era? —preguntó Carballeira.

Grisso meneó la cabeza. Tal vez era mucho pedirle a ese cabeza de chorlito, pensó Sara.

—Otro mierda —dijo escuetamente.

El canijo se rió pero no Grisso, así que se calló de inmediato.

—Chepao, pequeñajo y con andares de marica.

—¿Moreno, rubio, calvo, con gafas? —preguntó Carballeira.

Grisso se removió inquieto en el asiento trasero. Parecía estar al límite de su capacidad intelectual.

—¡Yo qué hostias sé! Moreno, creo... Rufo de Barcelona, le decían. Buscadlo vosotros, joder.

Carballeira le hizo a Sara un gesto de espera, imperceptible, con la mano. Suspiró.

—De acuerdo. Gracias por la información —dijo Carballeira.

—De gracias, nada. Quiero el resto —bramó Grisso, echando el cuerpo hacia delante y enseñando la navaja.

—Mañana. Aquí. A la misma hora —murmuró Sara mirando la oxidada hoja e imaginándose que, como poco, contraería la enfermedad más mortífera del mundo si aquella navaja rasgase su piel.

Antes de bajarse del coche, Grisso les amenazó al menos diez veces con perseguirlos y matarlos a ellos y a toda su familia si no cumplían su palabra; y luego, cuando descendieron del vehículo, otras tantas más.

Sara salió de allí mientras Grisso y su repugnante acompañante los miraban, hacían comentarios groseros y se carcajeaban. El Peugeot se alejó con rapidez y los dos hombres se convirtieron en dos pequeñas figuras reflejadas en el espejo retrovisor. Sara suspiró de alivio. De repente se sintió entusiasmada, embriagada por la subida de adrenalina. Carballeira miró a Sara oblicuamente, se rió y luego negó. Chasqueó la lengua.

—¿Piensa pagarle?

Sara miró por el espejo retrovisor. Las figuras habían desaparecido por completo. Luego miró a Carballeira y por primera vez desde que llegaron a ese hediondo lugar, sonrió triunfal.

—Ni hablar, ¡que se jodan! —farfulló Sara, imitando la forma de hablar de Grisso. Carballeira rió. Sara rió. Los dos rieron hasta que se les saltaron las lágrimas.

Esa misma tarde, Sara y Carballeira cogieron el Ave que los llevaría a Barcelona. A las pocas horas estaban paseando por las Ramblas. Carballeira había hecho una llamada a un colega suyo antes de salir y había conseguido la descripción de Rufo de Barcelona; un delincuente de poca monta bien conocido por la policía y Mossos d'Esquadra de la ciudad.

Habían quedado con su amigo en un restaurante situado en pleno Passeig de Gràcia. Se llamaba Francesc Colomer y coincidieron cuando ambos estaban destinados en el destacamento de Oviedo. Tal vez porque tenía la imagen estereotipada de un duro capitán de la Guardia Civil en su cabeza, Sara se sorprendió gratamente al conocer a Colomer. Era un hombre afable, hablador y muy cordial. Colomer se confesó cinéfilo acérrimo. Hablaron de *Cuidado con lo que deseas* —que por cierto le había encantado—, del cine en general y del cine español en particular.

Ni que decir tiene que les ofreció su casa para pasar la noche. Estaba doblemente entusiasmado; primero por la visita de su gran amigo Carballeira y segundo y como él mismo había afirmado:

—Por tener a semejante bellezón en mi casa que además es la ganadora de un Goya, que no es moco de pavo.

Sara sonrió agradecida. Colomer le caía estupendamente y alabó el gran nivel de complicidad y amistad que había entre ellos. Era una amistad profunda y sincera, pero no por ello dejó de sentirse extraña. Los dos se encargaron de que aquello no ocurriera, haciéndola partícipe en todas y cada una de las conversaciones.

Durante la sobremesa, Sara descubrió parte de la vida de Carballeira que desconocía. En apenas quince minutos, Colomer le contó la suya. Había que reconocer que era un gran narrador. Sintetizaba perfectamente las historias y estiraba el suspense hasta en lo más trivial. Por un instante, Sara olvidó el motivo que les había llevado a Barcelona. Carballeira hizo un inciso, intentando con ello evitar que el soliloquio de Colomer se prolongara hasta el infinito.

—Entonces, ¿conoces al pájaro?

—No personalmente. He hablado con un amigo que trabaja en los Mossos y me ha puesto al día. No es nadie importante: tráfico de drogas a pequeña escala, robo, menudeo... No es violento. He traído una foto suya que me han pasado por correo electrónico.

Colomer extrajo del interior de su chaqueta un folio doblado. Lo desplegó y apareció la típica doble foto de perfil y de frente de Rufó de Barcelona, que en realidad se llamaba Aniceto Gómez. Era un hombre poco agraciado y de aspecto desaliñado. En la fotografía en blanco y negro lucía un corte de pelo que con toda seguridad se había autoinfligido. Tenía los ojos oscuros, lánguidos y saltones. Dos oscuras y grandes bolsas se dibujaban bajo los mismos. Medía aproximadamente metro sesenta y, a juzgar por la fotografía, tenía al menos veinte o veinticinco kilos de sobrepeso.

—¿Sabe dónde vive? —preguntó Sara.

—Según los datos que tengo, en el Raval. Aquí tengo la dirección.

Colomer les enseñó otro papel donde estaba anotada la dirección junto a los últimos delitos cometidos por Rufó de Barcelona. Dieron por concluido el largo almuerzo. Colomer se puso a la entera disposición de Sara y Carballeira en lo que restaba de día. Colomer había ascendido a capitán y, según él, no tenía intención de subir más en el escalafón militar. Ese día se lo había pedido

libre con el fin de ejercer de provisional cicerone.

Mientras caminaban por la calle en busca de la boca de metro más próxima, Sara recapacitó. Colomer no le había preguntado por qué estaba tan interesada en conocer a un delincuente como Rufo de Barcelona. Carballeira tampoco había comentado nada al respecto. Supuso que esperaban que ella lo hiciera, si resultaba conveniente, en el momento adecuado. Se sintió en la necesidad de sincerarse con Colomer.

—No te preocupes por los detalles. Ya me los contarás más tarde. En casita, calentitos y con una humeante taza de chocolate caliente y *carquinyols* —dijo Colomer, con una sonrisa sincera. Sara asintió, observando sus límpidos y azulísimos ojos, rodeados por una cara agradable, cabello lacio y entrecano, y acompañados de un cuerpo nervudo, alto y pálido.

Al salir de la boca de metro de Jaume I, el cielo vespertino los recibió plomizo y oscuro. En el horizonte, los edificios se recortaban con las últimas luces anaranjadas del día. Ya no había sombras y los paseantes se amalgamaban con el paisaje urbano.

Atravesaron el Barrio Gótico en un paseo agradable hasta que llegaron a la plaça de Santa Maria. Recorrieron callejuelas estrechas y empinadas que se torcían y desdibujaban abruptamente. El color gris predominaba, tanto en las fachadas como en la gente que se cruzaban. Rostros descoloridos, hastiados y taciturnos pasaban de largo. Músicos callejeros y pedigüeños. Una pareja de indigentes que discutían acaloradamente, desprendiendo a cada movimiento un olor agrio y nauseabundo. Hombres y mujeres de mirada vacua, hacinados en diminutos reductos miserables. Prostitutas con una edad media de sesenta años ofreciendo sus servicios. Una de ellas insinuó que podía hacerles a los tres un precio especial. Cuando sonrió, enseñó lo que le quedaba de dentadura: tres o cuatro dientes, torcidos y podridos.

Al llegar al final de un estrecho y poco concurrido callejón, Colomer se detuvo en la esquina y se fijó en una portezuela desvencijada.

—Allí es —dijo Colomer, señalándola con un gesto.

Algunas cabezas se asomaron por las estrechas ventanas, mirando a las tres extrañas figuras.

Se acercaron a la puerta. Estaba abierta. Había un estrecho pasillo que terminaba en lo que parecía un patio de luces. De repente una figura apareció por la hendidura que comunicaba con el patio. Era un hombre joven que se acercó a Sara, Carballeira y Colomer.

Tenía la mirada líquida y era extremadamente delgado. Estiró la mano y

pidió una ayuda para comer en una mezcla de catalán y castellano. Sara pudo ver la venosa mano llena de pinchazos. Se estremeció. Sin detenerse, el hombre pasó de largo y desapareció.

El patio de luces era cuadrado, de unos cinco por cinco metros. Para acceder a los pisos superiores había que utilizar una malograda escalera que estaba pegada a la pared, frente a ellos. Colomer señaló el segundo piso. Subieron.

Mientras ascendían por la escalera oyeron gritos. Era el ruido de fondo habitual. Un niño de apenas diez años se asomó por una puerta y se les quedó mirando sin decir nada. Llevaba un mugriento chándal de color blanco. Sacó un paquete de tabaco y un encendedor. Encendió un cigarrillo y se puso a fumar, mirándolos hoscamente.

Llegaron al segundo piso. Había una barandilla de hierro oxidado que separaba el estrecho pasillo del vacío. Frente a la barandilla había dos puertas. Sin nombre, ni ninguna otra posibilidad de descubrir quién malvivía allí.

—Creo que es ésta —conjeturó Colomer.

Colomer tocó con los nudillos varias veces.

—¿Rufo? ¿Estás en casa? Tenemos un negocio que ofrecerte —dijo.

Nadie contestó.

El niño fumador subió las escaleras y se quedó al final del último tramo.

—Yo cobro más barato. ¿A quién hay que matar? —dijo con una sonrisa torcida.

—Lárgate de aquí ahora mismo —dijo Colomer, con un gesto con la mano.

El crío no se movió ni un milímetro; en su lugar le dio una honda calada al cigarrillo y expulsó el humo haciendo anillos con una mirada desafiante.

—No me das miedo, vejstorio —dijo con descaro.

Colomer se acercó a él con rapidez y entonces el crío se precipitó corriendo escaleras abajo. Se detuvo en cuanto Colomer lo hizo.

—Cabrón, cabrón, maricón, maricón...

Colomer suspiró y se encogió de hombros. Carballeira respiró hondo. Golpeó con el puño en la puerta varias veces.

—Rufo. Sal, tenemos que hablar contigo. No somos policías, pero si no sales te mandaremos a un par de ellos que te arreglarán el cuerpo.

Colomer miró por entre la rendija de una descascarillada ventana esperando ver algún movimiento en el interior.

—Creo que no hay nadie —dictaminó Colomer.

Sara suspiró.

—Entonces, ¿qué hacemos?

Colomer no dijo nada; parecía pensativo. Bajó hasta el primer piso. No había nadie.

—¡Eh, tú, *Tony Montana*! —gritó Colomer.

El niño asomó la cabeza. Estaba abajo, en el patio. Dio una honda calada y tiró lo que quedaba de cigarrillo lejos. Miró desafiante a Colomer.

Colomer sacó un billete de cinco euros y se lo enseñó.

—Si lo quieres, sube aquí.

—Cincuenta.

Se guardó el billete en el bolsillo y le dio la espalda al niño.

—Cuarenta.

Después subió los peldaños que había bajado. El niño se acercó a la escalera.

—Treinta. Es mi última oferta —dijo el niño; acto seguido, eructó ruidosamente.

Colomer se volvió hacia el niño y le volvió a enseñar el billete de cinco euros.

—¿Dónde está Rufo?

El niño se acercó más, estirando la mano.

—Primero, *afluixa la bossa*.

Le estiró el billete, como si tuviera la intención de dárselo. El niño subió los escalones de dos en dos y cuando estaba a punto de coger el billete Colomer lo retiró.

—¡Hijoputa! —escupió el niño con auténtico odio.

—¿Dónde está Rufo? —volvió a preguntar Colomer con serenidad.

—¡Yo qué coño sé! Le estarán dando por culo —gritó el niño mientras realizaba el archiconocido movimiento pélvico de la sodomía.

Colomer se guardó otra vez el billete e intercambió miradas con sus acompañantes.

—Vámonos. Alguien se ha quedado sin cinco euros.

Sara y Carballeira descendieron los peldaños. El niño cruzó a grandes zancadas el espacio hasta su casa y se metió dentro con rapidez.

Sara, Carballeira y Colomer descendieron hasta el patio de luces y cruzaron el oscuro y estrecho pasillo. Oyeron a su espalda rápidas y atropelladas pisadas. El niño se acercó al pasillo.

—¡Eh!

Todos se dieron la vuelta y lo miraron.

—Trabaja en un puticlub —soltó el niño.

—¿Dónde? —preguntó Colomer.

—En la calle Valencia. La pasta —dijo el niño estirando la mano.

Colomer sacó el billete y lo agitó con una sonrisa.

El niño masculló algo que Sara agradeció no oírsele decir. Caminó despreocupadamente pegado a la pared hacia el grupo, silbando una canción hortera de moda. A una distancia prudencial, estiró el brazo y cogió el billete, pero Colomer, que era perro viejo, lo cogió de la muñeca con un hábil movimiento.

—¡Suéltame, cabrón! ¡Hijoputa! —bramó el niño, agitándose con gran violencia.

—Shh. Toma el billete. Mañana volveré y, como me entere de que no estás en la escuela, yo mismo te meteré en un reformatorio.

Colomer soltó al niño, que corrió con el billete y una sonrisa triunfal. Se volvió e hizo un gesto obsceno, agarrándose los testículos.

—¡Hijoputa! ¡Hijoputa! ¡Te voy a matar! ¡Cabrón de mierda! ¡Hijoputa!

Acto seguido, escupió.

Colomer se giró y meneó la cabeza. Salieron a la calle donde la dura y triste realidad los abofeteó de nuevo.

El Pájaro Pinto era el nombre del club de alterne donde supuestamente trabajaba Aniceto Gómez, más conocido como Rufo de Barcelona. Casualmente se cruzaron con un delincuente que Colomer conocía y que era confidente habitual de la policía. Al parecer el niño había dicho la verdad y Rufo trabajaba en El Pájaro Pinto haciendo un poco de todo, especialmente lavando las sábanas usadas después de un servicio. Sara no pudo reprimir una mueca de desagrado al oír esa parte.

Había oscurecido y El Pájaro Pinto había encendido sus luces de neón. A pesar de que no era precisamente una noche primaveral, la puerta principal estaba abierta e invitaba a la posible clientela a disfrutar de un buen rato en buena compañía.

Había un hombre en la entrada sentado en un taburete: alto, cincuentón y barrigudo, con cabello y rostro grasientos. Fumaba un enorme puro y se deleitaba expulsando densas nubes de humo. Vestía una camisa roja, semiabierto, mostrando un enorme pecho cubierto de ensortijado vello entrecano. Un gigantesco colgante de oro que representaba la cara de un cristo durmiente pendía de su grueso cuello.

La voz de Raffaella Carrà brotaba con estridencia del interior, al igual que una fuerte luz rojiza. Sara, Carballeira y Colomer se acercaron a la puerta decididos a entrar. El portero los saludó, mirando especialmente a Sara aunque sin sorprenderse demasiado. No había ningún cliente. El local era estrecho y angosto. Había una barra a la derecha. Una mujer con enormes pechos y unos cincuenta años estaba al otro lado de la barra, sentada en un taburete. Sus carnes sobresalían generosamente fuera del asiento. Hablaba por el móvil y fumaba al mismo tiempo. Alrededor de la barra y cerca de la entrada había dos mujeres que rondaban los cuarenta y tantos. Una de ellas era rubia teñida y llevaba mucho maquillaje. Llevaba un vestido blanco muy ceñido. Ostentaba unos pechos sugerentes y una figura que comenzaba su decadencia física. La otra chica era morena, latinoamericana, entrada en carnes. Hablaban por encima de la música y las dos fumaban.

Un poco más alejado, y cerca de una puerta negra y estrecha situada al final del local, había un transexual que le pareció especialmente llamativo a Sara. Era negro y alto. Estaba de pie, apoyado en la barra, manipulando un móvil. Miró de soslayo y con indiferencia a los recién llegados y luego continuó a lo suyo. Llevaba un vestido rojo muy ceñido. Tenía un cuerpo espectacular. Muchas mujeres matarían por tener un cuerpo como aquél, pensó Sara.

Hay que venir al sur de Raffaella Carrà sonaba con un volumen exagerado, como si el excesivo volumen pudiera llenar la inexistente clientela.

Colomer se acercó a la mujer del interior de la barra. Las dos chicas miraron a Colomer e inmediatamente supieron que era policía. La mujer continuó hablando por su móvil, obviándolos. Carballeira se acercó por la izquierda y se apoyó en la barra, entre Colomer y el transexual. Sara acompañó a Carballeira y se colocó entre él y el transexual.

Se miraron y el transexual sonrió a Sara.

—Hola —dijo, esforzándose en conseguir una voz sensual y femenina.

—Hola —contestó Sara.

Sin disimular apenas, lo miró de arriba abajo. Era alto y muy guapo, casi añorado. Fibroso pero no musculoso. Lucía unas larguísimas piernas perfectamente depiladas. Tenía las manos y los pies medianos. A primera vista, lo único que delataba su auténtica condición sexual era la nuez de Adán, que era especialmente prominente.

La mujer de detrás de la barra finalmente colgó y prestó atención a los recién llegados. Sin moverse del taburete se dirigió a Colomer. Los miró con desprecio.

—¿Van a tomar algo? —preguntó de mala gana.

—Estamos buscando a Rufo —dijo Colomer secamente, mientras sacaba una placa de policía y se la enseñaba a la mujer.

La mujer miró la placa y encendió un cigarrillo. La canción de Raffaella Carrà se extinguió de repente. Hubo un par de segundos de silencio.

—Ya no trabaja aquí —dijo la mujer expulsando el humo del cigarrillo.

Otra nueva canción sonó con vehemencia. Uno de los altavoces estaba situado sobre la cabeza de Colomer.

—¿De veras? ¿Desde cuándo? —preguntó Carballeira.

El hombre que estaba en la puerta se asomó y miró a los recién llegados con una mirada torva.

—Hace un mes, o dos. No me acuerdo —dijo la mujer, sin mirar a ninguno de ellos.

Las chicas dejaron de hablar y prestaron toda su atención a la conversación. Colomer sonrió.

—¿No sabrás dónde podemos encontrarlo?

—No. Ni idea —dijo la mujer, intentando zanjar la cuestión.

De repente se abrió la repintada puerta estrecha de color negro que había al final del local y apareció un hombre de unos cincuenta y tantos años. Era bajo y poco agraciado. Lucía la cabeza afeitada y un pendiente de brillante en el lóbulo derecho. Llevaba un montón de raídas toallas blancas sobre el hombro derecho. Levantó la cara y miró con ojos exangües a todos los allí congregados. La imagen de la ficha policial que Colomer les había enseñado a Sara y Carballeira distaba al menos quince años de la que ofrecía aquel sujeto triston, desaseado y con un incipiente sobrepeso. Era Rufo de Barcelona.

Rufo se percató de inmediato —aunque no fuera necesario que nadie se lo anunciara— de que la inesperada visita se debía a su persona. Miró a Carballeira y luego a Colomer con sus ojos lánguidos y soltó las toallas, desapareciendo por la misma puerta por la que hacía unos segundos había aparecido.

Carballeira y Colomer se abalanzaron hacia la puerta. Sara ahogó un grito, pero no la mujer de detrás de la barra.

—¡Eh! Pero ¿qué se han creído? —berreó.

El portero entró y miró a Sara con ojos amenazantes, todavía con el puro humeando en su boca. Sara miró con rapidez al transexual que tenía a su izquierda; la sonrió. Sin saber cómo, entró corriendo por la misma puerta por la que habían desaparecido Carballeira y Colomer tras Rufo. A su espalda oyó

de nuevo los berreos de la mujer de la barra, mezclándose con *En el amor todo es empezar*. El portero vociferó algo y el puro se le cayó al suelo. Varias chispas saltaron. Sara miró por el rabillo del ojo y vio que se acercaba a ella cojeando. Parecía una enorme bola de nieve sudorosa que se aproximaba para engullirla.

Con un gemido, Sara corrió por un pasillo estrecho y oscuro. Había una puerta abierta a la derecha, una ventana rectangular y muy pequeña que estaba situada en la pared de enfrente: demasiado alta para ser de alguna utilidad. A la izquierda había una escalera. Sara oyó un estrépito y se asomó por el hueco que había en medio. Vio de refilón a Carballeira desaparecer y luego oyó el estruendo de una puerta chocar contra la pared. Sara se giró y vio al hombre entrar cojeando.

—¡Pero qué cojones creéis que estáis haciendo! —vociferó el portero con el rostro congestionado.

Sara subió las escaleras a grandes zancadas hasta que alcanzó el primer piso. El descansillo era muy pequeño. Miró de derecha a izquierda y vio a su derecha tres puertas de color rojo, muy pegadas entre sí. Una de las puertas oscilaba. Sara se acercó y se asomó, y vio que la ventana estaba entornada. La habitación era extremadamente pequeña. Había un catre, una silla que hacía las veces de mesita, con una lamparita de plástico barato encima, y pegado a la silla una suerte de bidé en posición inverosímil.

Oyó a Colomer gritar y Sara se asomó a la ventana.

Vio a Carballeira que caminaba por un tejado inclinado; gimió al estar a punto de caer. Sara no pudo evitar advertirle del peligro.

—¡Cuidado!

Carballeira hizo un gesto imperceptible a Sara; luego se deslizó con más o menos eficacia y alcanzó un estrecho patio interior, lleno de macetas y tendederos.

Mientras Sara observaba entre fascinada y asustada las peripecias de Carballeira, no se dio cuenta de que alguien situado detrás de ella la agarraba por el pelo y estiraba con saña. Sara gritó y trató de zafarse. Era el portero que la había cogido con fuerza. Apestaba a sudor y el aliento le olía a comida podrida.

—Ven aquí, puta...

Sara gritó de nuevo, se revolvió y le propinó un rodillazo en los genitales. El hombre la soltó aullando.

Se quedó por un instante paralizada. De repente, del patio interior vino un

ruido, como de algo metálico que golpea el suelo, y luego un grito.

No se lo pensó dos veces. Saltó por la ventana, pero al poner los pies sobre las tejas resbaló y cayó de culo. Gritó. Una pequeña chimenea construida toscamente evitó que se precipitara al vacío. Se levantó y caminó por el mismo lugar que lo había hecho Carballeira hacía apenas unos minutos. Se agachó y descendió, aprovechando que había un tabique que separaba ese patio del contiguo. Oyó voces, pero no entendió nada.

Con una mezcla de excitación y miedo, caminó por el patio que estaba completamente a oscuras. No había nadie. Un vecino al que le faltaban todos los dientes y lucía tatuajes carcelarios, se asomó con el pecho desnudo e insultó groseramente a la oscuridad.

Sara se pegó a la pared y entonces oyó una voz familiar hablando en susurros.

—Cállate, o te muelo a palos...

Sara se acercó, pero seguía sin ver nada. Se dio cuenta de que la voz venía de un recodo que estaba situado a la derecha del final del patio.

Allí estaban Carballeira y Colomer, de cuclillas. En el suelo e inmovilizado por ellos estaba Rufo. Carballeira respiraba todavía entrecortadamente. Sara se acercó.

—¿Está muerto? —preguntó Sara sobreexcitada. Se arrepintió enseguida de su ingenuidad.

—No, pero lo estará como no hable —sentenció Colomer.

—¡Me estás chafando! —protestó Rufo con voz gangosa.

—Déjalo que se levante —dijo Carballeira, mientras se secaba el sudor de la frente con la manga de la chaqueta.

Colomer asintió y dejó que Rufo se incorporara. Los miró aterrorizado.

—Le dije que se lo pagaría todo, que se lo pagaría todo... —balbuceó Rufo, casi lloriqueando.

—¿Qué? —exclamó Colomer.

—Necesito una semana más. Le dije que una semana más... La Paca me debe aún los atrasos del mes pasado... Con eso pensaba pagar, lo juro...

Colomer y Carballeira se miraron en silencio.

—No hemos venido a cobrar nada. Somos policías, ¿entiendes? —dijo Carballeira.

Rufo los miró sin creer sus palabras y luego hizo una mueca: parecía que le tuviera menos miedo a la policía que a quien le debía dinero.

—Estoy limpio. Tengo un trabajo. Ya no estoy en la calle. Lo juro, que me

muera aquí mismo —farfulló Rufo con vehemencia, haciendo al final la señal de la cruz.

—Vale, vale. Estamos aquí por otro asunto.

Rufo miró a Colomer y luego a Carballeira, sin entender. Miró a Sara fugazmente.

—¿Te acuerdas de un tal Grisso? —preguntó Carballeira.

—¿Quién?

—No te hagas el tonto. Grisso. Sabemos que lo conoces.

Rufo negó con la cabeza.

—No sé quién es Grisso.

Colomer le lanzó una mirada de irritación.

—Nanclares de la Oca. Año 1985. Tú le pagaste para que matara a alguien —dijo Carballeira.

—No, no, no... Yo nunca he matado a nadie —balbuceó asustado, negando.

—Tú pagaste a Grisso. Alguien te ordenó que le pagaras.

Su reacción corporal lo delató. Sara se dio cuenta de inmediato, a pesar de que había poca luz y casi no veía su rostro. Carballeira y Colomer también lo apreciaron al instante.

—¿Quién te mandó que le pagaras a Grisso? —gritó de repente Colomer, empujándole. Rufo se estremeció.

—¡Vamos, habla! O te juro que te meteremos en la cárcel hasta que te pudras —bramó Carballeira con dureza.

Rufo agachó la cabeza, evitando las miradas de Carballeira y Colomer. Parecía realmente asustado.

—Dime quién te pagó y nos iremos. Lo buscamos a él, no a ti, pero, si no hablas, tú pagarás por él.

Rufo permanecía con la cabeza gacha. Se frotaba las manos nervioso y respiraba entrecortadamente.

—Vamos, vamos —le apremió Carballeira.

Por un momento todos permanecieron en silencio.

—Me pagaron bien, cien mil pesetas de entonces. Tenía que ir a la cárcel y entregarle un paquete a ese hombre. Un funcionario cobraba veinte mil pesetas por hacer la vista gorda. También me dieron dinero para él.

—¿Quién te contrató? —preguntó Colomer más sereno.

Rufo se atrevió a levantar la cara y mirar a Colomer, aunque no directamente a los ojos.

—No lo sé. Un hombre joven con bigote y gafas me dio el paquete.

—¿Dónde?

—Al lado de la estación de Francia, en la calle de la Ribera. Me dijeron que esperara a una hora y yo esperé. El hombre vino. Preguntó quién era, yo le respondí y él me entregó el paquete. No dijo nada más..., pero yo no sabía que iban a matar a nadie, lo juro...

—¿Cómo era ese hombre? —lo interrumpió Carballeira.

—Mmm..., alto, joven, moreno..., con bigote, creo, gafas de concha... negras. Elegante.

—¿Cómo contactaron contigo?

Rufo movió la cabeza pensativo.

—Alguien me preguntó si quería llevar un paquete a esa cárcel.

—¿Quién?

—Una tal Concha.

—¿Concha qué más?

—No lo sé.

—¿Dónde la podemos localizar? —preguntó Colomer.

—Está muerta. Murió de sobredosis hace más de diez años.

Colomer hizo un gesto de aquiescencia y al cabo de unos segundos dijo:

—Volvamos al hombre que te entregó el paquete.

—Ya no lo he vuelto a ver —se apresuró a añadir Rufo.

—¿Notaste alguna particularidad? ¿Algún rasgo físico que llamase la atención? ¿Algún gesto, algún tic?

—Ya se lo he dicho. No recuerdo más cosas de él.

—¿Tenía algún acento? —inquirió Carballeira.

Rufo negó lentamente a la vez que miraba con ojos temerosos a Colomer y Carballeira. Luego hizo un gesto de impotencia y chasqueó la lengua.

—Fue hace mucho tiempo —murmuró apesadumbrado.

—Pues será mejor que te refresques la memoria, si no quieres que te empapele —dijo Colomer sin mostrar ningún tipo de misericordia, mirando hoscamente a Rufo.

Rufo desvió la mirada y se quedó un rato en silencio; parecía pensativo.

Colomer y Carballeira no apartaron sus ojos de él y todo parecía indicar que no saldría de allí en buenas condiciones si no aportaba algo más a su singular confesión.

Después de un largo silencio, Rufo cabeceó un par de veces, como si hubiera recordado algo significativo.

—Recuerdo...

—¿Qué?

—Sí —afirmó con entusiasmo. Miró a Carballeira y luego a Colomer—. Ahora me acuerdo. Tenía un lunar.

—¿Un lunar? —replicó Sara que había permanecido todo ese tiempo al margen.

Rufo le dedicó una mirada, como si hubiera descubierto a la chica en ese preciso instante.

—Sí, un lunar. Debajo de uno de sus ojos... No era pequeño y se apreciaba a primera vista... aunque no recuerdo si estaba debajo del ojo derecho o del izquierdo —añadió finalmente con un gesto lastimero.

Carballeira y Colomer se miraron en silencio. Rufo los miró, deseando que todo aquello terminara cuanto antes. Tomó el silencio como el fin del interrogatorio.

—¿Puedo irme ya?

Colomer miró a Rufo y luego a Carballeira, que asintió.

—Vete —murmuró Colomer.

Sin más, Rufo de Barcelona se levantó y desapareció arrastrando su desgarrado cuerpo hacia las oscuras sombras, en la dirección contraria que los había llevado hasta allí. Sara intuyó que había una salida en esa misma dirección. Carballeira y Colomer llegaron a la misma conclusión.

Augusto Fontecha le había expuesto la nueva situación a su esposa Alejandra. La nueva coyuntura económica les obligaba a situar su nueva vida lejos de Europa. Canadá era el lugar elegido para comenzar de nuevo. Alejandra lloró desconsoladamente durante toda la noche. Berlín estaba relativamente cerca de Gijón y podría venir más o menos cuando le apeteciera, pero Montreal era harina de otro costal.

Como era evidente, no quería abandonar su casa, ni su ciudad, pero, por otro lado, tampoco quería perder todas las comodidades que el dinero podía comprar. Fontecha intentó alentarla aduciendo que vendrían a menudo a Gijón a ver a su familia y nadie estaba sugiriendo que se fueran a quedar toda la vida en Montreal.

Le resultó duro tener que tomar esa decisión pero tenía que hacerlo. Tenía que mantener su posición y la de su familia. Tenía que tomar cartas en el asunto y solucionar los problemas de la forma más eficaz.

Salió a comer algo al restaurante que solía frecuentar con la playa de San Lorenzo como paisaje de fondo, pero antes se desvió unas calles y se acercó a una cabina telefónica que todavía sobrevivía en una esquina. Miró de un lado

a otro de la calle, asegurándose de que nadie le había seguido. Después marcó un número de teléfono de la ciudad de Barcelona. Tenía que hablar con él y contarle todo lo que estaba sucediendo.

Sara, Carballeira y Colomer llegaron al piso de este último pasada la medianoche. El piso de Colomer estaba situado en la barcelonesa Rambla de Catalunya, en un edificio característico de la arquitectura barcelonesa de finales del siglo XIX.

Pegada a las paredes de ese piso estaba su vida junto a Mariana, su difunta esposa. El mieloma múltiple le arrancó la vida cuando sólo contaba cuarenta y ocho años. Francesc Colomer había nacido en Alicante y estuvo tentado de volver a su lugar de origen después de la muerte de Mariana, pero descubrió que en su ciudad natal ya no le quedaba nadie. La ciudad, aunque acogedora, era tan extraña para él como él para la ciudad. Además estaba Jordi, el hijo que ambos habían tenido. Jordi vivía en Barcelona y trabajaba como médico en el Hospital Vall d'Hebron. Era oncólogo. Se había casado hacía escasamente un año con una chica encantadora llamada Rebeca, que trabajaba en un laboratorio farmacológico en Sant Cugat del Vallès. Estaban esperando su primer hijo. Otro motivo más.

El piso era amplio y antiguo, de techos altos. Todavía conservaba el suelo original, de baldosas en forma de mosaico. Un largo corredor en forma de L distribuía las estancias de la vivienda. Todos estaban muy cansados y coincidieron en irse a dormir y extraer conclusiones a la mañana siguiente. Nadie protestó.

Colomer les ofreció una habitación a cada uno. La de Sara era cuadrada y estaba dotada de una alta ventana con postigos que daba a la Rambla. El olor a suavizante de las sábanas, blanquísimas, le llegó a Sara al atravesar el umbral de la puerta. Cerró los ojos y la imagen de su madre y ella, en su habitación del piso del barrio de Salamanca, se coló furtivamente en su cabeza como una película superocho, granulada y desteñida.

Sara supuso que aquella habitación había sido donde Jordi había pasado sus años de niñez y adolescencia. Francesc había dejado la habitación de su hijo tal y como éste la dejó al marchar de casa. La cama estaba en el centro de la habitación, pegada a la pared. Un mueble de madera de cerezo con muchos cajones y estanterías la rodeaba. Libros. Muchos de ellos de Isaac Asimov, sobre todo de la saga de *La Fundación*. La colección completa en tapa de dura de *Tintín*, *Astérix* y *Blake y Mortimer*. Stukas, Spitfires, Mustangs y Messerschmitts de plomo, sujetos por un delgado alambre y pintados con

inusitada dedicación. En las paredes, un póster del Barça, con la alineación campeona de la liga 94/95. Un par de mapas del sistema solar clavados con chinchetas de colores a las paredes y el póster original de la película *Star Wars*. Para su buen amigo Carballeira, Colomer había habilitado su estudio como improvisado dormitorio.

Francesc insistió en que ingirieran algún alimento antes de irse a dormir, pero Sara estaba destrozada y lo único que necesitaba era un sueño reparador.

Agradeció la gentileza de Colomer, pero declinó la oferta y se fue directamente a la cama. Las imágenes de Rufo, Fontecha, el niño fumador, el misterioso hombre del balandro, Borches, Grisso, el misterioso hombre de bigote, gafas de concha y lunar bajo un ojo..., todos ellos desfilaron por su inquieta cabeza. Una pesada sensación de sopor la obligó a cerrar los párpados. El profundo silencio de la habitación y el olor a sábanas limpias fueron un eficaz bálsamo para su intranquilidad.

Unos nudillos golpearon la puerta del dormitorio suavemente. Sara abrió los ojos pesadamente y miró a su alrededor. En un primer momento se sintió desubicada.

—¿Sara? —dijo la voz de Colomer a través de la puerta.

—Me he quedado dormida —se apresuró a contestar, mientras tenía plena conciencia de dónde estaba. Se incorporó de golpe.

—No te preocupes. Si quieres tomar una ducha, hay un aseo al final del pasillo.

—Gracias, Franceeeesc —susurró Sara sin que pudiera evitar mezclar en la última sílaba el sonido de la boca abierta al desperezarse.

La ducha reconfortó a Sara plenamente. Se sentía descansada y con un apetito voraz. Había un espejo rectangular en una esquina que abarcaba toda su anatomía. Sin duda había adelgazado al menos dos o tres kilos en las últimas semanas. Se miró de perfil: lo que más destacaba eran sin duda sus pechos. Estuvo examinando su figura mojada durante unos minutos.

De repente se sintió muy cachonda. Cerró los ojos y comenzó a acariciarse los pezones, que se endurecieron con rapidez. Abrió la boca, buscando unos labios imaginarios, y la imagen de un chico de unos quince o dieciséis años, delgado, con el cabello lacio y sin rostro tomó forma en su mente.

A veces aparecía y siempre asociado a momentos como aquél.

Sara tendría unos catorce años y el chico era amigo de un amigo común de Sara. Era verano y hacía mucho calor. Estaban en una ruidosa discoteca abarrotada de gente. Le gustó el chico y bajaron los dos, junto a otra pareja, a

un oscuro reservado situado en el piso inferior de la discoteca. El reservado estaba lleno y el calor era sofocante; no obstante, nadie parecía dispuesto a abandonar el lugar. El chico era resuelto y en pocos segundos encontró un estrecho lugar donde disfrutar de un poco de intimidad. Era muy divertido y ocurrente. La besó como nunca nadie lo había hecho antes, ni después. Sus labios se movían con habilidad innata y su lengua penetró y se movió por su boca con una maestría inigualable. El chico pegó su cuerpo con suavidad pero con firmeza al de Sara y la abrazó. Una agradable sensación recorrió todo su cuerpo, hasta el punto de que alcanzó un repentino orgasmo que la sorprendió. Nunca había llegado al clímax con tan sólo un beso y unas cuantas caricias por encima de la ropa. Ya no lo volvió a ver nunca más. Pero jamás había sido desterrado de su pensamiento.

Nunca se preguntó qué habría sido de él, si estaría casado, tendría hijos y todo lo demás, aunque muchas veces se preguntaba cómo hubiera sido haber hecho el amor con él.

Carballeira y Colomer estaban en la cocina. Ya habían desayunado y estaban conversando amigablemente. La cocina era amplia y estaba bien iluminada. Una ventana ancha daba a un patio interior. Olía a café recién hecho y Colomer había bajado a la panadería del barrio a comprar un surtido de bollería que Sara devoró antes con ávidos ojos.

—No sabía qué te gustaba, así que he comprado un poco de todo. ¿Café? — dijo Colomer mientras cogía una taza de un armario.

—Qué bien huele, Francesc. Eres un tesoro.

Sara se sentó al lado de Carballeira que la miró con una sonrisa.

—Bah, el mérito lo tiene el panadero de la esquina.

—Panadera. Tiene unas manos... —apostilló Colomer con una amplia sonrisa.

Sara devoró literalmente varios bollitos cubiertos de azúcar y una ensaimada que estaba deliciosa. Lo acompañó con una taza de café con leche y zumo de naranja recién exprimido. A posteriori, Sara se quejó de que no debería haber desayunado tanto.

Se pasó varias veces la mano por el abdomen para comprobar si lo que había ingerido le había hecho engordar al menos un kilo. Hizo especial hincapié en un diminuto michelín que parecía querer establecerse de por vida en su otrora abdomen plano. Por enésima vez, se prometió a sí misma retomar su olvidado hábito de practicar jogging al menos tres veces por semana.

Siempre se había considerado una mujer de formas rotundas. Especialmente

las caderas, que a sus ojos eran desmesuradas. Había luchado contra ello desde que tenía conciencia. Conseguía perder peso en poco tiempo en zonas como el abdomen, la cara, los brazos y las piernas, pero apenas reducía su volumen en pechos y caderas. No obstante, esa opinión no era compartida por la gran mayoría de los hombres a los que había conocido. Todos coincidían en que era una mujer especialmente atractiva, y muchos de ellos, en que poseía un sexappeal fuera de lo común.

—Si quieres que sea completamente sincero contigo, Sara, son las mejores caderas que he visto en mi vida.

—Eso y todo lo que la rodea —sentenció Carballeira.

El timbre del teléfono rompió ese distendido momento. Colomer se incorporó de la silla y se acercó hasta el supletorio que estaba fijado a la pared, al lado del frigorífico. Cogió el auricular inalámbrico. Descolgó y preguntó en catalán. Asintió un par de veces y entonces miró a sus invitados con una sonrisa cortés.

—Es una llamada privada. Voy al salón —dijo casi en un susurro.

Sara y Carballeira asintieron. Colomer abandonó la cocina llevándose consigo el teléfono.

Al cabo de unos minutos, Sara, Carballeira y Colomer se sentaron en dos confortables sofás ubicados en el salón. Un enorme ventanal bañaba de luz almibarada la estancia. Colomer sujetaba un pequeño cuaderno donde había apuntado todos los datos referentes al caso. Tanto a Colomer como a Carballeira se les veía muy entregados y se estaban tomando, a juicio de Sara, demasiadas molestias en ayudarla. Incluso el propio Carballeira había estado en serio peligro cuando Grisso le puso aquella navaja oxidada en el cuello.

—¿Crees que Rufo nos contó la verdad? —preguntó Sara.

—Creo que sí. Es un pobre diablo. Probablemente hubiera mentido de haber ocurrido recientemente. A veces pensamos que lo que pasó hace mucho tiempo está borrado y sus huellas se han extinguido: nada más lejos de la realidad.

—Estoy de acuerdo. Lo mismo le ocurrió a Grisso. Si hubiera asesinado a Peralada hace poco no hubiera dicho nada. Tal vez por miedo a las represalias. De alguna manera, el tiempo ha exonerado ese temor —dictaminó Carballeira. Sara estaba de acuerdo, pero tenía un montón de preguntas en su cabeza.

—¿Y ese hombre, el de las gafas de concha y el lunar? No parece encajar en el mundo de Rufo.

Colomer y Carballeira prestaron mucha atención a la pregunta de Sara.

Asintieron. Colomer respiró hondo antes de hablar.

—Es cierto —murmuró meditabundo—. Concha, una toxicómana, le pasa el aviso a Rufo, un delincuente de poca monta. Éste debe de hacer de intermediario entre el que pagó por matar a Peralada y Grisso.

—Y no olvides la conexión entre *Los crímenes del 85* e Isla Malva. Entonces no la hubo, porque nadie la estableció.

—Mi madre tenía esa llave, por eso la mataron —dictaminó Sara con gesto grave.

Colomer asintió.

—Sería fundamental establecerla. Aunque siendo realista, y no quiero desalentarte —miró a Sara con desánimo—, han pasado demasiados años; el hombre de las gafas de concha quizá lleve hoy lentes de contacto, haya engordado y se haya afeitado el bigote. Incluso hasta eliminado el lunar. El autor o autores han podido y con toda seguridad habrán hecho desaparecer las pruebas que pudieran incriminarlos. En el hipotético caso de que hubieran dejado alguna, el tiempo se habría encargado de borrarlas.

Sara sintió que era el momento de compartir con ellos el motivo que la había llevado hasta ese punto.

—Creo que es hora de que la veáis.

Sara extrajo el ajado y amarillento sobre del bolsillo interior de su chaqueta de cuero negro y lo depositó encima del cristal de la mesa de centro, que estaba entre el sofá que ocupaban ella y Carballeira y el sillón orejero que ocupaba Colomer. La observaron atentamente.

Los dos se habían quedado en silencio. Si bien Carballeira conocía la existencia de la carta, en realidad no sabía cuál era su contenido.

Sara cogió el sobre y sacó la carta. A renglón seguido, la leyó en voz alta por enésima vez. Carballeira miró a Sara, asintiendo. Parecía intentar rescatar del aire las palabras que acababa de pronunciar.

—¿Puedo ver la carta? —dijo Colomer al finalizar Sara la lectura.

—Claro.

Carballeira se acercó a Colomer y la volvieron a leer detenidamente, en silencio.

—Si esta carta es auténtica, es más de lo que hubiera supuesto —dijo Colomer.

—Es auténtica —dijo Sara sin ningún resquicio de duda—. A mi madre la mataron e hicieron creer a todo el mundo que se había suicidado... —De repente se detuvo y recapacitó sobre lo que había afirmado—. No obstante y a

tenor de las molestias que os estáis tomando, debo sincerarme con vosotros y admitir que mi madre sufría de graves problemas psiquiátricos... En una ocasión intentó suicidarse, pero en el último momento mi padre consiguió persuadirla. Por ese motivo se cerró tan pronto la investigación policial. Todo estaba tan claro...

Colomer y Carballeira observaban a Sara en silencio, circunspectos.

—Pero eso fue lo que todos creímos entonces a pie juntillas —añadió Sara volviendo a su inicial tono vehemente. Señaló la carta—. Esto lo cambia todo. No sé si la carta valdría como prueba en un tribunal para reabrir el caso, pero de lo que sí estoy segura es de que mi madre descubrió a ese asesino, y lo más importante: tenía las pruebas.

La habitación se quedó por un momento envuelta en un denso silencio. Colomer asintió, mostrando su conformidad.

—¿Has pensado en la posibilidad de que quien asesinara a tu madre también se deshiciera de las pruebas? —conjeturó Colomer.

—Es posible —dijo Sara, agitando la cabeza, no queriendo pensar en esa probabilidad—. Aunque también es posible que todavía estén esperando a ser rescatadas. Creo que mi madre las escondió en un lugar del que sólo ella tenía constancia. Ella y su amiga Isabel Bellver.

—Isabel... —comenzó a decir Colomer pensativo.

—Murió. Poco después de la muerte de mi madre —dijo Sara, anticipándose a la pregunta de Colomer.

Entonces les contó todos los detalles de la historia que a su vez le había llevado a conocer a Cristina: el hallazgo del libro en la vieja casa familiar de Madrid; la amistad y complicidad entre su madre y la tía de Cristina, Isabel Bellver; el diario de esta última... y ahora ese hombre del lunar bajo el ojo. Sara intuyó que estaba muy cerca, pero cuando se acercaba demasiado todo comenzaba a desaparecer, al igual que un espejismo en la carretera.

También les contó las conversaciones, y sobre todo las sospechas que tenía de Borches y Fontecha.

—¿Sabes algo más de ese tal Fontecha? —preguntó Carballeira.

—Estuve buscando en internet y no encontré gran cosa: es un empresario de éxito, discreto: no suele aparecer demasiado en los medios de comunicación.

—¿Y dices que ese Fontecha y Borches estaban en la isla la noche de la muerte de tu madre? —preguntó Colomer.

—Fontecha era el sargento de guardia. Borches llegó con la Guardia Civil; al parecer estuvo fuera de la isla hasta ese momento.

—Podría investigar algo sobre ellos —sugirió Colomer.

—Además había un hombre sin rostro —soltó Sara antes de que pudieran asimilar el aluvión de información.

Carballeira y Colomer intercambiaron una mirada.

—No entiendo.

—La noche en que mi madre mu... fue asesinada, un hombre misterioso llegó a la isla en un balandro. Poco después, desapareció; al parecer nadie sabe quién era. Según Fontecha se marchó antes de que ocurriera todo. Desgraciadamente no existen pruebas de lo contrario. —Recordó la confusa conversación con Jesusa.

—Se podría echar un vistazo al informe que redactó la Guardia Civil entonces —sugirió Colomer.

Carballeira esbozó una sonrisa amarga.

—Resulta que ha desaparecido.

—¿Qué?

Carballeira buscó a Sara con la mirada: se topó con sus oscuros y grandes ojos.

—¿Recuerdas a Manuel Céspedes?

Colomer asintió.

—Él fue uno de los suboficiales que tomaron parte en esa investigación. Lo llamé para que intentara echarme un cable con el informe. Me devolvió la llamada y cuál fue mi sorpresa cuando me dijo que nadie sabía dónde estaba ese informe. Sencillamente se ha volatilizado, ¿te lo puedes creer?

A renglón seguido, Carballeira suspiró y se levantó del sofá, se acercó a la ventana y recorriendo uno de los visillos, mientras contemplaba la calle con ojos entrecerrados, dijo:

—Creo que aquí hay algo gordo. No es por quitarte méritos, Sara, pero eso mismo fue lo que yo pensé entonces. La única diferencia es que no teníamos toda esta información. Al menos, yo no la tenía.

Carballeira giró la cabeza hacia la izquierda y miró a Sara y a Colomer. Su mirada era una mezcla de indignación y excitación.

Colomer debía volver al trabajo, así que todos se prepararon para marcharse. Sara había olvidado su teléfono móvil en Madrid y necesitaba hacer un par de llamadas. Gustosamente, Colomer le sugirió que utilizara cualquier teléfono de la casa. Se inclinó por el supletorio situado en la cocina. Marcó el número de móvil de Jacobo. Estaba fuera, en nosequé lugar. Como siempre, pensó Sara.

—¿Qué haces en Barcelona? —gritó Jacobo, mientras se oía una música

distorsionada y machacona de fondo.

—Una reunión con un director. Ya te contaré —mintió Sara.

—Te dejaste el móvil en casa —gritó de nuevo Jacobo, adelantándose a la pregunta de Sara.

—Lo sé. ¿Sabes si me ha llamado alguien?

Jacobo le recitó las últimas llamadas por orden cronológico. Jacobo tenía memoria de elefante, así que podía confiar que había sucedido en ese orden y no en otro diferente.

—Por la mañana te llamó Lorraine. Estaba histérica. Será mejor que la llames. A eso de las cuatro te llamó Cristina y me dijo que la llamaras. También llamó ese abogado, el que lleva los asuntos de tu familia.

—¿Urquiola? —preguntó Sara extrañada. Se le había olvidado por completo que la Casa del León estaba en pleno proceso de ser vendida.

—Sí. —Un agudo ruido metálico cortó la comunicación momentáneamente, después se restableció y Sara oyó a Jacobo saludar efusivamente a alguien. Se pasaba la vida saludando a todo el mundo.

—¡Eh! ¿Sara?

—Estoy aquí —dijo Sara pacientemente.

—Pues eso. Urquiola quería hablar contigo sobre la casa de la isla. Dice que tenía que venir a Madrid, que había hablado con tu hermano y estaba de viaje. Algo de una firma, no sé...

—Vale, ¿algo más?

—Que te echo muuuuuuucho de menos.

—Seguro —dijo Sara irónicamente.

Sara hizo una mueca. No pudo sonreír y por un momento se sintió la persona más miserable del mundo. Para ahuyentar los malos espíritus le dijo a Jacobo que esa misma tarde cogería el Ave para Madrid. Se despidió de Jacobo y colgó. Suspiró largamente y entonces vino a su cabeza.

Cristina.

Estaba tan absorta en sus pensamientos que se había olvidado de ella por completo. Seguramente no se tomaría muy bien el devenir de los últimos acontecimientos, especialmente por estar la propia Sara involucrada físicamente en ellos, y hacerlo a través de una inofensiva línea telefónica no era lo que Cristina merecía. Se lo contaría en persona en cuanto regresara a Isla Malva.

Entonces recordó lo que Urquiola les advirtió acerca de la inminente venta de la Casa del León. Ya que estaba en Barcelona podría pasar por su bufete

antes de regresar a Madrid. Realmente no le apetecía hacerlo, pero por otro lado pensó que tal vez sería conveniente intentar posponer la entrega de llaves a los nuevos propietarios. Y además, como Urquiola afirmó, la empresa de limpieza comenzaría a trabajar en la casa la siguiente semana como muy tarde.

Debía volver a Isla Malva de nuevo a revisar exhaustivamente la casa antes de que pasara a manos de otro propietario. No tendría una nueva oportunidad si su madre había escondido las pruebas allí.

Justo enfrente de ella, en una estantería y junto a varios libros de cocina, vio el tocho del listín de Páginas Amarillas de Barcelona.

Dos minutos más tarde marcó el número del bufete de Urquiola.

Una chica respondió en catalán. Sara preguntó por Eulogio Urquiola y al cabo de unos instantes se puso al teléfono.

—Hola, Sara. ¿Qué tal todo? ¿Recibiste mi llamada? —dijo con su habitual condescendencia.

Sara le explicó el suceso con su móvil y que se encontraba en Barcelona por un asunto de trabajo. Urquiola se sintió encantado de recibirla antes de la hora de almorzar.

—No será más que unos minutos. Así dejamos esto despachado cuanto antes. Ese almirante inglés parece que ahora no tenga casa. Lo cierto es que se le ve ansioso al hombre —dijo arrastrando las palabras y emitiendo una gutural risa al final.

—De acuerdo. Voy para allá.

El Ave con destino a Madrid salía a las tres y cuarenta y dos minutos. Si se daba prisa podría llegar a tiempo para cogerlo. El despacho de Urquiola no estaba excesivamente lejos de la estación de Sants; podría coger un taxi y estar allí en menos de quince o veinte minutos.

Se despidió de Carballeira y Colomer en el portal de la casa. Agradeció todo lo que ambos estaban haciendo por ella. Colomer no quería llegar tarde, así que se alejó en dirección opuesta a Sara y Carballeira. Quedaron en llamarse pronto.

El taxi que Sara pidió llegó en menos de cinco minutos.

—¿Quieres venir conmigo? —ofreció Sara mientras subía al automóvil.

—No. Gracias. No quiero que llegues tarde a tu cita por mi culpa. —Se miró el reloj de pulsera—. Mi tren sale en menos de una hora y no quiero perderlo. Cogeré el metro y estaré allí en un santiamén.

—Muchas gracias por todo, Fernando.

—No me las des hasta que hayamos resuelto este galimatías.

Sara sonrió, enviando una mirada llena de agradecimiento a Carballeira. Cerró la puerta del taxi. Carballeira dio media vuelta y caminó en dirección contraria.

El bufete de Eulogio Urquiola estaba situado en plena avenida Diagonal, en un edificio gótico de fachada beige del siglo XIX. Urquiola era uno de los abogados de derecho civil más reputados de Barcelona. Víctor Suárez y él se conocieron en la Complutense de Madrid cuando ambos estudiaban derecho.

Durante el primer año de carrera, Víctor Suárez descubrió que no estaba hecho para ejercer como letrado. Sus ambiciones profesionales eran más de otra índole. Empresariales se ajustaba más a su personalidad ambiciosa y mercantil. Aunque el padre de Víctor, don Fortunato Suárez, ilustre abogado de la Villa de Madrid, cogiera ese día el disgusto de su vida, no pudo obviar que su hijo estaba hecho para los negocios, y como hombre inteligente que era, apoyó incondicionalmente la repentina decisión de su hijo primogénito.

El tiempo les dio la razón a ambos. Víctor Suárez se convirtió en el hombre de negocios que anhelaba ser, jalonando su carrera de destacados éxitos empresariales. Apostó por el sector turístico, que ya comenzaba a dar señales de prosperidad, y con la ayuda de su padre y la familia de éste, arrendó un pequeño hotel en Benidorm. Él mismo trabajó de botones, recepcionista, gerente y cocinero. Incluso en más de una ocasión, tuvo que ejercer de hombre de la limpieza. Siempre confió en su instinto visionario. El futuro del turismo estaba en la atención a los detalles y era la única forma de desmarcarse y prosperar.

Al cabo de cinco años Víctor Suárez era propietario de media docena de hoteles que salpicaban la Costa Blanca. Cuatro años más tarde fundó su propia cadena, con cerca de una veintena de hoteles dispersos entre España e Hispanoamérica.

Durante una cena de gala en el Hotel Ritz de Madrid, en la que se le otorgaba el premio al Empresario del Año, Víctor conoció a Elisa Lecrerc. Se enamoró de ella nada más verla. Elisa era sin lugar a dudas una de las mujeres más bellas del mundo. Era espigada, de tez morena y con grandes ojos oscuros y rasgados. Tenía los pómulos altos y la nariz mediana. Su cabello era oscuro como la noche, y su sonrisa seductora estaba perfectamente delineada por una dentadura blanca y uniforme.

Pero si sus largas piernas y sensual anatomía eran especialmente turbadoras, lo que sin duda marcaba la diferencia era su inteligencia. Víctor Suárez quedó prendado de sus conocimientos sobre arte, literatura y cine.

Además de poseer una conversación tan profunda como erudita sobre cualquier tema de relevancia. Elisa había estudiado en la prestigiosa Beaux Arts de París y quería consagrar su vida a la pintura.

Si bien Víctor Suárez no habría encajado nunca en el mundo de artistas e intelectuales de Elisa Leclerc, el atractivo físico y el encanto personal del joven empresario constituyeron una baza más que determinante. A esa noche siguió un intenso romance que arrancó a ambos de sus obligaciones profesionales durante varios meses. Víctor y Elisa desaparecieron de las vidas de sus allegados para perderse el uno con el otro mientras recorrían el mundo a la vieja usanza: en trasatlántico. Marsella, Palermo, islas griegas, Alejandría, Nueva Delhi, Bangkok, San Francisco, Acapulco, Puerto Príncipe, Río de Janeiro, Buenos Aires, Marrakech... A su llegada a España ya venían —además de con una licencia de matrimonio— con el pequeño Alberto de camino. Urquiola por su parte ejerció, desde aquel lejano día en la facultad, primero como amigo y luego como abogado familiar, acompañando a Víctor en sus innumerables negocios y avatares empresariales.

A eso de las doce y media del mediodía, Sara pulsó el botón de la puerta del bufete situado en el quinto y último piso del lujoso edificio. Una chica alta y elegante, con brillantes ojos azules y el cabello recogido escrupulosamente en un moño, abrió la puerta con una amplia sonrisa. Enseguida la reconoció.

—Buenas tardes, señorita Leclerc. El señor Urquiola la atenderá enseguida —dijo la chica con tono excesivamente condescendiente.

—Gracias —respondió escuetamente Sara.

La chica cerró la pesada puerta y caminó de vuelta a su mesa. Llevaba unos tacones altísimos que resonaron en el oscuro suelo entarimado.

El bufete había sido rediseñado por el propio Mariscal. La luz de primeras horas de la tarde entraba oblicuamente, traspasando los despachos de otros abogados y colaboradores que estaban separados entre sí por mamparas de cristal adonizado. Las paredes exhibían un conjunto de los característicos diseños del artista en tonos blanco, verde manzana, rojo bermellón, azul eléctrico y gris cemento. A primera vista, no parecía un bufete de abogados al uso, sino más bien las oficinas de una empresa de publicidad y entretenimiento.

Sara se sentó en un sofisticado sofá de un blanco impoluto. Desde su posición, pudo ver al menos a quince o dieciséis empleados trabajando activamente. Todos ellos tenían iMacs de última generación sobre sus escritorios y hablaban con discreción y sin alzar la voz a través de sus

relucientes teléfonos inalámbricos. Había más mujeres que hombres; Sara pudo ver al menos nueve o diez mujeres por cuatro o cinco hombres. Todas las chicas sin excepción tenían algo en común: su belleza. Estaba claro que a Urquiola le gustaba estar rodeado de hermosas mujeres.

Aunque Urquiola había formado parte de la vida de Sara, ya que en numerosas ocasiones había visitado la antigua residencia familiar en la calle O'Donnell, Sara nunca había estado antes en esas oficinas. Como no podía ser de otra manera, a la muerte de su padre, Urquiola fue nombrado albacea testamentario y dirimieron esas cuestiones en una reunión informal en casa de su hermano Alberto en Barcelona.

Sara adivinó que la suntuosa puerta del final del pasillo correspondía al despacho de Urquiola. En ese instante se abrió y Urquiola, vistiendo un impecable traje Paul Smith, acompañó a algún cliente importante. Hablaban de restauración.

Urquiola atravesó el pasillo con el supuesto cliente y se despidió de él con un vigoroso apretón de manos y una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué tal estás, Sara? —dijo Urquiola mientras se acercaba a ella y la besaba en las dos mejillas.

—Bien.

—De acuerdo, creo que tendremos tiempo —murmuró Urquiola a la vez que consultaba su reloj de pulsera—. Por aquí, Sara —dijo indicándole el camino hacia su despacho.

El despacho era un prodigio de lujo y buen gusto. El escritorio, una enorme mesa de madera de palisandro. Detrás, un gran ventanal dejaba entrar una gran cantidad de luz. Unas cortinas blanquecinas la filtraban, convirtiéndola en una suave irradiación. Urquiola invitó a Sara a sentarse en un sofá idéntico al del vestíbulo, excepto en que éste era negro. Urquiola tomó asiento en el sofá gemelo que estaba dispuesto frente a ella.

—¿Quieres tomar algo?

—No, gracias.

—Bueno, vamos al grano, si te parece. Todos los permisos del Concejo de Llanes, que es quien tiene la jurisdicción en Isla Malva, están concedidos. La casa, como ya sabrás, no tenía ninguna carga. —Se miró el reloj de pulsera de nuevo, más bien como un tic—. Tengo que llamar al comprador esta tarde para concretar la firma del contrato. Aquí... —estiró un brazo y cogió una carpeta de color blanco con el logo del bufete, que también había diseñado Mariscal, y la abrió— tenemos el contrato de compraventa. Lo he revisado de nuevo esta

mañana y está todo correcto. Ahora lo que...

—Ehhh... Eulogio —lo interrumpió Sara.

Urquiola miró a Sara por encima de los cristales de las gafas.

—¿Mmm?

—Quería pedirte un favor.

Urquiola cerró la carpeta y miró a Sara, prestándole toda su atención.

—Tú dirás. —Sonrió, mientras empujaba con el dedo índice las gafas hacia arriba por el puente. Otro tic.

—Es sobre la casa de la isla. ¿Es posible retrasar la firma del contrato?

La mano de Urquiola se quedó flotando en el aire. Sara tuvo la percepción de que había dejado de respirar.

—¿Hay algún problema?

—Ninguno. Es sólo que me gustaría echar un último vistazo. Había más cosas de mi madre en la casa que se me olvidaron y quería recuperarlas. No sería más de un día o dos.

Urquiola esbozó una sonrisa indulgente.

—No será por lo de la carta...

Sara se quedó helada.

—¿Cómo lo sabes? —soltó de sopetón.

—Tu hermano me lo dijo —dijo Urquiola con total naturalidad.

—Pe... —intentó decir Sara, que se sentía traicionada.

—No pasa nada. Te entiendo. Encontrar algo así, de repente y después de tantos años, te rompe todos los esquemas —añadió Urquiola continuando con su tono indulgente.

Una lacerante sensación de irrealidad se apoderó de ella. Su cerebro envió la orden a sus manos de ir en busca de la carta, para comprobar que continuaba en el mismo lugar: en el bolsillo interior de su chaqueta. Finalmente, reprimió el impulso.

—De todas formas sería conveniente conocer la veracidad de la carta. Lo mejor sería llevarla a la policía. Según me ha contado Alberto, y aunque no sea de mi incumbencia, no has acudido todavía a ellos. Si es... hipotéticamente una prueba importante, deberías ponerla en conocimiento de ellos, ¿no te parece? —dijo a la vez que se volvía a subir las gafas con el dedo índice en un tono desapasionado, sugiriendo en el fondo que todo eso de la carta, en realidad, eran burdas imaginaciones de niña de papá, consentida e insegura.

Sara miró de hito en hito a Urquiola que la observaba

condescendientemente.

—Necesito antes comprobar... algo —consiguió decir Sara, buscando unas palabras que no acudían a su mente.

En ese instante, alguien tocó con los nudillos en la puerta. Urquiola volvió a mirar su reloj de pulsera por enésima vez.

—¿Eulogio? —se oyó una voz profunda a través de la puerta.

—Pasa, Hugo.

La puerta se abrió y un hombre alto, con pelo hirsuto y entrecano, bigote y gafas, entró en el despacho.

El hombre saludó a Sara con un gesto y acto seguido se dirigió a Urquiola.

—Perdona, pero te quería recordar la cita de las tres con Joan Palomero...

Sara parpadeó, miró hacia otro lado y entonces las palabras de Rufó de Barcelona se deslizaron de repente en su mente: «... alto, joven, moreno y con bigote. Gafas de concha negras. Elegante y con un lunar debajo de un ojo».

Sara miró al hombre del bigote y puso especial atención a sus gafas: eran de montura al aire. Tendría unos cuarenta y tantos años, cabello entrecano. Hace veinticuatro tendría unos veinte... Con un lunar debajo de un ojo... No estaba segura de si tenía un lunar o no... Estaba de perfil y desde su posición no podía verlo bien... No, no lo tenía.

El hombre al que Urquiola había llamado Hugo desapareció de la habitación en silencio y Urquiola regresó junto a Sara.

«*Dios, voy a volverme loca...*»

Repentinamente, Sara se sintió indispuesta. Todo el mundo era condescendiente con ella y le daban la razón, como a los locos.

—Sara, ¿te encuentras bien?

Oyó las palabras del abogado como un rumor lejano. Levantó la cara y miró a Urquiola. Intentó escrutar en sus ojos; parecían serenos, tranquilos..., pero había algo extraño en ellos, tal vez inquietud.

—Estoy bien. Un poco cansada —mintió Sara, improvisando.

Se miró la muñeca en busca de un reloj que nunca llevaba. Sonrió y agitó la cabeza en señal de despiste. Urquiola la miró fijamente con una suerte de sempiterna sonrisa cuasi preocupada.

—¿Qué hora es?

Urquiola se miró el reloj.

—La una casi. ¿Quieres que vayamos a comer?

—No. Gracias, Eulogio. He quedado con una amiga. Tomaré algo rápido y cogeré el Ave. Tengo una reunión muy importante esta tarde a última hora en

Madrid —dijo casi farfullando.

Urquiola asintió lentamente y luego se levantó despacio. Sara hizo lo propio. De repente experimentó una sensación de vértigo. Miró a su alrededor, buscando algo, sin saber bien qué: el escritorio perfectamente dispuesto, un iMac colocado estratégicamente sobre la mesa.

En la pared de la izquierda una bien surtida biblioteca ordenada y alineada escrupulosamente, una litografía al aguafuerte de Tàpies, un estudio a carboncillo de la artista neoyorquina Helen Frankenthaler, un imponente aparador con algunas fotografías...

Urquiola cogió el brazo de Sara y sonrió.

—Voy a pedir un taxi.

—No..., en serio. No es necesario.

Los ojos de Sara se posaron en los cuatro portarretratos del aparador. En uno estaba Urquiola con Sofía, su esposa, y sus cuatro hijos. En otro estaba con Jordi Pujol, sonriente. En el tercer portarretratos posaba junto a Sofía y otra pareja más —todos de gala— en lo que parecía algún evento importante; parecía el vestíbulo del Liceu de Barcelona, aunque no estaba segura.

El cuarto fue el que más le llamó la atención. Urquiola iba vestido con un polo rojo, pantalón blanco y gafas de sol.

Sonreía. Apoyado sobre el timón de lo que parecía una embarcación de vela.

Sara enfocó su mirada y observó la foto con mayor interés. La embarcación de vela era en realidad un balandro.

—¿Entonces? —dijo Urquiola.

—¿Qué? —contestó Sara, decidida a salir de allí.

—¿Demoro la firma del contrato, digamos..., dos días más?

—Sí, por favor... —consiguió balbucear Sara, sin haber casi escuchado la pregunta.

Sara le dio un beso en cada mejilla a Urquiola. Su corazón latía rápido. Al pegar su pecho contra el de Urquiola, rezó por que no sintiera los latidos que golpeaban como potros desbocados las paredes de su principal órgano.

Sara no pudo constatar si estaba despierta o se encontraba en una de sus peores pesadillas. Como en ellas, sus pies se encontraban pegados al suelo, incapaz de moverlos. Urquiola movía la boca y sonreía. Tras sus gafas, Sara difícilmente pudo ver sus ojos, que eran diminutos y que cuando sonreía se convertían en dos rendijas inescrutables. Y Sara asentía, sin conseguir oír más allá de su propia respiración y su corazón latiendo.

Dio un paso y luego otro más; extrañamente, el sonido parecía encontrarse comprimido. Las personas con las que Sara se cruzaba la miraban, sonreían y asentían con la cabeza ceremoniosamente. Alguien la felicitó por el Goya, aunque no estaba completamente segura...

Entonces vio la mirada oblicua de ese hombre.

Hugo.

Era el único que no sonreía. Parecía estar a otra cosa, ajeno a Sara y a los empleados del bufete que felicitaban a la actriz.

Sara no quería mirar a ese hombre, quería salir de allí. Pero no podía apartar disimuladamente sus ojos de él. La miraba por el rabillo del ojo, como un camaleón que acecha a su presa sin perder la compostura.

«No, son figuraciones mías...»

Ya casi se encontraba en el vestíbulo cuando se giró inesperadamente, pretextando que alguien la había llamado. El hombre de bigote y gafas la estaba mirando y apartó sus ojos en el preciso instante en que Sara posó su mirada en él, y pese a sus gafas que ocultaban el brillo de sus ojos, Sara pudo apreciar entonces con mayor nitidez una mota oscura que lucía bajo su ojo derecho, apenas a un centímetro.

Era un lunar del tamaño de una lenteja.

Al salir a la calle, Sara pudo exhalar el aire que había contenido en sus pulmones durante los últimos minutos. Al principio había pensado coger un taxi, pero desestimó esa opción inmediatamente. Caminó a paso ligero sin mirar atrás hasta que alcanzó la entrada a la boca del metro de Verdaguer.

Se subió al primer tren, que llegó dos minutos tarde sobre la hora. El tren, insólitamente, iba casi vacío. Pensó que todo se trataba de una extraña pesadilla que con toda probabilidad tendría un horrible final... Se sentó en un asiento y observó detenidamente a la otra pasajera del vagón: una diminuta mujer de mediana edad, piel venosa, casi transparente, rubia oxigenada y aspecto lamentable que miraba al suelo inexpresivamente. Antes de que el tren partiera miró a través de las ventanillas arañadas. El andén estaba vacío. Tenía que ser una pesadilla.

Cuando el tren arrancó, se permitió cerrar los ojos, pero sólo por un instante. Comprobó que la carta seguía en el mismo lugar. La otra pasajera se dejaba mecer por el movimiento sinuoso del tren sin apartar los ojos del suelo.

De repente se sintió perdida. Cristina, en primer lugar, acudió a su pensamiento. Y Carballeira. Y también Colomer. Se sintió tentada a llamar a alguno de ellos, pero no había tenido la previsión de apuntar sus números de teléfono en algún papel. Respiró hondo y se limitó a mirar la oscuridad del túnel a través de las ventanas del vagón.

Faltaba una hora escasa para que su tren con dirección a Madrid partiera. Sara deambuló por la estación de Sants sin dejar de mirar todos los relojes que se ponían a su alcance. Decidió ir a comer algo. No tenía apetito; lo hacía sólo para mantenerse ocupada.

Hugo.

Regresó de nuevo a su pensamiento.

Ése era su nombre. Así lo había llamado Urquiola.

Tal vez fuera una coincidencia, una de tantas que ocurren en la vida.

Le costó admitir que Eulogio Urquiola, amigo de su padre de toda la vida, pudiera estar involucrado de alguna manera en la muerte de su madre. ¿Era Urquiola el misterioso hombre del balandro? No tenía ni idea de que le gustara navegar. Entonces, ¿por qué Urquiola pagaría a un matón para acabar con Peralada? Era descabellado. No tenía sentido. Fingió estar convencida de que todo aquello no podía estar pasando.

Quizá Urquiola no tenía nada que ver, pero sí ese hombre. Jesusa había afirmado que llegó un hombre alto en un velero y se marchó antes de que llegara la Guardia Civil. Ese hombre sin duda lo era...

No era ninguna coincidencia. Era real y estaba sucediendo.

Podría haber una coincidencia en cuanto a su aspecto físico, pero esa mirada... Conocía la psique humana demasiado bien —a veces muy a su pesar— y estaba convencida de que ese hombre fue el que entregó el paquete a Rufo de Barcelona para que Grisso asesinara a Peralada. Pero ¿por qué? ¿Qué motivo podría tener ese hombre? Tal vez conocía a su madre. Carballeira aseguraba que el verdadero asesino era muy listo y no dejó pruebas en ninguno de los asesinatos que cometió. Seguro que el tal Hugo era muy inteligente y, sin duda, también un hombre culto, formado y preparado. Capaz de engañar a la policía.

En la otra balanza estaba Urquiola. Dios, no. Lo conocía desde que tenía memoria, pero en realidad no sabía nada de él. Sin duda, Urquiola era uno de los hombres más inteligentes que conocía. Nunca se había tomado la molestia de analizar detenidamente su carácter, pero, ahora que lo pensaba, debajo de esa fachada de hombre de negocios con éxito bien se podría esconder un

retorcido y abyecto pederasta y criminal. Constantemente aparecían en los medios de comunicación y muchos de ellos provenían de las altas esferas...

Se sentó en uno de los restaurantes aledaños a la estación. Estaba lleno de gente. Una camarera le entregó la carta y Sara pidió un bistec poco hecho, ensalada y agua mineral.

Mientras intentaba masticar y tragar la comida, su cabeza bullía como una olla a presión. Las caras de Urquiola, Cristina, Carballeira, Fontecha, Colomer, Borches, Grisso, Rufo y Hugo se entremezclaban y amenazaban con hacerle perder el juicio. Una imagen de Rosa moribunda, pálida como un fantasma y siendo engullida por las entrañas de la tierra, apareció proyectada nítidamente en su cabeza... Tenía que tranquilizarse y pensar con sensatez.

Nunca había temido estar sola. Estaba acostumbrada a ir de aquí para allá siendo su única compañía. Pero allí, en ese momento, se sentía terriblemente desamparada. Mientras se llevaba un bocado de carne a la boca, tuvo ganas de llorar. Dejó el tenedor con el trozo de filete, bebió un sorbo de agua y luego se enjugó unas lágrimas que no había podido contener.

En el mismo momento en que se permitió la entrada, Sara entró en el correspondiente vagón y ocupó su asiento, junto a la ventana. Cerró los ojos. El estómago le daba vueltas. Prácticamente no había probado la carne; aun así, se sentía indispuesta. Se obligó a cerrar los ojos y ordenar a su estómago que la dejara en paz. Multitud de voces, de diferentes procedencias y texturas, llenaron sus oídos.

Y entonces abrió los ojos.

El profundo túnel se tragaba la luz. Una voz nasal anunciaba la inminente salida del tren primero en catalán y luego en castellano. Miró sin prestar atención a las figuras que esperaban en el andén contiguo. Inconscientemente se dejó llevar por aquel juego infantil al que jugaba con Alberto cuando eran unos niños: adivina a qué se dedica. Sus ojos se posaron en una peculiar pareja de mediana edad: un hombre muy bajo y delgado que hablaba atropelladamente y una mujer muy baja también. Su cuerpo se asemejaba bastante a un globo y evitaba todo contacto visual y físico con el diminuto hombre que al parecer sufría de incontinencia verbal. Un matrimonio mal avenido, supuso Sara. Esa clásica escena le arrancó una media sonrisa.

Sus ojos se movieron con rapidez al detectar movimiento en el andén. Era una figura conocida que se alejaba en dirección a las escaleras mecánicas.

No pudo evitar dar un respingo en su comfortable asiento.

Era el hombre alto, entrecano, con bigote y lunar bajo el ojo al que Urquiola

había llamado Hugo.

Se llevó la mano a la boca, ahogando un grito. Empujó su espalda contra el asiento y giró la cara hacia la izquierda, en una acción refleja, para evitar que aquel hombre la viera, si miraba en esa dirección.

Estuvo así durante unos segundos, aguantando la respiración y apretando los ojos, tensando todos los músculos de su menudo cuerpo.

Lentamente, abrió los ojos y muy despacio acercó la cara al cristal. Ya no estaba. Se había marchado. Dirigió su mirada hacia las escaleras mecánicas: unas seis o siete personas ascendían por ellas. No vio a ese hombre.

Un repentino movimiento a unos metros, cerca de una ancha y redonda columna, provocó de nuevo su atención. La mujer baja y con cuerpo en forma de globo se alejaba. El hombre pequeño movía los brazos con vehemencia y gritaba. Una figura apareció entre la columna, fugazmente. Era él, no se había marchado. Parecía hablar con alguien. El hombre negó y luego quedó oculto momentáneamente por la columna para volver a aparecer por el otro lado y caminar hacia las escaleras mecánicas con paso rápido.

De repente, Sara pudo ver al interlocutor oculto tras la columna; apareció unos breves segundos, acariciándose el bigote con una mirada de preocupación.

Era Carballeira.

Engaño tras engaño

Estaba irritado.

Juan de Dios Borches era una persona irascible en condiciones normales. Nadie aguantaba su mal humor, salvo, claro estaba, sus empleadas.

La llamada de Fontecha le había puesto de mal humor y también le había desconcertado. Creyó haberle dicho a ese gilipollas que no le llamara más. Al parecer, amenazarlo de muerte no le había servido de escarmiento. La próxima vez no tendría tanta suerte: si pensaba que podía torearlo estaba muy equivocado. Antes de que pudiera replicar le dijo que era importante que se reunieran una última vez. Tenía novedades que debía compartir con él. ¿Novedades? Ya le daría él novedades.

Seguro que era una trampa.

Todos pensaban que Borches era un idiota grasiento que no se enteraba de la misa la media. Y todos se equivocaban. No conocían a Juande Borches en

absoluto. Ni tampoco sabían hasta dónde era capaz de llegar. No estaba dispuesto a ir a la cárcel por las continuas meteduras de pata de aquellos imbéciles presuntuosos. Antes se los llevaría por delante y después preguntaría.

Necesitaba liberarse de ese condenado estrés que últimamente lo agobiaba sin cesar. Descolgó el teléfono de su despacho, marcó la tecla Oficina y le dijo a Gloria que subiera inmediatamente.

Eran aproximadamente las nueve y veinte. La propia Gloria se sorprendió, así como las chicas que trabajaban en la línea de envasado. Tuvo ganas de llorar y se sintió terriblemente deprimida. Quiso morir en ese instante. Ni siquiera había terminado de digerir el desayuno.

Al abrir la puerta, Borches ya estaba sentado en el sofá de color granate.

—Cierra la puerta —farfulló mientras se desabrochaba la bragueta.

La depresión de Gloria se acentuó y por un instante estuvo a punto de dar media vuelta y largarse de aquel cuchitril. En su lugar, obedeció y se limitó a satisfacer los perversos deseos de Borches. Deseó con todas sus fuerzas que se muriera. Le hubiera encantado arrancársela de cuajo, a ver si eso le gustaba.

Como siempre hacía en esos momentos de humillación, intentaba vaciar su mente de cualquier pensamiento relacionado con la realidad que le había tocado vivir. Raras veces lo conseguía. Casi siempre se colaba furtivamente el indecente número de ceros que acompañaba la hipoteca de su lujoso piso de Gijón y que tan alegremente contrajeron ella y el pelanas de su marido.

Borches no estaba concentrado, por eso le costó tanto correrse. Normalmente no duraba más de dos o tres minutos, pero en esa ocasión había tardado más de quince. Gloria tuvo que detenerse en más de una ocasión para aliviar el dolor de la mandíbula. Recurrió a la mano, pero Borches le ordenó de malas maneras que continuara haciéndoselo con la boca. Varias veces tuvo que toser por la repugnancia que le producía sentir ese asqueroso pene en su boca. Borches se rió y ya de paso la insultó sin ningún tipo de contemplaciones.

—¡Joder! ¡No sabes ni chuparla bien! —gritó Borches en una ocasión. Tanto, que probablemente lo escuchó toda la planta de envasado.

Cuando Gloria atravesó el pasillo de suelo de linóleo de color verde, no le importó su aspecto. La mayoría de las chicas de la línea la miraron con tristeza por primera vez. Gloria no se dio cuenta de que el carmín de su boca y el rimel de sus ojos se habían corrido grotescamente por toda su cara. Caminó

despacio con la mirada puesta en el final de la nave, en una pared blanca sin ventanas.

Algunas chicas sintieron pena por ella, otras no.

Gloria entró en la oficina con la mirada vidriosa, vacua. Ninguno de sus compañeros se interesó por su más que evidente mal estado. En esa habitación, nadie era compañero de nadie. Gloria fue la primera en mantener las distancias entre ella y el resto del personal.

Cogió su bolso y se fue sin mirar atrás. No dijo nada. Nadie dijo nada. Doce minutos antes de la salida del ferry de las diez, Borches ya estaba en el embarcadero. Había seis personas: dos mujeres de mediana edad, dos hombres jóvenes vestidos con sendos monos azules de trabajo que fumaban y voceaban sus pensamientos, una chica que se parecía a Gloria y que estaba de espaldas, inmóvil, y una chica rubia y espigada con bonito trasero que estaba de espaldas, apoyada en la barandilla de madera; era Cristina y tenía pegado su teléfono móvil a la oreja derecha.

Borches frunció el ceño. Entonces cayó en la cuenta de que, justo en aquella parte de la isla, a veces —y con algo de suerte— existía la posibilidad de conseguir algo de cobertura en los dispositivos móviles. Sin duda la diseñadora lo estaba intentando.

Se acercó disimuladamente y se puso de espaldas a ella. Entonces la oyó hablar al aparato.

—Sara. Soy yo otra vez. Verás que tienes un montón de llamadas mías. Llámame lo antes posible. Creo que ya sé qué es *La Dama de Sonrisa Plateada*.

Borches abrió los ojos de par en par e instintivamente se alejó de Cristina que no se había percatado aún de su presencia. No tenía ni la más remota idea de qué significaba aquello de La Dama de Nosequé Plateado, pero sin duda sería algo importante. Sin querer esbozó una sonrisa, giró y subió por el atajo que bordeaba la explanada sin mirar atrás. Se cruzó con Arturo, el propietario del supermercado, y Miguel, su sobrino. Se saludaron con un gesto.

Borches se detuvo en la esquina, en un punto que quedaba por encima del embarcadero y desde el cual se podía ver casi todo el puerto. Su corazón le obsequió con un pinchazo. Gimió de dolor: «Nada de esfuerzos. Lo mejor es que se tome unas vacaciones y se relaje por un tiempo», le había sugerido el doctor que lo atendió en su última y accidentada visita al hospital. Que lo jodan. No estaba la cosa para vacaciones.

Miró distraídamente hacia la posición de la chica. No estaba. De repente le

dio un vuelco el corazón. Miró hacia la izquierda y tampoco la vio. Posiblemente habría caminado hacia el final del embarcadero, hacia la derecha, en un ángulo muerto desde donde no podía verla.

Carraspeó y descendió de nuevo en dirección al puerto. Allí estaba, apoyada en la barandilla al final del malecón como había vaticinado. Evitó mirarla. No se había percatado de su presencia y, por lo tanto, no podría tampoco saber que él la había escuchado cuando dejó el mensaje de voz.

El ferry llegó puntual. Cristina se percató por primera vez de la presencia de Borches. Lo saludó con un gesto perezoso, casi despreciativo. Todo el mundo en la isla se conocía. Cristina se sentó en un banco de madera de la cubierta interior, sacó del interior de su bolso un libro de bolsillo y se puso a leer. Borches se sentó lo más alejado posible de ella. No quería despertar sospechas. Cristina estaba de espaldas a Borches, durante todo el trayecto no lo miró ni una sola vez.

Al llegar al puerto de Llanes comenzó a llover. Todo el mundo que vivía en Llanes o Isla Malva solía llevar paraguas o chubasquero incluso cuando lucía el sol. Allí nunca se sabía. Cristina llevaba un impermeable gris. Borches, su famoso anorak marrón.

Cristina se acercó a su Renault Clio rojo. Borches se escondió tras una esquina y permaneció allí, observándola puerilmente. Parecía que la chica tenía problemas para arrancar el vehículo. Borches sonrió divertido deleitándose con los avatares de la joven diseñadora. Cristina se acercó malhumorada a un taxi que estaba detenido bajo un mirador. El taxista bajó el cristal de la ventanilla y hablaron durante un instante; luego se subió al taxi. Rápidamente Borches se acercó a su coche, un Mercedes CL de color plateado que solía aparcar allí todos los días. El taxi se alejó en dirección oeste, por la calle San Antón. Borches arrancó el coche y siguió al taxi.

La lluvia arreció. Los negros nubarrones quejumbrosos no propiciaron la visibilidad, que, a medida que pasaba el tiempo, se hizo más complicada. Borches se mantuvo a una distancia prudencial. El taxista conducía muy despacio: en algunas ocasiones resultaba exasperante. El taxi había tomado una carretera local que bordeaba Llanes por el suroeste. Borches no recordaba haber tomado ninguna vez esa carretera. Se preguntó si no estaba perdiendo el tiempo siguiendo a esa chica.

Miró el reloj digital del salpicadero; eran casi las once menos diez. Había quedado con Fontecha a las doce en el templete del Campo de San Francisco de Oviedo. Ya no llegaría a la cita.

—Que se joda —farfulló en voz alta, pensando en la cara que pondría Fontecha al ver que no aparecía. Era hora de que él tomara la iniciativa. Esa chica había descubierto algo importante y lo estaba llevando derecho al lugar.

El taxi subió una cuesta y entró en un camino particular flanqueado por altos cipreses, que desde su posición no eran más que largas y negruzcas extensiones oscilantes.

Borches detuvo el coche en el arcén. No conocía la carretera, pero sabía de oídas adónde llevaba el camino que había tomado el taxi.

Se trataba de un monasterio de monjas clarisas.

Recordó que en una ocasión un par de ellas visitaron la conservera, ofreciendo los productos con los cuales se ganaban la vida. Borches recordó haber adquirido un par de cajas de pestiños rellenos con cabello de ángel que estaban deliciosos. Recordó que también destilaban un licor excesivamente dulce y que realizaban trabajos de bordado artesanal. Intentó evocar el nombre de la orden que aparecía en la caja de pestiños —rectangular, de color blanco y con letras doradas—, que devoró él solito hacía ya cuatro o cinco años.

«*Orden Franciscana de las Hermanas de Dios, María y el Espíritu Santo, o algo así*».

Desde su posición y entre la fuerte cortina de agua gris, pudo apreciar al taxi detenerse frente a la entrada del monasterio. Se pegó a la luna delantera y aguzó la vista con el fin de poder ver mejor los detalles. Limpió en repetidas ocasiones el cristal con el dorso de la mano derecha mascullando palabrotas.

La chica descendió del taxi y se acercó corriendo a la entrada principal. Tocó con el aldabón y al cabo de un momento una diminuta y rechoncha monja abrió la puerta. Borches no pudo ver desde allí su rostro.

La monja invitó a entrar a Cristina. Cerró la puerta.

El taxista se quedó esperando, sin salir del coche y con el motor en marcha.

¿Qué podría buscar en ese lugar?, se preguntó Borches. Miró al taxi. Seguro que era una visita corta. Si no, habría despedido al taxista, dedujo.

Intentó pensar rápido. Tenía que averiguar qué había ido a ver allí. Si la chica salía pronto, volverían por el mismo camino. No podía arriesgarse a que lo viera allí. Miró a su alrededor. El camino que había tomado el taxi moría en el monasterio, pero había otro camino que lo bordeaba y se perdía ladera arriba. Recordó que durante el trayecto hacia allí había visto un camino que se internaba en un pequeño pero frondoso bosque de hayas y pinos silvestres.

Allí podría ocultarse y esperar a ver qué pasaba.

El taxi hizo el camino de vuelta en menos de un cuarto de hora. Lo vio marcharse, aunque no vio si la chica iba en él. La lluvia parecía haber perdido intensidad, pero todavía llovía con ganas.

Dio un puñetazo al volante y masculló una palabrota.

Seguro que se había marchado en el taxi. Si hubiera pensado en quedarse, lo habría despedido nada más bajarse del vehículo.

Se había marchado, de eso estaba seguro.

No podía correr el riesgo de tropezarse con ella en el monasterio, en el supuesto caso de que hubiera decidido quedarse. Tampoco podía volver más tarde. Tenía que descubrir qué era eso de *La Dama de Los Cojones Dorados*.

Tenía que pensar en un plan. Se tomó su tiempo. Seguro que Fontecha hubiera ideado ya algo conveniente. Había que reconocer que era bueno y sabía improvisar en situaciones adversas. Ya lo había demostrado. Se obligó a pensar en algo realmente brillante y descartó las ideas descabelladas que le rondaban la cabeza.

De repente tuvo una idea genial, confirmando así que las mejores ideas se conciben poniendo a trabajar el intelecto, al igual que un velocista entrena duro para obtener las mejores marcas.

Borches golpeó con el aparatoso aldabón la puerta del monasterio de la Orden Franciscana Seglar de las Hermanas de María, como rezaba un letrero desconchado situado sobre la puerta del convento. La misma monja, diminuta y rechoncha, que había atendido a Cristina hacía escasos minutos abrió la puerta. Llevaba unas enormes gafas bifocales y su cara era redonda como un roscón de reyes. Era mofletuda y tenía la boca pequeña, así como los ojos, que parecían dos diminutos alfileres violáceos.

—Buenos días, señor —dijo la monja, toda cordialidad.

—Buenos días hermana —contestó Borches con una sonrisa y un tono de voz muy alejados de su verdadera personalidad—. He pasado cerca de aquí y me he acordado de los mejores pestiños que me he comido en mi vida. No sabía si todavía fabricaban esas delicias.

—Todavía seguimos haciéndolos —dijo la monja abriendo la puerta e invitándole a entrar—. Pase, por favor... ¡Menudo día ha salido!, ¿eh?

—Vaya que sí. Y lo bueno que es para el campo, ¿eh?

—Eso sí que es cierto —contestó la monja a la vez que se giraba y comenzaba a caminar por debajo de la arcada.

Borches la obsequió con un mal disimulado gesto de desdén en el momento en que no miraba.

—Ahora tenemos más variantes: rellenos de chocolate y rellenos de crema pastelera. Deliciosos —dijo la monja soltando una carcajada.

—Ya me estoy chupando los dedos —añadió Borches con una sonrisa.

—Sígame.

Seguro que los ha probado todos, pensó Borches mientras veía a la oronda monja caminar bamboleándose delante de él.

Borches siguió a la monja a través de un pasillo en penumbra de suelo de mármol negro inmaculado y al lado de un claustro, cuya columnata, adornada en su parte superior por sencillos capiteles, circundaba un patio ajardinado con su consiguiente fuente. Un relámpago iluminó brevemente el contorno de la monja y las sombras se convirtieron en luces. El agua caía generosamente a chorreones por los canalones, y el suelo ocre del claustro brillaba por el efecto del líquido elemento. El sonido del trueno retumbó entre las paredes del monasterio.

Una joven novicia delgada y negra, de origen probablemente caribeño, se cruzó con Borches y la monja. Saludó agitando cordialmente la cabeza y siseando un «buenos días».

Borches miraba cada rincón con el que se cruzaba, esperando tropezarse con la diseñadora. Seguramente se había largado en el taxi.

—Por aquí —indicó la monja, girándose levemente hacia Borches y señalando un pasillo alargado que se extendía frente a ellos. Entraron en una habitación situada a mano izquierda. Era la tienda. Había un mostrador alto y sólido. Detrás había una estantería con numerosas cajas de pestiños en sus diferentes variantes, el famoso licor dulzón destilado a partir de la mandrágora y algunas muestras de bordado artesanal, realizadas por las hermanas. Entre ellas los archiconocidos tapetes de punto de ganchillo, que toda casa de España que se preciara lució orgullosamente en sus correspondientes mesas camilla.

De repente el rostro de la madre de Borches se le apareció. Recordó vívidamente unos tapetes redondos, que decoraban los brazos del sofá de escay que su madre tenía en el salón donde estaba prohibido jugar.

La monja se colocó sonriente detrás del mostrador y cogió una caja de cada modalidad: la tradicional de cabello de ángel, la rellena de chocolate y la rellena de crema pastelera. Borches miró las tres cajas e hizo un gesto elocuente, agitando la cabeza. La monja soltó otra carcajada, satisfecha en su rol.

—Los tiene que probar todos. No se arrepentirá. —Soltó una risita aguda. A

Borches le recordó una rata.

—Tiene razón. Hay que probarlos todos. También me va a dar una botella de licor.

La monja cogió una botella y la puso en el mostrador. Borches sacó su cartera, miró de soslayo los productos sobre la superficie del mostrador y comentó despreocupadamente mientras fingía buscar dinero en la cartera:

—Cuando venía de camino me he tropezado con un taxi, y creo haber visto a una chica.

—Sí, una chica muy guapa. Y simpática.

—Ya lo creo. Se lo digo porque creo que se llama Cristina. Es una muchacha de mi pueblo que hace tiempo que no veía.

—Mmm..., sí. Cristina. Se ha llevado una caja. Dice que están buenísimos pero que engordan mucho. —Volvió a soltar otra risita afilada.

—Sí, sí... Es diseñadora y muy buena. ¿Les está trabajando a ustedes?

—No, no. Quería ver el cuadro.

—¿El cuadro? —preguntó Borches con toda la indiferencia que pudo aparentar mientras asomaba un billete de cincuenta euros de la cartera.

—Sí. El cuadro. Está en la biblioteca. ¿Quiere verlo?

Borches asintió intentando no parecer demasiado indiscreto.

—Claro. Seguro que es muy bonito —dijo, a la vez que esbozaba una sonrisa y le ofrecía el billete.

La hermana miró el billete con ojos ávidos. Se lo arrancó de la mano con un rápido estirón.

—Serán cuarenta y cinco euros.

Borches y la hermana volvieron sobre sus pasos y atravesaron el atrio. La hermana indicó a Borches que la acompañara a subir por una ancha escalera de blancos peldaños de mármol que daba al piso superior. Todo cuanto veía a su alrededor estaba impecable, reluciente: ni una mota de polvo. Desde el piso superior la lluvia se dejaba oír con más consistencia. La intensa masa de agua impedía ver los contornos de la parte opuesta de la balaustrada porticada.

—Aquí. Ésta es nuestra biblioteca —indicó la hermana.

Borches entró en una habitación amplia y poco iluminada. Las cuatro paredes estaban forradas de estanterías que iban del suelo al techo. Había miles de libros.

La hermana se quedó en el centro de la biblioteca, sonriendo, agitándose excitada.

Borches miró a su alrededor y fingió admiración.

—Vaya. ¡Menuda biblioteca! Es fascinante —mintió descaradamente. No había abierto un libro desde que iba al colegio, poco antes de abandonar los estudios elementales para dedicarse a trabajar en la pescadería que su familia regentaba en Caldueño.

¿Dónde está el cuadro de los cojones? No me estará toreando esta cucaracha regordeta..., pensó Borches, impacientándose.

—Hay libros con más de cuatrocientos años de antigüedad. Algunos de ellos son incunables, como este ejemplar de un discípulo del mismísimo fray Luis de León. Un auténtico tesoro —dijo la monja, conmovida, señalando con delicadeza un enorme volumen de color agranado, que tenía el privilegio de reposar sobre un aparatoso atril de color marrón.

—Y que lo diga —dijo Borches con la boca abierta, pero en realidad lo que pensaba era que todo aquello era basura que sólo podría interesar a todas esas monjas amargadas.

Borches no advirtió que la pared oeste en realidad se alargaba hacia otra estancia. De allí parecía venir una luz cenicienta. La hermana meneó la cabeza enérgicamente y se encaminó en esa dirección.

Efectivamente era una habitación alargada. Había tres ventanas de cuarterones, y los postigos marrones, casi negros, estaban desplegados. La escasa luz matinal entraba sin filtro alguno a través de unos cristales que, a pesar de la lluvia, estaban limpios y totalmente transparentes.

Allí también había libros, pero no tantos. Había varios sillones dispuestos uno detrás del anterior. Borches supuso que aquél era el lugar donde las monjas perdían su tiempo leyendo libruchos antiguos.

Había tres cuadros. Uno de ellos era enorme y los otros dos más pequeños. Borches no entendía de pintura ni de arte; según él, una afición de maricas.

La hermana estaba fascinada y se sentía orgullosa de poder mostrar las obras de arte que atesoraba en su humilde monasterio. Apretó las diminutas manos rosadas una contra la otra con tanta fuerza que los nudillos se perfilaron nacarados.

La mayor de las pinturas representaba la escena de un hombre de unos cincuenta años en su lecho de muerte. Toda su familia y allegados se encontraban congregados con rostros afligidos alrededor de su enorme cama. La pintura tenía un premeditado carácter tenebrista, indudablemente influenciado por las obras del excelente artista italiano Caravaggio.

Las otras dos eran completamente diferentes, tanto en la forma como en el fondo. Eran más coloristas y sin duda estaban realizadas por otro artista

diferente.

Mientras que el artista de la escena del moribundo había utilizado la famosa técnica del claroscuro, el segundo cuadro era más colorista y se habían utilizado colores más vívidos, añadiendo temple al óleo. Los dos eran retratos, probablemente realizados entre los siglos XV y XVI. El artista estaba claramente influenciado por las corrientes de la escuela flamenca italiana.

Borches no entendía qué significado podían tener esos cuadros para la chica. Los miró con ojos desorbitados, pero para alguien que aborrecía la pintura era como mirar una pared en blanco. Tuvo un arrebató de ira que contuvo de inmediato. No dijo nada; esperó que la monja dejara de sonreír y dijera algo.

La monja se acercó a uno de los retratos en el que se veía a una joven de limpia mirada azul. Cabello largo y rubio, recogido en una larga trenza y adornado con una diadema granate. La joven vestía un largo vestido blanco de gran pureza, estrecho por arriba y ancho en su parte baja. De su mano derecha colgaba un pañuelo a juego con la diadema, señal de que la joven pertenecía a la burguesía, y estaba sentada en una butaca baja. Un adormilado perro flacucho de color canela descansaba a sus pies, y el suelo de la habitación estaba formado por baldosas blancas y negras, como las de un tablero de ajedrez. Curiosamente, su sonrisa era especialmente llamativa y bella. El pigmento que el artista había utilizado había otorgado a los labios una sensación persistente de relieve. Si se miraba al trasluz, los labios parecían querer moverse y hablar.

Borches miró y remiró el cuadro. No entendía nada.

—Es muy bonito —mintió de nuevo—. Seguro que Cristina les ha ofrecido una buena suma de dinero.

—Ah. No, no. El cuadro no está en venta. La chica me envió ayer un email y me preguntó si nosotras teníamos aquí el cuadro. Me dijo que estaba escribiendo un libro y me pidió permiso para poder verlo. Ella también se quedó fascinada. Tomó algunas notas y le hizo unas cuantas fotos. Muy mona, y simpática, ¿eh?

—Mmm... Me suena mucho este cuadro. ¿Cómo...? —balbuceó Borches.

—*La Donna dal Sorriso Argentato*, que en italiano significa: La Dama de Sonrisa Plateada.

El tren procedente de Barcelona llegó a Atocha a la hora prevista. Sara descendió del tren atontada. Se sentía terriblemente cansada y con una mortificante sensación de vacío y soledad. Se sentía muy desgraciada. Ver a

Carballeira en la estación la había desorientado y confundido. Estuvo repasando todo lo ocurrido en esa jornada. Estaba completamente segura de que Carballeira le había dicho, poco antes de despedirse, que en menos de una hora tenía que coger el tren para Santander. ¿Por qué no lo había hecho? ¿Por qué le había mentado? ¿Por qué estaba hablando con ese hombre?

De repente se sintió muy abatida. Tal vez no tendría que haber recurrido a Carballeira. Pero ya era demasiado tarde. Ahora, además, también lo sabía Colomer. Como una corriente helada que recorrió todo su cuerpo, constató que en realidad no sabía nada de Carballeira ni de Colomer. Quizá no eran lo que aparentaban ser. Se habían tomado muchas molestias tratando de ayudarla y sabía muy bien que ya nadie hacía nada por nadie. El mundo era una jungla muy peligrosa en la que sólo tus más allegados eran dignos de confianza. Y a veces, ni eso.

Tomó una decisión irrevocable: iría a la policía y le contaría todo. Alberto tenía razón. Eso era lo que debería haber hecho desde el principio, en lugar de jugar a detectives. Era muy peligroso. Pero, por otro lado, ¿qué tenía en realidad?

Sospechas. Sólo eso.

Lo más probable era que la policía le confiscara la carta, la escucharan con cara de preocupación y le dijeran aquello de: «No se preocupe, señorita Leclerc. Déjelo en nuestras manos. Nosotros nos encargaremos». Y ahí se acabaría todo, pero ¿y si desaparecía la carta por alguna extraña e incomprensible razón? Si eso ocurriera, ya podía despedirse de encontrar las pruebas que demostraban que su madre fue en realidad asesinada. Sin contar con que ya lo sabría la policía. La noticia se filtraría y quizá podría llegar a oídos de alguien que hipotéticamente estuviera vinculado con la conspiración que acabó con la vida de su madre... Tenía que hablar con Cristina y contarle todo lo ocurrido. Estaba convencida de que podía confiar en ella

¿O no?

Se derrumbó en un banco y permaneció inmóvil por espacio de diez minutos. Intentó vaciar su mente de aquellos pensamientos sustituyéndolos por otros más anodinos. Tuvo la sensación de que la gente la miraba, así que decidió abandonar la estación. Caminó hacia la salida. A medio camino se detuvo de nuevo y miró a su alrededor, buscando alguna mirada sospechosa. Finalmente meneó la cabeza, dio media vuelta y se dirigió a una de las cafeterías de la estación. Se sentó y pidió un café solo. Miró la gente pasar e intentó ordenar sus ideas. Para cuando volvió a consultar la hora en un reloj de

la estación descubrió que habían pasado cerca de cincuenta minutos. Era hora de marcharse. Cogió un taxi y se obligó a quitarse de la cabeza que todo el mundo trataba de conspirar contra ella.

Al llegar a su casa y antes de descender del taxi, Sara vio a través de la ventanilla cómo dos coches de la policía y una ambulancia cortaban la calle justo delante del portal de su inmueble. El taxi se detuvo a pocos metros de la esquina, dando un brusco frenazo. Un policía apareció de repente y miró al taxista con cara de pocos amigos. Sara descendió del coche y escrutó al agente con cara de preocupación.

—¿Qué ha pasado?

—No se puede pasar. Por favor, retrocedan y márchense.

—Vivo ahí. ¿Qué ha pasado? —insistió enérgicamente.

Sara cruzó el cordón policial. Las luces anaranjadas y azules oscilaban sin descanso, iluminando espasmódicamente rostros, fachadas y vehículos. Se acercó a una ambulancia. Alguien estaba siendo introducido en el vehículo, tumbado sobre una camilla. Sara corrió y otro policía intentó cortar el paso. Hizo caso omiso y se abrió paso a empujones hacia la persona que estaba siendo introducida en la ambulancia. Todo el mundo parecía estar más interesado en evitar por la fuerza que Sara alcanzase su objetivo que en tratar de averiguar el porqué de su actitud.

Sara no se arredró y consiguió esquivar el empujón de un hombre grande y gordo, con llamativo chaleco amarillo, que sudaba copiosamente y la miraba ceñudamente. Pudo ver al hombre de la camilla.

Era Jacobo.

Sara gritó viendo que era la única forma de hacerse escuchar.

—¡¡Jacobo!! ¡¡Jacobo!!

Sara alcanzó la camilla. Jacobo estaba postrado, inmóvil y envuelto en una sábana blanca, que a Sara se le antojó un sudario. Tenía la cara hinchada. Moratones y sangre coagulada, así como laceraciones en cara y brazos. Aterrorizada, se preguntó si estaría muerto.

—¿Qué ha pasado?! —gritó Sara sin dirigirse a nadie en particular.

Un hombre con corte de pelo a lo militar y perilla, ni alto ni bajo, ni flaco ni gordo, ni feo ni guapo, se acercó a Sara con aire inquisitivo.

—¿Conoce a ese hombre?

—¿Quién es usted?

—Soy el inspector Macías —contestó mientras hacía el gesto universal de identificarse mostrando su placa policial pegada a la cartera.

—Es mi novio —murmuró Sara compungida, reflexiva.

Entonces miró hacia arriba, hacia las ventanas de su piso. La luz del salón se escapaba por la ventana, contrastando con el resto de las ventanas, que permanecían en penumbra. Una sombra alargada se dibujó y desapareció al instante.

El inspector sabía lo que Sara estaba sufriendo. Lo había visto decenas de veces. Sara Leclerc estaba sufriendo un shock.

Sara se giró a tiempo de ver cómo un enfermero cerraba las puertas traseras de la ambulancia de un portazo.

—Tengo que ir con él... —consiguió susurrar. Tenía la lengua pegada al paladar y la saliva tenía un sabor acre.

El enfermero ni siquiera la escuchó. Caminó con paso rápido hacia la puerta del copiloto. Sara quiso llamar su atención. El inspector apareció de repente en el camino de Sara con la mano estirada. Sara se detuvo y le obsequió con una mirada imprecisa.

—¿Adónde se lo llevan? ¿A La Paz?

El inspector asintió.

—Yo mismo la llevaré junto a él, no se preocupe.

En ese momento la ambulancia derrapó y salió disparada dirección este. La potente sirena resonó con estridencia. En cuestión de segundos desapareció, girando a la izquierda por la calle General Varela.

—Quiero ir con él. Ahora.

—No hay problema, pero antes me gustaría que subiéramos a su piso. Es importante.

Sara miró con dureza al inspector, pero a los pocos segundos no pudo evitar que su barbilla comenzara a temblar. Cerró los ojos y evitó la mirada del policía. Asintió.

Casi todas las puertas del vecindario estaban abiertas y los vecinos cuchicheaban. Sara subió los treinta y nueve escalones que separaban su piso del portal de la finca andando, como siempre hacía. Un grupo de vecinos congregados en el descansillo del primer piso se abstuvieron de hacer comentario alguno cuando Sara pasó cabizbaja a su lado. Llegó al segundo piso en poco menos de un minuto. Nada más poner sus ojos sobre la puerta de entrada, percibió el caos. Sintió que una mano imaginaria estrujaba sus intestinos.

Un policía de paisano intentó detener a Sara pero Macías le hizo una señal con la mano derecha.

Sara atravesó el exiguo vestíbulo. En el suelo había libros y DVD desparramados. Un enorme rallazo negro cruzaba en diagonal el suelo.

El salón estaba destrozado. Todo estaba desperdigado. Parecía como si un auténtico huracán hubiera puesto sus garras en el piso de Sara y Jacobo, aniquilando con violencia todo a su paso.

Dos policías enmudecieron al ver entrar a Sara en la devastada habitación.

—Dios... —susurró Sara.

Macías se acercó a ella.

—Al parecer su novio sorprendió al ladrón y éste le dio una paliza. Sé que es un momento difícil, pero me gustaría que echara un vistazo, por si echa en falta algo importante.

Sara no escuchó las palabras del inspector. Miró en derredor y abandonó el salón. Se dirigió al dormitorio. Un aparador estaba volcado en medio del pasillo, obstaculizando el paso. Un cuadro de grandes dimensiones, que había estado colgado en la pared, aparecía tirado en el suelo, agujereado. Sara pasó por encima del aparador. Macías la siguió.

La cama estaba destrozada. Alguien había acuchillado el colchón brutalmente, con inusitada saña. Una de las puertas del armario, que era corredera, había sido lanzada con fuerza y se había salido de la guía, cayendo sobre un mueble auxiliar donde descansaba un televisor, que ahora estaba destrozado. Toda la ropa del armario, sin excepción, estaba tirada por el suelo.

Sara se sintió acongojada, violada y humillada.

Macías entró en el dormitorio y observó la reacción de Sara que caminaba trastabillando, recogiendo prendas y cosas del suelo en silencio, con la mirada vacía y moviéndose sin sentido. Levantó la cara y miró a Macías.

—¿Qué... qué le han... hecho? —preguntó Sara con lágrimas en los ojos, con la voz quebrada, como si de repente hubiera recordado algo importante.

—Por lo que sabemos, le han roto tres costillas. El médico que lo ha atendido dice que no ha detectado ninguna fractura importante. ¿Hay algo que le haya llamado la atención?

Sara negó, tapándose la boca, intentando evitar que Macías le viera temblar el labio inferior.

—¿Le importaría llevarme junto a él ahora, por favor? —preguntó sin poder evitar llorar.

—Claro que no.

Sara abandonó el mutilado dormitorio en silencio. Macías la siguió.

Augusto Fontecha regresó a su despacho dos horas más tarde. Estaba enfurecido. Ese monigote se había atrevido a darle plantón. Aun así, y como era habitual en él, no mostró su ira. Con el tiempo había aprendido a controlarse. Una dieta adecuada y variada, baja en azúcares y grasas, le había ayudado sobremanera. En raras ocasiones perdía los papeles, excepto una vez en la que un joven y soberbio concejal de urbanismo, que no se contentaba con la suculenta comisión que habían pactado, lo amenazó con hundirlo en la miseria. Fontecha no sólo lo echó de las oficinas de su empresa, sino que lo agarró por la pechera y lo zarandeó violentamente cuando la discusión se tornó menos dialéctica. Todos los que presenciaron la escena se quedaron atónitos. Un buen amigo le recomendó tomar clases de autocontrol. Desde entonces, no había vuelto a comportarse de tal modo.

Pero el desplante de Borches amenazaba con echarlo todo a perder. Tenía que advertirle urgentemente de que debían mantenerse al margen. Todo se solucionaría de la manera más rápida y efectiva sin que ellos estuvieran en modo alguno implicados. Esperaba que ese desgraciado no hubiera metido la pata. Pensó en llamarlo, pero algo le decía que Borches ya se había puesto en marcha y estaba tramando algo a sus espaldas. Estaba lo suficientemente loco como para provocar un desastre y eso no podía permitirlo. No, de ninguna de las maneras.

La sala de espera de Urgencias del Hospital Universitario La Paz era un hervidero humano. Una cuantiosa familia gitana protestaba al guardia de seguridad de turno, en una proporción de ocho a uno, churumbeles incluidos. Un hombre joven, cuyo aspecto sólo podía evocar una vida contaminada por la ignorancia y la violencia, tenía una brecha en la cabeza de la que manaba sangre. Estaba acompañado de otro joven de aspecto similar, cuya vida, sin que él mismo lo supiera, estaba condenada ya al más absoluto fracaso.

Sara estaba sentada en un sillón, al lado de un matrimonio de ancianos. El hombre estaba lívido y gemía constantemente.

La marea humana parecía haber absorbido la luz apagada del recinto. Ese ambiente de precariedad no hizo más que incrementar la sensación de desánimo y tristeza de Sara.

Tenía sus ojos clavados en el suelo gastado de terrazo gris. Voces, llantos y lamentos eran el ruido invariable de fondo.

Un enfermero joven, delgado y luciendo una prematura calva salió a la sala de espera y llamó en voz casi inaudible a los familiares de Jacobo Mataix. Nadie con una capacidad auditiva normal pudo oír ni una sola sílaba

adecuadamente. Volvió a intentarlo, haciéndose notar entre el enorme barullo. Sara levantó la cabeza al oír el nombre de su novio y vio al enfermero que parecía cansado. Sara se acercó a él.

—¿Es usted familiar de Jacobo Mataix? —preguntó el joven sanitario con desgana.

Sara le comunicó el grado de parentesco que los unía. El joven indicó que lo siguiera y desaparecieron por un pasillo ancho que proyectaba una extraña luz verde difusa.

Jacobo tenía cuatro costillas fracturadas. El brazo izquierdo estaba roto por dos partes. El bazo lo tenía hinchado, pero no corría peligro. Igualmente, tenía una fisura en el cráneo y magulladuras por todo el cuerpo, debido a las fuertes patadas y puñetazos recibidos. Una profunda laceración en la cara, que probablemente dejaría una considerable cicatriz... El médico de urgencias que había atendido a Jacobo era casualmente amigo de Sara. Se llamaba Álvaro y fue todo lo prudente que pudo, dadas las circunstancias.

—La policía me ha hecho un montón de preguntas —dijo Álvaro preocupado—. Dice el inspector, un tal Macías, que no ha sido un robo al uso. ¿No andarás metida en algo...?

—No, no —consiguió decir Sara, todavía sin salir de su aturdimiento.

—¿Y él? —preguntó, refiriéndose a Jacobo.

—Tampoco —dijo Sara con aire ausente.

El médico asintió sin dejar de mirarla a los ojos.

—¿Quieres un café o algo?

Sara negó.

—¿Tienes dónde quedarte esta noche? Puedo llamar a María y en cinco minutos viene y te recoge.

Sara miró a su amigo. Agradeció su interés pero quería estar sola.

—Ya he quedado con Beatriz, pero gracias de todos modos —dijo Sara esbozando una mueca que no consiguió ser una sonrisa.

Una chica joven, muy delgada, con ojeras y de aspecto frágil se acercó a Álvaro y Sara. Fijó su mirada en Sara.

—¿Es usted Sara Leclerc? —preguntó con voz atiplada.

Sara asintió, retirándose a la vez un mechón que le cubría la cara.

—El inspector Macías la está esperando.

—Bien.

La chica de las ojeras indicó a Sara que la acompañara.

—Hablamos —dijo Álvaro como despedida, a la vez que esbozaba una

mueca y apretaba con firmeza las manos de Sara. Luego suspiró y se alejó con la chica.

Macías estaba apoyado en la pared, esperando a Sara mientras observaba a la gente deambular por un pasillo que comunicaba Urgencias con Consultas Externas. Las voces de algunos médicos se entremezclaban con pitidos y lamentos humanos. Macías conocía de sobra ese ambiente. Sara se acercó a él. La escrutó con la mirada. Por su experiencia sabía que las personas que a priori eran víctimas de un suceso no solían decir toda la verdad, ocultando así pruebas importantes. En la mayoría de los casos no lo hacían deliberadamente. Nadie quería estar involucrado en una investigación policial.

Macías intuyó a las primeras de cambio que la chica ocultaba algo.

—¿Cómo está su novio? —preguntó Macías con cierto interés.

—Supongo que después de todo ha tenido suerte —replicó Sara con apatía y una nota mordaz.

—Véalo de ese modo. El hombre u hombres que pegaron a su novio eran realmente violentos. Bien podría haber muerto debido a la paliza.

Sara rumió y se acarició la frente, delatando su cansancio y el estrés acumulado.

Macías observó la reacción de Sara, que estaba realmente afectada y se mostraba distante: con los brazos cruzados, nerviosa y evitando los ojos del inspector.

—Sé que es un momento difícil, pero estoy aquí para ayudarla.

—Lo sé —dijo Sara lacónicamente.

—Todo parece indicar que no ha sido un robo... o por lo menos que no ha sido un robo habitual.

Sara no dijo nada; miró fugazmente a Macías a los ojos.

—¿Ha echado en falta algo?

—Tendría que volver a mi casa y echar un vistazo —murmuró Sara monótonamente.

—¿Alguien la ha amenazado a usted o a su novio?

—No, que yo sepa.

—¿Toma drogas?

—No —contestó Sara categóricamente.

—¿Toma drogas su novio?

—Fuma porros.

—¿Cocaína?, ¿heroína?, ¿éxtasis?

—No.

—¿Tiene usted o su novio problemas de dinero?

—No.

—¿Tiene usted o su novio algún problema que debería conocer?

Sara negó con la cabeza y miró para otro lado.

—No.

—¿Está enfadada por algo con alguien?

Sara miró de soslayo a Macías que la hacía sentirse culpable. Supuso que ése era su cometido.

—No. Todo va bien.

—¿Recuerda lo que le he dicho antes?

—¿El qué?

—Que estoy aquí para ayudarla.

Sara formó una mueca con la que tratar de ocultar su auténtica preocupación.

—Le estoy diciendo la verdad.

Macías no dijo nada, se limitó a mirar a Sara sin pestañear.

—Me alegro entonces. —Hizo una pausa—. En pocos días tendremos probablemente la identidad del o de los atacantes. Establecer un vínculo con la víctima, si lo hay, será cuestión de tiempo.

—Muy bien —dijo Sara moviendo la cabeza con insolente indolencia.

—¿Alguien quiere vengarse de usted por algo que haya hecho o dicho? —soltó Macías de sopetón.

La imagen del hombre con el lunar bajo el ojo cruzó con rapidez por la mente de Sara.

—No. Nadie.

Macías examinó a Sara. Sabía que no decía la verdad y no edulcoró su comportamiento hacia ella. Sacó una tarjeta del bolsillo interior de su chaqueta y se la ofreció.

—Llámeme si quiere contarme algo. Lo que sea. La escucharé.

—Gracias —dijo Sara mientras cogía la tarjeta y se la guardaba en el bolsillo trasero del pantalón. Se giró y comenzó a caminar, alejándose de Macías.

—¿Señorita? —dijo Macías.

Sara se detuvo y se giró lentamente. Miró al inspector con ojos entornados.

—¿Tiene algún lugar adonde ir? Quiero decir, esta noche.

Sara asintió con gesto hastiado.

—Necesitaría un número de teléfono para localizarla.

Sara se quedó pensando un instante. Se palpó los bolsillos de la cazadora negra de cuero.

—Me dejé mi móvil en el piso... antes del robo.

—Es posible que se lo hayan robado. ¿Podría describírmelo?

—Es un Nokia N8 negro. Con una foto mía y de Jacobo como fondo de pantalla.

Macías no tomó nota. Sara supuso que tendría buena memoria.

—Necesito tenerla localizada. Es importante.

Sara asintió con un gesto comprensivo.

—No hay problema. Me quedaré a pasar la noche en casa de mi amiga Rebeca. Si quiere puede apuntar su número de teléfono.

Macías sacó su teléfono móvil y apuntó en la agenda del dispositivo el número que Sara le dio. Luego ésta se despidió del inspector y se alejó caminando lentamente, esperando que a Macías no le diera por marcar ese número en ese momento.

Al salir del hospital Sara cogió un taxi. Cuando el taxista le preguntó el destino, Sara quiso saber si conocía un hotel tranquilo. El taxista, de Vicálvaro y forofó acérrimo del Real Madrid —a tenor de los complementos merengones que ostentaba el vehículo—, le recomendó un hotel que estaba en el noreste de la ciudad, cerca de Arturo Soria.

Filemón, que así se llamaba el taxista, afirmó que su cuñada trabajaba allí desde hacía ocho años. Era un hotel de confianza, limpio y discreto, añadió guiñándole un ojo.

El taxi se detuvo frente a la fachada principal del hotel. Durante todo el trayecto, Filemón no dejó de hablar: aparte de las condiciones inmejorables del susodicho hotel y por supuesto del equipo de sus amores, de la crisis y del imparable precio que constituía vivir en el planeta tierra.

—Pregunte por Ino. Es mi cuñada. Se llama Inocencia pero todo el mundo la llama Ino. No le gusta su nombre. ¿Se lo puede creer? Yo le digo que no tiene nada de malo llamarse Inocencia, pero a ella, por lo visto, no le gusta. Lo dicho. Si tiene algún problema pregunte por Ino. Con confianza, ¿eh?

Sara pagó a Filemón la carrera, agradeciéndole todos los servicios prestados. No hubiera soportado cinco minutos más en su compañía.

La habitación estaba en la planta tercera y desde la ventana, orientada hacia el suroeste, se veía parte del perfil luminoso de la ciudad. Ya había oscurecido. Sara estaba tumbada sobre la cama y se sentía desamparada y abatida. Lloró durante diez minutos con la almohada pegada a la cara. Al terminar se sintió

mejor y aliviada, en cierto modo.

No tenía móvil. Probablemente el animal que le dio la brutal paliza a Jacobo se lo llevó consigo. También había echado en falta el iMac que Jacobo le regaló el pasado año por su cumpleaños. Se incorporó en la cama y no hizo nada durante cinco minutos. Debería comer algo. No tenía hambre, pero se sentía desfallecer por momentos.

De repente recordó la fotografía de su madre e Isabel, en el cuarto de baño con suelo ajedrezado de la Casa del León. Estaba allí, en el bolsillo trasero de su pantalón. La miró durante un largo minuto, buscando que le arrancara al menos una sonrisa con la que combatir ese difuso momento. Decidió tomar una ducha para intentar pensar bajo el agua caliente.

Los pensamientos e imágenes de los últimos acontecimientos se arremolinaron en su cabeza. De repente sintió un gran cariño por Jacobo y se sintió terriblemente culpable por dudar de sus sentimientos hacia él. Fue consciente de que jamás hallaría la verdad acerca de la muerte de su madre. Nada en el mundo podría cambiar las cuantiosas tentativas de suicidio que se produjeron antes de su muerte, siempre saltando al vacío...

Sí, sería muy fácil. Saltaría al negro vacío de la noche desde la ventana de su habitación. Un tercer piso sería suficiente. Todos sus problemas se acabarían en ese momento. Todo desaparecería, se acabaría el dolor. Ya no le importaba nada. Nada tenía sentido. Todo había perdido su razón de ser. No era casualidad que su madre muriera a la edad de 32 años. Los mismos que ella tenía en ese momento.

Sara abrió los ojos y todo el mundo oscuro que habitaba su mente, se esfumó bruscamente. Cerró el grifo y salió de la ducha. Descartó la muerte como solución a sus problemas y tomó la decisión de sacar la verdad a la luz, aunque tuviera que tomarse el resto de su vida para ello.

No le apetecía salir de la habitación, así que pidió que le subieran una cena ligera mientras se secaba el cabello con una toalla.

Pensó de nuevo en Cristina. Quería hablar con ella. Necesitaba hablar con ella, pero no se acordaba de ninguno de sus teléfonos. Recordó que Cristina tenía su propia web, aunque nunca la había visitado. No recordaba con exactitud la dirección correcta. Intentó recrear en su mente el enlace a través de la imagen de la tarjeta de Cristina sin conseguirlo. Creyó ver en el vestíbulo un par de ordenadores con conexión a internet. Bajaría a echar un vistazo después de cenar.

Treinta y cinco minutos más tarde, Sara estaba sentada frente a uno de los

ordenadores. Entró en Google y comenzó a buscar tópicos como Cristina Guardanella, Diseñadora Gráfica, Isla Malva... Al cabo de unos pocos minutos encontró un enlace que la llevó directamente a la web de Cristina. Allí Sara pudo encontrar un book de los trabajos más representativos que Cristina había realizado y lo que ella buscaba: su teléfono de contacto. Cristina había puesto tanto su teléfono fijo como su móvil. Sara tomó nota en un bloc de notas con el logo del hotel. Subió a la habitación y marcó el número de teléfono fijo.

Al cabo de unos segundos que a Sara se le antojaron interminables, surgió la voz de Cristina. El corazón de Sara le dio un vuelco, mitad alegría, mitad una extraña sensación de paranoia irracional.

—¿Sí? —preguntó la voz de Cristina.

Sara respiró hondo, el corazón le latía apresuradamente.

—Soy yo, Sara.

—¡Sara! Joder. ¿Dónde coño has estado? Llevo varios días intentando localizarte. Tienes que tener al menos treinta llamadas perdidas más en tu móvil...

Parecía que todo iba bien, pensó Sara. Respiró hondo y una sensación de júbilo se esbozó en la boca de su estómago.

—¿Estás bien? —preguntó Sara de sopetón, interrumpiendo a Cristina.

—Sí. Estoy bien. ¿Y tú? Te noto rara. ¿Va todo bien?

—No. No estoy bien. Jacobo está en el hospital.

—¿Qué?

—Alguien... alguien le ha... dado una paliza. Nuestro piso... está destrozado —balbuceó Sara con voz quebrada.

—¡Dios! Pero... ¿está grave?

Sara comenzó a llorar y se enjugó con el dorso de la mano las lágrimas que resbalaban por su cara.

—Sí..., bueno, está hospitalizado... Los médicos dicen que podría haber muerto... Yo tengo mucho miedo.

—Sara, cariño. Todo se arreglará, ya lo verás.

—Yo... yo pensé... que tú también... —No pudo terminar la frase.

—No te preocupes por mí. Todo va bien. ¿Dónde estás ahora?

Sara tragó saliva y trató de contener el soponcio que la dominaba.

—En un hotel... en Madrid.

—¿Estás sola?

—Sí. No sé qué hacer. Creo que quien le ha hecho eso a Jacobo... —hizo

una pausa y tragó saliva de nuevo—... iba a por mí.

Sara oyó el suspiro de impotencia de Cristina a través del auricular.

—Dios. ¿Quieres que vaya a Madrid?

—No. No es necesario, Cristina, ya te he causado muchos problemas — exclamó Sara intentando que su voz sonara firme.

—Pero ¿qué dices? Escúchame: no me va a pasar nada. Mira, vamos a hacer una cosa. Mañana a primera hora cogeré el ferry y tomaré el primer tren para Madrid...

—No, Cristina. Hazme caso, por favor. —Hizo una pausa—. Todo esto se ha complicado. Alguien quiere hacerme daño y no me fío de nadie. No quiero que te pase nada.

—Deberías ir a la policía —sugirió Cristina.

—Ya he acudido a ellos. Al menos a uno. Se llama Colomer y es amigo y ex compañero de Carballeira.

—¿Crees que es de fiar?

Sara dudó antes de contestar. Recordó la imagen de Carballeira en la estación hablando con el hombre del lunar bajo el ojo.

—No lo sé. Alguien está tratando por todos los medios de ocultar lo que pasó. Creo que hay varias personas involucradas. —La imagen del hombre con el lunar bajo el ojo apareció en su pensamiento. Estuvo tentada de contarle más cosas, pero se abstuvo en el último instante.

—Yo estoy convencida, Sara. No te lo vas a creer pero he descubierto un par de cosas muy interesantes. Eso era lo que trataba de contarte —dijo Cristina hablando deprisa y atropelladamente, sin poder aguardar más.

—Eres genial —susurró Sara al mismo tiempo que la imaginaba hablando entusiasmada.

—Ya sé a qué se dedicaba Borches en 1985.

—¿Viajante?

—Trabajaba por su cuenta, representando a una empresa de productos químicos. En esa época viajaba sobre todo por el centro de la península y el levante: cuatro de los cinco crímenes se cometieron en esas partes de España.

—Lo sabía.

—El problema es que la empresa ya no existe desde hace más de diez años. Sería complicado saber en qué lugar estuvo en las fechas de los asesinatos, pero no imposible.

—Podrías dedicarte a la investigación profesional —dijo Sara, sonriendo, con los ojos enrojecidos y con lágrimas todavía sobre sus mejillas.

—Eso no es todo: he dejado lo mejor para el final.

—¿De qué hablas? —preguntó sorbiéndose los mocos ruidosamente.

—De *La Donna dal Sorriso Argentato* —dijo Cristina finalmente.

—¿Qué?

—¿Tienes posibilidad de acceder a tu cuenta de email?

—Supongo. Hay un par de ordenadores en el vestíbulo del hotel.

—Genial. Dime tu correo y te pasaré una foto. Debes verla antes de continuar hablando.

Sara volvió a bajar al vestíbulo, pero los dos ordenadores estaban ocupados. En uno de ellos había un hombre enorme, consultando una web deportiva, con sus dos enormes piernas sobresaliendo por debajo de la estrecha mesa. Sus dedos regordetes apenas podían teclear correctamente. En el otro ordenador había un chaval de unos quince años, con ropa de al menos cuatro tallas más grande, que estaba chateando animosamente. Ninguno de los dos parecía tener intención de abandonar sus posiciones en un futuro cercano. Sara se impacientó, pero no podía hacer nada. Miró la hora: eran cerca de las once y cuarto. Se acercó al mostrador de recepción y preguntó al recepcionista, un joven bajo y enjuto, con ojos azules muy abiertos:

—¿Hay más ordenadores en el hotel? Necesito acceder a mi correo electrónico. —Sara no podía disimular su impaciencia.

—Lo siento. Sólo tenemos esos dos a disposición de los clientes —dijo de corrido y con una sonrisa en la boca.

—Entiendo. ¿Sabe si hay cerca un cibercafé o algo así?

—No. Lo siento.

Sara vio que el recepcionista estaba utilizando un ordenador. Miró el ordenador y luego al recepcionista, que adivinó de inmediato sus intenciones.

—Sólo sería un momento —dijo Sara en un tono de súplica infantil. Acto seguido le ofreció una sonrisa pícaro. Se le daba muy bien hacerlo. Era un recurso que solía utilizar a menudo en su trabajo.

El joven recepcionista se quedó embelesado. Carraspeó e intentó sonreír. Se ruborizó en cuestión de segundos.

—Si es sólo un momento... —dijo con voz temblorosa.

—Gracias —dijo sonriendo y mostrando al susurrar la punta de la lengua. Sabía que eso los ponía.

Sara dio la vuelta al mostrador. El recepcionista se apartó del ordenador y Sara se sentó en la butaca.

Volvió a mirar al recepcionista y volvió a sonreír.

—Eres un cielo.

El recepcionista asintió con la cabeza. Volvió a carraspear y se puso a rellenar unas fichas en el otro extremo del mostrador. Sara se dio cuenta de que la miraba de reojo con ojos de deseo. Lo miró de nuevo y sorprendió al chico mirándole las piernas. Sara se había puesto unos vaqueros ajustados y una fina camiseta blanca. Los vaqueros eran de talle bajo, así que una porción de la cintura quedaba a la vista en esa posición.

El recepcionista miró a Sara por enésima vez, asintió y desapareció por una puerta que estaba detrás de ella.

Sara lanzó Firefox y tecleó la dirección de su servidor de correo. Escribió su cuenta de correo y la correspondiente contraseña, no sin antes mirar a su alrededor. Desde su posición, si estiraba la cabeza, podía ver los dos ordenadores del vestíbulo. Continuaban ocupados.

Al entrar en la página principal descubrió que había más de cien emails en la bandeja de correo entrante. No había revisado su correo desde que pisara Isla Malva la primera vez.

El correo de Cristina estaba el primero de la lista. Lo había enviado hacía apenas unos minutos. No había texto escrito, sólo un archivo adjunto. Clicó un par de veces y la imagen apareció lentamente en el monitor.

Era una fotografía de *La Donna dal Sorriso Argentato*. Cristina había tomado la fotografía durante su visita al monasterio de la Orden Franciscana Seglar de las Hermanas de María.

La imagen tenía más resolución que el monitor, así que tuvo que desplazar el ratón para poder verla completa. Aun así, se mostraba muy lentamente. Echó de menos su iMac.

Miró detenidamente una porción de *La Donna dal Sorriso Argentato*. Le fastidiaba no poder verla a su tamaño completo. Miró detrás de ella y vio el hombro izquierdo del recepcionista, que estaba sentado cerca de la puerta, dentro del diminuto habitáculo.

—Perdón. Soy yo otra vez —dijo Sara con deliberada ingenuidad, apoyándose en la jamba de la puerta.

El recepcionista no pudo evitar desviar su mirada a uno de los enormes pechos de Sara que se asomaba descaradamente. Además no llevaba sujetador, y el ancho y juguetón pezón apuntaba directamente hacia él.

—Rrr... ¿Sí?

—Necesito imprimir un documento. ¿Puedes ayudarme con la impresora?

El joven recepcionista volvió a carraspear, se levantó sonriente y

servicialmente, y ayudó a Sara a imprimir la fotografía de *La Donna dal Sorriso Argentato*. Antes de darle las gracias y subir de nuevo a su habitación, pilló por lo menos tres veces al recepcionista revisando su anatomía.

Cinco minutos más tarde, Sara estaba sentada sobre la cama. En una mano tenía el auricular y en la otra el A4 impreso.

—No entiendo nada —dijo Sara—. ¿Qué se supone que es?

—Un cuadro.

Antes de que Sara pudiera añadir algún comentario, Cristina prosiguió:

—La fotografía de tu madre. La que tenía aquel edificio desenfocado de fondo.

—Sí, la foto.

—Al principio estaba desconcertada. No podía ubicarla en un lugar concreto, aunque intuía que correspondía a los alrededores de Llanes. Ni mi tía ni tu madre tenían coche, así que tendrían que moverse en taxi.

—Sigue.

—Pregunté en la isla, pero nadie tenía ni idea. Lo cierto es que está muy borrosa. Y quién lo iba a decir, Arturo, el dueño del súper, lo reconoció a la primera.

—¡Suéltalo ya! —replicó Sara.

Cristina rió a través del auricular.

—Es un convento. Está a unos quince kilómetros de Llanes. Sor Prudencia fue muy amable conmigo. El cuadro está colgado en la biblioteca del monasterio.

Sara miraba la fotografía, intentando descubrir la supuesta pista oculta.

—Ya, pero... es la primera vez que lo veo. No sé qué puede significar.

—Tú que has leído el libro ¿ves alguna relación?

—Mmm... No —contestó Sara mirando exhaustivamente la impresión—. Quizá haya algún detalle que se me escapa... Además la impresión no es muy buena.

—¿Quieres que te diga mi teoría?

—Soy toda oídos.

—Tu madre y mi tía fueron de visita a ese monasterio. Como yo misma hice: pudieron coger un taxi y allí descubrieron el cuadro. La hermana Prudencia me aseguró que el cuadro lleva con ellas desde antes de la guerra civil, aunque no me pudo confirmar que tu madre y mi tía estuvieran en el verano de 1985.

—El cuadro se llama *La Donna dal Sorriso Argentato* —dijo Sara reflexivamente.

—Estoy segura de que hay algo en el cuadro que era importante para tu madre —conjeturó Cristina.

Sara miró por enésima vez la imagen.

La impresión había salido demasiado oscura y no se apreciaban los detalles más significativos. Sara intuyó sin lugar a dudas que el cuadro era la clave, pero no podía establecerla.

—¿Y el libro? —preguntó Sara.

—Tengo otra teoría.

—Te escucho.

—Según el diario de mi tía, el día 15 de julio fueron a Llanes pero ya no hay otra entrada que indique que volvieran posteriormente. Sin embargo, sabemos por las fotos que estuvieron durante las fiestas de La Magdalena.

—Sí, eso ya lo sabíamos.

—Creo que la visita al monasterio la hicieron algún día entre el 15 y el 18 de julio, pero si quieres que te dé mi opinión: para mí que fue el 18.

—El dieciocho —repitió Sara.

—Ese día fueron al cine.

—A ver la última película de Robert Redford.

—¡Qué guapo!

—Muy guapo, sí —dijo Sara sonriendo. Definitivamente, hablar con Cristina le había hecho olvidar momentáneamente sus problemas más inmediatos.

—En el verano de 1985 había una única sesión y era a partir de las ocho de la tarde. No había mucho que hacer, así que antes de meterse en el cine decidieron ir a visitar el monasterio... *Et voilà!*

Sara soltó una risa comedida.

—El 18 de julio comenzaron las fiestas de La Magdalena y ese día llovió con toda seguridad. Me lo han corroborado personalmente.

—¿Quién? —preguntó Sara sin poder ocultar su sorpresa.

—Avelino Rodríguez Mechano.

—¿Quién? —dijo Sara, dejando escapar una risa.

—Era el encargado del pregón de las fiestas de 1985 y eso nunca se olvida.

—Has hecho un buen trabajo —indicó Sara gratamente sorprendida.

—Aún no he acabado.

—Bien —dijo Sara, animándola a continuar.

—Estoy casi convencida de que fue el mismo día que encontraron el libro.

Sara miró de nuevo la hoja impresa con la imagen de *La Donna dal Sorriso*

Argentato y se quedó pensativa durante un rato. Al cabo de unos segundos Cristina preguntó:

—¿Qué piensas?

—Que yo también tengo una teoría —dijo Sara.

—*Tell me everything...*

—Creo que el libro en sí, como tú vaticinaste, no significa nada —sentenció Sara—. Pero hay algo en lo que estábamos equivocadas. Bueno, en realidad debo admitir que yo sí lo sabía, pero no me atreví a contártelo. Lo siento.

Sara tragó saliva.

—Según parece, mi hermano lo puso en la biblioteca familiar.

—No entiendo.

—El día antes de que yo lo encontrara, Alberto estuvo en el piso de O'Donnell buscando también el libro.

—¿Qué estás diciendo?

Sara asintió antes de proseguir.

—He estado dándole vueltas y más vueltas... sin llegar a ninguna conclusión. Debo reconocer que pensé que mi propio hermano me estaba engañando. Según él, cuando regresamos después de la muerte de mi madre puso el libro allí. De alguna manera, lo había traído consigo y yo creo que no me mentiría...

La voz de Sara se quebró en la última frase.

—Vaya...

Sara volvió a tragar saliva.

—Alberto tiene muchos defectos pero sería incapaz de hacerme daño adrede.

—Yo también lo creo —dijo Cristina compasivamente.

—El libro no estaba en la isla cuando llegamos allí. Estuvimos todo el tiempo juntos.

Repasó mentalmente cada instante previo al hallazgo de la carta. Todo el tiempo habían estado juntos; no obstante, Alberto llegó antes que ella a la cita en la Casa del León. Se negó rotundamente a creer que su hermano tuviera algo que ver —más allá de la duda razonable— en la repentina aparición del libro en el viejo piso de Madrid. Renunció a pensar en esa posibilidad. Durante unos instantes Sara permaneció en silencio, meditando.

—¿Sara? ¿Estás bien?

Sara parpadeó. No estaba bien, pero se esforzó en parecerlo. Cogió el folio con *La Dama de Sonrisa Plateada* y lo miró fijamente.

—¿Crees en las coincidencias? —preguntó Cristina de improviso.

—¿Casualidad?

—Causalidad.

—Se refugiaron de la lluvia en el local de Jonás y, mientras esperaban que amainara, echaron un vistazo y descubrieron el libro por casualidad. Causalidad.

—Lo compraron sólo porque era una coincidencia. Quizá mi tía lo compró y se lo regaló a tu madre.

—Eso nunca lo sabremos, pero tal vez ocurrió de ese modo.

—No está mal, ¿eh?

Sara sonrió mientras miraba la noche a través de la ventana. Luego miró de nuevo el A4 impreso.

—Voy a examinar con lupa este cuadro. Sé que está aquí. Tiene que estarlo. Puede que el tiempo haya borrado las huellas de los asesinos de mi madre, pero estoy convencida de que no hallaron las pruebas que ella descubrió y que sin duda incriminan al auténtico asesino.

Macías entró por la puerta de urgencias de La Paz doce minutos después de la medianoche. Estaba irritado por la actitud de Sara Leclerc. Ahora tenía la certeza de que ocultaba algo. Quizá estuviera metida en algo turbio. Era actriz, por lo que sabía, y estaba harto de encontrarse a gente de ese mundillo envuelta en todo tipo de excesos.

Pero lo de la paliza a su novio pintaba mal. Intuía que alguien no le tenía mucho aprecio. Tendría miedo a las posibles represalias por parte de quien la estaba amenazando, eso era normal. Aun así, estaba enfadado con ella por haberle engañado: le había dado un número de teléfono que correspondía a una carnicería de Aluche. Allí no sabían quién era Sara Leclerc ni Cristo que lo fundó. A punto estuvo de estampar el teléfono móvil, por haber caído en una trampa en la que hasta un niño de primaria se habría percatado de que la chica mentía como una bellaca. No tendría una nueva oportunidad de engañarlo. Tarde o temprano la encontraría y ya no sería tan diplomático con ella. Supuso que por la mañana visitaría a su novio.

Álvaro, el internista amigo de Sara, estaba de guardia. Fue quien se encontró con Macías y lo acompañó por un atajo hacia la habitación donde Jacobo se recuperaba. El doctor lo acribilló a preguntas y Macías contestó con evasivas más o menos convincentes. No manifestó el disgusto por las acciones de Sara que lo habían provocado.

Jacobo estaba con los ojos cerrados cuando Macías entró en la habitación. La

enfermera que vigilaba la evolución del maltrecho novio de Sara Leclerc miró con recelo al inspector. Por el bien de la salud de su paciente le concedió un máximo de cinco minutos.

Macías se acercó a la cama donde descansaba Jacobo. Éste abrió los ojos perezosamente al notar la presencia de alguien en la habitación. Tenía la mirada de las personas que han sufrido una experiencia traumática y todavía no la han aceptado.

—¿Se encuentra mejor?

Jacobo lo miró con una mueca sarcástica. Tenía la cara amoratada e hinchada grotescamente por un lado debido a los golpes recibidos. El ojo izquierdo estaba casi enterrado en carne congestionada. Llevaba un collarín y tenía el cuerpo recubierto por un vendaje de inmovilización que se asemejaba a una blanca armadura.

—¿Usted qué cree? —bufó Jacobo, malhumorado.

Macías lo comprendía perfectamente, pero él era policía. Se encontraba casos como ése y peores todos los días.

—¿Podría contarme cómo pasó?

Jacobo miró al techo. Sentía una mezcla de vergüenza, humillación, miedo, rabia e impotencia. Estuvo a punto de llorar pero se contuvo finalmente.

—¿Era un hombre o más de uno? —dijo Macías intentando que se animara a iniciar su relato.

Hubo un largo silencio.

—Uno.

—¿Podría describirlo?

Jacobo giró la cabeza hacia su izquierda, en dirección contraria a Macías. Suspiró. Daba la sensación de que Jacobo culpaba a todo el mundo de lo que le había sucedido. Macías conocía esa sensación. Podía sentir el rencor hacia su persona. No era nada personal. Nunca se mostraba compasivo con las víctimas. Él era un profesional y lo mejor que podía hacer por ellas era atrapar a quienes les habían infligido el daño.

—Era muy alto. Muy fuerte. No era español —balbuceó Jacobo, como si le diera miedo pronunciar las palabras.

—¿Del este de Europa?

Jacobo asintió lentamente con la cabeza.

—Era alto y fuerte... ¿Qué más?

—Llevaba el pelo cortado casi al cero y perilla. Tenía los ojos muy azules.

—¿Cómo vestía?

—No sé..., normal.

—¿Alguna característica en especial?

Jacobo se giró y miró a Macías a los ojos.

—Sí. Que era un hijo de puta.

Macías miró los ojos acuosos de Jacobo. Una repentina sensación de compasión hacia el compañero de Sara Lecrerc le cogió desprevenido.

—¿Cómo ocurrió? —preguntó Macías intentando reconducir el interrogatorio.

Jacobo respiró hondo, lo que le produjo dolor en el pecho. Miró a Macías y le indicó con los ojos un vaso de plástico transparente con pajita que contenía agua. Macías se lo acercó y bebió lentamente.

—Gracias —dijo Jacobo al terminar.

Macías no dijo nada; se limitó a esperar el testimonio de Jacobo.

—Todo ocurrió muy deprisa. Yo estaba en el salón, viendo la tele... De repente oí que la puerta se abría. Creí que era Sara, porque no oí nada raro. Entonces apareció por la puerta del salón y me miró fijamente. Me quedé paralizado. Se acercó a mí en dos pasos y me golpeó...

Jacobo no pudo evitar sollozar. Se detuvo tratando de tragar saliva. Macías asintió, haciéndose cargo de su pesar. No era fingido. Esperó en silencio, pacientemente.

Jacobo continuó al cabo de unos largos segundos.

—Traté de defenderme, pero ni siquiera pude darle un solo puñetazo o una patada. Era muy fuerte. —Se detuvo un momento y luego prosiguió—: Me dijo que me mataría si no le decía dónde estaba Sara.

Macías enarcó una ceja. Lo sabía.

—¿Le preguntó por su novia?

—Sí. Yo... yo estaba aturdido. No recuerdo muy bien qué le dije... Después comenzó a tirarlo todo... Parecía como si buscara algo... Yo... estaba... estaba muy asustado y no me atreví a gritar...

—Entonces, ¿no sabía dónde estaba ella?

Jacobo negó con la cabeza consternado por el terrible recuerdo.

Macías asintió pensativo. Suspiró antes de hablar.

—¿Está su novia metida en algo?

Jacobo giró la cabeza con la rapidez que le fue posible y miró a Macías a los ojos, intentando aparentar algo de dignidad.

—Algo la tiene preocupada desde que vino de la isla.

—¿La isla?

—Isla Malva, creo que se llama así. Está frente a la costa de Llanes. Hace un par de semanas estuvo allí por un asunto familiar. No ha dejado de ir y venir desde entonces.

—Entiendo —murmuró Macías, pensativo.

—Tiene que protegerla de ese animal.

—No se preocupe —dijo Macías, preocupado.

Augusto Fontecha siempre había intentado solucionar sus problemas personales sin inmiscuir a nadie más, pero en algunas ocasiones eso era totalmente imposible. No quería dejar ningún rastro, pero el asunto podía complicarse y tenía que tomar una drástica decisión, llegado el caso. Perder todo lo que tenía le aterraba. Ir a la cárcel le horrorizaba.

Tal vez estaba exagerando y todo eran figuraciones suyas. Seguramente todo se solucionaría en breve como le habían prometido. No quería conocer los detalles. No quería saber más de lo necesario. Sólo quería que todo este asunto acabase de una maldita vez.

Aunque, por otro lado, tal vez sus sospechas y miedos no resultasen tan infundados como él quería creer.

No.

No podía dejarlo al azar. No podía esperar que los problemas se solucionasen por sí solos. Vivía en un país en el que gran parte de su población esperaba que sus problemas los solucionase la Divina Providencia, y así nos iba. Estaría convenientemente preparado. Era un hombre de recursos, aunque era necesario e imprescindible trazar un esquema previo, destacando los puntos más importantes. Ya lo tenía todo en su cabeza. No tenía necesidad de apuntar nada en ningún lugar.

Había tenido la precaución de no tomar notas, no enviar ningún correo electrónico y, por supuesto, no utilizar un teléfono móvil. Para ello había utilizado la telefonía pública. Nunca repetía el lugar desde donde realizaba sus llamadas y nunca daba datos concretos y mucho menos instrucciones precisas. Era remotamente impensable que alguien escuchara todas las conversaciones de un teléfono público, pero no del todo improbable. Por si las moscas, nunca revelaba su identidad e intentaba dejar lo menos posible al azar. No creía estar siendo vigilado. Él había sido policía y, aunque nunca tomó parte en ningún dispositivo de vigilancia, conocía bien el protocolo de actuación.

No se olvidaba del inepto de Borches. Seguro que estaba tramando algo. El muy imbécil era muy capaz de meter la pata hasta el fondo. No quiso pensar en

esa posibilidad, pero era bastante cuantificable que así ocurriera.

Definitivamente tenía que tranquilizarse o todo aquello acabaría con él.

Atravesó la plaza de la Constitución, cruzó la plaza del Sol, giró a la izquierda y cogió la calle del Mon, continuó por la calle de Santa Ana hasta que llegó a la calle del Águila, donde se encontraba la catedral de San Salvador.

Había quedado con un tipo esa mañana. No lo conocía personalmente. Había oído hablar vagamente de él a Marcial, su socio. Lo había contratado en una ocasión para uno de los innumerables chanchullos en los que siempre se veía envuelto. Fontecha nunca había querido tener que ver con ellos. Marcial Manjavacas solía reírse de Fontecha por su actitud mojigata. En más de una ocasión le hubiera retorcido con gran placer esa papada de gorrino.

Su socio llevaba ya varios días sin acudir a la oficina. La semana anterior se presentaron en la oficina buscándolo un par de matones con acento albanokosovar, pero Marcial había desaparecido de la faz de la tierra. Nadie sabía dónde estaba.

Fontecha sabía que los días de su socio estaban contados. Lo encontrarían tarde o temprano y acabarían con él. Una mañana los periódicos locales abrirían con estupor la edición, informando de que habían descubierto el cadáver mutilado de un prominente empresario gijonés, de contrastada trayectoria profesional y que había trabajado intensamente y con total devoción para su comunidad, bla, bla, bla...

No le importaba en absoluto. En realidad se lo merecía.

Aprovechando su prolongada ausencia, echó un vistazo a la agenda que guardaba en uno de los cajones del escritorio de su despacho. El muy idiota tenía anotados hasta los teléfonos más comprometidos: desde sus contactos con la mafia rusa hasta matones para ocasiones especiales, pasando por innumerables teléfonos de contacto de prostitutas de lujo.

Andy.

Era el típico apodo del vulgar matón de tres al cuarto. Era él. Fontecha recordaba perfectamente ese apodo. En una ocasión, Marcial se explayó narrando una truculenta anécdota a su propia secretaria. Al parecer, el tal Andy había dado una paliza a un par de trabajadores, que formaban parte de un piquete informativo, durante una huelga en el sector de la construcción. El muy imbécil relató todos y cada uno de los detalles, haciendo especial hincapié en los más groseros, soeces y escabrosos. Probablemente muchos de ellos serían invención suya —Marcial era un mentiroso compulsivo—. Pregonó a los

cuatro vientos, a todo aquel que quisiera escucharle, el precio que Andy cobraba por dar una paliza o matar a alguien, según el caso. Así era el bueno de Marcial.

Fontecha llamó a Andy. Por supuesto no le dijo quién era él, ni de dónde había conseguido su teléfono; estaba interesado en un arma eficaz. A cambio le pagaría una buena cantidad de dinero, muy por encima de su precio habitual en el mercado negro. Qué le importaba a Andy de dónde consiguiera ese fulano su teléfono. Era un buen negocio y punto.

El hombre con quien había quedado estaba deambulando por las inmediaciones de la catedral, tal y como habían acordado previamente. Fumaba y llevaba una cazadora verde tipo militar y gorro de lana negro con el logo de una famosa marca deportiva. Era alto y apuesto.

Andy se giró y vio a Fontecha. Enseguida averiguó quién era su misterioso cliente. Fontecha caminó hacia él y, conforme lo hacía, descubrió que se parecían físicamente bastante. Andy pareció tener el mismo pensamiento a juzgar por su mirada.

Andy arrojó su cigarrillo al suelo.

Fontecha se acercó a él sin detenerse y susurró:

—Vamos dentro —dijo señalando con un gesto la catedral.

—¿Pa' la iglesia? —farfulló Andy extrañado.

Fontecha no dijo nada. Entró en la catedral. Había dos parejas de turistas en bermudas y chanclas y eso que hacía un frío considerable. A pesar de que estaba prohibido utilizar la videocámara, uno de ellos estaba filmando furtivamente el excelente retablo mayor. La que probablemente fuera su esposa recriminó su actitud. Finalmente desistió con una sonrisa bobalicona. Tres ancianas completamente enlutadas rezaban y se persignaban constantemente. Un monaguillo desgarbado y narigudo encendía algunos cirios.

Fontecha se sentó en el extremo de un banco e hizo la señal de la cruz. Andy se sentó a su lado, miró a su alrededor y esbozó una sonrisa estúpida, buscando con su mirada divertida a un imaginario compañero con quien compartir la broma.

Andy se quitó el gorro y se lo metió en uno de los bolsillos de la chaqueta militar, haciendo para ello innumerables ruidos de roce. Fontecha lo miró de soslayo y comprobó que, sin el gorro, el parecido entre ellos era considerable. Aunque sólo era físico. Sin duda, Andy era la versión estúpida de él.

—Qué mal rollo, ¿no? —soltó Andy con una mueca de asco.

Definitivamente era idiota, diagnosticó Fontecha.

—Es tranquilo —dijo Fontecha mirando al frente.

—No me molan las iglesias.

—Es una catedral.

—Ésas menos —dijo Andy sorbiéndose los mocos ruidosamente.

Deseó estrangularlo allí mismo, con sus propias manos. Constató que últimamente perdía la paciencia demasiado a menudo. Volvería a sus clases de autocontrol cuando terminase todo aquello. Montreal sería un lugar ideal para vivir. Había leído en algún lugar que Canadá estaba considerado el mejor país del mundo para vivir. Ya estaba deseando largarse de allí.

—Supongo que estará muy ocupado, así que no quiero que pierda su valioso tiempo. He traído el dinero.

—¿Dos mil? —preguntó Andy con una sonrisa pícaro.

—Mil. Ése fue el trato —dijo Fontecha sin inmutarse.

—Eso era pa' otra pipa, pero no la he podío' conseguir... Ésta es mejor. Así que son dos mil cuescos.

Fontecha apretó los puños y la mandíbula con fuerza.

Relajación...

Ese mierda seca quería estafarlo, pero no podía dejarse amilanar por un ignorante como aquél. Fontecha se levantó y Andy siguió el movimiento con su mirada.

—¿Qué pasa? —preguntó Andy estupefacto. Soltó una risita bobalicona al final.

Fontecha no se dignó contestar. Se giró con intención de marcharse sin hacerle el más mínimo caso. Andy lo cogió del brazo. Fontecha se detuvo y miró la mano de Andy. Era nervuda y fuerte pero no lo sujetaba con fuerza.

—Estamos hablando, colega... Tranqui, hombre.

Andy sonrió y soltó a Fontecha.

—Siéntate, hombre. Estamos aquí pa' negociar, nen —dijo Andy, dando una palmada en el banco de madera.

Fontecha miró a Andy y luego el lugar donde había dado la palmada. Esperó unos segundos y se sentó.

—Pues no eres tú quisquilloso, ni na'... —soltó Andy sonriendo.

—Me gusta respetar y que me respeten —dijo Fontecha siguiéndole el juego.

—Y a mí también, fijo. Te estaba poniendo a prueba. Hay mucho listillo suelto por ahí, ¿sabes lo que quiero decir? —dijo Andy atropelladamente.

Fontecha suspiró.

—Lo que tú digas. ¿La has traído?

—Claro —dijo asintiendo—. ¿Quieres verla aquí? Es pecao... —añadió fingiendo aprensión; luego soltó otra risita bobalicona.

Fontecha no dijo nada, esperó pacientemente.

Andy sacó un bulto envuelto en un trozo de tela negra, se lo puso sobre su regazo y miró a su alrededor. El monaguillo había desaparecido. Los turistas se habían sentado en el primer banco y planeaban adónde irían a almorzar. Las ancianas entonaban una salmodia ininteligible.

Andy desplegó con cuidado la envoltura. Era una Glock 17. Parecía estar en buenas condiciones. Fontecha miró el arma con detenimiento.

—¿Munición? —preguntó Fontecha.

Andy se golpeó un par de veces en el bolsillo del chaquetón: sonó a ruido metálico amortiguado.

—Una caja de cincuenta, pero puedo conseguirte más.

Andy envolvió el arma y miró a Fontecha. No sonrió.

—La pasta.

Fontecha miró a Andy a los ojos. Éste mantuvo su mirada. Finalmente, Fontecha sacó diez billetes de cien euros y se los enseñó a Andy. A éste los ojos se le abrieron como platos.

—Dámela —ordenó Fontecha.

Miró el dinero y luego a Fontecha. Le dio el arma y la caja con la munición a regañadientes. Andy estiró su mano derecha y Fontecha le entregó el dinero. El intercambio se realizó simultáneamente.

Andy contó el dinero un par de veces antes de guardárselo en el bolsillo del pantalón. Parecía más relajado. Le dio un codazo a Fontecha.

—Parece q'has hecho un buen negocio. Yo diría que cojonudo, nen.

Fontecha no dijo nada. Andy se inclinó hacia delante y miró detenidamente a Fontecha.

—Oye, tío, ¿te has dado cuenta? Nos parecemos mogollón. Tú un pelín más pureta que yo, pero semos clavaícos, ¿que no? —dijo Andy.

Fontecha sonrió a Andy.

—Sí, también me he dado cuenta. Algo sí que nos parecemos.

Andy meneó la cabeza y miró de reojo a Fontecha con ojos divertidos. Le dio otro codazo.

—Yo más guapo... —Bajó el tono de voz hasta casi un susurro—. Y no sé cómo la tendrás, nen, pero yo tengo un peazo badajo que ya quisiera la campana de esta iglesia.

Rió nerviosamente y dio otro codazo a Fontecha.

De repente Fontecha tuvo una idea.

Era una idea brillante. Volvió a mirar a Andy fijamente. Movi6 la cabeza, sonriendo.

—¿Te gustaría ganar más dinero?

—¡Coño! ¿Y a quién no? ¿A quién hay que matar? —bramó mientras soltaba una carcajada.

Las ancianas enlutadas volvieron la cabeza y miraron con ojos reprobatorios a Fontecha y Andy.

—Ya te llamaré. Creo que va a ser un buen negocio para ti.

Andy sonrió, animado por la posibilidad de conseguir dinero fácil, rápido y sin esfuerzo. No entraba en su cabeza de chorlito conseguirlo de otra forma.

Fontecha se levantó y se alejó de Andy, que se quedó sentado en el banco. Sacó el dinero y volvió a mirarlo y a remirarlo. Fontecha pensó que había sido una enorme suerte haber conocido a Andy. No sabía hasta qué punto le iba a resultar útil.

A eso de las nueve y veinte de la mañana, Sara abandonó el hotel. Un taxi la estaba esperando en la puerta. Rogó encarecidamente que la casualidad no la volviera a reunir con Filemón, el cuñado de Ino. Se sorprendió al descubrir que el taxista era en realidad una chica más o menos de su edad, aunque aparentaba una bien entrada cuarentena. Apenas hablaron durante el trayecto. La chica parecía triste y pensativa y al parecer no tenía ganas de dar conversación. Tampoco Sara.

Veinticinco minutos más tarde Sara atravesó la puerta principal del Hospital La Paz. Se dirigió hacia los ascensores y entonces creyó ver a alguien que le resultaba familiar. Era un hombre alto y pálido, de rostro afilado y ojos claros. Instintivamente Sara se giró para evitar una confrontación visual. En su lugar caminó en dirección contraria a los elevadores y se dirigió hacia un quiosco de prensa y revistas. Sara se colocó de tal manera que pudiera ver al hombre que deambulaba por el vestíbulo del hospital.

«¿Dónde lo he visto antes?»

Sin duda la estaba buscando a ella. De repente sintió un miedo cerval. Alguien quería acabar con ella. Intentó no mirar al hombre directamente y se concentró en hojear la primera revista que encontró, una sobre coches de lujo de gran cilindrada.

Intentó pensar con claridad y dirimir la cuestión. Tenía que salir de allí. Se giraría y saldría por el mismo lugar que había entrado.

Entonces recordó dónde lo había visto. En su propia casa. El día anterior. Después de que el Samur se llevara a Jacobo.

Era un hombre de Macías.

No estaba preparada para hablar con él. Le había dado esquinazo la noche anterior y no la dejaría marchar tan fácilmente en esta ocasión. No podía permitirse el lujo de ser retenida. Tenía mucho que hacer en ese momento.

Carraspeó y cogió la revista. El quiosquero, un hombre joven extremadamente grueso, le cobró haciendo un extraordinario esfuerzo al pronunciar el precio del artículo.

Sara salió del quiosco, cabizbaja y medio encogida, abrigando la esperanza de que el hombre de rostro afilado no fuera bueno reconociendo a gente por la espalda.

Consiguió llegar a la puerta principal con relativa rapidez y a continuación a la calle Pedro Rico. Caminó pegada a la valla que delimitaba el complejo hospitalario en dirección norte, hasta que se topó de frente con un taxi. Llamó su atención. El taxista se detuvo obedientemente pegándose a la fila de coches estacionados. Se subió al taxi y se alejó de allí con la misma celeridad que había llegado.

Apenas a unos metros y en la acera de enfrente, un Mercedes plateado arrancó y siguió al taxi.

El conductor del lujoso vehículo era Borches.

—Éramos cinco y casi no podemos con él —dijo Tendero, uno de los hombres de Macías, acerca de la captura del supuesto agresor del novio de Sara Leclerc—. Le tuvimos que derribar para hacernos con él. Si lo llegamos a intentar dentro del restaurante, lo hubiera destrozado todo. Hace tiempo que no veía una bestia de ese calibre.

Macías miró fugazmente a Tendero mientras atravesaban el estrecho pasillo que conducía a los calabozos de la concurrida comisaría de Leganitos. Tendero, no es que fuera precisamente un alfeñique. Medía más de metro ochenta y pesaba al menos noventa y cinco kilos, la mayoría de ellos libres de grasa.

—¿Cómo lo habéis localizado?, ¿utilizando la base de datos de la Europol?

Tendero negó mientras evitaba un encontronazo con un agente con uniforme que salía de un despacho.

—Ni se lo va a creer. Resulta que el musculitos es socio desde hace unos meses del Arian. Allí entrenaba tres horas al día, a la vez que alternaba con todas las chicas sin esconderse... Un tipo con esos músculos tiene que

ejercitarse a diario, por lo tanto necesita un buen gimnasio. Se me ocurrió empezar por ahí... y entonces recordé que el Mangui trabaja allí. Ayer lo seguimos, le hicimos unas fotos y se las enseñamos a un testigo que asegura que lo vio entrar en el inmueble donde vive la actriz.

Macías miró de nuevo a Tendero y asintió levemente mientras abría la puerta de los calabozos. No dijo nada, pero Tendero sabía que su jefe estaba satisfecho.

El sospechoso ya se había despertado. Tenía la cabeza ensangrentada y bramaba improperios en esloveno. Era un hombre grande y musculoso. Las tres horas diarias de gimnasio, más un físico excepcional, daban como resultado un hombre que más valía tener como amigo. Rubio, de feroces ojos azules y pelo cortado a lo militar, lucía una bien cuidada perilla también rubia.

Macías entró hasta el calabozo donde estaba confinado. Estaba de pie y miraba con auténtico odio a todo aquel que se cruzaba en su campo visual. Macías no se dejó impresionar por el matón.

Probablemente, en un cuerpo a cuerpo el sospechoso hubiera hecho picadillo a Macías. O no. Pese a su escasa presencia física, Macías llevaba desde muy joven practicando artes marciales: judo, kárate y sobre todo taekwondo, donde era cuarto dan. No sería la primera vez que doblegara a un hombre más corpulento y alto que él.

Mientras Macías observaba al matón, sacó su teléfono móvil e hizo una llamada.

—¿Hay alguna novedad? —preguntó, sin apartar la mirada del detenido.

—No ha pasado por aquí y, si hubiera conseguido subir a la habitación por otro lugar, Rojas la habría visto. Está apostado en el pasillo, al lado de la habitación.

—Bien. —Macías se miró el reloj—. Llámame en cuanto tengas algo.

Macías colgó y luego suspiró. El detenido lo miraba fijamente sin parpadear. El inspector desvió la mirada para buscar a Tendero. Se acercó.

—Seguro que sabe que la estamos vigilando.

El agente asintió, mirando con desprecio al detenido.

—Así que... —Dejó la frase a medias, meditando—. Es posible que tenga la intención de dejar Madrid. Quiero saber qué vuelos hay para los aeropuertos cercanos a Llanes. Y quiero controles a la llegada de la ciudad. También los trenes. Entérate de cómo se llega a esa isla... —Chasqueó buscando en su memoria el nombre completo—. Isla Malva.

—¿Malva? —repitió el agente—. De acuerdo —asintió y obsequió con otra

mirada de desprecio al detenido antes de salir del calabozo.

Macías se quedó mirando al matón y se dirigió a él por primera vez.

—No te creas que me asustas, gorila de mierda.

Borches siguió pacientemente al taxi que llevaba a Sara por las calles de un Madrid inundado de exasperante tráfico y calles cortadas. El taxi llegó hasta la estación de Chamartín. Borches vio a la chica descender del coche y entrar en el edificio chato. Tuvo un ataque de impotencia y golpeó el volante con saña un par de veces. Sintió un pinchazo y se puso la mano sobre el pecho, a la altura del corazón. Reflexionó durante unos instantes; eso no le beneficiaba en nada. Gruñó ruidosamente y miró a su alrededor. Dio un volantazo y se dirigió hacia el aparcamiento de la propia estación.

Siete minutos más tarde, hizo el camino de vuelta desde el aparcamiento andando a paso apresurado. Le costó lo suyo encontrar un espacio disponible. Odiaba Madrid y las grandes ciudades.

Caminó con paso cauto por el corredor principal, buscando con la mirada. Esperaba no haber cometido la torpeza de perderla de vista. De repente echó de menos sus gafas de sol. Las había olvidado en el coche. Masculló una palabrota y buscó un lugar donde poder adquirir otras. No podía permitir que lo reconociera de buenas a primeras.

Al cabo de unos minutos encontró lo que buscaba. En una tienda de regalos y souvenirs compró unas gafas baratas. Odiaba esas gafas enormes que estaban de moda y que le hacían parecer un ridículo imbécil. Descubrió indignado que no existía ningún modelo de tamaño normal. Compró las más discretas; aun así, seguían siendo enormes.

Salió de la tienda y se obligó a tranquilizarse. Estaba muy alterado y eso que la noche anterior había salido a dar una vuelta para animarse un poco. Había estado merodeando por Colonia Marconi en busca de alguna prostituta barata. Sin saberlo, había penetrado en una zona que se distinguía básicamente por ser un territorio casi exclusivo de transexuales. Uno que era alto, rubio y con unas tetas enormes llamó su atención. Cuando se acercó a él, se dio cuenta de su error, pero no le hizo ascos. Después de negociar la tarifa, subió a su Mercedes y le hizo una felación durante dos minutos. Después de echar al transexual a patadas, descubrió con incredulidad que le había gustado más que cuando Gloria se la chupaba en su oficina.

Con sus gafas enormes, Borches se dirigió hacia la sala de espera. Tenía que ser cauto. Dio un par de vueltas de reconocimiento, manteniéndose a distancia y caminando despreocupadamente. No la vio en ningún lugar.

«¿Me habrá dado esquinazo esa zorra tetona?»

Se puso nervioso. No podía estar muy lejos. Caminó hasta el final de la sala y casi se tropieza con ella. Se giró de inmediato. El corazón le latía desbocado. Se quedó allí plantado sin saber qué hacer. De repente miró hacia arriba y observó un panel anunciador que tenía sobre su cabeza. Sara pasó a su lado y se alejó por su derecha. De repente se detuvo. Llevaba algo en sus manos que estaba trasteando: un móvil.

Borches la miró disimuladamente por el rabillo del ojo. Supuso que lo había comprado en la tienda que acababa de abandonar.

La chica se metió el móvil en el bolsillo de su chaqueta y se alejó hasta las taquillas expendedoras. Desde allí la podía observar perfectamente, pero si se giraba repararía en él inmediatamente. Borches se arrastró hasta una máquina de refrescos y fingió estar interesado en algún producto.

Como si le hubiera leído el pensamiento, la chica se giró de repente y miró a su alrededor, intentando inequívocamente descubrir si alguien la observaba. Luego disimuló y su mirada bailó discretamente de un lado a otro de la sala. Después de un rato, se puso en la cola para comprar un billete. Había cuatro personas delante de ella.

Borches empezó a sudar. Tenía que averiguar adónde se dirigía, probablemente a Gijón, pero no podía saberlo con certeza. Cruzó en diagonal, sabiendo que se exponía a ser descubierto si a ella se le ocurría mirar en esa dirección. Si alcanzaba la esquina estaría más cerca de ella y, por tanto, podría escuchar hacia dónde tenía intención de ir.

No miró hacia él.

Borches llegó hasta la esquina. Estaba sudando como un cerdo. Entonces recordó el último episodio que le provocó el infarto en Isla Malva. Tuvo que detenerse para intentar disminuir el ritmo cardíaco.

Desde esa posición Sara estaba más cerca. Había llegado un chico con rastas y se había colocado detrás de ella. Podía oír perfectamente las voces de los compradores. Sara había comprado un billete de ida para Gijón y uno de vuelta con fecha abierta para Madrid. Cuando la chica se alejó en dirección a una cafetería, Borches se puso en la cola para comprar su correspondiente billete de tren.

El esloveno era un hueso duro de roer. Con toda seguridad era un ex soldado —a juzgar por los tatuajes que lucía en brazos, pecho y espalda—. No confesó, como Macías auguraba. Esa gente estaba acostumbrada a aguantar interrogatorios duros de verdad. Que cuatro policías le pegaran gritos durante

dos horas no era sinónimo de éxito alguno.

La investigación policial permitió al menos conocer datos sobre su identidad. Según su ficha delictiva, se llamaba Bojan Donorowicz. Llevaba menos de un año en España, donde nunca había sido detenido. No obstante, la lista de delitos en otros lugares de Europa era larga y variada: robo con intimidación, extorsión, tentativa de secuestro, tortura y tráfico de seres humanos —además de ser sospechoso de varios asesinatos sin resolver en diversos países de la Unión Europea— eran básicamente las cualidades más destacadas de su ejemplar currículum.

Su abogado, un pijo con pelo relamido que recordaba a tiempos peores, desplegó todo su arsenal legal que amparaba a indeseables como Donorowicz. Si en menos de dos días no encontraban alguna pista clara de por qué ese tipo quería hacer desaparecer a la chica, se podían despedir de siquiera imputarle agresión con agravante. El chico tenía miedo y no quería ni oír hablar del tema de la rueda de reconocimiento.

Quien había contratado a Donorowicz sabía que era de los que no hablaban. Le habrían pagado mucho dinero para mantener la boca cerrada. Y como siempre pasaba en ese trabajo, el tiempo transcurría en su contra. Macías ordenó inmediatamente a sus hombres un seguimiento con el fin de encontrar alguna pista que los llevara hasta la persona que quería a Sara Leclerc fuera del mapa.

Faltaban treinta y cinco minutos para que el tren saliera. Borches se había tranquilizado por fin. Se sentía ridículo con aquellas enormes gafas y estaba deseando quitárselas y pisotearlas con saña. Pasó cerca de la cafetería y vio a la chica sentada sola y leyendo un libro que había comprado en un quiosco de prensa. Bien. La tenía controlada. Retrocedió y caminó a lo largo del pasillo de la estación hasta encontrar un teléfono público. Miró a su alrededor. No parecía que nadie observase sus movimientos. Sacó del interior del bolsillo de su pantalón un trozo de papel garabateado de prisa y corriendo, con un número de teléfono y el nombre de un hotel.

«Nada de tomar notas. Nada de apuntar».

Se lo había advertido Fontecha. «Que lo jodan», pensó Borches peleándose con las gafas de sol. Finalmente se las quitó. Marcó el número de teléfono. Al cabo de dos tonos alguien contestó:

—Hotel Ciudad de Santander, ¿en qué puedo ayudarle? —dijo una voz meliflua.

—Quisiera hablar con el señor Fontecha.

—¿Sabe en qué habitación se aloja?

—No.

—Un momento, por favor.

Al cabo de un minuto, el hombre de la voz meliflua se puso al aparato:

—¿Oiga?

—Estoy aquí.

—El señor Fontecha no está en su habitación. ¿Quiere que le deje un recado?

—Dígale que me voy a la isla con la chica.

—¿Perdón?

—Que me voy a la isla con la chica —repitió con impaciencia.

—De acuerdo, señor, le transmitiré tal...

Borches colgó el teléfono. Se puso las malditas gafas de sol y dejó caer su voluminoso cuerpo sobre un duro banco metálico. Resopló con estrépito y emitió una sonrisa bobalicona mientras recordaba cómo había conseguido localizar al listillo de Fontecha: llamó a su secretaria haciéndose pasar por un tío suyo, que trataba desesperadamente de encontrarlo. La tía Felisa se estaba muriendo y antes de pasar a mejor vida quería ver a su sobrino favorito. La solícita empleada tenía la inequívoca orden de no revelar absolutamente a nadie el número de móvil de su jefe, pero no había señalado nada al respecto de su actual ubicación.

—Está en Santander y siempre se hospeda en el Hotel Ciudad de Santander, pero, por favor, no le diga que se lo he dicho yo. Es muy celoso en cuanto a su intimidad.

—No te preocupes, guapa, ya me inventaré algo, aunque estoy convencido de que Agustito no te lo tendrá en cuenta. Piensa que es una situación de fuerza mayor...

Borches se rió puerilmente recordando la apurada voz de aquella chica. No le diría nada, sencillamente porque se la traía floja. Pensó en la cara que pondría Fontecha y volvió a sonreír. Se preguntaría por qué lo habría llamado, cuando fue él mismo quien decidió rescindir permanentemente su singular relación. Seguro que volvería a la isla corriendo. Allí lo esperaría para matarlo. Pensaría en los detalles en el tren, de camino a Gijón.

Fontecha llegó a su hotel a eso de la una y cuarto de la tarde. Quería descansar un poco. Nuevamente, había cambiado su habitual look por uno más informal. En esta ocasión, vestía una parka con capucha azul marino, jersey negro de cuello vuelto, pantalón chino grisáceo y unas deportivas también grises. Al

pasar por el mostrador de recepción, el recepcionista llamó su atención.

—¿Señor Fontecha?

Fontecha giró el cuello y arqueó imperceptiblemente la ceja izquierda. Se acercó al mostrador. El recepcionista cogió la hoja donde había anotado el recado.

—Ha llamado un señor. No me ha dicho su nombre, pero me ha dicho, y leo textualmente: «Me voy a la isla con la chica».

De buenas a primeras Fontecha no pudo disimular su desconcierto. ¿Quién...?

El recepcionista, un joven delgado, con gafas redondas y cara de repipi, hizo un gesto elocuente de no entender. Buscó alguna complicidad con Fontecha que se había quedado completamente inmóvil. De repente el nombre de Borches acudió a su cabeza y la ira comenzó a crecer en su interior.

—¿Puede repetir el mensaje si es tan amable? —susurró todo amabilidad mientras jugueteaba con la alianza dorada de su mano izquierda: quitándosela y poniéndosela.

El recepcionista repitió, esta vez más despacio, el texto poniendo al final la misma cara de sorpresa.

—Es mi socio, que es un bromista. Gracias —improvisó Fontecha esforzándose terriblemente en mantener una sonrisa distendida.

Fontecha subió a su habitación, en el segundo piso. Sorprendentemente, la ira sucumbió a la curiosidad y se sintió más calmado. Meditó en el misterioso mensaje: «Me voy a la isla con la chica».

Era evidente que Borches había localizado a Sara Leclerc, pero ¿por qué lo había llamado? Fue ese cabezahueca el mismo que decidió no volver a reunirse con él nunca más. No importaba. Aquello no alteraba en nada sus planes. Por otro lado, ¿cómo había sido capaz de localizarlo en Santander? No recordaba haber mencionado a nadie aquel viaje...

Susana.

La mataría por aquel error. No. El error había sido suyo. Tendría que haber reservado él mismo el hotel; había sido algo mecánico, algo que solía hacer siempre ella. Deseó fervientemente que ese trozo de carne con ojos hubiera tenido la precaución de seguir el protocolo tácito acerca del modo en que debían comunicarse entre ellos. Intentó no pensar más en ello y centró sus pensamientos en seguir el plan preestablecido. Había cometido otro error, sin duda debido a su falta de rigor. Tenía que ser mucho más minucioso, no valía sólo con desearlo. Ahora no tenía remedio.

Recapacitó.

Con toda probabilidad volverían en tren. Él había hecho ese trayecto en muchas ocasiones y lo conocía bien. No existía un trayecto directo de Madrid a Llanes. Llegarían hasta Gijón y de allí, a Llanes. Entonces miró el teléfono que descansaba en la mesita y recordó que debía llamar a su hombre de Barcelona antes de partir. Fontecha miró su reloj: la una y veinticinco. Si salía en ese momento podría llegar a tiempo de coger el ferry de las cuatro. Sacó la Glock que llevaba consigo y la revisó. Ya la había probado en un bosque a las afueras de Santander y funcionaba perfectamente; fue justo después de la llamada de Alejandra para comunicarle que ella y las niñas, aunque con casi una hora de retraso, ya estaban en Montreal.

El control de entrada al tren se abrió. Ya había gente esperando en la cola. Sara estaba sentada leyendo un libro de un escritor norteamericano que entusiasmaba a Jacobo: Dean Koontz. Lo había comprado con el fin de entretenerse un rato. A duras penas pudo concentrarse en seguir la historia. Tenía la cabeza demasiado ocupada como para evadirse. Se levantó y miró a su alrededor. Había muchos hombres solos, sentados, leyendo el periódico, escuchando música en sus reproductores mp3 y algún que otro salido que la miraba de arriba abajo babeando. Todos susceptibles de ser sospechosos.

Se había comprado una gorra con visera y unas gafas de sol para intentar pasar más desapercibida. Igualmente, se había recogido su largo cabello en una coleta. Aparentemente nadie la había reconocido. Todavía no era tan famosa. Su aparición en televisión le había brindado cierta celebridad, pero había sido hacía más de un año y las caras en ese medio se olvidan pronto y se sustituyen por otras rápidamente.

Se dirigió hacia la fila. Al cabo de unos minutos ya estaba sentada en su asiento. Al lado de la ventanilla. Como era inicio de trayecto, la mayoría de los asientos estaban vacíos. Los primeros pasajeros comenzaban a llegar y a ocuparlos.

Tres vagones más atrás estaba Borches. La había estado observando todo el tiempo. Parecía más demacrada que la última vez que la vio. Por lo menos había perdido dos o tres kilos. Se la veía desorientada y taciturna. La vio subir al vagón número dos. Borches pasó por la ventana donde estaba sentada. La vio con la gorra y las gafas de sol puestas. En ese instante estaba mirando para otro lado. De haber mirado hacia él en ese preciso instante, es probable que lo hubiera reconocido. Borches pasó de largo y subió a su correspondiente vagón. Juan de Dios Borches ocupó su asiento. Tenía hambre y sed y estaba de

mal humor, y para colmo de males, había olvidado comprar puros. Inclino la cabeza hacia el lado del pasillo e intentó vislumbrar en qué asiento estaba sentada esa zorra.

Desde su asiento, Sara podía ver a través de la ventana el control de acceso al tren. Le estaba entrando sueño. Cuando casi había entrado el último pasajero apareció un hombre joven que se dirigió a uno de los controladores.

Enseñó un distintivo.

Sara se sobresaltó. No pudo evitar sentir inquietud. Al acercarse más al cristal, casi se golpea contra él.

Los controladores dejaron entrar al hombre.

Era policía con toda seguridad, pensó Sara.

Y la buscaba a ella.

Se levantó y miró a su alrededor. Había mucha gente tratando de organizar su equipaje de mano. Un hombre joven, barbudo, quería meter una enorme maleta en el compartimiento superior. Dos niñas pequeñas, probablemente hermanas, se peleaban por un muñeco. Había un murmullo de voces generalizado...

Sara salió al pasillo. La gente deambulaba o permanecía de pie. Miró hacia una ventana y ya no vio al hombre. Probablemente había subido al tren y lo habría hecho por el primer vagón. Sara trató de pensar rápido.

Comenzó a atravesar el pasillo en dirección contraria para ganar tiempo.

El pasillo estaba abarrotado de gente. Sara procuró encontrar un hueco por donde pasar; en la mayoría de los casos recibió miradas furibundas de los pasajeros molestos por la inconveniencia.

De repente la chica pasó por el asiento que ocupaba Borches. Él se había quitado aquellas apestosas gafas de sol. Pasó a su lado sin ni siquiera mirarlo. Parecía inquieta.

«¿De quién huye?»

Borches miró disimuladamente hacia Sara que se abrió paso entre el pasaje con continuos «por favor, por favor...». Luego miró hacia atrás. Había mucha gente y nadie parecía prestarle atención. Suspiró.

Al cabo de un rato y sin apartar la mirada del pasillo, vio a alguien que le llamó la atención. Era un hombre moreno y corpulento, de mediana estatura, tirando a alto. Seguro que era policía a juzgar por la forma de actuar y mirar que tenía.

«¿Se oculta de la policía?»

El hombre joven miraba a su alrededor con ojos suspicaces, prestando especial atención a las chicas jóvenes e intentando disimular, para que no resultara tan obvio que estaba tratando de localizar a alguien. Cualquiera que hubiera prestado un mínimo de atención se habría dado cuenta. La mayoría del pasaje ya se había acomodado. Todavía había algún que otro rezagado plantado en medio del pasillo, molestando.

Sara cruzó un vagón tras otro. Debía de faltar poco para que el tren saliera, pensó. Quizá sería buena idea esconderse en uno de los aseos del tren. No sabía si los estaría revisando, probablemente sí. Siguió caminando sin detenerse. Se acababan los vagones y también las ideas.

Borches perdió de vista al supuesto policía al cabo de unos minutos. No podía entender por qué la policía iba detrás de la chica. Estaba claro que no estaban al tanto o bien algo había ocurrido... Seguro que ese desgraciado de Fontecha tenía algo que ver. Tenía que haber tomado él la iniciativa desde el principio. De ser así, la chica no andaría por ahí todavía.

En cualquier caso, no podía dejar que la atraparan. Si eso ocurría, ella acabaría por contarles todo. Sería cuestión de tiempo: la policía abriría una nueva investigación y llegarían hasta él como consecuencia de ir encajando las piezas. Y ella sabía algo que él ignoraba. Probablemente ya conocía la verdad...

De repente Borches tuvo plena conciencia del peligro que corría si la chica se iba de la lengua. Sintió que se mareaba y un calor sofocante amenazó con dejarlo inconsciente. Tenía que tomar algo.

Se levantó y fue tambaleándose hasta la cafetería.

Sara llegó hasta el último vagón. El interventor estaba de pie, cerca de la puerta de acceso a la cabina de conducción, revisando unos papeles con cara de intensa preocupación. Sara miró al interventor y disimuladamente miró por encima de su hombro. Todo el mundo ocupaba ya su asiento. El interventor miró a Sara.

—Tiene que volver a su asiento —dijo el interventor en un tono de voz neutro.

Entonces las puertas exteriores se cerraron y se oyó un fuerte sonido metálico, grave.

Sara asintió y esbozó una sonrisa estúpida. Se giró lentamente esperando encontrarse de frente con el hombre moreno y corpulento.

Nadie.

Comenzó a andar despacio. Llegó hasta la confluencia del último vagón con el penúltimo y se detuvo. El interventor se acercó a ella y la miró inquisitivamente.

—¿No encuentra su asiento?

—Sí. Sí, estoy... —No recordaba el número de su asiento, tampoco el vagón.

—¿Me permite ver su billete? —preguntó el revisor mirándola oblicuamente.

Sara asintió. De repente alguien apareció a sus espaldas. No se giró. El interventor miró al recién llegado con gesto grave e inmediatamente sonrió.

—Te está buscando Cirilo. Está en la cafetería para comentarte no sé qué del cuadrante de vacaciones —dijo el empleado en tono distendido.

Sara miró por el rabillo del ojo. Era un hombre de mediana edad que vestía el mismo uniforme que el interventor. El recién llegado hizo un comentario jocoso, ambos se rieron y desapareció.

Sara se palpó el bolsillo trasero de su pantalón y le mostró el billete.

El interventor lo examinó durante un rato con ojos suspicaces. Marcó el billete con una maquinilla troqueladora y se lo devolvió con una sonrisa estereotipada.

—Muchas gracias. Debería ir a su asiento.

Sara no dijo nada, asintió con una mueca.

El interventor continuó con su trabajo mientras Sara se quedaba allí, de pie, viendo a través de la pequeña ventana cuadrada la ciudad en movimiento.

De vez en cuando Sara se asomaba tímidamente al pasillo, esperando ver al hombre corpulento y moreno, pero no vio a nadie. No podía esperar allí plantada. Si aparecía su supuesto perseguidor la interceptaría de inmediato.

Abrió la puerta del aseo y entró. Cerró con el cerrojo y se sentó en el inodoro.

Tercera parte. **El secreto de Elisa Lecrerc**

No dejaré que nada malo te ocurra

Faltaban quince minutos para que el ferry a Isla Malva partiera. Augusto Fontecha estaba sentado en su Audi A6 de color negro. Había aparcado su vehículo en una calle estrecha, alejada del centro de Llanes y del puerto. Estaba lloviendo. Sobre el asiento del acompañante reposaba una amplia bolsa de deporte de color negro. Llevaba un chubasquero azul marino y debajo un chándal de color negro y deportivas blancas.

Sacó la pistola que llevaba en el interior del chubasquero y la revisó por enésima vez. La Glock era posiblemente una de las mejores pistolas del mundo. Disponía de un cargador de diecisiete balas y tenía la bien ganada fama de no encasquillarse prácticamente nunca. También tuvo la precaución de proveerse de dos cargadores más; probablemente no los utilizaría, pero más valía ser precavido. Repasó mentalmente el plan que había trazado. Era sencillo y eficaz. Otra cosa sería llevarlo a cabo.

De camino a Llanes se detuvo en un área de servicio y allí realizó una llamada a Barcelona. Sus malos augurios se habían cumplido y no le quedaba otra alternativa que hacer él mismo el trabajo. Habían cogido al matón, y aunque —en teoría— estaba garantizado que no hablaría, la policía podría ir despejando interrogantes hasta llegar a él... No permitiría que eso sucediera.

Miró su reloj de nuevo. Era la hora.

Se colocó unas gafas de sol y una gorra negra de visera. Cogió un paraguas de mano, la bolsa de deporte y salió del coche.

Seguía lloviendo cuando el ferry atracó en Isla Malva. Mejor, pensó Fontecha. Al llegar al puerto miró hacia la conservera de Borches. Lo había llamado desde un teléfono público al llegar a Llanes pero en la fábrica no sabían dónde estaba. Si trataba de jugársela le metería una bala en su repugnante cabeza sudorosa.

Fontecha miró a su alrededor: no había ni un alma. Subió sin perder tiempo por la calle Alta. Una lugareña miraba la lluvia a través de una ventana. Utilizó el paraguas para ocultarse lo máximo posible de las posibles miradas indiscretas.

Al llegar al final de la calle, torció a la izquierda y subió por el camino particular que llevaba a la Casa del León. Cuando llegó a la puerta de entrada, que estaba cerrada con un gran candado oxidado, se detuvo y miró de nuevo a su alrededor. No había nadie. La lluvia era constante, y el día gris desde luego no invitaba a pasear.

Dio la vuelta a la finca por la izquierda hasta llegar a un gran roble que le cortaba el paso. Pasó bajo sus ramas y volvió a mirar hacia el final del camino durante más de dos minutos, escrutando cualquier movimiento inoportuno. Trepó por el muro y saltó al otro lado. Se había raspado las manos, y al caer se mojó los pies en un charco, transformando las blancas deportivas en dos muñones recubiertos de lodo. Se encaminó hacia una puerta que estaba en la parte trasera. Estaba entornada. La cerró tras su paso.

La puerta daba a la cocina. Allí la luz era tenue y el sonido de la lluvia se oía amortiguado. Con todo el cuidado que pudo, extrajo de la bolsa de deporte que transportaba, una bolsa de plástico verde que contenía una forma rectangular. Miró a su alrededor con ojos inquietos hasta que sus ojos se detuvieron en un armario que permanecía cerrado, bajo el fregadero. Lo abrió y comprobó que sólo había telarañas. Dejó la bolsa con cuidado en un rincón, cerró la puerta y entonces miró por encima de sus hombros. Escuchó la lluvia durante unos segundos.

Atravesó la cocina y salió a un corto pasillo que daba a continuación al vestíbulo. Frente a él tenía la puerta principal y a su espalda la ostentosa escalera de mármol blanco. A la derecha, había una habitación que en su época sirvió como comedor.

De pronto oyó pisadas en el piso de arriba. Metió la mano en el bolsillo del chubasquero y aferró la Glock. Comenzó a subir las escaleras lentamente y cuando alcanzó el primer tramo, justo donde la escalera se desdoblaba en dos, alguien se apoyó en la barandilla de hierro y madera con un leve crujido.

Fontecha lo apuntó con su arma.

—Hey, hey, tío, que soy yo —dijo Andy, levantando las palmas de las manos, sonriente. Luego señaló a Fontecha y añadió—: Nen, ahora sí que parecemos dos putos hermanos gemelos —y soltó una risa ahogada.

Andy llevaba un chubasquero azul marino y un chándal negro debajo.

—Cállate —le espetó Fontecha.

Andy descendió los escalones fascinado, mirando a su alrededor.

—Mola la choza, ¿eh? Esto tiene que valer una pasta, ¿que no?

Andy se acercó a Fontecha que no dejaba de mirarlo. En realidad, se

parecían bastante, pensó Fontecha.

—¿Has traído la guita? —dijo Andy estirando la mano derecha.

Fontecha introdujo la mano en el bolsillo interior del chubasquero y sacó dos mil euros en billetes de quinientos. Andy silbó y se frotó las manos. Dio una fuerte palmada, exultante de alegría. Fontecha le entregó el dinero y Andy lo cogió y lo miró boquiabierto.

—¿Has hecho todo lo que te dije?

—Sí, sí...

—No. —Fontecha cogió del brazo a Andy y le obligó a prestarle atención —. Quiero que me cuentes exactamente lo que has hecho.

Andy bufó fingiendo agobio.

—He venío' en el puto ferry esta mañana. Como dijiste.

—Y la chica, ¿dónde vive?

Andy señaló hacia el techo con el brazo extendido.

—Es la primera casa que te encuentras subiendo la puta cuesta, tienes que coger el camino que está detrás de esta casa. No tiene pérdida. Tiene una escalera con un montón de mariconás en el suelo y luego llegas a una verja baja... ¡Ah! y también tiene un chucho.

—¿Has visto a la chica?

Andy sonrió y agitó enérgicamente la cabeza.

—Joer que si la he visto. Está bien buena, me ha puesto burro la...

—Pero ¿ella no te ha visto?

—No, no —se apresuró a negar.

—¿Cómo es?

—¿Quién?

—La chica.

—Ah, pues... rubia, con el pelo corto, delgadita...

Fontecha asintió. Lo miró de arriba abajo.

—¿Y la ropa?

Andy señaló una bolsa de plástico de supermercado que descansaba en un rincón. Se acercó a ella, la cogió y le enseñó a Fontecha un mono de trabajo de color azul que había dentro.

—Como tú dijiste: disfrazao' con el puto mono.

Fontecha asintió sin quitarle los ojos de encima. Entonces sonrió y Andy sonrió también.

—Muy bien.

—Claro, coño —dijo, fingiendo indignación, mientras se guardaba el dinero

en el bolsillo de los pantalones—. Si te digo que hago algo —se acercó el puño cerrado a los labios, dio un sonoro beso entre el dedo pulgar y el índice, y luego golpeó el puño cerrado contra la palma de su mano izquierda ruidosamente—, es que hago algo. Mi palabra va a misa —añadió sin creer ni él mismo lo que estaba diciendo.

Andy sonrió y sacó un paquete de cigarrillos.

—¿Puedo fumar? ¿O tampoco? Creo que me lo he ganao'...

Fontecha lo miró con desdén y luego sonrió, asintiendo.

—Claro, hombre. Fuma lo que quieras.

Andy encendió un cigarrillo.

—¿Hasta cuándo tengo que estar aquí encerrao? Tengo clasefobia de ésa. A ver si me va a dar un telele y encima vamos a tener que salir corriendo —dijo mientras expulsaba el humo del cigarrillo dirigiéndolo hacia el techo.

—Una hora o dos, depende —dijo Fontecha mientras subía por la escalera de la izquierda y miraba a su alrededor. Llegó hasta el piso de arriba y se apoyó en la barandilla, comprobando su firmeza. Luego miró a su alrededor y, acto seguido, se agachó y cogió algo del suelo.

—Es que tengo hambre, nen. Llevo toa' la mañana aquí y no me echao' na' al cuerpo —dijo Andy, girándose y buscando con la mirada a Fontecha hasta que lo vio apoyado en la barandilla.

—No te preocupes, yo te traeré algo para comer. Aunque será cuestión de poco tiempo.

—Cuenta conmigo pa' chorradas como éstas cuando quieras, nen, molan...

—Andy comenzó a subir la escalera y se acercó adonde estaba Fontecha.

Cuando llegó a su lado, Fontecha observó detenidamente la enorme y bonita cristalera. Parecía como si el tiempo hubiera respetado su brillo y candor.

—¿Sabes? En esta casa durmió uno de los supervivientes del Titanic.

—¿Mmm? —rumió Andy mientras se limpiaba la suciedad de las uñas con un palillo, sin prestar la más mínima atención a las palabras de Fontecha.

—Dicen que el dueño lo conoció en América. Eran muy amigos. Pasó un verano aquí. ¿Te imaginas la experiencia que tuvo que vivir ese hombre la noche del fatídico hundimiento? Él fue una de las setecientas cinco personas que sobrevivieron en aquella terrible noche. Perdió lo poco que tenía en el naufragio, pero era un hombre valiente y estaba decidido a establecerse en Estados Unidos con la idea inamovible de convertirse en un hombre rico. No tenía una profesión en particular, ni habilidad o destreza en ningún oficio de la época; de hecho, había trabajado en multitud de empleos sin destacar en

ninguno de ellos. Pero era un hombre muy listo. Más que el hambre.

»Mientras se recuperaba de los estragos de esa noche en un hospital de Nueva York, recapacitó sobre su futuro, pergeñando la clase de negocio que lo ayudase a salir de la miseria y con el que pudiera hacerse rico, y fíjate por dónde, mirando a su alrededor halló la respuesta. Pocos años más tarde se convirtió en un próspero y respetado hombre de negocios, que regentaba una de las cadenas de pompas fúnebres más importantes de Massachusetts y Connecticut. Sin duda la muerte es un buen negocio, ¿no crees?

—¿Mmm? —rumió Andy como respuesta mientras seguía hurgándose las uñas cabizbajo.

Fontecha miró entonces a Andy con desprecio.

—Ya veo que eres incapaz de prestar un mínimo de atención. Pero ¿qué se puede esperar de un desecho humano como tú?

Andy levantó la cara y miró a Fontecha, enarcando las cejas.

—¿Eh?

Fontecha levantó el brazo derecho sobre su cabeza y golpeó con fuerza a Andy en la cabeza con una piedra del tamaño de un melón pequeño. El cuerpo de Andy basculó hacia delante y la balaustrada cedió a su peso, rompiéndose como palillos podridos. Cayó al vacío y se golpeó la cabeza y la espalda contra las escaleras. Se oyó un crujido de huesos rotos. Emitió un agudo y débil chillido.

Fontecha miró a Andy a través del espacio que había dejado el barandel desplomado. Estaba en una postura grotesca tratando en vano de incorporarse. Los ojos de Andy se movían desorbitados, incrédulos. Fontecha bajó las escaleras en silencio y se acercó a él.

Andy lo miró a los ojos con una mezcla de pánico e incomprensión. Intentó decir algo pero no salió nada de su garganta. Lo intentó de nuevo y un gorgoteo de sangre emergió de su boca.

Fontecha levantó la piedra de nuevo y golpeó a Andy en la cabeza con saña varias veces.

Se incorporó y trató de recuperar el ritmo cardíaco que se le había disparado. Se alisó el cabello oscuro y lacio hacia atrás. Después metió la mano en el bolsillo de los pantalones de Andy y cogió los dos mil euros que le había dado apenas unos minutos antes. Lo registró. Llevaba un teléfono móvil y unas cuantas monedas en el bolsillo del pantalón. Un paquete medio vacío de Marlboro y un encendedor en el fondo del bolsillo del chubasquero, con la publicidad estampada de un puticlub de Oviedo. No encontró ningún

documento identificativo. Cogió el teléfono móvil, el encendedor y el paquete de tabaco y se lo guardó.

Se acercó a una ventana que dejaba entrar un haz de luz lánguida y miró al exterior, al cielo. Entrecerró los ojos. Seguía lloviendo y no parecía tener intención de parar. Todo iba sobre ruedas, pero todavía quedaban un par de asuntos por resolver.

Un lejano rumor, como una cargante y lejana letanía, invadió los oídos de Sara.

Alguien tocando con los nudillos despertó a Sara que se había quedado dormida dentro del exiguo aseo. Al abrir los ojos se sobresaltó al ver la imagen de una chica morena y menuda, con gorra de visera, mirándola a través de unas gafas de sol. Era ella misma, reflejada en el espejo del cuarto de baño. La escasa luz del aseo iluminaba débilmente el habitáculo.

Los nudillos volvieron a golpear de nuevo la puerta con firmeza.

—¿Se encuentra bien? —dijo una voz femenina al otro lado de la puerta.

Sara se apresuró a contestar.

—Sí. Sí... Estoy bien. Ya salgo...

Las palabras fueron devoradas por un ruido continuo. Sonó un fuerte y largo pitido.

Sara se levantó todavía adormilada. Sintió cómo la saliva se escurría desde su boca y se deslizaba por la comisura de sus labios. Abrió la puerta con premura.

Frunció el ceño al ver a una oronda figura sin rostro. Todo alrededor de ella estaba a oscuras. De repente, luces amarillentas y verdosas centellearon. La figura eclipsaba buena parte de ellas pero el resto deslumbró a Sara. El rumor se hizo más patente. Era como si el sonido estuviera siendo devorado por un agujero negro.

Entrecerró los ojos y giró la cabeza para evitar las molestas luces intermitentes. Abrió la boca y destensó la mandíbula para evitar que le zumbaran los oídos. Por el rabillo del ojo, en cuestión de milésimas de segundo, Sara se dio cuenta de que la figura que tenía frente a ella no era una mujer.

La figura se abalanzó con rapidez hacia Sara y la empujó violentamente hacia el interior del aseo.

Sara se golpeó la espalda contra la pared del aseo y cayó sentada de nuevo sobre el inodoro. La figura entró bruscamente y cerró la puerta echando con rapidez el pestillo. Sin previo aviso, apretó su mano sudorosa y regordeta

contra la boca de Sara. El hombre olía fuertemente a sudor y el aliento le apeataba.

Era Borches.

Sara intentó incorporarse pero Borches ejercía todo el peso de su cuerpo contra ella.

—¡Si gritas, te mato! —masculló Borches mientras le ponía a Sara una navaja en el cuello.

Sara trató de respirar a través de la mano que apeataba a sudor y orines. Sintió náuseas.

Borches respiraba fuertemente.

De repente el rumor desapareció y fue reemplazado por otro más continuo y suave.

Borches se metió la mano en el bolsillo de su anorak y sacó un pañuelo de tela hecho un guiñapo y lleno de mocos secos y verdosos. Se lo introdujo a Sara en la boca sin miramientos. Sara reprimió una arcada in extremis.

Cogió a Sara y la giró colocándola de cara a la pared. Sara intentó zafarse y golpear a Borches, pero estaba en una posición incómoda y a merced de él. Además, Borches apoyó la rodilla derecha contra la espalda de Sara para inmovilizarla aún más.

Borches se secó el sudor perlado de la frente con la manga de su anorak. Sonrió a Sara.

—En qué cojones te has metido... —farfulló Borches con la respiración entrecortada por el esfuerzo.

La navaja se hundía en su cuello. Intentó gritar, pero sólo pudo emitir un débil gemido.

—¡Estate quieta, coño! —murmuró Borches con la voz forzada mientras zarandeaba a Sara con violencia.

Comenzó a sentirse presa del pánico. Intentó ordenar sus ideas y clarificar las opciones que tenía de salir de allí con vida. Entonces sintió la mano de Borches magrear su culo con apremio. Le dio un azotazo que le dolió.

—Joder. ¡Qué culo tienes! —murmuró Borches acompañado de una desagradable risa aguda.

Borches cogió los pantalones de Sara por la pretina y estiró hacia abajo, dejando el culo al aire.

Sara reprimió las lágrimas, pero inmediatamente la ira sustituyó a la tristeza. Se agitó violentamente, pero estaba totalmente inmovilizada. Todo el peso del orondo cuerpo de Borches se lo impedía.

Borches metió su mano por debajo de las bragas de Sara en el culo, e introdujo dos dedos en su ano hasta el fondo. Sara gritó de dolor. Lloró y se removió de nuevo llena de rabia. Borches rió de nuevo.

Sara vio los ojos de Borches reflejados oblicuamente en el espejo desgastado. Una mirada perversa observaba sin pestañear su trasero.

Comenzó a desabrocharse la bragueta y a bajarse los pantalones.

—Antes de matarte... voy a probar este culito —farfulló de una forma que heló la sangre de Sara.

Sara contrajo con fuerza su esfínter.

La navaja se clavó en su cuello peligrosamente, cerca de la arteria carótida, y provocó una herida: sangre oscura y densa comenzó a manar.

Sintió su asqueroso pene y lo oyó rumiarse palabras soeces.

Sara contrajo de nuevo su esfínter, con todas sus fuerzas. El horrible dolor todavía no había remitido.

Borches mugía como un toro. Sara apretó los dientes y tuvo ganas de vomitar. En un intento desesperado por librarse de aquel indeseable, se agitó y entonces su cabeza se empotró en la esquina, pegada al inodoro. Las extremidades superiores estaban aprisionadas por su propio cuerpo y Borches inmovilizaba con su peso las extremidades inferiores, así que sus movimientos se resumían en una débil y estéril sacudida. Entonces intentó separar los muslos de Sara, sirviéndose de su rodilla derecha. Sin apartar el cuchillo del cuello de Sara, berreó durante unos segundos mientras el sudor le resbalaba por la cara y alcanzaba su papada.

—Hija de puta, cabrona..., separa las piernas o te degüello —murmuró, impotente, y apretó todavía más el cuchillo.

Aun así, Sara no mostró ningún signo de sumisión ni dejó de luchar en ningún instante. Giró la cabeza e intentó ver cuál era la posición exacta de Borches, pero apenas pudo ver más que suelo y uno de sus zapatos. En un movimiento brusco del tren, la hoja del cuchillo se clavó levemente en su cuello. Sara emitió un grito muy agudo y entonces sintió que sus muslos se separaban de repente. Una sensación horrible de impotencia se apoderó de ella. No podía moverse y estaba totalmente a su merced. Sara cerró los ojos y una lágrima rodó en un movimiento sinuoso a lo largo de su mejilla.

Un repentino vaivén del tren zarandeó, primero a la derecha y luego a la izquierda, a Sara y a Borches, y el cuerpo de éste se separó ligeramente del de Sara. Oyó su respiración, jadeante, casi apagada, como si tuviera problemas para respirar. Entonces Sara movió su cuerpo hacia atrás, aun sabiendo que la

navaja podría clavarse en el cuello y rebanarle la arteria.

Gritó por el esfuerzo, emitiendo un agudo chillido que fue amortiguado por el pañuelo que le taponaba la boca. La carótida se hinchó, amenazando con estallar. Su rostro se congestionó y se tornó azulado. Borches cayó hacia delante como un peso muerto y se golpeó con un ruido seco la cabeza contra el aparato que servía para secarse las manos.

Ahora todo el peso de Borches descansaba sobre el menudo cuerpo de Sara. Se tomó varios segundos e inspiró varias veces, como si al hacerlo pudiera reunir la fuerza que necesitaba para librarse del cuerpo de ese malnacido.

Hizo fuerza con la espalda hacia atrás, acompañada de un berrido, y el cuerpo de Borches se movió apenas unos centímetros. Ladeó ligeramente su cuerpo hacia la derecha y el cuerpo de Borches resbaló muy lentamente, como a cámara lenta, y su cabeza gorda y pelada golpeó con un ruido sordo el borde del lavabo. Gimió con un lamento agudo, casi cómico, y se quedó inmóvil. La cara de Borches miraba hacia el lado contrario y Sara no pudo ver su rostro. Hacía un calor infernal y Sara sudaba copiosamente sin apartar la vista del cogote de Borches.

No se movía.

Sara llegó a la conclusión de que estaba inconsciente. Tenía que aprovechar esa ocasión. Intentó levantarse, pero el voluminoso cuerpo de Borches estaba pegado al de ella y el de éste a la pared.

Con gran esfuerzo Sara sacó su mano derecha y la apoyó en un pequeño resquicio que había entre el retrete y el lavabo. Flexionó ambos brazos y elevó su cuerpo temblorosamente unos centímetros. Sus piernas estaban aprisionadas en un espacio estrecho, junto a las de Borches.

Con otro esfuerzo titánico, consiguió apoyarse en el lavabo y entonces vio su rostro reflejado en el espejo. Se asustó de su propia imagen. Tenía el cabello empapado por la intensa sudoración. La cara tenía un color agranado y su boca formaba un dibujo grotesco, debido al pañuelo que la taponaba. En el cuello tenía una herida. La sangre se había extendido por el cuello y la barbilla de forma escandalosa. Se asustó e intentó llevarse la mano a la herida pero la inusitada postura se lo impedía.

De repente se sintió tremendamente humillada.

Consiguió quitarse el pañuelo de la boca sin dejar de mirarse al espejo, como esperando que la imagen devolviera algo de cordura a aquella situación tan horripilante. Quiso gritar con toda su alma. De rabia, de impotencia, pero se contuvo intentando evitar un inminente ataque de ansiedad. Se asustó al

escucharse a sí misma emitir un constante gemido quejumbroso. Cerró la boca y entonces se dio cuenta de que no dejaba de temblar. Cerró los ojos y se obligó a tranquilizarse.

Borches seguía sin moverse.

El odio sustituyó rápidamente a la sensación anterior. Tuvo ganas de coger la navaja que todavía tenía Borches en la mano y acuchillarlo. Diez, veinte, cincuenta, cien veces...

Por fin pudo sacar los pies del angosto espacio.

Entonces unos nudillos golpearon la puerta.

Sara se detuvo un momento y miró la puerta. Contuvo la respiración. Nadie dijo nada al otro lado.

—Está ocupado —dijo Sara con una voz demasiado chillona e impaciente.

Sara aguardó en silencio y después nada.

Esperó unos segundos más y apoyó la oreja contra la puerta. No se oía nada al otro lado, salvo el suave traqueteo del tren. De repente, constató que llevaba los pantalones bajados, por encima de las rodillas. Un cardenal amoratado y amarillo comenzaba a dibujarse en la cara posterior de su muslo derecho. La débil luz que proyectaba el plafón de plástico rectangular amarillento mostraba un paso entre la realidad y un mundo depravado de pesadilla. Se subió los pantalones en un acto reflejo.

Cogió la navaja de la mano inerte de Borches. Sintió incontrolables deseos homicidas hacia ese hombre. Lo miró con desprecio. Puso los dedos índice y medio en su carótida e intentó buscar su pulso. Estaba demasiado nerviosa y le temblaban las manos. Probó varias veces pero no encontró ningún signo de vida.

Estaba muerto.

Desconocía cuál podría haber sido la causa de su repentina muerte, pero le traía sin cuidado.

Hacía un calor sofocante. El aire estaba absolutamente viciado y el olor del sudor se mezcló con el de orines y heces.

Tenía que salir de allí.

Abrió el grifo del agua corriente y se mojó un poco la cara. Observó la herida que Borches le había hecho en el cuello con la navaja. Tenía un pequeño corte que ya no sangraba. Intentó limpiarse la sangre de la herida; al hacerlo comenzó a sangrar un poco. Sintió una lacerante punzada de dolor. Se quejó y un repentino movimiento lateral del tren zarandéo el cuerpo de Borches.

Se arregló un poco su desaliñado aspecto. Todavía no era totalmente consciente de lo que había sucedido hacía apenas unos minutos. No quería pensar en nada.

Puso la oreja pegada a la puerta. No se oía nada.

No sabía qué hora era. Ella no llevaba reloj, pero sí Borches. Examinó su reloj de pulsera. Eran las cinco y cuarto pasadas. Recordó que el tren llegaba a Gijón a las 17:43 horas.

Consiguió pasar por encima del cuerpo de Borches, quedándose completamente pegada a la puerta. El cuerpo de Borches estaba cruzado en diagonal, en una postura grotesca. Miró su cara por última vez. Tenía la boca abierta, los ojos en blanco y los pantalones bajados hasta la mitad de los muslos.

Respiró hondo varias veces y quitó el pestillo de la puerta. Se oyó un clic. Abrió la puerta tímidamente y miró por el intersticio con cautela. No había nadie esperando.

El corazón comenzó a latirle con fuerza.

Abrió la puerta con cierta dificultad. Trató de empujar hacia atrás con sus piernas el cuerpo de Borches. Salió fuera del cuarto de baño por un resquicio de apenas veinte centímetros. La temperatura cambió bruscamente para bien. Sintió el gratificante aire templado.

Sara contuvo la respiración mientras sus ojos bailaban nerviosos de aquí para allá, temiendo girar la cabeza y descubrir a alguien mirándola boquiabierto.

Soltó la mano que sujetaba la puerta y ésta se cerró por sí sola suavemente con otro clic. A continuación oyó cómo el cuerpo de Borches se deslizaba con un suave siseo. Probablemente su cuerpo bloquearía la entrada.

Sin perder tiempo, se orientó e identificó la puerta de la izquierda como la que llevaba hasta su vagón.

Cristina estaba sentada sobre el mullido edredón de color violeta con flores blancas, que vestía la cama de su dormitorio. Se estaba vistiendo y llevaba el cabello mojado. Acababa de tomar una ducha cuando oyó a Rüdiger ladrar. Se recogió el cabello con la mano izquierda y comprobó cuán mojado estaba. Se levantó y fue al aseo a coger su secador.

Rüdiger volvió a ladrar.

Cristina, secador en mano, se acercó a la ventana. No había dejado de llover en todo el día. Se preguntó qué haría su perro fuera, conociendo lo reacio que era respecto al mal tiempo.

Probablemente Rüdiger habría salido por la gatera de la puerta de la cocina persiguiendo a algún animal pequeño y ahora no podía entrar. Estaba deseando que llegara el verano, invocó con un suspiro. Odiaba ese tiempo de perros.

Se asomó y miró hacia la izquierda. Desde esa posición no podía ver el interior del porche, donde probablemente Rüdiger se encontraba; sólo distinguía el lateral abierto del porche. El perro de Cristina volvió a ladrar, nervioso, y luego gruñó enfurecido.

—¡Rüdiger! —gritó Cristina al animal, asomándose sólo lo preciso para evitar que las gotas de lluvia la mojaran.

De repente sonó un ruido sordo, tal vez metálico, y el animal dejó de ladrar. Creyó oír un lamento, pero no estaba completamente segura.

—¿Rüdiger? —susurró Cristina con una nota de alarma en su voz.

Sacó su cuerpo fuera de la ventana y la lluvia mojó inmediatamente su pelo ya humedecido. Las gotas se estrellaron contra sus manos y sus hombros.

Una figura se reflejó en un charco que se había formado a la derecha del porche, cerca del parterre. Se movió y desapareció con rapidez.

Cristina ahogó un grito y se metió rápidamente dentro.

Miró hacia la puerta del dormitorio durante unos segundos. Estaba paralizada. De repente oyó cómo alguien trataba de abrir la puerta de la casa.

Cristina dejó caer el secador. Golpeó en el suelo de tarima con estrépito. Eso la hizo reaccionar.

Salió corriendo hacia la puerta.

¡Crack!

El ruido de la madera al crujir la hizo detenerse justo en el umbral de la puerta.

«¡Alguien ha entrado en casa!»

Si bajaba los escalones llegaría al salón de la planta baja y se toparía de frente con el intruso. Retrocedió y se metió de nuevo en el dormitorio. Cerró la puerta. No había cerrojo. Oyó unos pasos rápidos y el frufú de la ropa del extraño moviéndose con rapidez. Inmediatamente oyó pasos sobre los escalones de madera.

Cogió un aparatoso arcón que había pertenecido a su tía y lo arrastró con la esperanza de bloquear la puerta. El suelo de tarima se quejó sonoramente y dejó una marca más clara e irregular en el suelo. Pesaba demasiado.

Dejó de empujar el arcón. Los pasos se oyeron muy cerca. Inconscientemente soltó un grito. Miró a su alrededor y entonces corrió hacia el cuarto de aseo. Cerró la puerta tras de sí y echó el pestillo.

En ese instante alguien empujó violentamente la puerta del dormitorio, golpeándola con estrépito contra el arcón que se había quedado a medio recorrido. Cristina retrocedió en el cuarto de baño hasta que tocó con su espalda la pared.

El pequeño pestillo no aguantaría ni una patada.

Miró hacia una ventana cuadrada y pequeña que daba a la parte este de la casa. La abrió con rapidez. Oyó a su espalda un tremendo estruendo. Estaba golpeando la puerta con violencia. La puerta resistió el primer envite pero no resistiría una o dos embestidas más.

Sacó su cuerpo por la ventana. Al hacerlo se pellizcó en el abdomen con algo que no consiguió identificar y chilló. La lluvia mojó rápidamente su cabeza y su espalda. Basculó su cuerpo hacia abajo para que las piernas salieran e impulsaran su total exclusión. Un estruendo provocó que Cristina mirara hacia atrás. Gimió. Estiró su cuerpo hacia delante y las piernas salieron fuera. Su cuerpo cayó en un tejado inclinado que se encontraba a medio metro de la ventana. Intentó apoyar las manos en el tejado, pero falló y resbaló, golpeándose el hombro con las tejas mojadas. Rodó.

Una figura oscura se acercó a la ventana y sacó los dos brazos intentando agarrarla antes de que cayera. El extraño gruñó como un animal salvaje mientras movía frenéticamente las manos en el aire.

Cristina se precipitó al vacío. Intentó frenar su caída con los brazos pero al final utilizó el costado derecho de su cuerpo. La caída le provocó un fuerte dolor: gimió con una mezcla de pánico y rabia.

Se levantó y volvió su mirada a la ventana. No había nadie. Luego miró a su alrededor sin posar sus ojos más de un segundo en ningún lugar en concreto. La cabeza le daba vueltas y por un instante temió perder la conciencia. Sacudió la cabeza para evitarlo. Enfocó durante un segundo la puerta principal de su propiedad. Si era lo bastante rápida llegaría allí en apenas dos o tres segundos..., pero tenía que pasar por delante de la puerta principal de la casa y se exponía a que el intruso apareciera en ese momento y la interceptase.

Gimió y se limpió de la cara el agua de lluvia. El resto de su cuerpo estaba completamente empapado.

Se giró y corrió hacia la verja de la parte oeste que separaba la casa del resto de la isla.

Trepó por la valla metálica mientras jadeaba sin parar y saltó al otro lado. Miró hacia la entrada principal y al porche, pero sólo obtuvo una visión escorada. Vio a Rüdiger en el suelo, inmóvil, sobre un charco granate. Ahogó

un terrible lamento.

Se giró y comenzó a subir monte arriba tan rápida como pudo.

El joven que ocupaba el asiento contiguo al de Sara tuvo que retirar un libro y una chaqueta con capucha de color negro cuando ella apareció y quiso sentarse en el asiento que apenas había ocupado. El chico miró a Sara sorprendido. No tenía ni idea de que ocupara esa butaca.

Antes de llegar hasta allí, Sara había vuelto a entrar en otro aseo para limpiarse mejor la herida, que al final sólo había resultado ser un pequeño rasguño. Aun así, se limpió las manchas de sangre e intentó que su cabello no pareciera un nido de golondrinas.

También hizo una breve parada en la cafetería para beber una CocaCola y tomar un par de Donuts bañados en chocolate. Después de la horrible experiencia su nivel de glucosa andaba por los suelos. Aquel básico tentempié la ayudó al menos a evitar que se desmayara en cualquier momento. La imagen de su madre se le coló repentinamente en su pensamiento, coexistiendo con el horror vivido durante los últimos minutos. Estaba tal y como la recordaba esa noche. Era una imagen vívida, inalterable.

Quiso llorar para purgar el dolor pero reprimió ese impulso con mucho esfuerzo.

Una melodía hizo que Sara se sobresaltara. No pudo evitar emitir un gemido. El chico miró tímidamente a Sara, abrió la boca y a punto estuvo de interesarse por ella. De alguna manera, la exuberancia de la chica frenó ese impulso.

Una voz femenina nasal y neutra anunció la inminente llegada a Gijón.

Seguidamente, gran parte del pasaje se levantó y comenzó a recoger sus pertenencias. Sara esperó sentada, inmóvil.

Con la gorra de visera calada y las gafas de sol, Sara descendió del tren por la misma puerta por la que había subido en Madrid unas horas antes y sin poder librarse de la imagen de Borches sin vida. Ella no lo había matado; había muerto accidentalmente, se decía continuamente.

No sintió ninguna pena por él, sino todo lo contrario.

Caminó por el andén. Familiares y amigos esperaban a sus seres queridos, se abrazaban y besaban.

Sara avanzó sin detenerse.

Imaginó a Borches acercándose a ella y tocándola con sus grasientos dedos en el hombro. Evitó mirar atrás.

Entonces vio a un grupo de policías plantados en medio del andén. Entre la

gente. Inconscientemente se detuvo.

Eran cuatro. Los cuatro eran altos y robustos. Miraban a todo el mundo, especialmente a las chicas.

Sara ahogó un gemido. Tuvo intención de dar media vuelta y volver sobre sus pasos.

Un chico delgado, con una cresta multicolor como peinado, la golpeó al pasar a su lado sin tener la mínima deferencia en disculparse. Una chica menuda, con pronunciadas ojeras y una voz excesivamente grave que no se correspondía con su tamaño, se acercó al chico. Se abrazaron y besaron entre exagerados gritos.

Un hormigueo recorrió sus pies. Parecían pegados al suelo. Quiso levantar un pie y, como en sus pesadillas, las manos imaginarias y nervudas no estaban dispuestas a soltar su presa. Con un tremendo esfuerzo dio un paso al frente. Luego otro y otro más y, cuando se quiso dar cuenta, estaba a menos de seis metros del grupo de policías.

Esta vez fue la chica amorosa de las ojeras y la voz ronca quien propinó un empujón a Sara. Tampoco se disculpó. El encontronazo desplazó a Sara unos centímetros; ni siquiera se inmutó. La chica soltó otro exagerado grito de amor y uno de los agentes la miró irritado.

Sara agachó la cabeza y se acercó a un hombre de unos cuarenta años, grueso, con barba y gafas, que acarreaba una voluminosa maleta.

Uno de los agentes miró a su izquierda y posó sus ojos sobre Sara

«*Uno, dos...*»

—¡Está muerto! —gritó una voz femenina, joven.

Todo el mundo se quedó quieto, paralizado. Luego, murmuraron y miraron a su alrededor sin saber muy bien de dónde había salido el grito.

Sara tuvo el impulso de mirar hacia atrás pero finalmente no lo hizo. Por el rabillo del ojo vio cómo todos los agentes miraban en la dirección de la voz y comenzaban a moverse hacia allí.

—¡Está muerto! —gritó de nuevo la voz de mujer.

De repente, el interventor que había picado su billete salió por una puerta del vagón y miró a su alrededor con ojos desorbitados. Estaba pálido como una pared recién encalada. Los policías salieron al encuentro del interventor, que parecía tener dificultades para respirar.

En el andén, todo el mundo dirigió su mirada hacia él, excepto Sara.

El interventor gesticulaba y parecía señalar con su mano en dirección a Sara. Inmediatamente dos de los policías entraron en el vagón.

«*Más, más, más...*»

Un niño rubio de unos ocho años era la única persona que seguía la trayectoria lenta pero inexorable de Sara. Cuando pasó a su lado, Sara lo miró sin poder evitar traslucir a través de su mirada el miedo que sentía. Los ojos del niño parecían mostrar curiosidad y un brillo de perversidad. Sara intentó sonreír buscando su complicidad y el niño abrió la boca: parecía estar a punto de decir algo. Sara apretó los ojos con fuerza y dejó atrás al niño, esperando oír su chillona voz acusatoria.

—¿Qué ha pasado? —gritó alguien, cerca del oído derecho de Sara.

Algunas personas se alejaron, temerosas. Otras permanecieron inmóviles y unas pocas se acercaron con morbosa curiosidad al interventor y los policías. Sara caminaba con dificultad, parecía como si sus piernas no quisieran obedecerle.

Uno de los policías cogió su silbato y silbó con fuerza. Sara se sobresaltó al oír el fuerte pitido pero no se detuvo; al contrario, caminó más rápido.

—¡Que todo el mundo permanezca donde está! —gritó el agente que parecía tener el mando. Su voz se amplificó debido a la estructura cavernosa de los andenes de la estación.

Antes de que el agente terminase la frase, Sara entró por la primera puerta que encontró a su paso. Tropezó con una pareja de mediana edad. Ella, una mujer de excesivo rostro rubicundo y pequeños ojos verdes, interrogó a Sara con voz chillona, alarmada:

—¿Qué ha pasado?

—No... no lo sé —balbuceó Sara, todavía con el corazón saliéndole por la boca.

Dejó atrás a la pareja, que se asomó al andén, curiosa. Cruzó el vestíbulo de la estación y salió a la calle San Crespo. Alcanzó la plaza del Humedal. En ese preciso instante, dos coches de policía hacían rechinar sus neumáticos sobre el frío asfalto. Salieron dos agentes por coche y entraron precipitadamente en la estación.

Sara subió los hombros y encogió el cuello dentro de su ajustada cazadora y se alejó con paso apresurado y sin mirar atrás hasta que no fue más que una mancha en el paisaje urbano.

Algunos compañeros en el cuerpo pensaban que Marcos Macías tenía un sexto sentido para casos enrevesados. Él no prestaba ninguna atención a esos comentarios; no obstante, y sin otra explicación plausible, intuía que Sara Leclerc ocultaba algo más que un mero caso de drogas, problemas de dinero o

amores desquiciados.

No quería reconocerlo, pero así era. Poseía una intuición especial para casos peculiares.

Por lo pronto habían averiguado dónde vivía el sospechoso de agredir al compañero de Sara Leclerc: en un ático de lujo, en el barrio de Las TablasValverde, en la calle María Tubau, junto a su novia. Una joven y espectacular morena de bellos y peligrosos ojos felinos. La pareja llevaba un elevado tren de vida. El apartamento estaba amueblado con extravagantes y carísimos muebles y complementos. La chica no habló, por supuesto. Es más: intentó golpear a los agentes cuando éstos intentaron registrar el piso en busca de pruebas. Ni la orden judicial, ni los propios agentes la intimidaron lo más mínimo. Mientras intentaban hacer su trabajo fueron escupidos, golpeados y amenazados por la chica en una mezcla de castellano mal hablado, esloveno e inglés.

En el apartamento encontraron un billete de avión. En primera, para Barcelona. La fecha era del día anterior al allanamiento y la paliza a Jacobo Mataix. Más de veinte mil euros en billetes de cincuenta, cien y quinientos. Varias pistolas y munición, cocaína, pasaportes falsificados y hasta un extraño artilugio con cinturón y enorme falo negro de látex que arrancó las sonrisas de los agentes y provocó un arrollador huracán en forma de despampanante morena subida en altísimos tacones de aguja.

Además contabilizaron un total de seis móviles. Revisando todos los aparatos, descubrieron un modelo que les llamó la atención, por ser el único que presentaba un aspecto más deteriorado que el resto. Cabezuelo, uno de los mejores hombres de Macías, recordó que su jefe le habló de un modelo concreto de móvil, con la foto como fondo de pantalla de la actriz y el chico agredido: un Nokia negro, modelo N8. El mismo que Gracia sujetaba entre sus manos.

Macías se había puesto en contacto con un inspector amigo suyo de los Mossos d'Esquadra de Barcelona llamado Gerart. Casualmente Donorowicz se había reunido con otro elemento de cuidado, que la policía catalana vigilaba de cerca. Habían cenado en un lujoso restaurante con vistas a la playa de la Barceloneta y después habían ido a un conocido prostíbulo, también de lujo. Nadie supo de lo que hablaron, ni cuál era el negocio que se traían entre manos.

—Si quieres matar a alguien, darle una paliza u otro servicio parecido, ellos son lo que buscas. Pertenecen a la mafia rusa. Rápido. Limpio. Discreto.

El éxito está garantizado 100%, pero no son baratos —informó Gerart con pesar a su colega de Madrid vía telefónica.

—Ya. ¿Te suena de algo el matón? —preguntó Macías refiriéndose a Donorowicz, mientras caminaba por Gran Vía dirección oeste y alzaba su voz entre el ruido urbano para hacerse oír.

—No. Es la primera vez que lo vemos por aquí. ¿Qué tenéis vosotros?

—Ex militar. Pendiente de juicio en Italia por homicidio. Sospechoso del asesinato de un periodista que había escrito un libro sobre la mafia rusa en Italia. Según nuestros informes lleva sólo unos meses en España, pero ya tiene abogado y de los caros. La Europol ya nos ha dado un toque. Intentaré retenerlo un día o dos más.

—Qué me vas a contar. Te deseo suerte y ya sabes dónde estoy —precisó Gerart.

—Gracias. Te mantendré informado —dijo Macías mientras el nervioso claxon de un coche le obligaba a detenerse en el borde de la acera.

Macías pulsó el botón rojo de su móvil. Se detuvo un instante frente a un paso de cebra. El hombrecillo verde se puso a parpadear y un pitido intermitente apremió a que todo el mundo se apresurara a cruzar la calle. Miró la pantallita de su móvil. Tenía una llamada perdida de Gracia, uno de sus hombres. Pulsó el botón de rellamada. Casi al instante contestó:

—¿Señor?

—Me has llamado.

—Sí. Han encontrado a un hombre muerto en un tren, en la estación de Gijón. El tren procedía de Madrid.

—¿Asesinado? —preguntó Macías, mirando de derecha a izquierda, atravesando la calle.

—Bueno..., todavía no se ha esclarecido ese punto. Se están investigando las causas. Aunque la científica apunta a que probablemente haya muerto por infarto agudo de miocardio.

—¿Y? —preguntó Macías con impaciencia.

—El cadáver estaba en uno de los aseos del tren, en una posición... extraña.

—¿Cómo de extraña?

—Estaba con los pantalones bajados.

—Si estaba en el aseo...

—No, no..., quiero decir que antes de morir había eyaculado. Además se han encontrado restos de sangre y la víctima no tenía ninguna herida en todo su

cuerpo.

—Sigue.

—Se llamaba Juan de Dios Borches.

—No me suena de nada.

—Empresario. Tenía una conservera en una isla, frente a la costa de Llanes.

Macías se detuvo casi al borde de la calle, al final del paso de cebra. El semáforo se puso en verde y los coches rugieron impacientes.

—¿Qué isla?

—Isla Malva.

Macías meditó durante unos segundos. Gracia rompió el silencio.

—¿Señor? Aún hay más.

Macías no dijo nada. Gracia interpretó ese silencio como un «continúa».

—Un pasajero asegura que una chica morena, guapa y no muy alta se sentó al lado de él, casi al final del trayecto. Dice que su cara le sonaba mucho, de haberla visto en la tele o algo así.

La imagen de Sara Leclerc se le dibujó en su mente con total nitidez.

—El chico le contó a la policía de Gijón que la chica tenía mal aspecto. Que parecía asustada y confusa.

Macías miró a su alrededor: el tráfico era muy intenso. Luego miró al cielo. Había algunas nubes rápidas que amenazaban tormenta.

—¿Sabes si han registrado al empresario muerto?

—Sí. —Se oyó ruido de remover papeles a través del teléfono—. Eeeh..., las llaves de un Mercedes, una cartera con la documentación, tarjetas de crédito... Unos cuatrocientos cuarenta euros en billetes y monedas. Un móvil; estoy a la espera de que me pasen una relación de las últimas llamadas... Y un trozo de papel.

—¿Dice algo ese papel?

—Hotel Ciudad de Santander y el número de teléfono de ese hotel.

—Bien. Llámame cuando tengas la relación de las últimas llamadas de su móvil y entérate de a quién llamó en ese hotel.

—Creo que ya lo sé, señor —respondió Gracia con un casi inapreciable tono de suficiencia. Se apresuró a proseguir. Sabía muy bien que a su jefe no le gustaba hacer preguntas innecesarias—. Aunque no es del todo seguro. El empleado que atendió el teléfono dice que alguien llamó y dejó un recado un tanto extraño. El mensaje era, textualmente: «me voy a la isla con la chica».

—Ya. ¿Y para quién era ese mensaje?

—Para un tal Augusto Fontecha, un empresario de Gijón. Construcción. —

Gracia hizo una breve pausa—. He indagado un poco y he descubierto que el tal Fontecha estuvo trabajando como agente de la policía local de Llanes. Luego solicitó una excedencia para dedicarse a los citados negocios. En el último año de servicio fue suboficial en Isla Malva.

Macías se volvió a detener en plena calle. Una chica de pequeña estatura y enorme nariz, que hablaba acaloradamente a través de su móvil, casi se da de bruces con el inspector.

—Gracia.

—¿Señor?

—Quiero que consigas un helicóptero. Máxima prioridad. Tendero y Cabezuelo, conmigo.

—Sí, señor.

Mientras Macías hablaba con Gracia, oyó un pitido alertándole de la entrada de un mensaje nuevo. Cuando colgó, abrió el SMS, que pertenecía a un número de móvil que desconocía. Lo leyó mientras caminaba. A la altura del emblemático Museo Chicote, se detuvo y miró atentamente la pantallita de su móvil. Leyó de nuevo el mensaje con mayor detenimiento y al cabo de unos segundos reaccionó. Si era cierto lo que ese mensaje insinuaba, Sara Leclerc estaba metida hasta el fondo en algo realmente gordo.

El taxi que Sara cogió en Gijón llegó al puerto de Llanes un minuto antes de que el último ferry de la tarde saliera. Sara trató de incentivar al conductor, ofreciéndole una suculenta paga extra si conseguía evitar llegar tarde. El taxista, aunque agradecido, no le prometió nada. Lorenzo era un hombre cincuentón, en exceso precavido y extremadamente pesimista, que señaló durante todo el trayecto «radares» que la Guardia Civil había colocado en los lugares más insospechados. Parecía que todo el cuerpo por entero de la Benemérita conspirara para arrebatarse los preciados puntos de su permiso de circulación.

Sara no estaba para más conspiraciones. Se recostó en el asiento trasero y le suplicó a Lorenzo que en la medida de lo posible intentara llegar antes de las seis de la tarde. Las monótonas palabras del taxista actuaron como un potente sedante. Poco antes de las seis Sara despertó, atontada y con una sensación de destemplada inestabilidad y miedo.

El ferry estaba a punto de zarpar. Sara pagó los honorarios a Lorenzo y le obsequió con veinte euros extra por las molestias. Antes de coger el taxi en Gijón, pasó por Zara para renovar su ajado vestuario. Dejó la ropa que llevaba en el cambiador y se lavó un poco en el aseo del mismo local. Se

sentía sucia y hubiera deseado, más que cualquier otra cosa, tomar un buen baño caliente y relajante. Aún podía sentir las repugnantes manos de Borches sobre su cuerpo. No permitió que se instalaran en su pensamiento las imágenes del intento de violación.

Subió al ferry y se sentó en el último asiento de la cubierta interior. Exceptuando al piloto y al resto de la tripulación, estaba sola. Llovía intensamente y, a través de la pesada cortina de agua, la isla parecía un lugar salido de uno de los cuentos de H. P. Lovecraft.

Estaba cansada y abatida. Se sentía absolutamente desvalida y, mientras observaba con ojos lánguidos la isla, pensó en Cristina. La había llamado media docena de veces con el móvil prepago que había adquirido, sin obtener ninguna respuesta por parte de ella. ¿Le habría ocurrido algo? Se sentía demasiado fatigada para sumar nuevos interrogantes. Deseaba cerrar los ojos y descansar más que ninguna otra cosa en el mundo.

No había nadie en el puerto de Isla Malva.

Estaba anocheciendo. Las farolas adosadas a las paredes ya se habían encendido, proyectando una tenue luz amarillenta. Sara había comprado también un impermeable de color verde. Se subió la capucha para protegerse de la lluvia y miró al ferry, que esperaría unos dos minutos antes de su regreso definitivo a Llanes.

El siguiente ferry no regresaría hasta el día siguiente.

Durante el viaje había meditado en no desembarcar y volver a Llanes. Pero tenía que averiguar por qué Cristina no contestaba a sus continuas llamadas. Intuía que algo malo le había sucedido; si así era, ella tenía gran parte de responsabilidad. No se perdonaría que algo malo le ocurriera.

Miró de nuevo al ferry y reemprendió la subida por la calle Alta, en dirección a casa de Cristina, entre ríos de agua que serpenteaban buscando el mar.

En condiciones normales, el trayecto desde el puerto a casa de Cristina le hubiera llevado unos seis o siete minutos, pero con la lluvia y los caminos embarrados Sara invirtió más de catorce minutos. La noche se había tragado la escasa luz diurna durante el breve trayecto desde el puerto a casa de Cristina.

Vio luz en tres de las ventanas: una correspondiente al dormitorio del piso superior, y las otras dos, las que estaban situadas en la planta baja, frente al estudio de Cristina. Se alegró de que Cristina estuviera en casa. Experimentó

una sensación moderada de alivio y, por un instante, olvidó el terrible cansancio físico, el miedo y una ominosa e inenarrable sensación de vacío en su interior.

La puerta metálica exterior de la finca estaba cerrada, pero sin el pestillo echado. A Sara no le extrañó lo más mínimo. Abrió la puerta y entró. Se detuvo un instante y esperó ver movimiento en alguna de las ventanas iluminadas de la casa. Probablemente estaría trabajando, conjeturó Sara. Percibió el fulgor de los dos monitores encendidos. Un relámpago pintó de blanco azulado la fachada color beige. El agua multiplicó el efecto flash del relámpago.

Caminó por el caminillo de grava hasta la casa. Subió los tres escalones y se detuvo bajo el soportal durante un rato. Sintió alivio al dejar de notar sobre su cuerpo la constante caída de lluvia.

Se bajó la capucha del impermeable. Sacudió la cabeza y golpeó con los nudillos la puerta. Miró fugazmente a través de la ventana rectangular, escrutando a través de los visillos blancos. No había nadie frente a los ordenadores.

Golpeó de nuevo y tocó el timbre.

—¿Cristina? —gritó a la puerta, golpeando con la palma de la mano.

Instintivamente giró el pomo y la puerta se abrió.

Sara frunció el ceño. Luego, lentamente, empujó la puerta hasta que se abrió en su totalidad, pero no entró.

—¿Cristina?

Un ruido de voces y música llegó hasta sus oídos.

Miró hacia el estudio. El salvapantallas de los dos ordenadores centelleaba. Una suerte de fulgurante serpiente con varias colas se agitaba sinuosa, mutando sus colores sin parar.

La luz que Sara había visto era la de una lámpara de pie que descansaba al lado de uno de los sofás. El resto de la planta baja estaba devorado por la penumbra.

Vio un fulgor proveniente de la cocina. Un grupo de voces venían de allí.

—¿Cristina? —volvió a preguntar, mirando el resplandor destellante e intermitente a intervalos irregulares.

Decidió entrar y cerrar la puerta tras de sí.

Caminó dando un rodeo, en lugar de hacerlo en línea recta, hacia la derecha.

Era un televisor de catorce pulgadas que Cristina tenía sobre la encimera. Estaba encendido y emitía imágenes azuladas que se proyectaban sobre la

mesa y la encimera metálica. James Stewart trataba de convencer a una bellísima Grace Kelly en *La ventana indiscreta* de que su vecino de enfrente era en realidad un asesino que había hecho desaparecer a su esposa.

—¿Cristina? Soy Sara —dijo desde el centro del salón y dirigiendo su voz a la escalera que comunicaba con el piso superior.

Nadie contestó.

Comenzó a sentirse incómoda. Se le ocurrió que quizá hubiera tenido que salir. Tal vez hubiera una nota o algo.

Se acercó hasta el MacPro que solía utilizar en su trabajo diario. Cerca del monitor había varias notas escritas a mano. Sara las revisó: todas eran referentes a su trabajo.

Movió el ratón blanco con el logotipo de la manzanita en bajorrelieve y el salvapantallas desapareció. Sara miró la foto que decoraba el escritorio del Mac. Cristina y Antonio sonriendo, sentados alrededor de una mesa en la plaza de San Marcos, en Venecia. Tuvo la intención de curiosear en el ordenador, pero no le pareció apropiado.

Suspiró mirando hacia la escalera y luego se acercó.

Oyó un ruido que no supo identificar. Era continuo.

Se acercó al televisor de la cocina y lo apagó. El ruido proveniente del piso de arriba se oyó con más intensidad.

Era la ducha.

Sara agitó la cabeza aliviada y subió los peldaños con determinación.

El descansillo disponía la primera planta en cuatro habitaciones. Del dormitorio de Cristina salía una tenue luz dorada.

Se asomó.

El ruido del agua de la ducha se hizo más patente.

El dormitorio estaba sumido en sombras. La luz provenía del cuarto de baño. La puerta estaba entreabierta.

Sara dio un paso y entonces pisó algo crujiente. Miró al suelo y entonces vio dos, tres huellas de barro estampadas sobre la tarima.

Frunció el ceño.

Algo rápido se movió frente a ella, ligeramente a la derecha.

¡Clic!

Una sensación apabullante se apoderó de ella.

Instintivamente reuló y echó su cuerpo hacia atrás.

Oyó un estruendo sordo dentro del dormitorio y por el rabillo del ojo vio un fulgor blanquecino.

Dos balas, una seguida de la otra, impactaron en la puerta del dormitorio causando dos grandes boquetes y una nube de diminutas astillas.

Sara gritó. Tropezó, pero consiguió desplazar su cuerpo fuera del dormitorio.

La agujereada puerta se movió lentamente. Sara trató de incorporarse; entonces, un nuevo disparo abrió otro boquete en la puerta.

Gritó de nuevo y, sin dejar de hacerlo, bajó a trompicones por las escaleras. No se atrevió a mirar atrás.

La puerta del dormitorio se abrió de golpe, sacudiendo la pared. Una figura salió de la habitación moviéndose rápido.

Sara alcanzó el salón y oyó las rápidas y crujientes pisadas de su perseguidor.

En una fracción de segundo miró hacia su derecha, donde estaba la puerta de entrada de la casa. Había unos inalcanzables siete metros hasta ella. Miró hacia la izquierda y entró en la cocina.

La figura apareció y estiró la mano mientras soltaba un grito ahogado.

Sara volvió a gritar.

El perseguidor resbaló y cayó al suelo.

Algo metálico, probablemente su pistola, golpeó el suelo de madera.

Sara miró por un instante a su perseguidor. Era un hombre alto; llevaba un impermeable negro y una gorra de visera del mismo color. No pudo verle el rostro ya que yacía de lado, ofreciéndole la espalda. Aprovechó esa mínima ventaja. Cruzó la cocina y abrió la puerta que daba a la parte trasera de la casa. Oyó ruido de roce y un gemido ahogado.

El hombre del impermeable disparó desde el suelo. El impacto de la bala salió limpiamente por la puerta.

Sara salió al exterior y miró con rapidez a su alrededor. Había olvidado por completo que estaba lloviendo. Todo estaba cubierto de una densa oscuridad. No recordaba con exactitud la ubicación de esa parte de la casa con respecto a la isla. Giró a la izquierda, donde la casa le proporcionaba cierto respaldo.

Frente a ella vio la valla que separaba la propiedad de Cristina del bosque y, al igual que Cristina anteriormente, pensó que sería muy arriesgado dar la vuelta a la casa y escapar por la entrada principal.

Sara se abalanzó hacia la valla y la saltó sin dejar de gemir y jadear. Sin saberlo, era el mismo lugar que Cristina había elegido para huir.

Cayó al otro lado y se incorporó tan rápido como pudo.

El incesante ruido de la lluvia impidió que Sara pudiera oír los pasos de su

perseguidor.

Sara miró hacia el frente. El bosque que se extendía a sus pies ladera arriba era la única escapatoria posible. Había un grupo de pinos silvestres a unos tres metros de ella que a priori eran el mejor escudo en ese instante. Comenzó a subir sin mirar atrás. Llegó hasta los árboles y sin dejar de moverse avanzó en línea recta hacia arriba.

Un nuevo disparo se oyó entre la lluvia, pero esta vez no pasó cerca de ella, o al menos eso fue lo que ella supuso. Siguió corriendo ladera arriba buscando dejar atrás a su perseguidor.

La oscuridad era casi total. Unas grandes nubes ocultaban parcialmente la luna, que apenas proporcionaba luz para iluminar débilmente el increíblemente tupido bosque de esa parte de la isla. Sara subió con las manos extendidas para evitar toparse de frente con el tronco o las ramas de un árbol. A veces pisaba en falso y el suelo fallaba a sus pies. Otras veces alguna rama baja golpeaba a traición su rostro. Rezó por no caer o resbalar.

No reconocía el terreno que pisaba. La lluvia, la noche y sobre todo el miedo parecían haber desdibujado todo recordatorio visual de su memoria. De vez en cuando se obligaba a detenerse y a concentrarse, fijando su mirada en algo concreto, esforzándose en obtener de ello alguna pista que la ayudara en su desesperada huida.

Continuó subiendo en zigzag, o al menos eso creyó, intentando hacer el menor ruido posible. Se dio cuenta de que no dejaba de jadear. Se obligó a cerrar la boca e intentar atenuar el ruido producido por el esfuerzo de subir la empinada ladera, agravado por la incesante lluvia que no dejaba de caer.

Casi al borde de desplomarse exhausta, se detuvo junto a un árbol de considerable tronco. Miró hacia abajo. Sus ojos se habían habituado a la oscuridad y pudo distinguir las formas más básicas que la rodeaban. No vio nada moverse.

Pero estaba ahí.

Sin darse otro respiro subió por la pendiente, reconociendo entonces dos árboles que formaban una caprichosa X combada. Había pasado entre ellos con Cristina. El final de la subida estaba a menos de uno o dos minutos, pensó con un atisbo de ánimo, aunque con la lluvia le llevaría algo más de tiempo. No importaba, llegaría hasta Rincón del Diablo y entonces tomaría el atajo que comunicaba éste con el puerto. Un paso pegado a la pared sur que, aunque revestía algo de dificultad, era en ese instante su única forma de escapar de su perseguidor y llegar hasta el cuerpo de guardia...

«¡No!»

De repente recordó lo que Cristina le dijo acerca de ese acceso: estaba cerrado debido a unas reformas que nunca parecían concluir. Como un peso abrumador sobre su castigado y menudo cuerpo, cayó en la cuenta de que su perseguidor la había empujado hasta ese lugar, porque no había escapatoria posible.

—¡Dios! —balbuceó, perdiendo por un instante la serenidad.

Estaba atrapada y no podía retroceder.

Al cabo de cuatro minutos llegó a lo más alto de la loma.

La bajada hasta Rincón del Diablo por esa parte no revestía mucha dificultad. Al final había una semiplanicie de siete por cuatro metros que se cortaba en el mar. Si resbalaba en la bajada y caía rodando, era bastante probable que la precaria barandilla no fuera suficiente para evitar su caída al fondo del acantilado. Intentó no pensar en ello. Movi6 la cabeza y mir6 atr6s, esperando ver algo moverse entre la tupida cortina de agua. Nada.

Comenz6 a descender lentamente. No pod6a precipitarse. La lluvia hab6a erosionado la tierra convirti6ndola en barro resbaladizo que chorreaba lenta e intermitentemente.

Intent6 agarrarse a los pocos matorrales que crec6an en esa parte. En una ocasi6n resbal6 y no pudo evitar soltar un grito.

De repente vio a una figura moverse en la oscuridad. Sobre la planicie.

—¡No puede ser...! —murmur6 con una risita indignada tintada de locura.

«¿Por d6nde ha llegado?», pens6 al borde de un ataque de histeria.

La figura se movi6 en direcci6n a Sara.

Sara estir6 su mano derecha e intent6 aferrarse a un matorral para evitar seguir bajando. Estaba a su total merced.

De repente, oy6 la voz procedente de la figura.

—Sara, no, no... Soy yo —susurr6 una voz familiar con apremio.

Sara reconoci6 la voz de inmediato.

«¡No puede ser!»

Su mano se aferr6 a una piedra y fall6. Cay6 rodando, embadurn6ndose de lodo.

La figura se acerc6 a Sara con la intenci6n de detener la ca6da. Sara grit6, patale6 y agit6 con fuerza los brazos y las piernas para evitar que la figura pudiera agarrarla. Su cuerpo se top6 contra sus piernas.

—¡Sara...!

Sara mir6 hacia la figura. Llevaba un impermeable negro y la capucha

puesta. Tenía el rostro mojado y los ojos entrecerrados.

Era Carballeira.

—¡No, no...! —murmuró Sara intentando zafarse de Carballeira, apartándolo de ella.

—¿Estás bien? —preguntó Carballeira mirando a Sara a los ojos, mientras la lluvia cambiaba de dirección y golpeaba la cara del ex teniente con saña.

Sara no atendió a lo que Carballeira le decía. Una suerte de bloqueo mental se apoderó de ella.

«*Me han cogido, me han cogido...*»

—Tenemos que ayudarla. Está ahí abajo —dijo Carballeira elevando un susurro y, cogiendo a Sara por los hombros, la sacudió varias veces con firmeza.

—Confíe en ti... —balbuceó Sara, sin escuchar las palabras de Carballeira, evitando su mirada.

—¡Sara! Tenemos que sacarla de ahí. ¡Está atrapada! —dijo Carballeira levantando la voz y volviéndola a zarandear.

—¿Cristina? —susurró Sara, como si hubiera oído una voz en su interior.

Súbitamente alguien disparó desde arriba.

Sara oyó un impacto sordo y un chorro de sangre salpicó su cara. En ese instante no fue consciente de lo que ocurría. Tuvo que parpadear para comprender la realidad.

El cuerpo de Carballeira cayó de espaldas sobre un charco.

Un nuevo disparo levantó un trozo de barro cerca de Sara que acabó por despertarla de su letargo. Se incorporó con no poco esfuerzo, se pegó a la pared todo lo que pudo y se arrastró lateralmente, hacia la derecha. Sintió una punzada de dolor en la espalda.

Uno. Dos. Tres disparos.

Su perseguidor no tenía ángulo de tiro y erró todos ellos.

Oyó un ruido metálico.

Sara intuyó que se había quedado sin balas.

Miró hacia la derecha: un cartel de plástico que se agitaba nervioso advertía de la imposibilidad de utilizar el acceso sur debido a obras mayores.

Sin pensarlo dos veces, corrió hacia el borde de Rincón del Diablo. A su espalda y entre el ruido de la lluvia, oyó algo ininteligible y más ruido metálico.

Estaba cargando de nuevo su arma.

Llegó hasta el pasamanos, junto a la escala que descendía hasta la Boca del

Lobo, y se permitió echar una rápida mirada al cuerpo de Carballeira antes de descender. Estaba tendido en el suelo, inmóvil, y no pudo ver su rostro que miraba hacia la pared. No pudo evitar dejar escapar un profundo lamento. Inmediatamente comenzó a bajar, pero, al agarrarse con fuerza al arcaico pasamanos, éste cedió. El cuerpo de Sara se proyectó hacia el mar e hizo un giro extraño. Contuvo un grito y pudo poner un pie sobre el tubo de hierro. Asió con fuerza la escalera que estaba anclada en la pared de roca y descendió.

Una fuerte racha de viento, mezclada con agua de lluvia, casi la arrojan al mar. No pudo evitar jadear ruidosamente.

«*Otro, otro, otro...*»

No sabía cuánto quedaba para llegar abajo. Tenía los ojos fijos arriba, en el borde del precipicio.

«*No, no, no...*»

Apareció la figura del impermeable oscuro y la gorra de visera y la miró directamente. No vio su rostro, sólo su figura. Apuntó con la pistola y disparó tres veces.

Dos impactos se perdieron; uno de ellos pasó cerca de su mano izquierda. Notó las esquirlas de la piedra rebotar en su cara.

Miró abajo y vio el suelo oscuro, muy cerca.

Saltó.

Cayó sobre un charco de unos dos palmos de profundidad. El agua gélida atenuó ligeramente la caída.

Se pegó a la pared y miró hacia arriba con cuidado.

La figura bajaba por la escalera.

Sara dejó escapar un grito de impotencia. Allí, el agua del mar golpeaba ferozmente las rocas. La entrada a la cueva estaba allí mismo. Entró y, nada más hacerlo, cayó en una hondonada de un metro de profundidad inundada de agua salada. Salió de ella a rastras, mirando atrás, apremiada por el puro instinto de supervivencia. Se incorporó a duras penas y se dirigió hacia una negrura espesa e insondable como la muerte.

El helicóptero procedente de Madrid que transportaba a Macías y a dos de sus agentes tomó tierra en el helipuerto de la comandancia de la Guardia Civil de Gijón. El capitán Juan Carlos Bermejo ya estaba al corriente de todo y había puesto a su disposición un coche y dotación humana en caso de que fuera necesario.

Macías y su equipo se pusieron en marcha inmediatamente. Agradeció la

colaboración del capitán, pero rechazó el ofrecimiento de que otros agentes ajenos a su equipo los acompañaran en la misión.

—Gracias, capitán. Intentaremos apañarnos nosotros. Si necesitáramos ayuda, ya hablaría con el oficial al mando en Llanes.

El capitán Bermejo asintió y acompañó a Macías y a su equipo hasta el vehículo que los esperaba.

—Ya he llamado a Fidel, es el oficial al mando en Llanes. Gran persona y amigo.

Llegaron al coche y subieron sin pérdida de tiempo.

—Gracias de nuevo, capitán —dijo Macías estrechándole al oficial la mano con energía.

Cuarenta y cinco minutos más tarde el coche llegó al destacamento de la Guardia Civil costera de Llanes. El capitán Fidel Paniagua no estaba allí. Uno de los agentes informó a Macías de que había salido con la patrullera hacía apenas veinte minutos. Alguien había informado de que un hombre había caído al mar cerca de los Cubos de la Memoria. Macías maldijo malhumorado por el contratiempo.

—¿Quién coño puede salir a dar un paseo con este tiempo?

El agente se encogió de hombros.

—Le puedo poner con el capitán —sugirió.

—Hágalo.

El agente se puso unos auriculares con micrófono y tecleó unas ordenes en el ordenador.

—Orca, aquí central, ¿me recibes?, cambio.

Ruido de estática.

—Aquí Orca, cambio.

—El inspector Macías está aquí, ¿puede ponerse el capitán?, cambio.

—Un momento, cambio.

Al cabo de un rato una voz grave se oyó por los pequeños altavoces.

—Aquí el capitán Paniagua, ¿inspector?, cambio.

Macías miró al agente que manejaba la radio. Éste le preguntó si conocía el funcionamiento de la radio. Macías asintió. El agente le pasó los auriculares.

—Aquí Macías, ¿qué tal el tiempo?, cambio.

—Al que le gusten las tormentas estará encantado. Yo me quedo con la montaña, cambio.

Macías sonrió.

—Alguien tiene que hacerlo, cambio.

Macías oyó a través de los auriculares una risa ronca.

—Me ha dicho Bermejo que quería ir a Isla Malva, cambio.

—Así es, cambio.

Macías esperó unos segundos la respuesta del capitán.

—Tendrá que esperar, cambio.

—¿Cuánto?, cambio.

—Espero que no más de una hora, pero no le prometo nada. A un gilipollas le ha dado por acercarse al malecón a ver cómo eran las olas de grandes, cambio.

Macías meditó durante unos segundos.

—¿No hay otra opción?, cambio.

—Me temo que no, inspector, cambio.

—Esperaré mi turno, entonces, cambio.

—Bien. Cambio y corto.

Fontecha alcanzó la entrada de la cueva un minuto después. Antes de entrar revisó su arma. Había gastado un cargador y algunos proyectiles del segundo. Le quedaba otro más. No supuso que lo tendría tan difícil.

Lamentó no haber acabado con las dos a las primeras de cambio. No podía soportar la idea de que se le hubieran escapado. Todo era culpa suya. Había probado que el arma funcionara correctamente, pero no había practicado con la Glock al menos una sesión de tiro contra algo que se moviera.

«*Maldita sea*»

Tenía que haber previsto eso. Había menospreciado a las chicas, y eso era un fallo imperdonable. Las dos habían demostrado mucho coraje al enfrentarse a esa situación. Muchos hombres se habrían quedado paralizados esperando la muerte.

Pero eso ya no importaba.

Las chicas se habían metido en la Boca del Lobo; resultaba irónico, pensó Fontecha. Recordó haber entrado en la cueva una vez, durante el famoso verano de 1985. Era de día, por supuesto, y sólo había profundizado unos cuantos metros. Nadie sin el mínimo equipo requerido podría permanecer allí por mucho tiempo. Había leído en un artículo hacía unos años que un grupo de espeleólogos decidió explorar las ramificaciones de la cueva. Según esa investigación, el equipo no pudo llegar hasta el final, ya que los propios ramales se subdividían en innumerables bifurcaciones que los llevaban a través de cuevas y subcuevas en un enorme laberinto insondable. La falta de presupuesto provocó el cese inmediato del proyecto y, por consiguiente, no se

pudo confeccionar un mapa batimétrico completo del entramado subterráneo y subacuático.

Estupendo.

Si no las mataba él, la propia cueva lo haría.

Además tenía una linterna. Ellas, que él supiera, habían entrado a oscuras y sin armas. Y por si fuera poco estaban las bajas temperaturas. El agua del mar rondaría los ocho o nueve grados. En la cueva la sensación de humedad y frío se incrementaba en, al menos, tres o cuatro grados centígrados más.

Era un auténtico suicidio.

Aun así, se obligó a no confiarse y se concentró en acabar con aquel asunto lo antes posible. El pensamiento de que los restos de las chicas descansaran allí para siempre, sin que nadie pudiera encontrarlos y sin que ningún tribunal pudiera achacarle su muerte, era deliciosamente perfecto.

Respiró hondo varias veces. Encendió la linterna y entró en la cueva. Hacía un frío atroz.

Las manos estaban entumecidas y se obligaba a abrirlas y cerrarlas continuamente para activar la circulación sanguínea. Sus botas de piel estaban encharcadas. Los calcetines estaban empapados y era enormemente molesto caminar de ese modo.

No obstante, ése era el menor de los problemas.

La oscuridad era total. Sara se había adentrado a tientas en la cueva para evitar que su perseguidor pudiera encontrarla. En cuestión de unos pocos minutos la mínima luz que entraba por la entrada había desaparecido, dando paso a un insondable lugar más inhóspito que el propio infierno.

En varias ocasiones tropezó y cayó. En otro punto el suelo desapareció literalmente y cayó a una fosa inundada de agua donde le fue imposible hacer pie.

Salió por los pelos.

La sensación claustrofóbica era extremadamente agobiante. Un pensamiento irracional le llenó la cabeza de ideas extravagantes acerca de la muerte y la existencia humana. Allí dentro, se cuestionó si su vida anterior a ese momento había ocurrido realmente o si todo era una pesadilla de la que nunca podría escapar.

De repente quiso morirse y acabar de una vez con esa angustiada tortura.

La cara de su madre se dibujó en su mente como una nítida proyección de luz y color. Comenzó a llorar desconsoladamente, sin importarle si su perseguidor le daba alcance. Se recriminó el no haber tenido el valor de

enfrentarse a él, en lugar de adentrarse en un laberinto, donde la muerte acariciaba su rostro a cada paso que daba.

Su llanto rebotaba extrañamente en una cacofonía horripilante. Su propio eco parecía reírse de ella.

De pronto oyó una tenue voz.

—¿Sara?

... sombríos ancestros llegaron de pronto, y la arrastraron muy lejos de mí...

Sara no pudo discernir si era auténtica o si sólo estaba en su cabeza. Se negó a seguir escuchando y se tapó los oídos con la palma de las manos.

—¡No! —gritó. Los túneles le devolvieron la negación en diferentes tonos y matices.

—¡Sssssssara! —dijo la voz con urgencia, sibilante.

Se enjugó las lágrimas con la mano derecha e intentó acallar el soponcio que la dominaba.

—¿Qué? —preguntó como si tal cosa, como si estuviera frente al hogar disfrutando de un acogedor fuego y una estupenda taza de chocolate caliente y *Carquinyols*.

Nada.

De repente Sara vio una luz en algún sitio. Luego desapareció.

... hasta encerrarla en un oscuro sepulcro, en aquel reino junto al mar.

Algo reptó en la oscuridad hacia ella. Se detuvo.

Sara permanecía inmóvil. Como si no le importara que algo que no podía ver se arrastrara hacia ella.

—¡Sara! —dijo la voz, elevando un susurro.

—¿Qué? —dijo Sara casi gritando, enojada.

—Shhh...

La luz volvió a aparecer en algún lugar. Entrecerró los ojos. Por un instante vio lo que había a su alrededor: estaba en una bifurcación. Sentada en el suelo, pegada a la pared y con la cabeza inclinada hacia un lado. Las paredes eran grisáceas, casi negras. Había un agujero, achatado, de un metro de ancho a su izquierda y otro más pequeño a su derecha. La luz venía de un agujero que estaba por encima de su cabeza, a un metro y medio aproximadamente. La luz oscilaba en diferentes direcciones. Aparecía y desaparecía.

Una breve ráfaga de luz iluminó el agujero de la izquierda del que surgía repentinamente algo que se arrastraba.

Sara ahogó un grito y contrajo las piernas hasta pegarlas completamente a su

cuerpo.

La luz desapareció antes de poder ver de quién o de qué se trataba. Pero la oyó.

Una mano la tocó.

—¡No! —susurró Sara aterrada.

—Soy yo —dijo la voz de Cristina en un susurro.

De repente otro haz de luz, más intenso que los anteriores, iluminó la deplorable estancia, y Sara vio el rostro demacrado y sucio de Cristina, apenas a unos centímetros del suyo. Sus brillantes ojos azul violeta, ahora mates, reflejaban un pánico irracional.

Instintivamente Sara besó a Cristina en los labios. Estaban secos y agrietados pero Cristina respondió al estímulo apretando su cara y su cuerpo contra los de Sara. Sintió la lengua acartonada de Cristina. La suya tenía la misma textura marchita; aun así, movieron sus lenguas frenéticamente hasta que la saliva de ambas se mezcló en un jugo vital.

El ruido de algo metálico golpeando la piedra y el agua provocó que Sara y Cristina se separaran y abrieran los ojos. La luz iba y venía, proyectando las sombras y moviéndolas en todas direcciones. De repente alguien gritó, un grito de rabia, acompañado de un ruido de chapoteo frenético. Ni Sara ni Cristina prestaron mayor atención.

Cristina cogió la cara de Sara que la miraba con ojos vidriosos.

—Tenemos que salir de aquí... —susurró Cristina. Sus ojos estaban enrojecidos e hinchados de haber llorado hasta la extenuación.

—No quiero morir, no... —murmuró Sara sin apartar sus ojos de los de Cristina.

Cristina cogió la mano de Sara, que quiso decir algo, pero Cristina le puso el dedo índice en los labios.

—Shhhh. Shhh...

Estiró de su mano para que la siguiera. Sara se arrastró de rodillas y dócilmente siguió a Cristina.

«¡Mierda!»

Fontecha resbaló y, tratando de asir algo que evitara la caída, dejó caer la linterna. Ésta rodó por un estrecho conducto y, en cuestión de apenas un segundo, desapareció de su vista. No pudo evitar maldecir a voz en grito. Seguro que lo habían oído. No le importaba. Sólo quería acabar con toda esa mierda y salir de allí cuanto antes. La entrada a la cueva la había dejado atrás hacía un buen rato. De repente un pensamiento funesto cruzó por su mente: si

se adentraba demasiado en la cueva, podría perderse y no salir jamás. Se recordaba constantemente que la cueva era un laberinto mortal. Una trampa de la muerte. Tragó saliva varias veces y respiró lentamente hasta que su ritmo cardíaco descendió. Intentó pensar con racionalidad. Afortunadamente el grupo de espeleólogos que trató de desentrañar los misterios de aquel laberinto infernal tuvo la sabia precaución de señalar con marcas visibles e inalterables el camino de vuelta a casa, pero ¿y si perdía la linterna?

Un sudor frío recorrió todo su cuerpo y los ejercicios de autocontrol se fueron al garete. Un simple artefacto era su salvoconducto al mundo de los vivos. Tenía que recuperarla inmediatamente. Se agachó y comenzó a palpar el suelo. En algunas partes, sus manos se sumergían en agua salada. No quería pensar en que el agua salada hubiera inutilizado la linterna.

«Mierda, mierda, mierda...»

Se tiró al suelo y se arrastró, moviendo las manos con vehemencia.

El agua estaba congelada.

Sara y Cristina cayeron dentro de una fosa inundada de agua dolorosamente fría. No sabían qué fondo tenía, no sabían cuál era su anchura. No sabían si las llevaba a algún lugar más profundo y espeluznante si cabe. No sabían nada.

—No... de...jes...d...eeee... mo...v...erte —dijo Cristina, castañeteando los dientes sonoramente.

Sara no podía ver a Cristina, sólo oía el frenético chapoteo del agua. La luz había desaparecido. Quiso decir algo. Abrió la boca, pero el frío había agarrotado el músculo cricotiroideo que accionaba sus cuerdas vocales. Agitaba sus brazos y piernas sin parar, aunque las fuerzas eran mínimas. No aguantarían más de diez o quince minutos en esas condiciones.

Entonces Cristina se agarró al borde y Sara se agarró a Cristina. Ninguna hacía pie.

—¿Es...tás...bien? —preguntó Cristina debilitada.

—Sí, sí... —murmuró Sara mientras sus dientes no dejaban de castañetear.

Cristina la ayudó a acercarse a ella.

—V...amos a...a ssss...alir ddd...eaquí —dijo Cristina con voz temblorosa.

Sara no dijo nada.

Sólo se oía el chapoteo del agua y sus continuos jadeos.

Cristina comenzó a palpar por encima de su cabeza, en un suelo relativamente seco por donde habían venido.

—Vvv...oy assss...alir —dijo Cristina, tiritando.

—¡No me dejes...! —gritó Sara aferrando el cuerpo de Cristina con fuerza.

—No... nno, vo... y a...

Cristina levantó su cuerpo con la ayuda de sus brazos e intentó salir del pozo. El borde estaba a unos cuarenta o cincuenta centímetros por encima de sus cabezas. Sus brazos temblaron precariamente debido al colosal esfuerzo y cayó de nuevo al agua.

—¡No! —Soltó un grito desgarrado.

—Apó...yy...ate enmí —dijo Sara sin dejar de jadear ni un solo instante. Su voz temblaba de frío y miedo.

—Sí, sí... —susurró Cristina con falso entusiasmo.

Cristina se acercó de nuevo al borde y Sara con ella. Se agarraron a la piedra fría.

—A... la ddde... tres... ¿de acuerdo? una, dosss y... treeees...

Cristina subió de nuevo arrastrándose por la pared mojada. Sara empujó el culo de Cristina con su brazo derecho, tembloroso. En ese instante, notó que no ejercía la fuerza suficiente y el cuerpo de Cristina descendía de nuevo lentamente. Negó con un grito y se soltó del borde. Con las dos manos empujó a Cristina, mientras su cuerpo se hundía en el agua.

De repente notó que el cuerpo de Cristina se despegaba por sí solo hacia arriba. Emergió. Las piernas de Cristina estaban fuera del agua, moviéndose frenéticamente, intentando aguantar el equilibrio.

Sara oyó gruñir a Cristina. Estiró el brazo derecho hasta que las inquietas piernas de Cristina se toparon con él. Trató de ayudarla empujando torpemente, hasta que notó que las piernas se replegaban por sí solas.

Inmediatamente, Cristina se giró en el suelo y buscó las manos de Sara. Las encontró y tiró de ellas.

—¡Sube! ¡Vamos!

Sara apoyó sus manos en el borde y Cristina la cogió por las axilas: tiró de ella temblando, gruñendo por el esfuerzo. Sara consiguió sacar la mitad de su cuerpo. Cristina la cogió esta vez por la parte superior del pantalón y la arrastró hacia ella. Las dos se quedaron allí tumbadas resollando y gimiendo sin parar.

Al cabo de unos minutos Sara balbuceó:

—He... notado un... poco de... humedad... ¿Tú no?

Cristina soltó una risa entre toses y se quedaron sin decir nada durante varios minutos.

Sara se pegó a Cristina y se abrazaron. Las dos temblaban y gemían sin

parar. Sara comenzó a acariciar a Cristina y, como respuesta, ésta besó tímidamente a Sara en los labios. Por un instante todo el mundo desapareció para ellas. Cerraron los ojos aunque no podían ver absolutamente nada, como si el simple hecho de hacerlo pudiera hacer desaparecer ese horrible lugar y transportarlas lejos de allí. Querían dejarse llevar. Dormir y descansar.

Un haz de luz se proyectó en la gruta fugazmente, iluminándolas precariamente sobre el suelo mojado. Fue Cristina quien abrió primero los ojos, dejando entrar a través de ellos un fragmento de la atroz pesadilla que estaban viviendo.

Por vez primera, repararon en el aspecto deplorable que ambas tenían. La belleza natural de dos mujeres jóvenes y bonitas se había transformado en dos figuras temblorosas, sucias y aterradas, recluidas en un mundo sin luz y sin escapatoria.

La linterna reposaba medio mojada dentro de una hendidura en la que apenas cogía la mano.

De no ser porque estaba encendida y emitía luz, no la hubiera encontrado en mil años. Tenía que salir de ese inframundo y regresar junto a Alejandra y las niñas, para así poder iniciar una nueva vida sin sobresaltos y con las espaldas bien cubiertas en Montreal. Se lo merecían y se lo daría. No podía dejar que los problemas lo abrumaran. Era un hombre inteligente y siempre hallaba la mejor solución para él y su familia.

Miró la linterna y recapacitó: si en ese preciso instante dejaba de funcionar, todo se esfumaría como las palabras recién pronunciadas.

La situación se había complicado sobremanera y tocaba alterar el plan.

De repente, un ataque de pánico le sobrevino cuando la bombilla de la linterna comenzó a parpadear. Contuvo la respiración, como si el más leve movimiento de aire pudiera hacerla apagar para siempre.

No lo pensó dos veces.

—¡Eh! —gritó con un tono demasiado quebradizo, del que se lamentó de inmediato.

No contestó nadie.

—¡Eh! Sé que estáis ahí. Esta cueva no tiene más salida que por donde habéis entrado. No podréis salir de aquí sin una linterna. Y sé que no la tenéis.

Volvió a gritar a la cueva. En ocasiones el tono había sido excesivamente agudo, delatando de algún modo su creciente ansiedad.

Nada.

Fontecha miró la linterna por enésima vez. La bombilla volvió a parpadear.

No se dio cuenta, pero respiraba con mucho esfuerzo y el corazón le latía con tanta fuerza que le dolía el pecho.

—Quiero hacer un trato con vosotras —dijo. Fingiendo un tono distendido, prosiguió—: Sólo quiero dinero. Todo se arreglaría con dinero. No os haré daño, os lo prometo —mintió a la desesperada.

Un estruendo se oyó a su espalda. Se giró y dirigió el haz de la linterna en esa dirección. Era el ruido de alguna ola entrando en la cueva, que se oía amplificado a través de las grutas. Miró hacia sus pies: el agua le llegaba un palmo por encima de los tobillos. Ni siquiera se había percatado de aquello. Quizá en menos de una hora la cueva estaría inundada por completo. Ya sería complicado si decidía salir en ese preciso instante.

—Me voy, sí..., que se jodan... —murmuró con un incongruente hilo de voz, mirando con ojos desorbitados el agua que comenzaba a llegar del exterior, subiendo cada vez más.

No perdió ni un solo instante: giró sobre sus talones y comenzó a desandar lo andado, buscando en la pared las marcas que los espeleólogos dejaron en su truncada investigación años ha. En menos de diez minutos estaría fuera. Lejos de esa pesadilla y más cerca de su nueva y estupenda vida.

La débil luz procedente de la linterna, de la que brevemente habían disfrutado, desapareció, sumiéndolas de nuevo en una oscuridad total.

De mutuo acuerdo, decidieron avanzar hacia Fontecha, mientras tuvieron la oportunidad de hacerlo, gracias a los invariables destellos de la luz de la linterna. Sólo tendrían una oportunidad y tenían que aprovecharla. El pánico a la posibilidad de morir a manos de Fontecha había enturbiado su raciocinio y las había empujado a una muerte segura. Tenían que emplear las pocas energías de las que disponían enfrentándose a Fontecha si era necesario. Preferían morir de un balazo a hacerlo en aquel horrible lugar.

No se sorprendieron en absoluto cuando oyeron la voz del ex suboficial de policía de Isla Malva. Si en algún momento Sara había tenido algún resquicio de duda acerca de la culpabilidad de Fontecha, su presencia allí demostraba su total implicación en la muerte de su madre.

En una ocasión, Sara estuvo tentada de responder. Quería preguntarle por qué mató a su madre, pero en ese instante había algo mucho más importante: sobrevivir.

Pero sabían que Fontecha tenía razón. No había otra salida. Adentrarse o simplemente permanecer allí sería el fin para dos chicas exhaustas, caladas hasta el tuétano, con manifiestos y graves síntomas de hipotermia y sin ninguna

fuente de luz para indicarles al menos las posibles opciones en ese agujero de muerte.

—Lleva razón... ¡Vamos a morir aquí! ¡Dios...! ¡No quiero morir aquí! —gritó Cristina de repente, rompiendo el ruido de fondo de jadeos, gemidos y chapoteo.

—No, no... no digass'eso... —consiguió balbucear Sara mientras abrazaba a Cristina. Tuvo la sensación de que se apagaba como una vela dentro de un vaso boca abajo. Cristina comenzó a llorar y se detuvo, se dejó caer, y el agua, que les llegaba por la cintura, casi la cubrió.

Sara intentó ayudarla a incorporarse.

—No, no... arriba... arriba...

Sara comenzó a tener visiones, en las que aparecía en compañía de monstruos deformes que reptaban siseando por el techo de la caverna, sobre sus cabezas. Otras criaturas surgían de oscuros agujeros, tocándolas con sus manos gelatinosas. Sonreían y mostraban unos dientes afilados, capaces de sesgar de un solo tajo su yugular. Las miraban fijamente con sus malignos ojos amarillentos. Querían llevárselas de allí con la promesa de una salida a ese inframundo, pero ella sabía que no era cierto. Las llevaban a una oscuridad mucho mayor, a un mundo donde el horror era caldo de cultivo cotidiano. Donde la única escapatoria era una muerte menos lenta.

Entonces tuvo la cruel certeza de que moriría en el mismo lugar en el que había muerto su madre. Jamás descubriría la verdad sobre su muerte. El asesino o asesinos de su madre continuarían viviendo mientras que sus huesos se pudrirían allí para siempre. Nadie sabía dónde estaban y nadie las buscaría allí.

No sabía cuánto tiempo había pasado, cuando constató que Cristina había dejado de llorar.

Tampoco gemía ni hacía el menor ruido.

Sara acarició su cara suavemente.

De repente, un ruido grave inundó la caverna. El agua comenzó a entrar con más rapidez.

—Nooo... mee apee... tece... quiero ir... mamá... —susurró Sara, delirando.

El agua subía más y más.

No sentía los pies ni las manos.

Cristina no se movía.

Las olas golpeaban con fuerza la entrada de la cueva.

El suelo de madera había desaparecido bajo el agua salada. La espuma formaba en esa parte un remolino que no se detenía y la entrada a la cueva desaparecía en su totalidad con cada nueva embestida del mar. En breves intervalos de quince o veinte segundos quedaba descubierta, trazando una hendidura curvada en su parte superior de unos cuarenta centímetros de ancho por poco más de diez o doce centímetros de alto. Con cada nueva embestida, se iba reduciendo el intervalo y el tamaño de la hendidura. En unos pocos minutos quedaría totalmente cubierta y la cueva, por tanto, inundada.

La linterna había dejado de funcionar a unos quince metros de la salida. No le importó; se acordaba perfectamente de esa parte de la gruta aunque estuviera medio sumergida. Fontecha tuvo que avanzar bajo el agua en el último tramo, guiado milagrosamente por su excelente sentido de la orientación. Agradeció haber asistido en los últimos años a tres sesiones de natación por semana.

La parte más dura fue tener que salir de la cueva. El agua lo empujaba con brutal insistencia cada vez que intentaba alcanzar la salida. A cada nueva intentona, Fontecha derrochaba ingentes cantidades de energía que mermaban con terrorífica rapidez. Al sacar la cabeza fuera de la gruta por primera vez, no pudo reprimir un grito de triunfo. Fue una insensatez, pero, dadas las circunstancias, no le pareció descabellado en modo alguno.

Se apartó de las embestidas del mar encaramándose a un resbaladizo y cortante saliente e intentó recuperar el resuello. Estaba agotado y entumecido. No sentía las manos ni los pies y todas sus energías casi lo habían abandonado. Había estado a punto de morir. Ver de nuevo el cielo y las estrellas le arrancó una sonrisa. Inmediatamente después, lloró desconsoladamente durante varios minutos, para purgar la tremenda sensación de soledad y horror vivida allí dentro. Su cuerpo no dejaba de temblar como el de un chiquillo.

Todo había acabado. No. Se recordó que aún le quedaba una última tarea por realizar. Tenía que hacer un último esfuerzo y, hasta nunca, Isla Malva. Palpó en la oscuridad y encontró la escalera. Puso un pie en el primer estribo y comenzó a subir por la escalera hacia Rincón del Diablo.

Sara Leclerc estiró la mano. Buscando como aquella noche. Envuelta por las sábanas con dibujos de animalitos que tanto le gustaban. Buscando el apaciguador contacto de su madre. Un contacto que jamás se volvería a producir.

No dejaré que nada malo te ocurra.

Habían sido las últimas palabras que su madre pronunció, antes de darle las buenas noches y abandonar su dormitorio en la Casa del León. Sara tardó en conciliar el sueño. Había visto en muchas ocasiones la mirada líquida y de profunda tristeza de su madre, pero esa noche, además, había un nuevo componente que sólo con el tiempo consiguió esclarecer: miedo. Elisa trató de no preocupar a una niña, que ya comenzaba a adentrarse en el desprotegido y cruel mundo de los adultos, tratando de prolongar un universo de inocencia, que sólo habita en el corazón de los niños. Como en muchas otras ocasiones, intentó buscar el sueño rezando por su madre a un Dios joven con cabello largo, barba, túnica y corona dorada. Rogándole que volviera con ella al día siguiente sonriente y feliz.

El agua les llegaba por la barbilla y en algunas ocasiones tenían que escupirla cuando alcanzaba la boca. Cristina se había desmayado, o eso quería creer Sara. Aun así, la aferraba con las escasas fuerzas que le quedaban. Su cuerpo resbalaba y se hundía en el agua. Era una tarea agotadora.

«Todo acabará pronto, pronto...»

Sara quiso dormir y descansar. Sus párpados se cerraban y cuando lo hacían sentía un placentero alivio. Su cuerpo parecía flotar y todos los temores desaparecían.

Una vocecita a su izquierda le hablaba en un tono suave y melifluido, susurrándole que estaba tremendamente rendida y debía descansar, dormir, reposar y entregarse a un plácido sueño reparador...

Otra vocecita, más enérgica, situada a su derecha, le conminaba a no cerrar los ojos. A sacar fuerzas de flaqueza. A no rendirse, a no tirar la toalla.

Si cierras los ojos, morirás... Todo acabará para siempre. ¡Ellos son el interruptor que apaga tu vida!

¡No! Eso no ocurrirá. Duerme un poco, lo necesitas... Cuando despiertes estarás mucho mejor, ya lo verás.

—Mmmm... Noooo...pue...eedd...

Las vocecitas comenzaron a disiparse, como despidiéndose de ella, lenta y gradualmente.

Y entonces vio una luz debajo del agua. Era brillante y emitía fulgurantes y ondulantes haces luminosos. Ascendían invariablemente hacia la superficie. Pronto se iluminaría la caverna. Seguro que era aquel ángel de cabellos dorados, ojos azules, mirada bondadosa y rostro aniñado con el que tantas veces soñó cuando era una niña. Sara sonrió y lentamente se entregó a un sueño profundo.

Las voces regresaron. Eran lejanas, como una letanía, pero esta vez eran diferentes.

Sara gimió y, sin darse cuenta, liberó el cuerpo de Cristina, que se sumergió en el agua helada de golpe.

«¡Sara! ¡Sara!»

«¡No! ¡Dejadme en paz!»

Quería dormir, pero algo en su interior provocó que hiciera lo contrario. Abrió dolorosamente los ojos y la luz blanquecina se movió y cambió de dirección. Rebotó en la pared gris y se coló a través de la estrecha rendija, entre los párpados.

Una voz. Dos voces.

Sara susurró e intentó mover las manos. No pudo.

—¡Están aquí! ¡Están aquí! —gritó un hombre, aunque Sara sólo pudo percibir un rumor lejano.

Sara abrió la boca, intentó gritar: sólo salió un patético hilo de voz.

La luz entró en la caverna. Un círculo blanco lo iluminó todo de repente. Cerró sus doloridos ojos. Una figura borrosa se acercó a ella apresuradamente, aunque todo parecía ocurrir a cámara lenta. La figura se acercó y la cogió por debajo de las axilas.

Le golpeó en la cara un par de veces.

—¡Despierte, despierte!

Sara gimió y abrió los ojos. La voz del hombre rana llegaba a los oídos de Sara casi imperceptiblemente. Vio a un hombre joven y fuerte vestido con un traje de neopreno verde, una botella de buceo a la espalda y unos ojos agradables tras la máscara facial. Intentó resistirse, se agitó alterada.

—Tranquila, tranquila. Hemos venido a sacarlas de aquí... ¡Dios!... —exclamó el hombre rana al ver el cuerpo de Cristina sumergido. Sin soltar a Sara se agachó e intentó reflotarla. Entró un segundo hombre rana que rápidamente se acercó a ellos y ayudó al primero.

—¡Intenta reanimarla! —gritó el primero de los hombres rana.

Sara oyó esta vez su voz con más claridad. El rumor se disipaba.

El segundo hombre rana presionó con firmeza el esternón varias veces, mientras sujetaba precariamente el exangüe y pálido cuerpo de Cristina.

Un tercer hombre entró en la gruta. Era Macías vestido de hombre rana.

—Dios santo —susurró con dificultad al ver el estado de Cristina.

Sara estiró su mano hacia Macías y el inspector se la cogió. Los ojos de la chica estaban enrojecidos y lo miraban distantes, con un malsano brillo

irracional.

—Él... sssse llevó la... linterna... —susurró Sara antes de desmayarse.

El cuchillo de doble filo

Sara abrió sus doloridos ojos muy lentamente.

Se sentía entumecida y le dolía todo el cuerpo. Estaba tumbada en una superficie dura pero tibia. El contumaz frío había desaparecido en gran parte. No obstante, todavía podía notar una sensación de acentuado dolor generalizado por todo su cuerpo. Recordó que un médico le administró una solución intravenosa precalentada, y la obligó a que permaneciera bajo un montón de mantas calientes y frente a un pequeño calefactor, hasta que su temperatura corporal subiera. En todo momento protestó pero lo cierto era que sufría de hipotermia moderada. Todo el mundo se sorprendía de que todavía siguiera en pie.

Trató de incorporarse pero el esfuerzo le devolvió un agudo dolor de cabeza. Se quejó.

Oyó un ruido como de un motor al ralentí y voces masculinas que hablaban con urgencia.

Estaba envuelta en una áspera pero confortable y caliente manta. Y el lugar donde estaba tumbada era relativamente tranquilo, oscuro y estrecho. Notó un suave balanceo que parecía acunarla. Estaba en una embarcación.

Un resplandor intermitente de color anaranjado se movía y se reflejaba en las superficies brillantes del angosto lugar. El reflejo entraba por una ventana alargada que estaba situada por encima de su cabeza.

—¡Mira, mira! —gritó alguien con tono de admiración, fuera del compartimiento donde Sara se encontraba.

La curiosidad pudo más que el dolor de cabeza. Se incorporó como pudo y miró por la ventana alargada.

La vista se movía con un suave balanceo. Entrecerró los ojos al recibir el impacto de la intermitente luz anaranjada, que procedía de otra embarcación alargada y negra que se encontraba ligeramente escorada, a babor.

Frente a sus ojos tenía Isla Malva. Pudo ver el puerto, donde se arremolinaban al menos unas cincuenta o sesenta personas. Todos miraban hacia la parte alta de la isla. Un hipnotizante brillo amarillento y anaranjado danzaba nervioso. Todos miraban a la Casa del León.

Estaba ardiendo por los cuatro costados. Abandonó la cabina interior y salió a la cubierta de la patrullera de la Guardia Civil. Cuatro agentes, un suboficial y un oficial observaban fascinados el fuego. Había dejado de llover pero el frío era intenso y húmedo. Bocanadas de vaho se elevaban en el aire marino. Sara se acercó al oficial que miraba a través de sus prismáticos.

Sara tenía la lengua pegada al paladar; se podría decir que una sensación similar experimentaba su pensamiento. Se sentía tan aturdida que no podía componer imágenes en su cabeza. Era incapaz de conjugar lo que sentía, era como una ilusión de sí misma.

Alguien gritó una orden y la lancha comenzó a moverse hacia la isla. Sara tuvo que agarrarse al bruñido pasamanos para no caer.

¿Dónde está Cristina?, creyó preguntar Sara en voz alta, pero no pronunció palabra alguna.

La lancha se acercaba al puerto con rapidez. La otra lancha llegó antes y atracó en el puerto. Las personas que permanecían en la explanada del puerto miraban atónitas el incendio. Observó la casa detenidamente. Las llamas buscaban la salida a través de las ventanas. Sobre todo las del piso inferior y el primer piso, si bien éstas todavía se asomaban con timidez a la noche. Al parecer el fuego todavía no había llegado a la segunda planta.

La Dama de Sonrisa Plateada.

Repentinamente, la imagen del cuadro se le apareció nítidamente dibujada en su mente como una revelación.

La Dama de Sonrisa Plateada.

Recordó la mirada plácida y serena de la chica del cuadro. Con un perro de aguas a sus pies. Tendría unos catorce o quince años...

La Dama de Sonrisa Plateada.

En una habitación con el suelo de baldosas blancas y negras, como un tablero de ajedrez...

«Como un tablero de ajedrez... ¿Dónde...?»

—Tablero de ajedrez —susurró Sara con la voz tomada, por primera vez desde que despertara.

La lancha atracó y los agentes de la Guardia Civil se precipitaron con soltura hacia tierra firme. El oficial se percató de la presencia de Sara.

—Quédese a bordo. Enseguida volveremos a Llanes... —dijo atropelladamente, más pendiente del fuego que de ella.

Un helicóptero oscuro, con luces intermitentes, sobrevoló la isla. Casi todo

el mundo en la explanada lo miró, murmurando. Sara hizo caso omiso del aparato. Miraba la casa arder.

Como un tablero de ajedrez... Recuerda la Dama de Sonrisa Plateada...

Sara sintió un latigazo que atravesó todo su cuerpo, un latigazo que se convirtió en una nítida revelación. Ahogó un gemido y miró hacia la casa con renovado interés. Las llamas se harían con ella en cuestión de minutos.

Dejó caer la manta al suelo. Sintió el frío de la noche, intensificado por llevar puesta la ropa aún mojada. No pensaba en eso. Saltó de la lancha y atravesó el puerto a través del público congregado. No existía cordón policial propiamente dicho. Francisco Cachero, el sargento de guardia y otro agente, estaban posicionados en la mitad no ocupada de la explanada, al comienzo de la calle Alta.

Sara irrumpió de la primera fila. En ese instante, Cachero estaba hablando por su radiotransmisor, dándole la espalda. El otro agente no estaba en su campo visual. Alguien del público dejó escapar un grito ahogado y eso fue como la mecha que encendió su cuerpo. Atravesó corriendo la explanada y en cuestión de segundos alcanzó la calle Alta.

Algunas personas del público señalaron con sus dedos índices la trayectoria de Sara entre gritos de admiración. El agente apareció de repente por la derecha sin saber qué ocurría. La gente señalaba hacia arriba y gritaba. El agente se giró a tiempo de ver a Sara subir afanosamente por la calle Alta. En lugar de seguirla u ordenarle que se detuviera y bajara, se quedó paralizado durante unos segundos; luego se acercó a Cachero, que continuaba hablando por su radiotransmisor.

Macías se encontraba en el malecón, hablando también por un radiotransmisor, cuando se giró alertado por el vocerío a tiempo de ver a Sara, que ya había dejado atrás el primer tramo de calle y comenzaba a subir a través del serpenteante camino, hacia la parte alta de la isla, en dirección a la Casa del León.

Cachero y el agente se aprestaron a subir pero se detuvieron al principio de la calle. Comenzaron a gritar, conminando a Sara a que depusiese su insensata actitud y bajara inmediatamente. Macías corrió hacia la explanada y se abrió paso a empujones por el nutrido grupo de mirones, que parecían no estar dispuestos a perderse ni un solo instante de aquel repentino espectáculo gratuito.

En ningún instante Sara miró atrás. Subió con mucha dificultad, primero por la resbaladiza y empinada calle Alta y luego a través del barrizal en que se

había convertido el camino. El murmullo de la gente se fue diluyendo gradualmente y dio paso al crepitar del fuego. Se sorprendió a sí misma por no sentirse cansada. Al contrario: se sentía sorprendentemente lúcida y con una desbordante fortaleza.

Al llegar al muro de piedra que rodeaba la propiedad, el calor del fuego sustituyó bruscamente al frío húmedo. Sara caminó directamente y con decisión hacia la puerta principal. Cogió el candado que mantenía, junto a la cadena, la verja cerrada. Lo estrelló con un grito de rabia contra los barrotes al constatar que estaba cerrado, y comenzó a mirar a su alrededor. Tras varios segundos de búsqueda, Sara cogió una piedra de tamaño considerable que reposaba al lado del camino y, gimiendo por el peso, se acercó con paso torpe a la puerta. Golpeó el candado y la cadena con la piedra. Se le cayó al suelo cuando lo intentaba por segunda vez y casi le aplasta un pie. Sin permitirse un breve respiro, la cogió con otro gruñido y descargó con toda la contundencia posible la piedra, hasta que el candado cedió con un chirrido de rendición. Tiró la piedra y golpeó con saña la puerta a base de patadas hasta que pudo entrar.

La temperatura era muy elevada y Sara tuvo que protegerse la cara con el brazo derecho. Agradeció llevar todavía puesta la ropa mojada. Comenzó a rodear la casa por la izquierda.

Con el brazo protegiéndose la cara, miró la fachada principal. Las llamas brotaban embravecidas como serpientes del averno y se agitaban frenéticas, burlándose de Sara. Creyó oír una risa malévola.

Sara torció la esquina. Se agachó, evitando las llamas que habían alcanzado a los cedros que rodeaban la casa. Llegó hasta la puerta trasera que daba a la cocina. Se tapó la boca con la mano y le dio una patada a la puerta. Cedió a la primera. Una vaharada de humo blanco y calor salió y la envolvió sin previo aviso, obligándola a toser. Se apartó un instante con la esperanza de poder encontrar el momento idóneo para entrar en la casa.

Macías alcanzó la entrada de la Casa del León. Se detuvo impresionado por la fiereza del fuego que ya había llegado a la segunda planta, pero también por el valor de Sara Leccerc.

—¡Sara! —gritó con todas sus fuerzas y miró hacia la puerta principal. Era imposible que hubiera entrado por allí, ya que estaba dominada por enormes llamas que se agitaban enloquecidas. Miró al suelo y vio claramente las pisadas de Sara. De repente sintió un bofetón de intenso calor cuando el viento cambió de dirección y aulló. Se agachó y se quejó con un bramido. Siguió las

pisadas, pensando que el infierno no sería menos desagradable que aquello.

Sara se topó de frente con el cadáver de Andy al pie de las escaleras. Ahogó un grito entre toses nerviosas. Su cuerpo ardía como la yesca y las llamas lo envolvían emulando un túmulo de fuego.

De repente una parte de la balaustrada se desplomó con un crujiente estruendo. Sara retrocedió torpemente, trastabilló y cayó sobre el suelo sucio y caliente. Los escombros resultantes sepultaron parte del cuerpo calcinado de Andy.

Sara se incorporó tambaleándose entre una nube de polvo y humo. Tosía sin parar.

Una voz se alzó por entre el voraz crepitar.

—¡Sara!

Miró hacia el origen de la voz y vio a Macías acercarse a ella, tambaleándose y tapándose la boca con la manga de su chaqueta. Sara no se movió. Desvió su mirada y observó de hito en hito la escalera destrozada. Los primeros peldaños no existían. Había una masa informe de ruinas, cascotes y trozos de madera calcinada al pie de lo que había sido la suntuosa escalera de mármol blanco.

—¿Está loca o qué? —bramó Macías, tratando de evitar una tos nerviosa. Luego dirigió una mirada hacia el maltrecho cuerpo de Andy.

—¿Quién es? —gritó entre el rugido de las llamas.

Sara negó como respuesta.

—¡Tengo que subir al piso de arriba! —dijo Sara gritando y señalando con el índice de su mano derecha el piso superior.

—¿Por qué?

—Está arriba.

—¡No! Nos vamos de aquí ahora mismo —replicó Macías cogiéndola del brazo y tirando con fuerza hacia él.

Sara se zafó de Macías con un fuerte estirón, enviándole una mirada mezclada con ira y desesperación.

—¡Tengo que cogerlo ahora o desaparecerá para siempre!

Macías miró en derredor. La temperatura comenzaba a subir hasta el límite de lo que cualquier ser humano podría soportar sin perecer.

—Voy a subir. Con su ayuda o sin ella —dijo Sara mientras en alguna parte algo caía haciendo un ruido sordo y grave.

Después de unos instantes, Macías sacudió la cabeza.

—Creo que no saldremos de aquí con vida, ¿sabía eso? —añadió Macías

tomando la iniciativa y acercándose a los escombros que ocupaban la parte baja de la escalera. Comenzó a trepar. Sara lo siguió.

El cuarto de baño quedaba, subiendo por la escalera, a mano izquierda. Al fondo de un pasillo estrecho y de techos altos que dividía las estancias en esa parte de la casa. Macías celebró con moderado optimismo que el suelo estuviera compuesto por baldosas y no por madera. Aun así, al poner los pies sobre ellas, experimentaron una creciente sensación de calor, que los obligó a no permanecer quietos durante mucho tiempo en un mismo lugar.

Un denso y gris humo les obligó a agacharse y a caminar a veces en cuclillas, tratando de evitar, en la medida de lo posible, tener que apoyarse con las manos en las baldosas.

El fuego había destruido literalmente el ala este de la casa. Por alguna razón, en el ala oeste de la casa, tres de las cinco puertas del pasillo estaban cerradas y eso ayudaba a mantener el fuego alejado del pasillo. Aunque ambos sabían que era una solución extremadamente precaria y en cuestión de minutos el fuego devoraría el frágil cortafuegos.

Sara llegó a la puerta del aseo. Estaba cerrada. Se incorporó y reuló lo suficiente para tener espacio para golpear la puerta. Macías se incorporó también. El humo comenzó a envolverlos. Sara miró a Macías pero sólo vio una figura muy borrosa. Al tratar de respirar, una bocanada de aire envenenado llenó sus pulmones, provocando una prolongada tos acompañada de lagrimones que rodaron por sus sucias y enrojecidas mejillas.

Macías señaló la puerta, gritando algo que Sara no consiguió entender. Sara trató de enjugarse las lágrimas de sus maltrechos ojos. Empujó la puerta con el hombro pero la puerta era demasiado grande y pesada para ceder a tan nimia embestida.

Sin decir nada, Macías embistió la puerta. Ésta le devolvió un débil quejido.

Sara lo intentó de nuevo. Macías se percató de que, antes de derribar la puerta por ese método, sus cuerpos arderían sin contemplación. Miró a su alrededor buscando algo con lo que ayudarse a derribarla. Vio un trozo de mampostería perteneciente al techo, que se había desplomado y reposaba al principio del pasillo.

Sara empujó de nuevo. Nada. Comenzó a patear la puerta llena de rabia.

Macías se acercó corriendo al principio del pasillo. Llegó con rapidez a su destino, pero su osadía le obligó a tragar más humo del deseado. Se detuvo un instante hasta que su tos se calmó. La manga de su chaqueta, definitivamente,

no era suficiente para proteger por encima de lo mínimamente razonable sus pulmones.

Agarró el trozo de escombro. Al hacerlo, parte de él se partió como terrones de tierra seca en tres fragmentos más pequeños. Supervisó el trozo mayor que había resistido. Un gran trozo de cemento adherido le daba mayor consistencia. Lo palpó y parecía resistente, aunque, quizá, más pequeño de lo que hubiera deseado.

Corrió hasta la posición de Sara, que continuaba aporreando la puerta. Era valiente y tenía coraje, pensó Macías, pero en ese preciso instante era necesaria la fuerza bruta, y cuanta más, mejor.

Sara se apartó del camino de Macías y éste golpeó la puerta sin previo aviso en la parte del picaporte. Repitió la operación tres veces más. Como respuesta, la puerta devolvió un quejido exagerado que les obligó a detenerse.

Se había abierto una pequeña porción en la parte de abajo.

Macías tiró el improvisado ariete, que estalló en varios trozos, y comenzó a darle patadas a la puerta con las fuerzas ya mermadas. Sara emuló al inspector.

La puerta se abrió de golpe.

Sara dio un paso y se quedó bajo el dintel de la puerta. El cuarto de baño estaba milagrosamente intacto. La puerta atascada había salvaguardado su interior hasta ese momento. El humo lo invadió con sorprendente rapidez y comenzó a inundarlo. Las llamas harían lo mismo en pocos minutos.

Lo primero que Sara miró fue el suelo.

Como un tablero de ajedrez...

Sara permaneció quieta durante un instante. Luego echó mano de la fotografía de su madre e Isabel, que llevaba consigo en el bolsillo trasero de sus vaqueros. La instantánea estaba muy deteriorada y mojada, pero aún se apreciaba la imagen. Casualmente, Sara estaba situada en el mismo punto desde donde ella misma tomó aquella instantánea en el lejano verano de 1985.

Las paredes, desde la mitad hacia arriba, eran de yeso blanco. Desde la mitad hacia abajo, estaban formadas por brillantes azulejos negros colocados en forma de rombo. Había un lavabo y un inodoro a la derecha. A la izquierda, una enorme bañera con los bordes descascarillados y las patas en forma de garra, y frente a ellos, una ventana alargada dividida en ocho cuarterones. Estaba cerrada, pero los postigos se encontraban entreabiertos. Los cristales, aunque sucios, se conservaban intactos y formaban rectángulos negros. La ventana daba a la parte este de la isla, frente a un enorme cedro.

Sara se precipitó al suelo. Tocó un azulejo para comprobar su temperatura. Descubrió que, aunque el fuego no había llegado allí, sí lo había hecho la alta temperatura global del maltrecho edificio.

Se incorporó y comenzó a comprobar apresuradamente con la punta de sus botas las baldosas, sin importarle que el humo cubriera su cuerpo casi por completo.

De repente se oyó un largo crujido y todo comenzó a temblar. Sara y Macías se quedaron quietos y se miraron boquiabiertos durante ese rato, contemplándose mutuamente y viendo cómo el rostro del otro se agitaba sísmicamente. Un nuevo temblor casi derriba a Sara.

Entonces se oyó un terrible estruendo peligrosamente cerca.

Una bufada de polvo y humo procedente del pasillo inundó sin miramientos el cuarto de baño. Macías agitó las manos enérgicamente. No veía más allá de un palmo de sus narices. El inesperado polvo había tintado de un color blanco sucio todo el cuerpo de Macías. Miró a Sara y sólo vio moverse a una figura grisácea que no tenía intención de darse por vencida.

Sara comenzó a toser y tuvo que detener su búsqueda momentáneamente.

Macías se acercó a la ventana e intentó abrirla, pero la madera estaba atrancada. Golpeó con el codo los cristales, que se rompieron sin problema. Repitió el proceso. De repente se detuvo, recapacitó y propinó una patada a la ventana. Los peñazos se rompieron como palillos. El humo y el polvo peligrosamente acumulado comenzaron a salir por la ventana lentamente.

Sara agitó las manos delante de sus ojos y continuó tocando con la punta de su bota las baldosas blancas y negras.

«Tiene que estar aquí...»

Se acercó a la bañera y comprobó las baldosas situadas debajo, tocándolas con la punta de los dedos.

Notó que una estaba ligeramente suelta.

Intentó tirar de ella pero se quemó. Se quejó. Estiró las mangas de su jersey para protegerse las manos y las apoyó en el suelo.

Sus rodillas comenzaron a sentir el calor.

Había un espacio de unos quince centímetros entre el suelo y el fondo de la bañera. Comenzó a manosear la baldosa, que se movía pero que desde esa posición era imposible extraer.

Buscó a Macías con la mirada.

—¡Una llave... o una navaja! —gritó Sara entre toses.

Macías rebuscó entre sus bolsillos y le ofreció un juego de llaves. Sara las

cogió y usó la más larga para intentar mover la baldosa. Extrajo la baldosa hasta que pudo introducir un par de dedos y la pudo quitar.

Dentro había algo.

Una secuencia de imágenes, sin orden aparente, cruzó la mente de Sara: Borches, Cristina, Fontecha, el hombre del lunar bajo el ojo, Grisso, Urquiola...

Introdujo la mano dentro del hueco y palpó algo metálico, caliente pero no candente. Lo sacó y después lo arrastró sobre el suelo.

Era una caja metálica.

Reconoció inmediatamente esa caja.

Perteneció a su madre. Recordó que en ella solía guardar pequeños objetos sin importancia. Era rectangular, plateada y tenía grabada en la tapa y en relieve la Alhambra de Granada.

No se atrevió a abrirla.

Macías pareció leerle el pensamiento.

—¡Hay que salir de aquí! —dijo señalando la ventana.

Sara agarró la caja como si contuviera el secreto más importante de la humanidad, y en cierto modo así era, al menos para ella. Los dos se miraron durante un instante a los ojos. Se sorprendió al sentir admiración por esa chica. Sara, por su parte, no pudo esconder un brillo de emoción en sus expectantes ojos, que se adivinaba claramente a través de la máscara de polvo y ceniza que recubría todo su cuerpo.

Macías se asomó primero y miró al suelo. Había una distancia de seis metros aproximadamente.

—Voy a saltar —anunció Macías.

Sara asintió con impaciencia. No había duda en sus ojos.

El inspector saltó hacia el árbol con la intención de que las ramas mitigaran de alguna forma la caída. Su cuerpo desapareció casi instantáneamente entre el humo y las ramas, que se agitaron violentamente.

Sara se asomó y dirigió su mirada hacia donde se suponía que debía haber caído el tenaz inspector. De repente notó un calor que le quemó la espalda. No pudo evitar soltar un grito de dolor. Miró sobre su hombro fugazmente y vio una enorme llama rojiza y anaranjada entrar en el cuarto de baño como un monstruo informe, sin cabeza pero con un sinfín de hambrientos tentáculos.

Sara saltó, aferrando la caja con fuerza y pegándola a su cuerpo.

Emuló a Macías, dirigiendo su cuerpo hacia las ramas del árbol. Una de ellas la golpeó en el pecho con violencia. Oyó el ruido de las ramas al ser

agitadas y en menos de un segundo rodó por el suelo negro y chamuscado, tal y como le habían enseñado en los Boy Scouts cuando era una niña. Al rodar se golpeó en la espalda con una piedra y se quejó con un grito desgarrador.

Macías estaba a su lado, esperándola. Se acercó a ella.

—¿Está bien?

—Joder, cómo duele...

Macías la ayudó a incorporarse.

Algo se desplomó en el interior de la casa y una nube de chispas salieron despedidas por una de las ventanas del piso inferior. Macías tiró de Sara y corrieron por el devastado jardín. Atravesaron la puerta de entrada a la finca y descendieron el embarrado camino.

A unos diez metros de la verja Sara se detuvo. Macías hizo lo propio. Sara se giró sobre sus talones y miró la Casa del León arder. El fuego se había apoderado de la casa por completo. Por las ventanas del segundo piso sobresalían las llamas, trepando hacia el oscuro tejado voladizo. Algo se desplomó en su interior y más chispas salieron despedidas, elevándose ondulantemente en el cielo negro y volatilizándose al cabo de unos segundos. Un estruendo borró los murmullos de la maraña de espectadores que contemplaba hipnotizada lo que quedaba de la Casa del León. Un hidroavión amarillo con una franja roja en diagonal planeó por encima del malogrado edificio, arrojando sobre las llamas una cortina blanca de polvo de agua presurizada.

Sara apareció de repente, cruzando la explanada. Todas las miradas se dirigieron a ella, mientras el avión planeaba de nuevo sobre los rescoldos de la casa más emblemática de Isla Malva. Sara tenía la mirada fija en el grupo humano, pero no miraba a nadie en concreto. Conforme avanzaba y se acercaba al grupo, la gente se abrió a su paso en un acto reflejo, como las aguas del mar Rojo ante Moisés. Aferraba la caja metálica con las dos manos sucias y llenas de ceniza. Macías la seguía de cerca, sin apartar sus ojos de ella. No habían abierto la boca durante todo el trayecto. Sara Leclerc caminaba con paso nervioso, sin mirar el suelo que pisaba, con determinación. No obstante, pudo ver una extraña sensación de miedo contenido en sus ojos.

Miedo, sin duda, por lo que pudiera contener esa caja rescatada de lo más profundo de su pasado.

Al llegar al borde mismo del puerto, Sara parpadeó y regresó al planeta tierra. Miró a Macías, que en todo momento había ejercido de silencioso e improvisado guardaespaldas.

—¿Dónde está Cristina? —preguntó Sara, como si efectivamente hubiera despertado de un largo letargo y ésa fuera la primera cuestión que había acudido a su conciencia.

—Se la llevó un helicóptero al hospital de Oviedo.

—¿Está bien? —dijo Sara con una nota de inquietud en su voz que amenazó con quebrarse.

—Ha estado mucho tiempo en esa gruta. Sufre hipotermia grave, Sara.

Las palabras de Macías tuvieron un efecto sobrecogedor sobre Sara. Desvió su mirada y el inspector creyó ver una lágrima resbalar por el rostro sucio. En ese instante dos enfermeros y un médico de la Cruz Roja se acercaron a Sara y Macías, haciéndoles preguntas sobre su estado y toqueteándolos. Los invitaron a tumbarse en sendas camillas y, a pesar de que los dos habían sufrido algunas quemaduras, se negaron a ser transportados en ellas. Macías se ocupó de Sara y la escoltó hasta la lancha que los llevaría al puerto de Llanes. Allí los esperaba un helicóptero con destino al hospital de Oviedo. El inspector se había hecho con un radiotransmisor y se había puesto en contacto con el doctor que estaba tratando a Cristina. Durante más de cinco minutos, el doctor pormenorizó sobre la suerte inmediata de Cristina.

Como había asegurado Macías, sufría de hipotermia grave y, aunque había tenido un episodio de taquicardia ventricular, se estaba recuperando lenta pero favorablemente. El equipo médico era optimista y estaban convencidos de que la chica saldría adelante.

La lancha se dirigía al puerto de Llanes; en poco menos de tres o cuatro minutos estarían allí. Sara se sentía entumecida y terriblemente dolorida. Experimentaba una sensación extraña y difusa. Sabía que había recorrido gran parte del camino, pero todavía no había llegado al final. Se resistía a abrir la caja por miedo a lo que pudiera encontrar. Pero tenía el deber de hacerlo. Y lo haría. Sabía que el final de todo aquel misterio se escondía en ese pequeño recipiente metálico. Todas las respuestas que había perseguido esas últimas semanas estaban ahí. En realidad todas las respuestas importantes de su vida.

Pero no era el momento. Intentó eliminar esos pensamientos de su mente conversando con Macías.

—¿Cómo nos encontraron? —preguntó Sara sin dejar de mirar las luces brillantes y desenfocadas de la orilla que los esperaba.

Macías, que permanecía sentado a su lado, suspiró antes de contestar.

—Carballeira.

Sara miró a Macías y frunció el ceño sorprendida.

—No está muerto. Le dispararon en el hombro. Llevaba un radiotransmisor. Yo mismo recibí su llamada de auxilio.

—Pero...

—La vigilaba de cerca. Al parecer quería protegerla. Me habló de un hombre con un lunar bajo un ojo, que la siguió cuando salió del bufete de ese abogado de Barcelona. ¿Me contará todo, Sara?

Sara asintió reflexivamente.

—¿Y Fontecha? —preguntó Sara intentando eludir la pregunta de Macías.

Sus ojos se posaron en un punto más allá del rostro de Macías.

—¿Quién?

—El hombre que quiso matarnos. Se llama Fontecha.

Macías recordó ese nombre: era el empresario que estaba asociado al cadáver que había encontrado la policía de Gijón en el váter del tren. Sin duda Sara Lecrerc era una pieza importante en ese rompecabezas. Se abstuvo de comentar nada al respecto, todo a su tiempo.

—En la casa había un cadáver.

Macías constató entonces que Sara miraba algo con atención. No buscó con sus ojos lo que la chica observaba.

—¿Quién es Fontecha y qué relación tiene con él?

Sara no contestó. Su expresión había cambiado.

El inspector giró la cabeza y sus ojos viajaron hacia el lugar que Sara miraba con tanto interés. Estaba observando a un agente que estaba de espaldas a ellos, en la popa de la embarcación. Jugaba con la alianza que llevaba puesta en la mano derecha: quitándosela y poniéndosela.

Había visto a alguien jugar con el anillo del mismo modo.

—Era el suboficial que estaba en la isla cuando mi madre fue asesinada —murmuró Sara sin apartar los ojos de la mano del agente.

Macías frunció el ceño y estuvo a punto de preguntar: «¿Qué?», pero nada salió de sus labios. La embarcación cabeceó bruscamente y un chorro de agua salada saltó sobre cubierta.

—No podrá escapar. Si está todavía en la isla escondido, lo cogeremos.

Sara comenzó a levantarse, despacio, sin dejar de mirar al agente que continuaba jugueteando con su alianza. Desde esa posición, apenas podía ver parte de su perfil.

—No. Es muy listo. Ya no está allí.

Macías se levantó también, mirando fijamente al agente de espaldas.

De repente dejó la alianza en paz, como si hubiera sucedido algo que

requiriese su total concentración y se mantuviera a la expectativa.

El agente giró lentamente su cara hacia el lado contrario, dando la espalda completamente a Sara y a Macías.

Repentinamente se giró y disparó tres veces sobre Sara y Macías. Su arma apenas hizo ruido. Sara vio tres rápidos resplandores y detrás de ellos una cara semioculta por las sombras de la noche.

Un disparo impactó en el borde superior de la cabina: saltaron astillas que desaparecieron inmediatamente arrastradas por el fuerte viento. Los otros dos se perdieron en la oscuridad de la noche.

Sara reculó y trastabilló. La lancha se movió violentamente y su cuerpo tropezó con la barandilla metálica. Sus piernas se levantaron por encima de su cintura formando un arco perfecto y el fuerte viento la propulsó fuera de la embarcación en menos de un segundo.

Antes de que su cuerpo chocara con el mar, oyó dos disparos, y luego dos más.

Su cuerpo se hundió rápidamente e instintivamente abrió las manos para bucear.

Soltó la caja metálica.

Se agitó frenéticamente y trató de llegar a la superficie, a unos tres metros sobre su cabeza. Una corriente marina tiraba de ella hacia las profundidades. Se quejó abriendo la boca para gritar y un montón de burbujas flotaron hacia la superficie.

Asomó la cabeza sobre un mar negro como la pez, que se agitaba con furia, y miró a su alrededor.

—¡No! —gritó desesperada, mientras las olas oscuras golpeaban su cara como miles de alfileres clavándose a la vez.

Se agitó e intentó mirar en todas direcciones al mismo tiempo. Todas las imágenes eran borrosas, inestables y confusas.

La caja había desaparecido.

Vio por el rabillo del ojo la lancha que se había detenido. Había tres agentes en la cubierta que gritaban e intentaban llamar su atención. Uno de ellos arrojó un salvavidas amarillento.

Sara obvió la ayuda y comenzó a bracear de un lado a otro.

—¡No! ¡No! ¡No!

Alguien de la lancha se tiró al agua. Oyó el chapoteo de sus brazos y piernas acercándose a ella.

Más voces. Un potente haz de luz blanquecina apuntó directamente hacia

ella.

Sintió pavor ante la posibilidad de perder la única prueba sobre la verdad de la muerte de su madre. Maldijo entre dientes y se culpó por no haber abierto la caja cuando tuvo oportunidad.

Macías apareció de repente y la agarró con fuerza.

—¡Vamos!

—¡No! ¡La caja! ¡Tengo que encontrarla! —gritó con auténtica desesperación.

Sara empujó a Macías y entonces apareció un helicóptero sobre sus cabezas, haciendo un ruido ensordecedor. El agua se agitó, siguiendo los movimientos turbulentos del rotor del aparato. El foco del helicóptero apuntó hacia Sara y Macías y la noche se convirtió en día de repente.

Sara abrió los ojos de par en par y aprovechó la momentánea cantidad de luz para mirar con mayor atención a su alrededor. En el mismo borde de la luz que proyectaba el helicóptero, algo pequeño y metálico emitió un destello plateado, a unos veinte metros de ellos.

—¡Allí! —gritó Sara y se lanzó nadando en busca del objeto brillante.

—¡Sara! —gritó Macías mientras estiraba su brazo derecho para agarrarla, pero Sara se había escabullido a tiempo.

Macías comenzó a nadar tras ella. Estaban justo debajo del influjo del helicóptero, en el mismo epicentro. La poderosa fuerza centrífuga ejercida por el movimiento de las aspas los empujaba fuera de sus dominios. El agua negra se convertía en blanca espuma y los escupía con fuerza entre un ruido atronador. El inspector movió sus brazos, pero apenas pudo avanzar unos metros; parecía como si algo desde el fondo lo sujetara impidiéndole continuar. Buscó con los ojos anegados a Sara, que había desaparecido de su vista.

Negó para sus adentros y entonces vio algo sobresalir del agua. Era el cuerpo inerte de Sara siendo literalmente escupido con vehemencia por la fuerza de las aspas hacia fuera, hacia la negrura del mar.

Entonces saltó un hombre rana dentro del círculo de luz procedente del helicóptero y con inusitada rapidez se dirigió hacia el cuerpo de Sara. Macías hizo un esfuerzo por reunirse con él, pero las fuerzas le abandonaron. Apenas podía mantenerse flotando en el agua.

El hombre rana cogió a Sara por las axilas e hizo una señal al helicóptero. Inmediatamente bajó una camilla de rescate atada a un resistente arnés. Macías observó al hombre rana: su mirada delataba preocupación. Sara no se movía;

pudo ver el rostro cobrizo de la chica, lívido como la piel de un albino. El hombre rana lo miró y le hizo un gesto con el pulgar hacia arriba, al que respondió con un gesto de asentimiento.

Al lado del inspector cayó un salvavidas de color amarillo chillón. Macías hizo un último esfuerzo para llegar al salvavidas. Lo agarró con fuerza, exhalando un gemido mientras el hombre rana depositaba el cuerpo de Sara en la camilla portátil y era izada hasta el helicóptero. Se preguntó qué habría sucedido con la misteriosa caja metálica y, al mirar a Sara Leclerc, pudo ver que la tenaz chica apretaba contra su pecho algo cuadrado y brillante.

Macías se dejó arrastrar hasta la embarcación. Estaba completamente exhausto.

Mientras se dejaba llevar, observó cómo tres agentes de la Guardia Civil izaban con la ayuda de un bichero el cuerpo con varios impactos de bala y sin vida de Augusto Fontecha.

Silvia, la secretaria de recepción de Urquiola Abogados, estaba especialmente encantadora esa mañana. Llevaba el cabello estirado y recogido en un moño alto. Sus largas y pobladas pestañas se agitaban continuamente y, cuando sonreía, exhibía una bonita dentadura adornada por unos labios rojo pasión.

Vestía un sugerente vestido verde manzana, ceñidísimo. Sus largas y bien torneadas piernas reposaban sobre dos altísimos y finísimos tacones. Estaba de pie, al lado de la mesa de recepción. Junto a ella había un chico joven, alto y bien parecido, con traje negro y camisa blanca. Silvia sonreía debido a las divertidas ocurrencias del simpático chico. En una ocasión lo agarró del brazo para evitar, según ella, caer. Al chico se le iluminaron los ojos.

El timbre de la puerta sonó y Silvia se acercó a la mesa y pulsó el botón sin preguntar.

Macías y otro hombre de mediana edad, alto, de mirada torva y con barba entrecana, entraron en el bufete acompañados de cuatro agentes de los Mossos d'Esquadra. El hombre de la barba era en realidad inspector de la policía de Barcelona. Su nombre: Oriol Gerart.

—¿El señor Urquiola? —preguntó Gerart acercándose a la chica que se había quedado inmóvil, incapaz de pronunciar una sola palabra.

Sin darse cuenta dio un traspié y casi se cae de culo al ver a toda la comitiva policial.

—¿Cómo? —consiguió balbucear, presagiando que ése no iba a ser un buen

día.

—Queremos ver al señor Urquiola —añadió Macías con firmeza, dando un paso al frente.

Silvia asintió con la cabeza varias veces. Acto seguido, pulsó varios botones del frontal del aparato telefónico.

—Montse, la policía está aquí y quiere ver al señor Urquiola —dijo la chica de corrido y casi susurrando.

—El señor Urquiola está en una reunión muy importante —respondió una altiva voz femenina, molesta por la intromisión.

—¡He dicho que la policía está aquí! —replicó Silvia alzando la voz, nerviosa.

—¿Qué? —dijo la voz alarmada, como si no hubiera escuchado la frase anterior.

Los pasos de los cuatro agentes y los dos inspectores resonaron amplificadas sobre el suelo del caro parqué de madera de bambú instalado por todo el bufete. Los empleados volvieron la cabeza hacia el grupo de policías, que caminaba por el pasillo central en dirección al despacho del jefe. Ninguno se atrevió a levantarse ni a mirar descaradamente. Todos ellos se limitaron a permanecer en sus puestos de trabajo, sentados y fingiendo que aquello era una situación habitual. No obstante, más de uno no pudo disimular, a través de su mirada, el miedo a la pérdida de su buen remunerado empleo en una importante firma.

Montse, la secretaria personal de Urquiola, no había soportado la inquietud y esperó al grupo de policías de pie. Era una mujer madura, atractiva y excesivamente atezada, que al parecer nunca había vivido semejante situación. No dejaba de moverse y se frotaba nerviosamente las enjoradas manos bronceadas. Un juego de vistosas y coloridas pulseras bailaba en sus muñecas produciendo un ruido metálico al chocar entre ellas.

Los agentes traspasaron un marco sin puertas. Frente a ellos estaba la suntuosa puerta de doble hoja de roble envejecido y la temblorosa y perpleja secretaria de pie, delante de su escritorio.

Al acercarse Gerart y Macías, Montse respiraba agitadamente mientras el pecho le subía y le bajaba. Miró con ojos desorbitados a todos y cada uno de los policías.

—Queremos ver al señor Urquiola. Es importante —dijo Gerart impertérrito.

—Está... —consiguió balbucear la secretaria con el corazón desbocado.

—¿Está dentro? —añadió Macías señalando la sólida doble puerta.

La secretaria sólo pudo asentir. Parecía que le faltara la respiración y su piel bronceada palideció en pocos segundos.

Gerart se acercó a la puerta, tocó con los nudillos y abrió sin esperar respuesta.

Urquiola estaba sentado detrás de su escritorio, reclinado sobre un lujoso sillón de respaldo alto. Había dos hombres más. Todos ellos llevaban trajes caros, zapatos caros y relojes caros. Estaban riéndose estentóreamente, pero las risas se cortaron súbitamente al ver aparecer por la puerta a la policía.

—¿Qué es esto? —dijo Urquiola con una media sonrisa, intentando disimular su desconcierto.

—¿Señor Urquiola? —preguntó Macías caminando hacia el escritorio.

—Soy yo... —confirmó Urquiola con cierta soberbia, aunque no pudo evitar su lividez cuando vio a los cuatro agentes entrar en el despacho.

—Queda usted detenido por complicidad y encubrimiento en asesinato, ocultación de pruebas importantes en delitos de violación, pederastia...

Urquiola se levantó como un resorte y miró con ojos desorbitados y llenos de ira a Macías y Gerart, interrumpiendo a este último.

—¡Esto es un insulto intolerable! ¡Cómo se atreven a entrar así en mi despacho! ¡Pueden estar seguros de que los voy a demandar! ¡A todos!

El rostro de Urquiola enrojeció de ira. Una enorme vena vertical se le dibujó en la frente perlada, mientras los dos acompañantes permanecían en silencio, fingiendo normalidad y mirándose de reojo el uno al otro.

Macías y Gerart miraron con gravedad a Urquiola. Gerart suspiró y continuó como si tal cosa.

—Soborno, asociación ilícita y tentativa de asesinato. Tiene derecho a permanecer en silencio. Cualquier cosa que haga o diga podrá utilizarse en su contra en un tribunal. Igualmente, tiene derecho a un abogado. Si no lo tiene, el estado le proporcionará uno de oficio.

Urquiola enmudeció. La vena desapareció de su frente lentamente y la ira dio paso al mayor de los desconciertos.

Gerart hizo un gesto con la cabeza y dos de los agentes se acercaron a Urquiola que parpadeaba y negaba con la cabeza. Uno de los agentes trató de agarrar a Urquiola por los hombros para girarlo y ponerle las esposas. De repente, Urquiola puso los ojos en blanco, se desmayó y cayó al suelo.

La temperatura era de más de veintitrés grados en las calles de Barcelona y todo el mundo aprovechó para lanzarse a la calle a disfrutar del bullicioso

ambiente primaveral. Sara Leclerc caminaba con paso firme y decidido por la Ronda del General Mitre. Llevaba el cabello recogido en una cola de caballo y se había quitado la chaqueta sahariana de color verde; debajo llevaba una sencilla camiseta de lino blanco, pantalón de mezclilla beige y sandalias atadas a los tobillos.

Había perdido al menos cuatro kilos desde que pusiera sus pies en Isla Malva, hacía apenas tres semanas. Tenía algunos rasguños en cara, brazos y manos. Llevaba un amplio bolso de tela blanca, con muchos bolsillos, colgado de su hombro derecho.

Tomó la calle Muntaner y bajó atravesando Vía Augusta hasta que llegó a la calle Madrazo. Miró de pasada a un grupo de niñas que jugaban con sus rollizas muñecas fingiendo ser sus devotas madres. Tenía sed, así que compró una botella de medio litro de agua en una tienda y se la bebió en cuatro grandes sorbos.

Diez minutos más tarde, Sara se encontraba subiendo las lujosas escaleras de un bloque de apartamentos, que servía en su mayor parte como sede de pequeñas pero importantes empresas nacionales e internacionales. En el piso segundo se encontraba Grupo Suárez, la empresa que dirigía su hermano Alberto.

La empresa compartía la planta con otra empresa más: una importante productora de cine y televisión.

Elvira, la solícita y guapísima secretaria de su hermano, la atendió toda sonrisas y cordialidad, ofreciéndole café, infusiones, agua o algún refresco. Sara declinó todos sus ofrecimientos y esperó pacientemente en una cómoda butaca en la sala de espera, antesala del despacho de su hermano.

Al cabo de unos pocos minutos Alberto abrió la puerta en compañía de un hombre y una mujer. Se despidió de ellos con sendos apretones de mano y se acercó a Sara con los brazos abiertos y una expresión de honda preocupación en su rostro. Sara percibió un ligero gesto de reproche.

—Sara. Dios mío. Estás muy delgada —dijo Alberto mientras la estrujaba en un largo abrazo y la besaba en la mejilla.

Alberto le dijo a su secretaria que no lo molestara nadie mientras estaba reunido con su hermana. Elvira asintió y volvió inmediatamente a lo suyo.

—Vamos —dijo en un susurro, tirando de ella con suavidad en dirección al despacho.

Alberto cerró la puerta y se deslizó por el despacho en forma de L decorado con el más refinado mobiliario vanguardista italiano. El suelo estaba cubierto

por una mullida moqueta de color beige que absorbía el sonido de las pisadas y las palabras.

Una suave melodía sonaba a través de los estratégicamente bien ocultos altavoces. *Vide Cor Meum* estaba al volumen justo, en el cual se podía disfrutar de la música, pero sin que ésta pudiera interferir de manera desagradable en una conversación de tono normal.

Se acercó a un sofá rojo burdeos Poliform con respaldo bajo, que permitía estirar los brazos cómodamente, e invitó a Sara a sentarse con un gesto. A solas, parecía molesto y distante.

Sara obedeció dócilmente y se sentó en silencio, al lado de su hermano. Miró fijamente a Alberto a los ojos. Ambos habían heredado de su madre sus grandes ojos oscuros, aunque en esa ocasión sólo se asemejaban en la forma. Mientras que los ojos de Alberto brillaban de indignación, los de Sara parecían apagados, indiferentes incluso.

—¡Dios! ¿Qué ha pasado? Nadie me ha contado nada todavía. ¿Qué narices hacías en la casa? Podías haber muerto, ¿sabes? —soltó Alberto de repente.

Después expiró ruidosamente e hizo un gesto reprobatorio. Negó con la cabeza y miró a Sara con gravedad.

—¿No vas a contarme de qué coño va todo esto? Soy tu hermano y creo que debo saber qué ha pasado, ¿no?

Sara miró a Alberto con serenidad.

—A eso he venido. A contarte todo.

Sara abrió el bolso blanco que había traído consigo y sacó la caja metálica que encontró escondida bajo el suelo de baldosas blancas y negras en la Casa del León.

La puso entre ella y su hermano.

Alberto miró la caja e hizo un gesto de extrañeza. Luego miró a su hermana sin comprender.

—Querías la verdad, pues aquí la tienes.

El tono de Sara sonó tan triste y tétrico que obligó a Alberto a tragar saliva. La nuez viajó de arriba abajo.

Miró la caja sin atreverse a poner sus manos sobre ella, como si al hacerlo pudiera contraer una enfermedad mortal.

—¿No te suena de nada? —dijo Sara. Esta vez su voz sonaba incluso desafiante.

Volvió a mirar a su hermana e intentó que sus ojos le dieran alguna pista antes de proceder a su apertura. Pero los ojos de Sara parecían un mar de

confusión indescifrable.

Respiró hondo y pasó los dedos de la mano izquierda sobre el relieve de la tapa. Se quedó un rato en silencio y luego miró de nuevo a su hermana.

—E...era la...la caja de mamá... —tartamudeó.

Sara sabía que Alberto ya no tartamudeaba. Había superado ese problema hacía muchos años. Cuando era niño lo hacía constantemente. Aproximadamente a la edad de doce años comenzó a hablar con normalidad dejando atrás su pasado de tartamudez. Nunca dijo públicamente cómo lo había conseguido, aunque Sara descubrió su secreto. Cuando estaba a solas en su habitación, leía en voz alta pasajes del *Romancero Gitano* de García Lorca, una y otra vez, una y otra vez, hasta que un buen día, y como si no hubiera existido nunca, la tartamudez desapareció.

El recuerdo de un pasado normal y corriente, entre dos hermanos normales y corrientes, inundó la memoria de Sara. No pudo evitar que la voz se le quebrara.

—Á... ábrela... —balbuceó y sus ojos se humedecieron. Cerró los párpados y dos lágrimas rodaron por sus mejillas.

De repente Alberto no quiso abrir la caja. Sabía que algo horrible se escondía tras esa bonita tapa decorada. No existía poder en el mundo capaz de evitar ese momento.

La abrió y contuvo la respiración...

Una cámara Polaroid modelo One Classic con el frontal gris y la carcasa de plástico negro. Le faltaba la pieza que protegía la parte delantera de la máquina, por donde solía escupir las imágenes reveladas. Aparentemente parecía inservible y Alberto no tuvo ninguna duda en reconocer esa cámara como la que perteneció a su madre una vez. Bajo la cámara había varios papeles doblados, unos cuantos billetes de avión, pero sobre todo había fotografías del tipo Polaroid. Alrededor de una treintena.

Alberto parpadeó y miró el contenido en silencio. Como aquel que tiene la certeza de que algo horrible está a punto de ocurrir, pero que ingenuamente confía en que todo acabará por arreglarse por sí solo. En realidad no quería mirar ninguna de aquellas fotografías. Sólo quería que la caja desapareciera.

Miró un montón de fotografías que destacaba de entre un grupo de papeles amarillentos y azulados. Estaban colocadas de cualquier manera. Las puntas desgastadas sobresalían. No pudo evitar mirarlas.

Apartó la cámara y cogió unas cuantas al azar.

El color del revelado aparecía desvaído y estaban un poco enmohecidas.

Sintió que su corazón se detenía y se negaba a continuar. Sabía a ciencia cierta que lo que estaba a punto de ver iba a ser irreversiblemente traumático.

No podía estar menos equivocado.

En las dos primeras fotografías estaba su padre; vestía una camisa caqui y posaba en cuclillas. Unas gafas de sol sobresalían del bolsillo de la camisa. Estaba en compañía de un niño asiático de unos ocho años. Los dos miraban a la cámara y sonreían. Detrás de ellos se veía una calle estrecha con una suerte de mercado, atestado de pequeños y delgados asiáticos que miraban con ojos curiosos a la cámara. Alberto no reconoció al niño, ni tampoco el lugar. Un sudor frío comenzó a recorrerle la frente y la nuca.

Tragó saliva y miró la fotografía siguiente.

Su padre estaba sentado en una cama y abrazaba a otro niño que forzaba una sonrisa.

En la siguiente instantánea, su padre aparecía desprovisto de la camisa, y el mismo niño, tumbado sobre su pecho. Su padre acariciaba el desnudo y liso pecho del niño.

—¡No! —gritó Alberto. Incapaz de continuar, cerró la caja.

Sara cogió la caja y la volvió a abrir.

—Yo tampoco quería creer lo que estaba viendo... —dijo Sara con voz quebrada. Cogió un grupo de fotografías de la caja y las tiró sobre el asiento del sofá rojo, esparciéndolas.

Una de las cuatro fotografías que había cogido Sara era similar a las anteriores, pero las otras tres eran totalmente distintas.

En una de ellas aparecía un niño moreno y bien parecido de unos siete años, desnudo, tumbado en el suelo. Sus ojos brillaban de puro terror. Tenía una mano extendida y borrosa, quemada por el flash que ocupaba un tercio de la imagen: intentaba evitar ser fotografiado.

En otra de las instantáneas el niño estaba de rodillas, con la cabeza apoyada en el suelo y la boca abierta en una mueca de grotesca sorpresa. Su lengua colgaba inerte de lado. Tenía algo grande y alargado sobresaliendo por el recto, empapado en sangre.

—¡Esto es lo que hacía nuestro padre! —soltó Sara sin poder evitar romper a llorar.

—¡No! —negó Alberto y golpeó de un manotazo la caja, que fue a parar al suelo enmoquetado con un ruido sordo, esparciendo todo su contenido.

Inconscientemente, Alberto miró una imagen que planeó durante un segundo, revoloteando hasta que se posó en el suelo. Y al igual que la Ley de Murphy

propugna, aterrizó por el lado menos conveniente.

No pudo evitar posar sus ojos sobre una imagen devastadora: su padre, Víctor Suárez, se encontraba detrás de un niño muy pequeño, de unos seis años, que estaba atado a un poste de madera, en un lugar hediondo, oscuro, dantesco. El niño tenía una expresión vacua. Algo de la aterradora instantánea revelaba que el niño estaba muerto, quizá el brillo mate de sus desorbitados ojos. Víctor Suárez había estirado el brazo izquierdo situando el objetivo de la cámara a unos sesenta centímetros, inmortalizando en película Polaroid una visión espeluznante: autorretratándose junto a su víctima. Mostrando todos los dientes de su perfecta y blanca dentadura, con un espeso mechón bailándole en la frente. Con una mirada de enajenante poder. Esos puntos negros, casi borrosos, se encontraron con los del mayor de sus vástagos.

Alberto se dio cuenta entonces de que todas las imágenes, además de aquel horror extremo, tenían algo en común: el significativo defecto de revelado en su parte inferior.

Cerró los ojos mientras un profundo dolor se instalaba en su corazón.

Sara se enjugó las lágrimas con la palma de la mano y sorbió los mocos ruidosamente. Se agachó y recogió un par de desteñidos y acartonados billetes de avión.

—Decía que se iba de viaje de negocios a Alemania o Inglaterra pero donde realmente iba era a Tailandia —murmuró Sara a la vez que señalaba el nombre del comprador:

Víctor Suárez Larrañaga

1441983: Madrid BarajasBangkok DM Airport

2141983: Bangkok DM AirportMadrid Barajas

0971983: Madrid BarajasBangkok DM Airport

1671983: Bangkok DM AirportMadrid Barajas

21101983: Madrid BarajasBangkok DM Airport

29101983: Bangkok DM AirportMadrid Barajas

Alberto se levantó del sofá y fue hasta la ventana, dándole la espalda a su hermana. Sara se sorbió de nuevo los mocos.

—Mamá lo descubrió y por eso la mató.

Alberto no dijo nada. No hizo nada, sólo se limitó a mirar el ir y venir de la gente y el tráfico.

Suspiró hondamente y murmuró algo en tono ausente.

—Eso es imposible. Papá era un buen hombre. No me creo nada —dijo

negando. Giró el cuello lo suficiente para ver de reojo la caja y le envió una mirada de profundo desprecio. Cerró los ojos, esperando que todo desapareciera: las fotos, la caja, su hermana... La dura realidad acarició con sus largos y gélidos dedos a Alberto por los hombros, reclamando toda su atención. Lejos de acabar, todo no había hecho sino comenzar.

Alberto abrió los ojos de par en par en un acto reflejo, para, acto seguido, cerrarlos.

Y entonces Sara sacó un pequeño aparato plateado del bolsillo de su pantalón. Era una grabadora digital. Sin decir nada, la puso sobre la mesa de centro y pulsó el botón PLAY.

Ruido de fondo, el volumen está muy alto. Alguien carraspea y la señal se satura.

Alberto mira la grabadora con ojos desorbitados.

—Era... era aproximadamente..., no recuerdo la hora, era tarde, de madrugada —dijo una voz entrecortada, cansada y dubitativa que Alberto y Sara conocían muy bien.

Un irreconocible Urquiola trataba de componer frases en medio de un mar de interrupciones, entre gemidos y una respiración que más parecía la de un hombre que padece cáncer de pulmón.

—Por la tarde hablamos... —dijo—. Sí, le dije que iba a pasar por allí, casualmente estaba por allí..., pero luego no lo hice... Entonces me llamó, no, no..., me llamó de madrugada..., sí, era muy tarde.

—Era muy tarde. Qué más —dijo una voz nasal, neutra, autoritaria.

—Víctor estaba... asustado. Me suplicó que fuera a la isla... Yo, yo estaba cerca.

—¿Le preguntó el motivo?

—No. No. Llegué enseguida... Entonces me dijo que había matado a Elisa.

Silencio y ruido de fondo.

—Al principio me dijo que todo había sido un accidente... y tenía miedo de que la policía... lo detuviera. —Urquiola traga saliva—. Luego me contó la verdad. Estaba... aterrorizado... Dijo que se quitaría la vida...

—¿Cómo reaccionó usted?

—¿Yo? Era mi amigo, tenía que ayudarlo.

—¿Qué le contó?

—Ella..., Elisa, había descubierto las fotos que Víctor guardaba. Dijo que se las había llevado consigo... Se volvió loco y la mató.

—¿Cómo?

—Según Víctor, Elisa... quería regresar a Madrid con los niños... Supongo que ya lo sabía y quería... alejarse de él.

—¿Se lo contó él?

—Sí —dijo Urquiola con la voz apagada.

—¿Recuerda los detalles?

Urquiola suspiró profundamente.

—Elisa tenía miedo... y Víctor, también... Estuvieron jugando al gato y al ratón... o al menos eso fue lo que me contó... Yo tampoco insistí.

—¿Qué pasó después?

—Pues... ella salió... salió de madrugada y subió por la montaña... dando un rodeo hasta Rincón del Diablo. No, no... quería bajar directamente por el camino que da al puerto. Seguramente... iba al puesto de guardia. —Breve pausa—. Víctor la siguió y en Rincón del Diablo la empujó al mar.

—Entonces usted preparó la coartada del suboficial, ¿no?

—No ocurrió exactamente así... Yo no...

—Explíquese.

En ese instante, Urquiola, con voz temblorosa, pide beber agua. El agente le da su consentimiento.

—Víctor y yo estábamos en la casa, pensando cómo solucionarlo... Yo intenté convencer a Víctor de que se entregara... pero Víctor se negó..., dijo que antes se suicidaría. —Breve pausa—. Entonces llegó Fontecha.

—¿El suboficial?

—Sí. Me dijo que había visto lo suficiente... pero que si éramos generosos con él cerraría la boca. Tenía hasta una historia preparada.

—¿Cuánto le pagaron?

—Le pagó. —Urquiola traga de nuevo saliva—. Fueron treinta millones de pesetas... Víctor tenía en la casa unos seis o siete millones... El resto se lo daría a la mañana siguiente.

—¿Cómo realizaron el pago?

—Fontecha, como cualquier otro testigo..., estaba siendo vigilado de cerca y sobre todo... Víctor. Yo, yo... fui a recoger el dinero a una caja de seguridad..., lo metí en una bolsa de deporte y se la di a un hombre de confianza.

—¿Ese hombre se llama Hugo Fecchi?

—Sí.

—Siga.

—Fontecha nos dio un juego de llaves de su casa. La Guardia Civil vigilaba

el portal de la finca donde vivía, pero no la puerta de su piso... Fecchi entró en casa de Fontecha y dejó la bolsa con el dinero.

—¿Y Borches?

—También fue idea de Fontecha. Sabía que era un mal bicho y tenía problemas económicos... Estaba seguro de que aceptaría. Víctor... le pagó siete millones de pesetas por poner las fotos de los crímenes en casa de aquel pederasta.

—¿Y usted?

—¿Yo? Qué más quiere saber —dijo Urquiola con voz derrotada, irreconocible.

—Se marchó de la isla antes de que Fontecha avisara a la Guardia Civil, ¿no?

—Eso es.

—Algo se llevaría...

—¿Qué quiere decir?

—¿Cuál fue su precio?

Después de un largo silencio, Urquiola rumió algo ininteligible. Luego añadió:

—Víctor me ofreció el 40% de sus acciones. Él insistió, yo... yo no quería...

—Por supuesto.

De repente la grabación se quedó muda y, después de varios segundos de silencio, la grabadora se paró.

Alberto estalló en lágrimas. Gimió y su cuerpo tembló como el de un chiquillo. Se tapó los ojos y se puso de espaldas a su hermana.

Por un momento lo único que se oyó en la habitación fueron los tristes lamentos de dos afligidos hermanos.

Después de varios minutos, Alberto susurró:

—Tenía que haber destruido esa carta.

Sara se enjugó las lágrimas de sus mejillas por enésima vez. Se sorbió los mocos y se quedó en silencio durante dos minutos, mirando la espalda de su hermano. Al cabo de un rato, comenzó a recoger todas las fotografías que estaban esparcidas por el suelo y el sofá. El hilo musical, que parecía haber desaparecido durante aquellos horribles momentos, se hizo patente, dando continuidad al imparable proceso vital.

Sara cerró la caja y miró a su hermano que permanecía de espaldas, esperando alguna reacción que nunca llegó. Se giró sobre sus talones y salió

del despacho en total silencio.

Sara cruzó la puerta principal del Hospital Central de Asturias. Estaba lloviendo y, aunque eran apenas las once de la mañana, el cielo había cubierto la ciudad con un desaturado y nebuloso manto grisáceo. Deslizó la capucha de su impermeable y se sacudió las gotas, que serpentearon por las mangas verdosas. Cruzó el vestíbulo y se dirigió directamente hacia las escaleras, evitando las largas colas para coger alguno de los ascensores disponibles.

Al llegar a la tercera planta, buscó la habitación 328. Al entrar descubrió a una oronda mujer de unos sesenta años, de pequeños ojos azules, casi transparentes, reclinada sobre una cama excesivamente estrecha para ella y con la mirada perdida en el cielo raso. Un hombre de unos sesenta y tantos años, con la inequívoca expresión de una vida malgastada y llena de duro trabajo, estaba sentado a su lado. Sara saludó con un escueto «hola» y se dirigió a la cama que estaba situada al lado de la ventana.

Cristina estaba tumbada con la cabeza ladeada hacia su derecha y con los ojos cerrados. Habían pasado dos días desde que salieran de la Boca del Lobo y las huellas palpables de la hipotermia todavía no habían desaparecido completamente, aunque comenzaban a remitir. Estaba muy delgada y tenía ojeras moradas debajo de los ojos, que contrastaban significativamente con su piel pálida.

Durante más de tres o cuatro minutos Sara permaneció en silencio, inmóvil, a su lado y mirándola. Tragó saliva en repetidas ocasiones y tuvo ganas de llorar. Finalmente Sara acarició la mano izquierda de Cristina con suavidad. La derecha tenía inyectada en su zona dorsal un catéter por donde se le administraba suero glucosado.

Cristina gimió y movió la cabeza al sentir el tacto templado de la mano de Sara. Abrió los ojos muy lentamente y la vio.

—Estás mejor que yo. Salta a la vista —murmuró Cristina con los ojos entornados y una débil voz atiplada.

—No te fíes de las apariencias —dijo Sara. Esbozó una mueca.

Cristina giró la mano izquierda y apretó la de Sara. La miró de hito en hito e intentó decir algo, pero su boca no emitió ningún sonido. Una extraña sensación de incomodidad persistía en el ambiente.

—¿Dónde está ahora esa chica especial de la que me hablaste una vez? —susurró Cristina en un tono fatalista, a la vez que soltaba la mano de Sara y dirigía su mirada hacia las gotas, que se estrellaban débilmente contra el cristal.

Sara presintió que las malas noticias no habían terminado todavía.

Se quedaron un par de minutos en silencio. Un relámpago titiló en el horizonte gris. Sara dio la vuelta a la cama y se sentó a los pies de Cristina. Ambas miraron el cielo encapotado. Sonó un trueno.

El acompañante de la señora que compartía habitación con Cristina balbuceó algo ininteligible y se marchó cabizbajo.

Cristina estiró la mano derecha, con catéter venoso incluido, hacia Sara, buscando su contacto.

—Necesito tocarte.

Sara se acercó más a Cristina y las manos de ambas se encontraron, aferrándose con fuerza.

Se miraron en silencio. Los ojos de Cristina todavía transmitían miedo y duda. Los de Sara, una insondable tristeza.

Cristina comenzó a acariciarle la cara en silencio. La mujer que ocupaba la cama contigua suspiró exageradamente en repetidas ocasiones. Encendió el televisor con el mando a distancia y, tras pulsar varias veces los botones, se quedó con un canal que ofrecía un magacín matinal. Un grupo de seudoperiodistas ejercían su papel de informadores de la mal llamada prensa rosa. El famosete de turno permanecía impertérrito, mientras la parte acusatoria profería imputaciones tan absurdas como el propio motivo que las sustentaba.

Las voces, los gritos y el ruido procedentes del televisor se fueron diluyendo lentamente mientras Sara y Cristina se instalaban en un silencio total. La habitación y todo cuanto contenía, junto con el resto del mundo, se volatilizaron convirtiéndose en una suave neblina borrosa. Sara miró a través de los ojos de Cristina esperando encontrar un gesto cómplice, un gesto que en el fondo de su ser intuía que no hallaría.

—Soy una egoísta, ¿te lo dije? Debería interesarme por tu estado, pero no puedo olvidar todo lo que ha pasado. No dejo de pensar en ese horrible lugar...

La voz de Cristina se quebró y no pudo continuar. Sara la miró largamente.

—No he venido a que te compadezcas de mí.

Cristina sonrió con desgana; apartó la mirada de los grandes ojos de Sara y se dedicó a contemplar el paisaje urbano a través de la ventana rectangular.

—Lo sé.

Durante varios segundos sólo se oyó el ruido de fondo del televisor y alguna que otra voz procedente del pasillo del hospital.

Sara reclinó su cuerpo y besó la mejilla izquierda de Cristina con suavidad. El beso, aunque inocente, no dejaba de mostrar una prueba inequívoca de lo que en realidad significaba.

—No te merezco —susurró Cristina con amargura. Una lágrima resbaló por la mejilla pálida de Cristina, perdiéndose bajo la curva de la barbilla.

Alguien carraspeó a sus espaldas y Sara no pudo evitar dar un respingo. Inconscientemente, soltó la mano de Cristina que cayó flácida sobre su regazo. Sara miró sobre su hombro izquierdo y vio una figura blanquecina por el rabillo del ojo. Era una enfermera rubia de mediana edad, con el pelo recogido en una cola de caballo, que miró fugaz y desconcertadamente a las chicas. Se ruborizó.

—Tengo que echar un vistazo a esto... —dijo la enfermera mientras rodeaba la cama por delante de Sara y revisaba el gotero con manifiesta incomodidad. La enfermera observó con detenimiento el regulador de caudal del gotero. Miró su reloj y volvió a revisar el regulador. Carraspeó.

—Volveré dentro de veinte minutos a cambiarte la botella —susurró y salió de la habitación.

Cristina no emitió ningún tipo de reacción. El surco dejado por la lágrima se secaba con rapidez.

Sara se levantó de repente y entonces Cristina le cogió la mano izquierda. Giró la cabeza y miró a Sara con ojos suplicantes.

—Siéntate. Por favor.

Un trueno se oyó en lontananza. Sara se sentó.

—¿Qué planes tienes? —preguntó Cristina con relativa indolencia.

Sara no pudo translucir la intención de la pregunta.

—Supongo que volver a mi vida —respondió Sara con cautela—. Qué otra cosa se puede hacer.

Dejaron pasar un largo rato en silencio.

—¿Volverás a Isla Malva? —preguntó Sara finalmente.

Cristina dejó pasar unos segundos antes de contestar.

—Antonio quiere que nos mudemos a Barcelona. Viviríamos en un piso que sus padres tienen en la Plaza Real. Tiene pensado ir mañana a la isla a comenzar con la mudanza.

—Entiendo —dijo Sara lacónicamente, mirando hacia la lluvia.

Silencio.

—Voy a dejar a Jacobo.

Irónicamente, el grupo de invitados del magacín que se emitía en ese

momento en televisión prorrumpió en carcajadas, elevando el volumen del receptor.

Cristina no pudo evitar una mirada de desconcierto.

—No sabía...

Ahora quien desviaba la mirada era Sara. Sus ojos se posaron en la mesita que tenía enfrente, sin mirar nada en particular.

—No puedo seguir engañándole, no se lo merece, y tampoco puedo engañarme a mí misma... Tengo que comenzar pronto los ensayos para una nueva película, eso me mantendrá ocupada.

Cristina cogió la mano de Sara y la apretó. La miró atentamente. Su mirada transmitía una extraña mezcla de sorpresa y cansancio. No dijo nada. Parecía como si toda la locuacidad y energía que la caracterizaba hubiera dado paso a una nueva personalidad totalmente opuesta.

—No puedes hacer nada por mí...

Silencio. Y Sara suspiró, antes de levantarse con determinación.

—Tengo que irme —consiguió murmurar a través de un enorme nudo en la garganta.

—No quiero que te vayas así. Hablemos —replicó Cristina apretando la mano de Sara.

—Tengo que irme —precisó con un tono más firme, mirándola a los ojos. No fue fácil.

No pudo evitarlo. Lloró.

—Sara, por favor, no. Quiero ser tu amiga. Lo sabes, ¿no es cierto? Sabes que te quiero...

La voz de Cristina era como una melodía balsámica que atravesaba el oído interno y llegaba directamente al afligido corazón de Sara. Pero al mismo tiempo, la suave caricia lo estrujaba con cada nueva palabra, causando un terrible dolor.

Consiguió soltarse de la mano de Cristina y se giró, dándole la espalda. Comenzó a caminar en dirección a la puerta, sin mirar atrás.

—Sara, no... —murmuró Cristina con una voz añorada y temblorosa, cuasi infantil.

Cuando ya estaba en el umbral de la puerta, se giró a sabiendas de que esa imagen sería devastadora.

Cristina estaba llorando y a Sara se le antojó una persona muy frágil. Aquella chica segura de sí misma, valiente y decidida se había esfumado. Ahora quedaba una chica muy delgada y temblorosa.

—Te llamaré y hablaremos. Te lo prometo —dijo Sara mientras se limpiaba las lágrimas y trataba de trazar una sonrisa convincente.

No se había pintado los ojos porque sabía que ese día iba a ser muy largo.

Sara pudo ver una leve sonrisa en Cristina. No pensó ni por un momento que se lo hubiera creído. Era simplemente la clásica reacción humana de no aceptación de los hechos. Prefería tener al menos esa imagen archivada en su memoria: otro ejemplo de no aceptación de los hechos.

—Hasta pronto.

Sara se giró y en ese momento una mano invisible apretujó su corazón con fuerza, hasta casi exprimirlo por completo.

Cruzó el concurrido pasillo y evitó los ascensores. Se cruzó con una bella chica negra que la miró consternada. Su gesto parecía decir «otro corazón destrozado». Bajó las escaleras con celeridad y cruzó el vestíbulo, aguantando a duras penas las lágrimas que querían salir de nuevo fuera y ser derramadas. Todavía llovía y la mañana se había convertido en una tarde prematura. Sara abandonó el hospital. Cuantiosas y pesadas gotas le dieron la bienvenida. Se mezclaron con sus lágrimas, que, lejos de purificar su dolor, sirvieron de curiosa cortina con la que enmascarar su pesar.

Sabía que tardaría mucho en olvidar a Cristina y, sobre todo, la verdad sobre la muerte de su madre y los hechos que la provocaron. Pensó en su joven vida truncada, al igual que las de otras miles o millones de Elisas Leclerc de este mundo casi siempre injusto, cuyas voces son silenciadas y sus vidas desparramadas y borradas de la faz de la tierra por hombres malvados.

Pensó en todas ellas y sintió un profundo pesar. Pero también sintió un pequeño alivio que se convirtió en orgullo, cuando constató que, al menos en ese caso, el recuerdo de su madre se libraría de la terrible carga de falacias que había soportado sobre su terrible desaparición. Pensó en su hermano y especialmente en la figura de su padre.

Esta vez no miraría para otro lado; se enfrentaría a pecho descubierto a las consecuencias de una incómoda verdad, a sabiendas de que el coste sería irreversiblemente demoledor.

Una figura sin paraguas, y sin ningún otro medio de protección de la incesante lluvia, esperaba a Sara Leclerc al otro lado de las escaleras, en la pequeña rotonda que miraba a la fachada del hospital. Era el inspector Marcos Macías. Sara lo miró entre las gotas de lluvia. El agua resbalaba por su cabeza y

descendía atravesando todo su rostro. Miró a Sara con una mirada neutra; triste, se le antojó a Sara.

Caminó hacia ella, sorteando el tráfico. Sara no dijo nada. Lo observó en silencio. Sin duda, Macías era un buen hombre, pensó Sara.

Por un instante, Macías tampoco dijo nada. Luego, señaló el cielo oscuro.

—La invito a tomar un café.

En algún lugar sonaba *The River* de Bruce Springsteen, y Sara y Macías estaban sentados en una cuadrada y diminuta mesa, pegada a la pared. Apenas cogían las dos tazas de café y un aparatoso servilletero. Sara vertió el azucarillo en el café y luego señaló a Macías —que estaba completamente empapado— con un ligero movimiento de barbilla.

—¿Sale así siempre los días que diluvia?

—Soy un desastre para esto del tiempo. Nunca me decido entre si tengo que coger paraguas o no.

Sara hizo una mueca y posó sus ojos en el oscuro líquido mientras agitaba la cucharilla.

—¿Cómo está Cristina?

—Se recuperará. Es una chica fuerte —dijo Sara con voz tomada y los ojos pegados en el café.

Macías hizo un leve gesto de aquiescencia. De repente, Sara levantó la vista y miró a Macías fugazmente. Cogió su bolso y sacó la caja de hojalata y la grabadora digital con la confesión de Urquiola. Se las entregó al inspector.

—Ya sé que tenía que habérselas devuelto antes. Lo siento. Yo tampoco soy buena en este aspecto.

Macías cogió la caja y la grabadora sin hacer ningún comentario. Al parecer ninguno de los dos estaba dispuesto a hablar más de lo necesario.

—Ya sabe que son pruebas muy importantes —dijo Macías después de varios segundos en silencio.

—Hubiera preferido no haberlas descubierto nunca —dijo Sara categóricamente.

Macías movió la cabeza ligeramente. Meditó qué decir a continuación.

—El juez que instruye el caso exige estas pruebas para poder procesar a Urquiola, aunque haya confesado y esté en prisión preventiva como medida cautelar.

Sara desvió la mirada. Macías constató que sus ojos estaban enrojecidos de tanto llorar. Algo en su interior le rogó desistir en la explicación, pero su faceta de policía se impuso. Toda una vida de agente de la ley le había

conferido cierta condición coriácea ante los sufrimientos ajenos.

—Ese hombre, Fontecha, tenía intención de escapar cogiendo el ferry que va desde Santander hasta Plymouth. Desde allí tenía pensado coger un coche y trasladarse hasta Glasgow y de allí un avión con destino a Montreal. Había mandado allí a su familia.

Sara no dijo nada. Ya no le importaba Fontecha y le traía sin cuidado el destino de su familia. Se preguntó qué era lo que le interesaba en ese momento, pero no halló ninguna respuesta. Era complicado. Se dedicó a observar a Marcos Macías. A sus ojos, era un hombre fuerte, pero un hombre deslavazado en cuanto a lo emocional, sólo había que prestar un poco de atención a sus ojos. Eran limpios y le decían que estaba terriblemente solo y desamparado. Parecían pedir auxilio. Le gustaba ese hombre, pero no en el plano físico. Se sentía tranquila y relajada con él, aunque no fuera el hombre más alegre del mundo.

—También hemos detenido a un tal Hugo Fecchi. Trabajaba en el bufete de Urquiola —dijo Macías de repente.

El rostro desdibujado del hombre con el lunar bajo el ojo tomó forma en la mente de Sara. No pudo evitar estremecerse.

—Debo agradecerle que me hubiera enviado aquel mensaje.

Sara frunció el ceño. Entonces se acordó de lo que Macías le hablaba.

—No estaba del todo convencido, pero algo me decía que podía ser importante. Así que llamé a un compañero que trabaja para los Mossos d'Esquadra en Barcelona y le conté que usted sospechaba que Urquiola y Fecchi estaban involucrados en la muerte de su madre. Siguió a ese hombre y descubrió que se había reunido con un matón de origen ruso. Era el mismo hombre que se reunió con aquel que casi mata a su novio. Detuvieron a Fecchi y le tendieron una trampa: le dijeron que Fontecha lo había inculpado a él como culpable de aquellos crímenes. No le quedó más remedio que defenderse.

Al oír la mención de Jacobo, Sara reaccionó. Miró a Macías a los ojos.

—Ha hecho un buen trabajo.

Macías asintió.

—¿Cómo sabía que Urquiola y Fecchi estaban involucrados?

—Por sus ojos —dijo Sara enigmáticamente mientras jugueteaba con la cucharilla del café.

—¿Quiere decir que a través de sus ojos descubrió que mentían?

—Más o menos: su cuerpo y su boca decían una cosa y sus ojos, otra muy

distinta.

Macías meditó en lo que Sara había dicho.

—También fue él quien hizo desaparecer el expediente de mi madre, ¿no?
—preguntó Sara de improviso.

Macías levantó la comisura del labio; sin duda Sara Leclerc, además de ser buena actriz, era también una buena investigadora.

—Así es, Fecchi sobornó a un agente de la Guardia Civil que servía en el destacamento de Oviedo. Ya está jubilado, pero en su momento le abrieron algunos expedientes sancionadores. Fecchi le pagó para que hiciera desaparecer el expediente de su madre.

Tuvo una leve punzada de dolor procedente de sus manos. No se había dado cuenta de que las estaba estrujando la una contra la otra.

—Fecchi era hombre de confianza de Urquiola, se ocupaba de los trapos sucios de su jefe. Él fue quien contrató a Donorowicz cuando Urquiola se puso nervioso y vio que todo se le escapaba de las manos.

Sara miró a Macías como si todos aquellos detalles no le importaran lo más mínimo. No tenía energías para continuar con todo aquello.

Durante el minuto siguiente ninguno dijo nada. Extrañamente, Macías sentía la necesidad de hablar con aquella chica. En circunstancias parecidas, hubiera dejado que el acogedor murmullo de fondo de la cafetería sirviera de alivio al incómodo silencio.

—Alguien me ha dado recuerdos para usted —dijo Macías de repente.

—Carballeira —se apresuró a añadir Sara con un tono de remordimiento en su voz—. Dios, no he ido a verle. ¿Cómo está?

—El médico que lo ha operado dice que ya no podrá volver a mover el brazo izquierdo.

Sara apretó las manos. Se sintió miserable. Negó y esbozó una mueca de dolor. Macías se apresuró a cogerle la mano.

—No, no... No se preocupe, está bien. Vaya a verlo, será el mejor favor que pueda hacerle.

Sara asintió y entonces se levantó.

—Tengo que irme.

Macías también se levantó, pagó los dos cafés y caminaron hasta la puerta de entrada.

Seguía lloviendo. Sara permaneció en el borde mismo del escalón del establecimiento. Macías se puso a su lado. Se subió las solapas de la chaqueta, gesto inútil, dadas las circunstancias.

—¿Qué va a hacer ahora? —preguntó Macías, dilatando la partida de la chica.

Sara lo miró a los ojos. ¿Qué dolor insondable ocultaban aquellos ojos castaños?

—Voy a conocer a las familias de esos pobres niños. Tengo que pedirles perdón. Por lo que mi padre hizo.

Sara notó una sensación amarga al pronunciar la última frase. Tragó saliva y trató de no llorar.

—Déjelo. Será muy duro para usted y además reavivará un tremendo dolor para esas familias.

Sara se esforzó por que el labio inferior no le temblara.

—Tiene razón. Lo he pensado, pero no puedo... Se lo debo a mi madre. Quizá sea egoísta por mi parte, aunque por otro lado me gustaría que alguien me contara la verdad sobre la muerte de mi hijo.

—No creo que haga que se sientan mejor.

—Nada en el mundo conseguirá que se sientan mejor.

Sara Leclerc se subió la capucha de su impermeable, ocultándole parcialmente el rostro a Macías. Echó el cuerpo hacia delante para marcharse, pero entonces se detuvo y miró al inspector. Se acercó a él, lo envolvió con sus brazos y lo abrazó con fuerza. Dos lagrimones cayeron rodando, mojando el ya humedecido hombro de la chaqueta de Macías. Sara se revolvió repentinamente y se alejó calle abajo, incorporándose al resto de los viandantes, que deambulaban bajo la acuciante lluvia matinal. Marcos Macías la observó en todo momento hasta que desapareció de su vista.

Entre el ruido de la gente y el tráfico, le dio por reflexionar y llegó a la conclusión de que se sentía muy solo.

Table of Contents

Primera parte. Regreso a isla malva

Cristina Bellver y la Casa del León

Sombras del pasado

Segunda parte. La dama de sonrisa plateada

Caminando entre alimañas

Sobre arenas movedizas

Grisso, Rufo y el Tercer Hombre

Engaño tras engaño

Tercera parte. El secreto de Elisa Leclerc

No dejaré que nada malo te ocurra

El cuchillo de doble filo